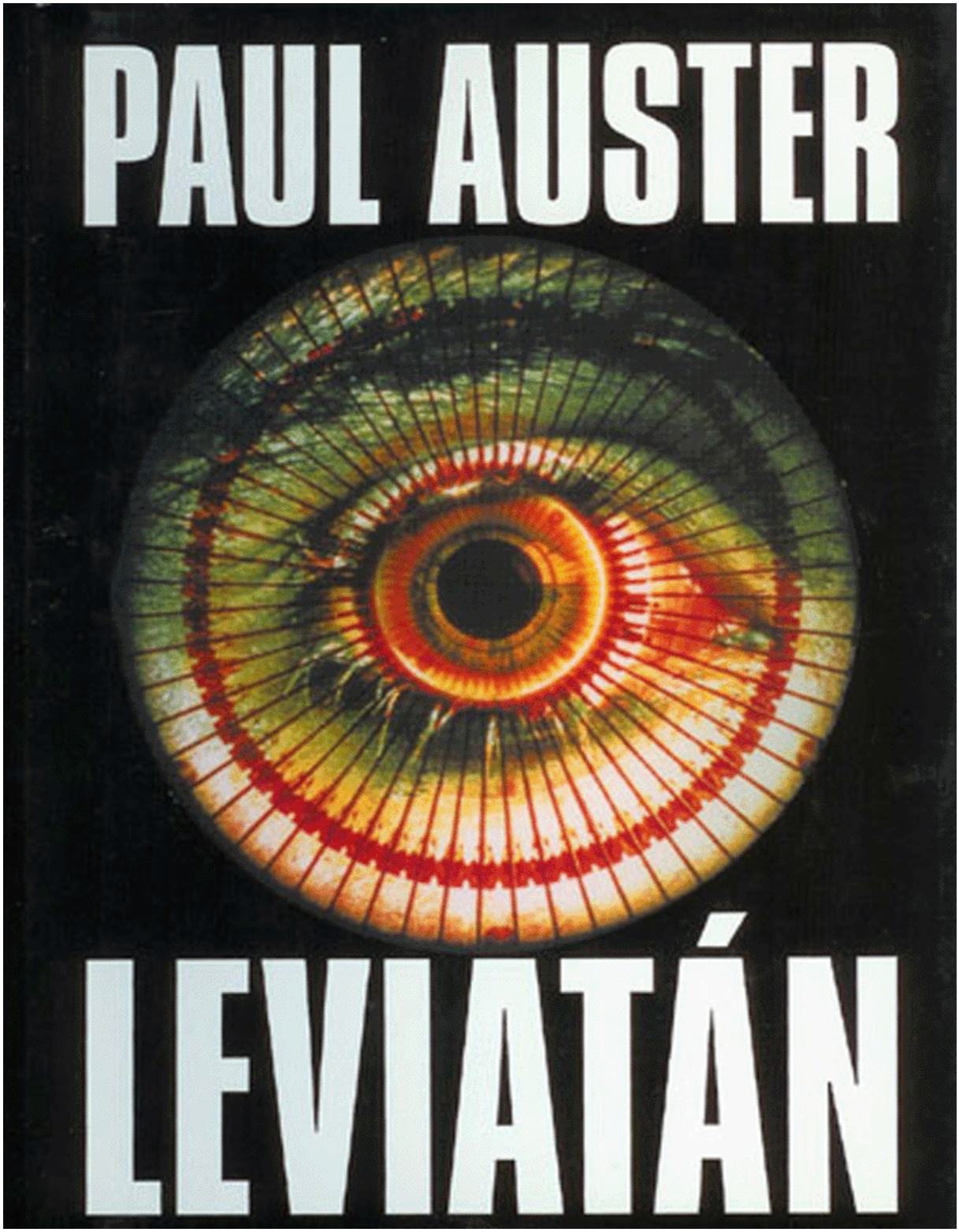
LEVIATÁN
PAUL AUSTER



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El autor agradece efusivamente a Sophie Calle que le permitiera mezclar la realidad con la ficción.

Para Don DeLillo

Todos los Estados reales son corruptos.

RALPH WALDO EMERSON

1

Hace seis días un hombre voló en pedazos al borde de una carretera en el norte de Wisconsin. No hubo testigos, pero al parecer estaba sentado en la hierba junto a su coche aparcado cuando la bomba que estaba fabricando estalló accidentalmente. Según los informes forenses que acaban de hacerse públicos, el hombre murió en el acto. Su cuerpo reventó en docenas de pequeños pedazos y se encontraron fragmentos del cadáver incluso a quince metros del lugar de la explosión. Hasta hoy (4 de julio de 1990), nadie parece tener la menor idea sobre la identidad del muerto. El FBI, que trabaja en colaboración con la policía local y los agentes del Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego, comenzó su investigación con un examen del coche, un Dodge azul de siete años con matrícula de Illinois, pero pronto descubrieron que era robado; se lo habían llevado de un aparcamiento de Joliet el 12 de junio a plena luz del día. Lo mismo sucedió cuándo examinaron el contenido de la cartera del hombre, que, de milagro, había salido de la explosión más o menos intacta. Pensaron que habían tropezado con un cúmulo de pistas -carnet de conducir, cartilla de la seguridad social, tarjetas de crédito-, pero cuando le dieron al ordenador los datos de estos documentos resultó que todos habían sido falsificados o robados. Las huellas dactilares habrían sido el paso siguiente, pero en este caso no había huellas dactilares, ya que la bomba había desintegrado las manos del hombre. Tampoco el coche les sirvió de nada. El Dodge era un amasijo de acero retorcido y plástico derretido y, a pesar de los esfuerzos realizados, no pudieron encontrar ni una sola huella. Tal vez tengan más suerte con los dientes, suponiendo que haya suficientes dientes con los que ponerse a trabajar, pero eso les llevará tiempo, puede que varios meses. No hay duda de que al final se les ocurrirá algo, pero hasta que puedan establecer la identidad de la destrozada víctima, el caso tiene pocas posibilidades de prosperar.

Por lo que a mí concierne, cuanto más tarden, mejor. La historia que tengo que contar es bastante complicada, y a menos que la termine antes de que ellos den con la respuesta, las palabras que estoy a punto de escribir no significarán nada. Una vez que se descubra el secreto, se contarán toda clase de mentiras, los periódicos y las revistas publicarán sus desagradables versiones distorsionadas, y en cuestión de días la reputación de un hombre quedará destruida. No es que yo quiera defender lo que hizo, pero puesto que él ya no está en situación de defenderse, lo menos que puedo hacer es explicar quién era y ofrecer la verdadera historia de cómo llegó a estar en esa carretera del norte de Wisconsin. Por eso tengo que trabajar deprisa: para estar preparado cuando llegue el momento. Si por casualidad el misterio no se resuelve, sencillamente me guardaré lo que he escrito y nadie tendrá por qué saber nada de ello. Ése sería el mejor resultado posible: silencio absoluto, ni una palabra por ninguna de las dos partes. Pero no debo contar con eso. Para hacer lo que tengo que hacer, he de suponer que ya le están cercando, que antes o después averiguarán quién era. Y no necesariamente cuando yo haya tenido tiempo de terminar esto, sino en cualquier momento, en cualquier momento a partir de ahora.

Al día siguiente de la explosión apareció en la prensa un breve resumen del caso. Era una de esas crípticas historias de dos párrafos enterradas dentro del periódico, pero yo la leí casualmente en el *New York Times* mientras almorzaba. Casi inevitablemente, empecé a pensar en Benjamin Sachs. No había nada en el artículo que indicara de una forma clara que se trataba de él y, sin embargo, al mismo tiempo todo parecía encajar. Hacía casi un año que no hablábamos, pero durante nuestra última conversación él había dicho lo suficiente como para convencerme de que tenía graves problemas, de que se estaba precipitando hacia un oscuro e innombrable desastre. Si esto resulta demasiado vago, añadiré que también mencionó las bombas, que habló interminablemente de ellas durante su visita y que durante los once meses siguientes yo había vivido justamente con ese temor dentro de mí: que iba a matarse, que un día abriría el periódico y leería que mi amigo se había volado en pedazos. Entonces no era más que una disparatada intuición, uno de esos insensatos saltos en el vacío, pero una vez la idea se me metió en la cabeza, no pude librarme de ella. Luego, dos días después de que tropezase con el artículo, un par de agentes del FBI llamó a mi puerta. En cuanto me comunicaron quiénes eran, comprendí que estaba en lo cierto. El hombre que se había volado en pedazos era Sachs. No cabía ninguna duda. Sachs estaba muerto y la única manera en que yo podía ayudarle ahora era no revelando su muerte.

Probablemente fue una suerte que leyese el artículo cuando lo hice, a pesar de que recuerdo que en aquel momento deseé no haberlo visto. Por lo menos, así tuve un par de días para encajar el golpe. Cuando los hombres del FBI se presentaron aquí para hacer preguntas, yo ya estaba preparado y eso me ayudó a controlarme. Tampoco vino mal que tardasen cuarenta y ocho horas en encontrar mi pista. Al parecer, entre los objetos recuperados de la cartera de Sachs había un pedazo de papel con mis iniciales y mi número de teléfono. Por eso vinieron a buscarme, pero la suerte quiso que el número fuese el de mi teléfono de Nueva York, mientras yo llevaba diez días en Vermont, viviendo con mi familia en una casa alquilada donde pensábamos pasar el resto del verano. Dios sabe con cuántas personas habían tenido que hablar antes de descubrir que estaba aquí. Si menciono de pasada que esta casa es propiedad de la ex mujer de Sachs es sólo para dar un ejemplo de lo enredada y complicada que es esta historia.

Procuré hacerme el tonto lo mejor que pude y revelarles lo menos posible. No, dije, no había leído el artículo en el periódico. No sabía nada de bombas, coches robados o carreteras comarcales de Wisconsin. Era escritor, dije, un hombre que escribe novelas para ganarse la vida, y si querían investigar quién era, podían hacerlo, pero eso no iba a ayudarles con el caso, perderían el tiempo. Probablemente, dijeron, pero ¿y el pedazo de papel de la cartera del muerto? No pretendían acusarme de nada, sin embargo el hecho de que llevase consigo mi número de teléfono parecía demostrar que había una relación entre nosotros. Eso tenía que admitirlo, ¿no? Sí, dije, por supuesto que sí, pero que lo pareciese no significaba que fuese verdad. Había mil maneras mediante las que ese hombre podía haber conseguido mi número de teléfono. Yo tenía amigos repartidos por todo el mundo y cualquiera de ellos podía habérselo dado a un desconocido. Tal vez ese desconocido se lo había pasado a otro, el cual a su vez se lo había pasado a un tercero. Tal vez, dijeron, pero ¿por qué iba alguien a llevar el teléfono de una persona que no conocía? Porque soy escritor, dije. Oh, dijeron, ¿y eso qué tiene que ver? Que mis libros se publican, dije. La gente los lee y yo no tengo ni idea de quiénes son. Sin saberlo siquiera, entro en las vidas de los desconocidos, y mientras tienen mi libro en sus manos, mis palabras son la única realidad que existe para ellos. Eso es normal, dijeron, eso es lo que pasa con los libros. Sí, dije, eso es lo que pasa, pero a veces sucede que esas personas están locas. Leen tu libro y algo de él toca una cuerda del fondo de su alma. De repente se imaginan que les perteneces, que eres el único amigo que tienen en el mundo. Para ilustrar mi argumentación, les di varios ejemplos, todos ellos verdaderos, todos tomados directamente de mi experiencia personal. Las cartas de desequilibrados, las llamadas telefónicas a las tres de la madrugada, las amenazas anónimas. El año pasado, continué, descubrí que alguien había estado suplantando mi personalidad, contestando cartas en mi

nombre, entrando en las librerías y firmando libros míos, rondando como una sombra maligna en torno a mi vida. Un libro es un objeto misterioso, dije, y una vez que sale al mundo puede ocurrir cualquier cosa. Puede causar toda clase de males y tú no puedes hacer nada para evitarlo. Para bien o para mal, escapa completamente a tu control.

No sé si mis negativas les parecieron convincentes o no. Me inclino a pensar que no, pero aunque no creyesen una palabra de lo que dije, es posible que mi estrategia me permitiera ganar tiempo. Teniendo en cuenta que nunca había hablado con un agente del FBI, creo que no me desenvolví demasiado mal durante la entrevista. Estuve tranquilo, estuve cortés, conseguí transmitir la adecuada combinación de colaboración y desconcierto. Eso sólo ya fue un triunfo considerable para mí. En general, no tengo mucho talento para el engaño y, a pesar de mis esfuerzos a lo largo de los años, raras veces he enredado a nadie. Si anteayer conseguí ofrecer una representación creíble, se debe, al menos en parte, a los hombres del FBI. No fue tanto nada de lo que dijeron como su aspecto, la forma en que iban impecablemente vestidos para su papel, confirmando en todos los detalles lo que siempre había imaginado respecto al atuendo de los hombres del FBI: trajes de verano ligeros, zapatones macizos, camisas que no necesitan plancha, gafas oscuras de aviador. Éstas eran las gafas pertinentes, por así decir, y aportaban un aire artificial a la escena, como si los hombres que las llevaban fuesen únicamente actores, extras contratados para hacer un papelito en una película de bajo presupuesto. Todo esto era extrañamente consolador para mí, y pensándolo ahora entiendo por qué esa sensación de irrealidad actuó a mi favor. Me permitió verme a mí mismo también como un actor y, puesto que me habla convertido en otro, de repente tenía derecho a engañarles, a mentir sin el más leve remordimiento de conciencia.

Sin embargo, no eran estúpidos. Uno tenía cuarenta y pocos años y el otro era mucho más joven, de unos veinticinco o veintiséis años, pero los dos tenían cierta expresión en los ojos que me tuvo en guardia durante todo el tiempo que estuvieron aquí. Es difícil precisar con exactitud qué resultaba tan amenazador en aquellos ojos, pero creo que tenía que ver con su inexpresividad, su falta de compromiso, como si lo vieran todo y nada al mismo tiempo. Aquella mirada revelaba tan poco, que yo en ningún momento supe lo que ninguno de los dos tipos pensaba. Sus ojos eran demasiado pacientes, demasiado expertos en sugerir indiferencia, pese a que estaban alerta, implacablemente alerta en realidad, como si hubiesen sido entrenados para hacerte sentir incómodo, para hacerte consciente de tus fallos y transgresiones, para hacer que te revolvieras dentro de tu piel. Se llamaban Worthy y Harris, pero no recuerdo quién era quién. Como especímenes físicos, eran perturbadoramente parecidos, casi como si fuesen una versión más joven y otra más vieja de la misma persona: altos, pero no demasiado altos; bien formados, pero no demasiado bien formados; pelo rubio, ojos azules, manos gruesas con uñas impecablemente limpias. Es verdad que sus estilos de conversación eran diferentes, pero no quiero dar demasiada importancia a las primeras impresiones. Quién sabe si se turnan y cambian de papel cuando les apetece. En la visita que me hicieron hace dos días, el joven hacía el papel de duro. Sus preguntas eran muy bruscas y parecía tomarse su trabajo demasiado a pecho; raras veces esbozaba una sonrisa, por ejemplo, y me trataba con una formalidad que en ocasiones rozaba el sarcasmo y la irritación. El mayor era más relajado y amable, más dispuesto a dejar que la conversación siguiera su curso natural. Sin duda es por eso mismo más peligroso, pero tengo que reconocer que hablar con él no resultaba desagradable del todo. Cuando empecé a contarle algunas de las disparatadas reacciones a mis libros, me di cuenta de que el tema le interesaba, y me dejó continuar con mi digresión más tiempo del que esperaba. Supongo que me estaba tanteando, animándome a divagar para poder hacerse una idea de quién era yo y cómo funcionaba mi mente, pero cuando llegué al asunto del impostor, incluso se ofreció a iniciar una investigación del problema. Puede que fuera un truco, por supuesto, pero, no sé por qué, lo dudo. No es preciso añadir que rechacé el ofrecimiento, pero si las circunstancias hubiesen sido distintas, probablemente me lo habría pensado dos veces antes de rechazar su ayuda. Es algo que ha estado fastidiándome durante mucho tiempo y me encantaría llegar al fondo de la cuestión.

Librodot

-Yo no leo muchas novelas -dijo el agente-. Nunca tengo tiempo para eso.

-Ya, eso le ocurre a mucha gente -dije.

-Pero las suyas deben de ser muy buenas. Si no lo fueran, dudo que le molestaran tanto.

-Puede que me molesten porque son malas. Hoy en día todo el mundo es crítico literario. Si no te gusta un libro, amenaza al autor. Hay cierta lógica en ese planteamiento. Haz que ese cabrón pague por lo que te ha hecho.

-Supongo que debería sentarme a leer alguna -dijo-. Para ver por qué tanto jaleo. No le importaría, ¿verdad?

-Por supuesto que no. Para eso están en las librerías. Para que la gente las lea.

Anotar los títulos de mis libros para un agente del FBI fue una forma curiosa de terminar la visita. Incluso ahora, no tengo claro qué pretendía. Tal vez cree que encontrará algún indicio en ellos, o tal vez era sólo una manera sutil de decirme que volverá, que todavía no ha acabado conmigo. Sigo siendo su única pista, después de todo, y si suponen que les mentí, no van a olvidarse de mí. Aparte de eso, no tengo la menor idea de lo que piensan. Parece improbable que me consideren un terrorista, pero digo eso únicamente porque yo sé que no lo soy. Ellos no saben nada, y por lo tanto pueden estar trabajando sobre esa hipótesis, buscando desesperadamente algo que me relacione con la bomba que estalló en Wisconsin la semana pasada. Y aunque no fuera así, tengo que aceptar el hecho de que continuarán con mi caso durante mucho tiempo. Harán preguntas, husmearán en mi vida, averiguarán quiénes son mis amigos y, antes o después, saldrá a relucir el nombre de Sachs. En otras palabras, mientras yo esté aquí en Vermont escribiendo esta historia, ellos estarán atareados escribiendo su propia historia. Ésa será la mía, y una vez que la terminen, sabrán tanto de mí como yo mismo.

Mi mujer y mi hija volvieron a casa unas dos horas después de que se marcharan los hombres del FBI. Habían salido temprano aquella mañana para pasar el día con unos amigos y yo me alegré de que no estuviesen presentes durante la visita de Harris y Worthy. Mi mujer y yo compartimos casi todo, pero en este caso creo que no debo contarle lo sucedido. Iris siempre le ha tenido mucho cariño a Sachs, pero para ella yo soy lo primero, y si descubriera que estaba a punto de meterme en líos con el FBI a causa de él, haría todo lo que pudiera para impedírmelo. No puedo correr ese riesgo ahora. Aunque consiguiese convencerla de que estaba haciendo lo más adecuado, tardaría mucho tiempo en vencer su resistencia, y no puedo permitirme ese lujo, tengo que dedicar cada minuto a la tarea que me he impuesto. Además, aunque cediera, se preocuparía hasta ponerse enferma, y no veo cómo eso beneficiaría a nadie. De todas formas, al final se enterará de la verdad; cuando llegue el momento, todo saldrá a la luz. No es que quiera engañarla, sencillamente quiero ahorrarle disgustos mientras sea posible. Y no creo que vaya a ser excesivamente difícil. Al fin y al cabo, estoy aquí para escribir, y si Iris piensa que estoy entregado a mis viejas mañas en la cabañita todos los días, ¿qué daño puede haber en ello? Supondrá que estoy escribiendo mi nueva novela y cuando vea cuánto tiempo le dedico, cuánto avanzo en mis largas horas de trabajo, se sentirá feliz. Iris también es parte de la ecuación, y sin su felicidad no creo que yo tuviera el valor de empezar.

Éste es el segundo verano que paso en este lugar. En los viejos tiempos, cuando Sachs y su mujer venían aquí todos los años en julio y agosto, a veces me invitaban a visitarles, pero se trataba siempre de excursiones breves y en raras ocasiones me quedé más de tres o cuatro noches. Después de que Iris y yo nos casásemos hace nueve años, hicimos el viaje juntos varias veces y en una ocasión incluso ayudamos a Fanny y Ben a pintar la fachada de la casa. Los padres de Fanny compraron la finca durante la Depresión. Una época en que las granjas como éstas se podían adquirir por casi nada. Tenía más de cuarenta hectáreas y su propia alberca, y aunque la casa estaba deteriorada, era espaciosa y aireada por dentro, y sólo fueron necesarias unas pequeñas mejoras para hacerla habitable. Los Goodman eran maestros en Nueva York, y nunca pudieron permitirse el lujo de hacer muchos arreglos en la casa después de comprarla, así que durante todos estos años ha conservado su primitivo aspecto desolado:

las camas de hierro, la estufa barriguda en la cocina, las paredes y los techos agrietados, los suelos pintados de gris. Sin embargo, en medio de este deterioro hay algo sólido, y sería difícil que alguien no se sintiera a gusto aquí. Para mí, el gran atractivo de la casa es su aislamiento. Se alza en lo alto de una pequeña montaña, a seis kilómetros del pueblo más cercano por un estrecho camino de tierra. Los inviernos deben de ser crudos en esta montaña, pero durante el verano todo está verde, los pájaros cantan a tu alrededor y los prados están inundados de flores silvestres: vellosillas naranja, tréboles rojos, culantrillos, ranúnculos. A unos treinta metros de la casa principal hay un sencillo edificio anexo que Sachs utilizaba como estudio siempre que estaba aquí. Es poco más que una cabaña, con tres habitaciones pequeñas, una cocinita y un cuarto de baño, y desde que unos vándalos la destrozaron hace doce o trece inviernos se ha ido deteriorando. Las cañerías se han roto, la electricidad está cortada, el linóleo se está despegando del suelo. Menciono estas cosas porque es aquí donde estoy ahora, sentado ante una mesa verde en medio de la habitación más grande, sosteniendo una pluma en la mano. Durante los años que le traté, Sachs pasó todos los veranos escribiendo en esta misma mesa, y ésta es la habitación donde le vi por última vez, donde me abrió su corazón y me reveló su terrible secreto. Si me concentro lo suficiente en el recuerdo de esa noche, casi puedo engañarme y pensar que todavía está aquí. Es como si sus palabras flotaran aún en el aire, como si todavía pudiese alargar la mano y tocarle. Fue una conversación larga y agotadora, y cuando finalmente la terminamos (a las cinco o las seis de la mañana), me hizo prometer que no permitiría que su secreto saliera de las paredes de esta habitación. Ésas fueron sus palabras exactas: que nada de lo que había dicho debía escapar de esta habitación. Por ahora podré mantener mi promesa. Hasta que llegue el momento de mostrar lo que he escrito aquí, puedo consolarme con el pensamiento de que no estoy rompiendo mi palabra.

La primera vez que le vi nevaba. Han transcurrido más de quince años desde ese día, pero todavía puedo evocarlo siempre que lo deseo. Muchas otras cosas se han perdido para mí, pero recuerdo ese encuentro con Sachs tan claramente como cualquier suceso de mi vida.

Fue un sábado por la tarde en febrero o marzo, y los dos habíamos sido invitados a hacer una lectura conjunta de nuestra obra en un bar del West Village. Yo no había oído hablar de Sachs, pero la persona que me llamaba tenía demasiada prisa como para contestar a mis preguntas por teléfono.

-Es un novelista -me dijo ella-. Publicó su primer libro hace un par de años.

Me llamó un miércoles por la noche, sólo tres días antes de que la lectura tuviese lugar, y en su voz había algo que rayaba el pánico. Michael Palmer, el poeta que tenía que aparecer el sábado, acababa de cancelar su viaje a Nueva York, y se preguntaba si yo estaría dispuesto a sustituirle. No era una petición muy directa, pero le dije que lo haría. Yo todavía no había publicado mucho entonces -seis o siete cuentos en revistas de corta tirada, un puñado de artículos y de reseñas de libros-, y no se podía decir que la gente clamara por el privilegio de oírme leerles en voz alta. Así que acepté el ofrecimiento de la mujer abrumada, y durante los dos días siguientes yo también fui presa del pánico, mientras rebuscaba frenéticamente en el diminuto mundo de mi colección de relatos algo que no me avergonzase, unos párrafos que fuesen lo bastante buenos como para exponérselos a una sala llena de extraños. El viernes por la tarde entré en varias librerías y pedí la novela de Sachs. Me parecía lo correcto haber leído algo de su obra antes de conocerle, pero el libro había sido publicado dos años antes y nadie lo tenía.

La casualidad quiso que la lectura nunca se realizase. El viernes por la noche hubo una inmensa tormenta procedente del Medio Oeste y el sábado por la mañana había caído medio metro de nieve sobre la ciudad. Lo razonable habría sido ponerse en contacto con la mujer que me había llamado, pero por un estúpido descuido no le había pedido su número de teléfono, y como a la una todavía no había tenido noticias suyas, supuse que debía ir al centro lo más rápidamente posible. Me puse el abrigo y los chanclos, metí el manuscrito de mi cuento más reciente en un bolsillo y caminé trabajosamente por Riverside Drive en dirección a la estación de metro de la calle 116 esquina a Broadway. El cielo estaba empezando a aclarar, pero las

calles y las aceras continuaban cubiertas de nieve y apenas había tráfico. En medio de altos montes de nieve junto al bordillo habían sido abandonados unos cuantos coches y camiones y de vez en cuando un vehículo solitario avanzaba centímetro a centímetro por la calle, patinando cada vez que el conductor trataba de pararse en un semáforo en rojo. Normalmente habría disfrutado de aquella confusión, pero hacia un día demasiado horrible como para sacar la nariz de la bufanda. La temperatura había ido descendiendo constantemente desde el amanecer y ahora en el ambiente se respiraba un intenso frío, acompañado de violentos golpes de viento procedentes del Hudson, ráfagas enormes que literalmente empujaban mi cuerpo. Estaba aterido cuando llegué a la estación de metro, pero a pesar de todo parecía que los trenes seguían funcionando. Esto me sorprendió, y mientras bajaba las escaleras y compraba el billete supuse que quería decir que, a pesar de todo, la lectura se celebraría.

Llegué a la Taberna de Nashe a las dos y diez. Estaba abierta, pero una vez mis ojos se acostumbraron a la oscuridad del interior, vi que no había nadie. Un camarero con un delantal blanco estaba detrás de la barra, secando metódicamente los vasos con un paño rojo. Era un hombre corpulento de unos cuarenta años y me estudió cuidadosamente mientras me acercaba, casi como si lamentase aquella interrupción de su soledad.

-¿No se suponía que aquí había una lectura dentro de unos veinte minutos? -pregunté.

En el mismo momento en que las palabras salieron de mi boca, me sentí estúpido por decirlas.

-Se ha cancelado -dijo el camarero-. Con toda esa nieve ahí fuera no tendría mucho sentido. La poesía es algo hermoso, pero no vale la pena que se te congele el culo por ella. Me senté en uno de los taburetes de la barra y pedí un bourbon. Todavía estaba tiritando por mi caminata sobre la nieve y quería calentarme las tripas antes de aventurarme a salir de nuevo. Me liquidé la bebida en dos tragos y pedí otra porque la primera me había sabido muy bien. Iba por la mitad de mi segundo bourbon cuando otro cliente entró en el bar. Era un hombre joven, alto, sumamente delgado, con la cara estrecha y una abundante barba castaña. Le observé mientras daba patadas en el suelo un par de veces, batía palmas con las manos enguantadas y exhalaba ruidosamente a consecuencia del frío. No había duda de que tenía una pinta extraña, tan alto dentro de su abrigo apolillado, con una gorra de béisbol de los Knicks de Nueva York en la cabeza y una bufanda azul marino envuelta sobre la gorra para proteger las orejas. Parecía alguien que tuviera un terrible dolor de muelas, pensé, o bien un soldado ruso medio muerto de hambre, desamparado, en las afueras de Stalingrado. Estas dos imágenes acudieron a mí en rápida sucesión, la primera cómica, la segunda desolada. A pesar de su ridículo atuendo, había algo fiero en sus ojos, una intensidad que sofocaba cualquier deseo de reírse de él. Se parecía a Ichabod Crane, quizás, pero también era John Brown, y una vez que ibas más allá de su atuendo y su desgarbado cuerpo de jugador de baloncesto, empezabas a ver una clase de persona totalmente diferente: un hombre al que no se le escapaba nada, un hombre con mil engranajes girando en su cabeza.

Se detuvo en la puerta unos momentos examinando el local vacío, luego se acercó al camarero y le hizo más o menos la misma pregunta que le había hecho yo diez minutos antes. El camarero le dio más o menos la misma respuesta que me había dado a mi, pero en este caso también hizo un gesto con el pulgar señalando hacia donde yo estaba sentado al extremo de la barra.

-Ese también ha venido a la lectura -dijo-. Probablemente son ustedes las dos únicas personas de Nueva York lo bastante locas como para salir de casa hoy.

-No exactamente -dijo el hombre de la bufanda enrollada alrededor de la cabeza-. Se olvida de contarse a sí mismo.

-No -dijo el camarero-. Lo que pasa es que yo no cuento. Yo tengo que estar aquí, ¿comprende?, y usted no. A eso es a lo que me refiero. Si yo no me presento, pierdo el trabajo.

Librodot

-Yo también he venido aquí a hacer un trabajo -contestó el otro-. Me dijeron que iba a ganar cincuenta dólares. Ahora han suspendido la lectura y yo he perdido el precio del billete de metro.

-Bueno, eso es diferente -dijo el camarero-. Si usted tenía que haber leído, supongo que tampoco cuenta.

-Eso deja a una sola persona en toda la ciudad que ha salido sin necesidad.

-Si están ustedes hablando de mí -dije, entrando finalmente en la conversación-, su lista se reduce a cero.

El hombre de la bufanda alrededor de la cabeza se volvió hacia mí y sonrió.

-Ah, eso quiere decir que eres Peter Aaron, ¿no?

-Supongo que sí -dije-. Si yo soy Peter Aaron, tú debes de ser Benjamin Sachs.

-El mismo que viste y calza -respondió Sachs, y soltó una risita como burlándose de sí mismo. Vino hacia donde yo estaba sentado y me tendió la mano derecha-. Me alegra que esté usted aquí -dijo-. He leído últimamente algunas cosas de las que escribe y tenía muchas ganas de conocerle.

Así fue como empezó nuestra amistad, sentados en aquel bar desierto hace quince años, invitándonos mutuamente hasta que los dos nos quedamos sin dinero. Aquello debió de durar tres o cuatro horas, porque recuerdo claramente que cuando al fin salimos de nuevo al frío tambaleándonos, ya había caído la noche. Ahora que Sachs ha muerto, me resulta insoportable pensar en cómo era entonces, recordar toda la generosidad, el humor y la inteligencia que emanaban de él aquella primera vez que le vi. A pesar de los hechos, es difícil para mí imaginar que la persona que estuvo sentada conmigo en el bar aquel día era la misma persona que acabó destruyéndose la semana pasada. El viaje debió de ser para él tan largo, tan horrible, tan cargado de sufrimiento, que casi no puedo pensar en ello sin sentir ganas de llorar. En quince años, Sachs viajó de un extremo de sí mismo al otro, y para cuando llegó a este último lugar, dudo que supiera ya quién era. Había recorrido tanta distancia que le debía de ser imposible recordar dónde había empezado.

-Generalmente, consigo estar al corriente de lo que se publica -dijo, desatándose la bufanda debajo de la barbilla y quitándosela junto con la gorra de béisbol y el largo abrigo marrón. Lo dejó todo en un montón sobre un taburete cerca de él y se sentó-. Hasta hace dos semanas nunca había oído hablar de ti. Ahora, de repente, parece que asomas por todas partes. De entrada, tropecé con tu artículo acerca de los diarios de Hugo Ball. Un articulo excelente, pensé, hábil y bien argumentado, una respuesta admirable a los temas en cuestión. No estaba de acuerdo con todas tus opiniones, pero las defendías bien y respeté la seriedad de tu posición. Este tipo cree demasiado en el arte, me dije, pero por lo menos sabe dónde está y tiene la inteligencia de reconocer que hay otras opiniones posibles. Luego, tres o cuatro días después, me llegó una revista por correo y lo primero que vi fue un cuento firmado por ti. “El alfabeto secreto”, el que trata sobre un estudiante que constantemente encuentra mensajes escritos en las paredes de los edificios. Me encantó. Me gustó tanto que lo leí tres veces. ¿Quién es este Peter Aaron?, me pregunté, ¿y dónde ha estado escondido? Cuando Kathy como-se-llame me telefoneó para decirme que Palmer había escurrido el bulto, le sugerí que se pusiese en contacto contigo.

-Así que tú eres el responsable de que me encuentre aquí -dije, demasiado aturdido por sus pródigos elogios como para que se me ocurriera algo más que esta débil respuesta.

-Bueno, reconozco que no ha salido como esperábamos.

-Puede que no sea tan mala cosa -dije-. Por lo menos no tendré que permanecer de pie en la oscuridad notando cómo me flojean las piernas. No deja de ser una ventaja.

-La madre naturaleza ha acudido en tu ayuda.

-Exactamente. La suerte me ha salvado el pellejo.

-Me alegro de que te hayas ahorrado ese tormento. No quisiera vivir con eso en mi conciencia.

Librodot

-Pero gracias por hacer que me invitasen. Fue una satisfacción para mí, y la verdad es que te estoy muy agradecido.

-No lo hice para que me lo agradecieses. Sentía curiosidad, y antes o después me habría puesto en contacto contigo yo mismo. Pero se presentó esta oportunidad y pensé que sería una forma más elegante de hacerlo.

-Y aquí estoy, sentado en el Polo Norte con el almirante Peary en persona. Lo menos que puedo hacer es invitarte a una copa.

-Acepto tu invitación, pero con una condición. Tienes que responder primero a mi pregunta.

-Encantado, siempre y cuando me digas cuál es la pregunta. No recuerdo que me hayas hecho ninguna.

-Claro que sí. Te he preguntado dónde has estado escondido. Puede que me equivoque, pero mi suposición es que no llevas mucho tiempo en Nueva York.

-Antes vivía aquí, pero luego me marché. Hace sólo cinco o seis meses que he vuelto.

-¿Y dónde has estado?

-En Francia. He vivido allí cerca de cinco años.

-Eso lo explica. Pero ¿por qué diablos quisiste vivir en Francia?

-Por ninguna razón especial. Sencillamente, quería estar en algún sitio que no fuese aquí.

-¿No fuiste a estudiar? ¿No trabajabas para la UNESCO o para algún importante bufete internacional?

-No, nada de eso. Más o menos vivía al día.

-La vieja aventura del expatriado, ¿no es eso? Joven escritor norteamericano se va a París para descubrir la cultura y a las mujeres hermosas, para experimentar los placeres de sentarse en los cafés y fumar cigarrillos negros.

-No creo que fuese eso tampoco. Sentí que necesitaba aire para respirar, eso es todo. Elegí Francia porque hablo francés. Si hubiese hablado serbo-croata, probablemente me hubiese ido a Yugoslavia.

-Así que te fuiste. Sin ninguna razón especial, según dices. ¿Hubo alguna razón especial para que volvieses?

-Me desperté una mañana el verano pasado y me dije que ya era hora de volver a casa. Así, por las buenas. De repente sentí que ya había estado allí suficiente tiempo. Demasiados años sin béisbol, supongo. Si no recibes tu ración de partidos, se te puede empezar a secar el espíritu.

-¿Y no piensas volver a marcharte?

-No, no creo. Fuera lo que fuera lo que estaba intentando demostrar al irme allí, ya no me parece importante.

-Puede que ya lo hayas demostrado.

-Es posible. O puede que la cuestión haya que plantearla en otros términos. Puede que utilizara los términos equivocados desde el principio.

-De acuerdo -dijo Sachs, dando de pronto una palmada sobre la barra-. Ahora tomaré esa copa. Estoy empezando a sentirme satisfecho, y eso siempre me da sed.

-¿Qué quieres tomar?

-Lo mismo que tú -dijo, sin molestarse en preguntar qué estaba tomando yo-. Y puesto que el camarero tiene que venir hasta aquí de todas formas, dile que te sirva otro. Se impone un brindis. Es tu vuelta al hogar, después de todo, y tenemos que celebrar con clase tu regreso a los Estados Unidos.

No creo que nadie me haya desarmado nunca tan totalmente como lo hizo Sachs aquella tarde. Entró a saco desde el principio, asaltando mis mazmorras y escondites más secretos, abriendo una puerta cerrada tras otra. Según descubrí más tarde, era una actuación típica de él, casi un ejemplo clásico de su forma de moverse por el mundo. Nada de andarse por las ramas, nada de guardar distancias; arremángate y empieza a hablar. No le costaba

ningún esfuerzo entablar conversación con absolutos desconocidos, lanzarse a hacer preguntas que nadie más se habría atrevido a hacer y, con mucha frecuencia, salirse con la suya. Uno tenía la impresión de que no había aprendido nunca las reglas, que, puesto que carecía por completo de inhibiciones, esperaba que todo el mundo fuese tan franco como él. Y sin embargo había siempre algo impersonal en su interrogatorio, como si no estuviese intentando establecer un contacto humano contigo sino más bien intentando resolver para sí algún problema intelectual. Esto daba a sus comentarios cierto matiz abstracto, lo cual inspiraba confianza, te predisponía a contarle cosas que en algunos casos ni siquiera te habías dicho a ti mismo. Nunca juzgaba a nadie cuando le conocía, nunca trataba a nadie como a un inferior, nunca hacía distinciones entre las personas por su condición social. Un camarero le interesaba tanto como un escritor, y si yo no me hubiese presentado ese día, probablemente habría pasado dos horas hablando con el mismo hombre con el cual yo no me había molestado en cruzar ni diez palabras. Sachs le presuponía automáticamente una gran inteligencia a la persona con la que hablaba, confiriéndole así una sensación de dignidad e importancia. Creo que ésa era la cualidad que más admiraba en él, esa habilidad innata para sacar lo mejor de los demás. A veces parecía un tipo raro, un excéntrico con la cabeza en las nubes, permanentemente distraído por oscuros pensamientos y preocupaciones, y sin embargo me sorprendía una y otra vez con cien pequeñas muestras de su atención. Como todo el mundo, sólo que quizás más que otros, conseguía combinar una multitud de contradicciones en una única y compacta presencia. Estuviera donde estuviera, siempre parecía sentirse a gusto en su entorno, a pesar de que raras veces he conocido a nadie que fuese tan torpe, tan inepto físicamente, tan inútil para realizar las acciones más sencillas. Durante toda nuestra conversación de aquella tarde no paró de tirar su abrigo del taburete. Debió de suceder seis o siete veces, y una de ellas, cuando se agachó para recogerlo, incluso se dio con la cabeza en la barra. No obstante, según descubrí más tarde, Sachs era un excelente atleta. Había sido el principal anotador del equipo de baloncesto de su colegio, y en todos los partidos de uno contra uno que jugamos a lo largo de los años, no creo que le ganara más de una o dos veces. Era locuaz y a menudo descuidado al hablar, pero su literatura se caracterizaba por una gran precisión y concisión, un auténtico don para la frase adecuada. El hecho de que escribiera, por otra parte, me parecía muchas veces un enigma. Estaba demasiado volcado hacia fuera, demasiado fascinado por los demás, demasiado contento entre las multitudes, para dedicarse a una ocupación tan solitaria. Pero la soledad apenas le perturbaba y siempre trabajaba con tremenda disciplina y fervor, encerrándose a veces durante varias semanas seguidas para terminar un proyecto. Dado su carácter y su particular modo de mantener vivas todas las facetas de su personalidad, uno suponía que Sachs no estaba casado. Parecía demasiado desarraigado para la vida doméstica, demasiado democrático en sus afectos para ser capaz de mantener relaciones íntimas con una sola persona. Pero Sachs se casó joven, mucho más joven que nadie que yo conociese, y mantuvo vivo ese matrimonio durante cerca de veinte años. Tampoco era Fanny la clase de esposa que parecía especialmente adecuada para él. En caso de necesidad, yo podría haberle imaginado con una mujer dócil y maternal, una de esas esposas que permanece contenta a la sombra de su marido, dedicada a proteger a su hombre-niño de los aspectos prácticos del mundo cotidiano. Pero Fanny no era ni remotamente así. La compañera de Sachs era en todo su igual, una mujer compleja y sumamente inteligente que tenía una vida propia e independiente, y si él consiguió conservarla durante esos veinte años fue únicamente porque se lo ganó a pulso, porque tenía un enorme talento para entenderla y mantenerla en equilibrio consigo misma. El talante dulce de Sachs sin duda ayudó al matrimonio, pero no quisiera poner demasiado énfasis en ese aspecto de su carácter. A pesar de su dulzura, Sachs podía ser rígidamente dogmático en su manera de pensar, y había veces en que se desataba en salvajes ataques de ira, estallidos de cólera verdaderamente terroríficos. Éstos no iban dirigidos tanto a la gente que quería como al mundo en general. Las estupideces del mundo le asombraban y, bajo su jovialidad y buen humor, uno percibía a veces un profundo poso de intolerancia y desprecio. En casi todo lo que escribía se percibía el filo de la

Librodot

irritación y el combate, y a lo largo de los años fue adquiriendo fama de problemático. Supongo que se lo merecía, pero en última instancia esto era una pequeña parte de su personalidad. La dificultad estriba en definirle de un modo concluyente. Sachs era demasiado imprevisible para eso, tenía un espíritu demasiado amplio e ingenioso, demasiado lleno de ideas nuevas para quedarse en el mismo sitio mucho tiempo. A veces me resultaba agotador estar con él, pero nunca aburrido. Sachs me tuvo en vilo durante quince años, desafiándome y provocándome constantemente, y mientras estoy aquí sentado tratando de explicar cómo era, apenas puedo imaginar mi vida sin él.

-Estoy en desventaja contigo -dije, bebiendo un sorbo del bourbon de mi vaso recién lleno-. Tú has leído casi cada palabra que he escrito y yo no he visto ni una línea tuya. Vivir en Francia tenía sus ventajas, pero estar al día sobre los libros norteamericanos no era una de ellas.

-No te has perdido mucho -dijo Sachs-. Te lo aseguro.

-De todas formas, me siento un poco avergonzado. Aparte del título, no sé ni una palabra de tu libro.

-Te regalaré un ejemplar. Así no tendrás ningún pretexto para no leerlo.

-Ayer lo busqué en unas cuantas librerías...

-No te preocupes, ahórrate el dinero. Tengo unos cien ejemplares y estoy encantado de librarme de ellos.

-Si no estoy demasiado borracho, empezaré a leerlo esta misma noche.

-No hay prisa. Al fin y al cabo es sólo una novela y no debes tomártela demasiado en serio.

-Yo siempre me tomo en serio las novelas. Sobre todo cuando me las regala el autor.

-Bueno, este autor era muy joven cuando escribió el libro. Tal vez demasiado joven. A veces lamenta haberlo publicado.

-Pero pensabas leer algún fragmento de él esta tarde. No puede parecerte tan malo, entonces.

-No digo que sea malo. Es joven, simplemente. Demasiado literario, demasiado orgulloso de su propia inteligencia. No se me ocurriría escribir algo así hoy. Y si todavía tengo algún interés en es únicamente por el lugar donde fue escrito. El libro mismo no significa mucho para mí, pero supongo que todavía le tengo apego al lugar donde nació.

-¿Y qué lugar es ése?

-La cárcel. Empecé a escribir el libro en la cárcel.

-¿Quieres decir una cárcel de verdad? ¿Con celdas cerradas y barrotes? ¿Con números impresos en la pechera de la camisa?

-Sí, una cárcel de verdad. La penitenciaría federal de Danbury, Connecticut. Fui huésped de ese hotel durante diecisiete meses.

-Dios santo. ¿Y cómo acabaste allí?

-Fue muy sencillo, en realidad. Me negué a entrar en el ejército cuando me llamaron a filas.

-¿Fuiste objetor de conciencia?

-Quise serlo, pero rechazaron mi solicitud. Supongo que ya conoces la historia. Si perteneces a una religión que predica el pacifismo y se opone a todas las guerras, hay una posibilidad de que tengan tu caso en consideración. Pero yo no soy cuáquero ni adventista del Séptimo Día, y lo cierto es que no me opongo a todas las guerras, sólo a esa guerra. Desgraciadamente, era la única en la que pretendían que participase.

-Pero ¿por qué ir a la cárcel? Había otras alternativas. Canadá, Suecia, incluso Francia. Miles de personas se fueron a esos países.

-Porque yo soy un terco hijo de puta, por eso. No quería huir. Sentía que tenía la responsabilidad de enfrentarme a ellos y decirles lo que pensaba, y no podía hacerlo a menos que estuviese dispuesto a correr ese riesgo.

-Así que escucharon tu noble declaración y luego te encerraron.

-Por supuesto. Pero valió la pena.

-Supongo. Pero esos diecisiete meses debieron ser espantosos.

-No fue tan malo como se podría pensar. Allí dentro no tienes que preocuparte de nada. Te dan tres comidas al día, no tienes que lavarte la ropa, toda tu vida está planificada de antemano. Te sorprendería cuánta libertad te proporciona eso.

-Me alegro de que puedas bromear al respecto.

-No estoy bromeando. Bueno, quizás un poco. Pero no sufrí en ninguno de los aspectos que probablemente estás imaginando. Danbury no es una prisión de pesadilla como Attica o San Quintín. La mayoría de los reclusos eran delincuentes de guante blanco, delitos de desfalco, evasión de impuestos, extender cheques sin fondos, esa clase de cosas. Tuve suerte de que me mandaran allí. Pero la principal ventaja era que yo estaba preparado. Mi caso duró meses y, como siempre supe que iba a perderlo, tuve tiempo de acostumbrarme a la idea de la cárcel. No era uno de esos desgraciados que están siempre abatidos, contando los días, haciendo una cruz en otro casillero del calendario cada noche al acostarse. Cuando entré allí, me dije: esto es lo que hay; aquí es donde vives ahora, tío. Los límites de mi mundo se habían estrechado, pero yo seguía vivo, y mientras pudiese continuar respirando, tirándome pedos y pensando mis pensamientos, ¿qué importaba dónde estuviera?

-Es extraño.

-No, nada extraño. Es como el viejo chiste de Henny Youngman. El marido llega a casa, entra en el cuarto de estar y ve un puro encendido en un cenicero. Le pregunta a su mujer qué es eso, pero ella finge no saberlo. Aún mosqueado, el marido empieza a registrar la casa. Cuando entra en el dormitorio, abre el armario y se encuentra allí a un desconocido. "¿Qué hace usted en mi armario?", pregunta el marido. "No lo sé", tartamudea el otro, temblando y sudando. "Todo el mundo tiene que estar en alguna parte."

-De acuerdo, te entiendo. Pero de todas formas debía haber algunos tipos muy duros contigo en aquel armario. No debió resultar muy agradable.

-Pasé algunos momentos de apuro, lo reconozco. Pero aprendí a arreglármelas bastante bien. Fue la única vez en mi vida en que mi aspecto raro resultó útil. Nadie sabía qué pensar de mí y al cabo de algún tiempo convencí a la mayoría de los otros internos de que estaba loco. Te pasmarías al ver que la gente te deja completamente en paz cuando piensan que estás pirado. En cuanto tienes esa expresión en los ojos, quedas inoculado contra los problemas.

Y todo porque querías defender tus principios.

-No fue tan duro. Por lo menos siempre supe por qué estaba allí. No tuve que torturarme con remordimientos.

-Yo tuve suerte en comparación contigo. No pasé las pruebas físicas a causa del asma y nunca tuve que volver a preocuparme del asunto.

-Así que te fuiste a Francia y yo me fui a la cárcel. Los dos nos fuimos a alguna parte y los dos hemos vuelto. Así pues, ahora estamos los dos en el mismo sitio.

-Es una forma de verlo, supongo.

-Es la única forma de verlo. Nuestros métodos fueron diferentes, pero los resultados fueron exactamente los mismos.

Pedimos otra ronda de copas. Ésa llevó a otra, y luego a otra, y después a una tercera. En medio, el camarero nos invitó a un par de copas por cuenta de la casa, un acto de amabilidad que recompensamos rápidamente animándole a servirse una para él. Luego la taberna empezó a llenarse de clientes y nosotros fuimos a sentarnos a una mesa del fondo. No recuerdo todo lo que hablamos, pero el principio de aquella conversación lo tengo mucho más claro que el final. Para cuando llegamos a la última media hora o tres cuartos, tenía tanto bourbon en el cuerpo que literalmente veía doble. Esto no me había sucedido nunca y no tenía ni idea de cómo lograr que el mundo volviese a estar enfocado. Cada vez que miraba a Sachs, veía dos. Parpadear no me ayudaba y sacudir la cabeza sólo servía para que me mareara. Sachs se había convertido en un hombre con dos cabezas y dos bocas, y cuando finalmente

me puse de pie para marcharme, recuerdo que me cogió con sus cuatro brazos justo cuando yo estaba a punto de caerme. Probablemente fue una buena cosa que hubiese dos Sachs aquella tarde. Yo era casi un peso muerto y dudo que un solo hombre hubiese podido llevarme.

Sólo puedo hablar de las cosas que sé, las cosas que he visto con mis propios ojos y escuchado con mis propios oídos. Exceptuando a Fanny, es posible que yo fuera la persona más cercana a Sáchs, pero eso no significa que sea un experto en los detalles de su vida. Él tenía casi treinta años cuando le conocí y ninguno de los dos nos explayábamos mucho hablando del pasado. Su infancia es en gran medida un misterio para mí y, más allá de unos cuantos comentarios casuales que hizo acerca de sus padres y sus hermanas a lo largo de los años, no sé prácticamente nada acerca de su familia. Si las circunstancias fueran diferentes, intentaría hablar con algunas de estas personas ahora, haría un esfuerzo por llenar tantas lagunas como pudiera. Pero no estoy en situación de empezar a buscar a sus maestros de la escuela y a sus amigos del instituto, de concertar entrevistas con sus primos y compañeros de universidad y con los hombres con los que estuvo en prisión. No hay tiempo suficiente para eso, y puesto que me veo obligado a trabajar rápidamente, no tengo en qué apoyarme salvo mis propios recuerdos. No digo que se deba dudar de estos recuerdos, que haya nada falso o deformado en las cosas que sé acerca de Sachs, pero no quiero presentar este libro como algo que no es. No hay nada definitivo en él. No es una biografía ni un retrato psicológico exhaustivo, y aunque Sachs me confió muchas cosas durante los años de nuestra amistad, creo que sólo estoy en posesión de una comprensión parcial de su persona. Quiero decir la verdad acerca de él, contar estos recuerdos con la mayor sinceridad de que sea capaz, pero no puedo descartar la posibilidad de equivocarme, de que la verdad sea muy diferente de lo que yo imagino.

Nació el 6 de agosto de 1945. Recuerdo la fecha porque siempre la mencionaba, refiriéndose a sí mismo en varias conversaciones como “el primer niño de Hiroshima nacido en Estados Unidos”, “el verdadero niño de la bomba”, “el primer hombre blanco que respiró en la era nuclear”. Solía afirmar que el médico le había traído al mundo en el preciso momento en que el Hombre Gordo salía de las entrañas del *Enola Gay*, pero siempre me pareció que esto era una exageración. La única vez que hablé con la madre de Sachs, ella no recordaba a qué hora había tenido lugar el nacimiento (había tenido cuatro hijos, decía, y todos los partos se mezclaban en su mente), pero por lo menos confirmó la fecha, añadiendo que se acordaba claramente de que le habían contado lo de Hiroshima *después* de que su hijo naciera. Si Sachs se inventó el resto no era más que una pequeña mitificación inocente por su parte. Se le daba muy bien convertir los hechos en metáforas, y puesto que siempre tenía gran abundancia de hechos a su disposición, podía bombardearte con un interminable surtido de extrañas conexiones históricas, emparejando a las personas y los acontecimientos más remotos. Una vez, por ejemplo, me contó que durante la primera visita de Peter Kropotkin a los Estados Unidos en la década de 1890, Mrs. Jefferson Davis, la viuda del presidente confederado, solicitó una entrevista con el famoso príncipe anarquista. Eso ya era de por sí extraño, decía Sachs, pero entonces, sólo unos minutos después de que Kropotkin llegase a casa de Mrs. Davis, se presentó por sorpresa nada más y nada menos que Booker T. Washington. Washington anunció que buscaba al hombre que había acompañado a Kropotkin (un amigo común), y cuando Mrs. Davis se enteró de que estaba esperando en el vestíbulo, ordenó que le hicieran pasar a reunirse con ellos. Así que durante la hora siguiente este improbable trío estuvo sentado alrededor de una mesa tomando el té y conversando cortésmente: el noble ruso que pretendía derribar a todo gobierno organizado, el antiguo esclavo convertido en escritor y educador y la esposa del hombre que llevó a América a su guerra más sangrienta en defensa de la institución de la esclavitud. Sólo Sachs podía saber algo semejante. Sólo Sachs podía informarle a uno de que cuando la actriz de cine Louise Brooks crecía en una pequeña ciudad de Kansas a principios de siglo, su vecina y compañera de juegos era Vivian Vance, la misma mujer que más tarde actuó en el programa de televisión

Librodot

Te quiero, Lucy. Le divertía haber descubierto esto: que los dos extremos de la feminidad americana, la vampiresa y la maruja, la diablesa libidinosa y el ama de casa desaliñada, hubiesen empezado en el mismo lugar, en la misma calle polvorienta de Estados Unidos. A Sachs le encantaban estas ironías, las inmensas locuras y contradicciones de la historia, el modo en que los hechos se ponían constantemente cabeza abajo. Empapándose de estos hechos, podía leer el mundo como si fuera una obra de la imaginación, convirtiendo los sucesos documentados en símbolos literarios, tropos que señalaban una oscura y compleja configuración incrustada en lo real. Nunca pude estar muy seguro de hasta qué punto se tomaba en serio este juego, pero lo jugaba con frecuencia, y a veces era casi como si no pudiese contenerse. El asunto de su nacimiento formaba parte de esta misma compulsión. Por una parte, era una forma de humor negro, pero también era un intento de definirse, una forma de implicarse en los horrores de su tiempo. Sachs hablaba a menudo de la bomba. Era un hecho fundamental del mundo para él, una última demarcación del espíritu, y en su opinión nos separaba de todas las demás generaciones de la historia. Una vez adquirida la capacidad de destruirnos a nosotros mismos, la noción misma de vida humana había quedado alterada; incluso el aire que respirábamos estaba contaminado por el hedor de la muerte. Sachs no era, ciertamente, la primera persona a quien se le había ocurrido esta idea, pero teniendo en cuenta lo que le sucedió hace nueve días, hay algo pavoroso en esa obsesión, como si fuese una especie de tropo mortal, una palabra equivocada que echó raíces dentro de él y se extendió hasta escapar a su control.

Su padre era un judío de la Europa Oriental, su madre una irlandesa católica. Como a la mayoría de las familias norteamericanas, un desastre les había traído aquí (la hambruna de la patata de la década de 1840, los pogromos de la década de 1880), pero más allá de estos pocos detalles, no tenía ninguna información acerca de los antepasados de Sachs. Le gustaba decir que un poeta era el responsable de la venida de su madre a Boston, pero eso era únicamente una referencia a Sir Walter Raleigh, el hombre que introdujo la patata en Irlanda y por lo tanto fue el causante de la plaga surgida trescientos años después. En cuanto a la familia de su padre, me dijo una vez que habían venido a Nueva York a causa de la muerte de Dios. Esto no era más que otra de las enigmáticas alusiones de Sachs, y hasta que penetrabas la lógica de rima infantil que se ocultaba tras ella, parecía carente de sentido. Lo que quería decir era que los pogromos habían empezado después del asesinato del zar Alejandro II; que Alejandro había sido asesinado por los nihilistas rusos; que éstos eran nihilistas porque creían que Dios no existía. Era una sencilla ecuación, en última instancia, pero incomprensible hasta que resolvías los términos intermedios de la secuencia. El comentario de Sachs era como si alguien te dijese que el reino se había perdido por falta de un clavo. Si conocías el poema, lo entendías. Si no lo conocías, no.

Cuándo y dónde se conocieron sus padres, cómo fue su infancia, cómo reaccionaron las respectivas familias ante la perspectiva de un matrimonio mixto, en qué época se trasladaron a Connecticut, todo esto queda fuera del campo de lo que puedo explicar. Que yo sepa, Sachs tuvo una educación laica. Era a la vez judío y católico, lo cual significa que no era ni lo uno ni lo otro. No recuerdo que hablase nunca de haber asistido a una escuela religiosa y, hasta donde yo sé, tampoco tuvo confirmación ni *bar mitzvah*.[1] El hecho de que estuviese circuncidado no era más que un detalle médico. En varias ocasiones, sin embargo, aludió a una crisis religiosa que sufrió hacia la mitad de su adolescencia, pero evidentemente se consumió con bastante rapidez. Siempre me impresionó su familiaridad con la Biblia (tanto con el Viejo como con el Nuevo Testamento) y tal vez comenzó a leerla entonces, durante aquel primer período de lucha interior. A Sachs le interesaban más la política y la historia que las cuestiones espirituales, pero sus opiniones políticas estaban no obstante teñidas de algo que yo llamaría una cualidad religiosa, como si el compromiso político no fuese sólo una forma de enfrentarse a los problemas del aquí y ahora, sino también un medio de salvación

[1] Ceremonia en la sinagoga en la que un muchacho de trece años asume responsabilidades religiosas. (*N. de la T.*)

Librodot

personal. Creo que éste es un detalle importante. Las ideas políticas de Sachs nunca encajaban en categorías convencionales. Desconfiaba de los sistemas y las ideologías, y aunque podía hablar sobre ellos con considerable comprensión y profundidad, la acción política se reducía para él a un asunto de conciencia. Eso fue lo que le hizo decidir ir a la cárcel en 1968. No era porque pensase que podía conseguir nada con ello, sino porque sabía que no podría vivir consigo mismo si no lo hacía. Si tuviese que resumir su actitud hacia sus propias creencias, empezaría por mencionar a los transcendentalistas del siglo XIX. Thoreau fue su modelo, y sin el ejemplo de *La desobediencia civil* dudo que Sachs hubiese llegado a lo que era. No me refiero ahora solamente a la cárcel, sino a todo un planteamiento de vida, una actitud de implacable vigilancia interior. Una vez, cuando *Walden* surgió en la conversación, Sachs me confesó que llevaba barba "porque Henry David también la llevaba", lo cual me permitió vislumbrar de repente cuán profunda era su admiración. Mientras escribo estas palabras, se me ocurre que ambos vivieron el mismo número de años. Thoreau murió a los cuarenta y cuatro y Sachs no le hubiese pasado hasta el mes próximo. Supongo que esta coincidencia no significa nada, pero es una de esas cosas que siempre le gustaron a Sachs, un pequeño detalle para anotarlo en el registro.

Su padre trabajaba como administrador en un hospital de Norwalk y, por lo que he podido deducir, la familia no tenía una posición elevada pero tampoco particularmente apurada. Primero tuvieron dos hijas, luego vino Ben y después una tercera hija, todos en el espacio de seis o siete años. Al parecer Sachs estaba más unido a su madre que a su padre (ella vive todavía, él no), pero nunca tuve la sensación de que hubiese grandes conflictos entre el padre y el hijo. Como ejemplo de su estupidez cuando era niño, Sachs me mencionó una vez lo mucho que se disgustó al enterarse de que su padre no había combatido en la Segunda Guerra Mundial. A la luz de la postura posterior de Sachs, esa reacción resulta casi cómica, pero ¿quién sabe hasta qué punto le afectó esa decepción entonces? Todos sus amigos alardeaban de las hazañas de sus padres como soldados, y él les envidiaba los trofeos de batalla que sacaban cuando jugaban a la guerra en los patios traseros de sus casas: los cascos y las cartucheras, las pistoleras y las cantimploras, las chapas de identificación, las gorras y las medallas. Pero nunca me explicó por qué su padre no sirvió en el ejército. Por otra parte, Sachs siempre habló con orgullo del socialismo de su padre en los años treinta, que al parecer le llevó a organizar sindicatos o alguna otra actividad relacionada con el movimiento obrero. Si Sachs sentía más inclinación por su madre que por su padre, creo que se debía a que sus personalidades eran muy parecidas: ambos eran locuaces y llanos, ambos estaban dotados con un extraño talento para hacer que los demás hablasen de sí mismos. Según Fanny (que me contó tantas cosas sobre estos temas como Ben), el padre de Sachs era más callado y más evasivo que su madre, más introvertido, menos inclinado a dejarte saber lo que pensaba. A pesar de todo, debía de existir un fuerte vínculo entre ellos. La prueba más segura de ello que me viene a la cabeza es una historia que Fanny me contó una vez. Poco después del arresto de Ben, un periodista local fue a su casa para entrevistar a su padre acerca del juicio. Claramente, el periodista buscaba una historia de conflicto generacional (un tema importante en aquellos tiempos), pero una vez que Mr. Sachs se percató de sus intenciones, este hombre normalmente plácido y taciturno dio un puñetazo en el brazo del sillón, miró al periodista a los ojos y dijo:

-Ben es un muchacho fantástico. Siempre le enseñamos a defender aquello en lo que creía, y yo estaría loco si no me sintiera orgulloso de lo que está haciendo ahora. Si hubiese más jóvenes como mi hijo, este país sería un lugar muchísimo mejor.

Nunca conocí a su padre, pero recuerdo extraordinariamente bien un día de Acción de Gracias que pasé en casa de su madre. La visita tuvo lugar unas semanas después de que Ronald Reagan fuese elegido presidente, lo cual significa que fue en noviembre de 1980, va ya para diez años. Yo estaba pasando un mal momento. Mi primer matrimonio se había roto dos años antes y en mi destino no estaba conocer a Iris hasta finales de febrero, para lo cual faltaban sus buenos tres meses. Mi hijo David tenía poco más de tres años, y su madre y yo

Librodot

habíamos acordado que pasase el día de fiesta conmigo, pero los planes que había hecho para nosotros habían fallado en el último minuto. Las alternativas parecían bastante siniestras: salir a un restaurante o cenar pollo congelado en mi pequeño apartamento de Brooklyn. Justo cuando estaba empezando a compadecerme (debía de ser el lunes o el martes), Fanny salvó la situación invitándonos a casa de la madre de Ben en Connecticut. Todos los sobrinos estarían allí, dijo, y sería muy divertido para David.

Ahora Mrs. Sachs se ha trasladado a una residencia de ancianos, pero en aquel entonces todavía vivía en la casa de New Canaan donde se habían criado Ben y sus hermanas. Era una casa grande en las afueras de la ciudad, que parecía haber sido construida en la segunda mitad del siglo XIX, uno de esos laberintos victorianos con gabletes, despensas, escaleras traseras y extraños pasillitos en el segundo piso. Los interiores eran oscuros y el cuarto de estar estaba atestado con montones de libros, periódicos y revistas. Mrs. Sachs debía de tener sesenta y muchos años entonces, pero su aspecto no era en absoluto de viejecita o abuelita. Había sido asistenta social durante muchos años en los barrios pobres de Bridgeport y no era difícil ver que debía de habérsele dado muy bien ese trabajo: una mujer franca, con opiniones, y un sentido del humor desinhibido y extravagante. Al parecer, había muchas cosas que le divertían, no era dada al sentimentalismo ni al mal humor, pero cuando se trataba de política (como ocurrió con frecuencia aquel día), demostraba tener una lengua perversamente afilada. Algunos de sus comentarios eran francamente desvergonzados, y en un momento dado, cuando llamó a los cómplices de Nixon "la clase de hombres que doblan los calzoncillos antes de acostarse por la noche", una de sus hijas me miró con expresión azorada, como disculpándose por el comportamiento poco distinguido de su madre. No tenía por qué haberse preocupado, me agradó enormemente Mrs. Sachs aquel día. Era una matriarca subversiva que aún disfrutaba lanzando puñetazos al mundo y parecía tan dispuesta a reírse de sí misma como de los demás, incluyendo a sus hijos y sus nietos. Poco después de llegar yo, me confesó que era una cocinera horrenda, razón por la cual había delegado en sus hijas la responsabilidad de preparar la cena, pero añadió que (y aquí se acercó a mi y me susurró al oído) aquellas tres chicas tampoco eran demasiado rápidas en la cocina. Después de todo, continuó, ella les había enseñado todo lo que sabían, y si la maestra era un zoquete distraído, ¿qué se podía esperar de las discípulas?

Es verdad que la comida fue espantosa, pero apenas tuvimos tiempo de notarlo. Con tantas personas en la casa aquel día y el constante griterío de cinco niños menores de diez años, nuestras bocas estaban más ocupadas con la charla que con la comida. La familia Sachs era ruidosa. Las hermanas y sus maridos habían venido en avión desde distintos lugares del país, y puesto que la mayoría de ellos no se habían visto desde hacía mucho tiempo, la conversación se convirtió rápidamente en un alboroto, todo el mundo hablando al mismo tiempo. De pronto se simultaneaban tres o cuatro diálogos distintos en la misma mesa, pero como los presentes no necesariamente hablaban con la persona que tenían al lado, esos diálogos no cesaban de entrecruzarse, causando bruscos cambios en el emparejamiento de los hablantes, de modo que parecía que todos participaban en todas las conversaciones a la vez, parloteando acerca de su propia vida y al mismo tiempo escuchando con disimulo la de los demás. Añádase a esto las frecuentes interrupciones de los niños, las idas y venidas de los diferentes platos, el servir el vino, los platos caídos, los vasos volcados, las salsas derramadas, y la cena empezó a parecer un difícil número de vodevil apresuradamente improvisado.

Era una familia fuerte, pensé, un grupo bromista y rebelde formado por individuos que sentían afecto los unos por los otros pero no se aferraban a la vida que habían compartido en el pasado. Era refrescante para mí ver qué poca animosidad había entre ellos, qué pocas de las viejas rivalidades y resentimientos salían a la superficie, pero al mismo tiempo no había mucha intimidad, no parecían tan relacionados entre sí como suelen estarlo los miembros de las familias unidas. Sé que Sachs les tenía cariño a sus hermanas, pero sólo como un acto reflejo y algo distante, y no creo que tuviese una relación especial con ninguna de ellas en su vida adulta. Tal vez tuviese algo que ver con el hecho de que era el único chico, pero cada vez

Librodot

que le miré en el curso de aquella larga tarde y noche, parecía estar hablando con su madre o con Fanny, y probablemente mostró más interés por mi hijo David que por ninguno de sus sobrinos. No estoy tratando de demostrar nada concreto al decir esto. Esta clase de observaciones parciales están sujetas a numerosos errores y malas interpretaciones, pero la verdad es que Sachs se comportó como un personaje solitario dentro de su propia familia, una figura que permanecía ligeramente apartada de las demás. Esto no quiere decir que rehuyese a nadie, pero hubo momentos en que intuí que estaba incómodo, casi aburrido por tener que estar allí.

Basándome en lo poco que sé acerca de la misma, su infancia no parece que fuera extraordinaria. No fue un alumno especialmente bueno en la escuela y si se distinguió por algo fue sólo por sus travesuras. Al parecer no tenía miedo a enfrentarse con la autoridad, y de ser cierto lo que contaba, entre los seis y los doce años estuvo en un continuo fermento de sabotaje creativo. Era el que diseñaba las trampas, el que colgaba el cartelito de “Dame una patada” en la espalda del profesor, el que prendía los petardos en los cubos de la basura de la cafetería. Pasó cientos de horas sentado en el despacho del director durante esos años, pero el castigo era un precio pequeño por la satisfacción que aquellos triunfos le proporcionaban. Los otros chicos le respetaban por su audacia e inventiva, lo cual era probablemente lo que le impulsaba a correr aquellos riesgos. He visto fotografías de Sachs durante su infancia, y no hay duda de que era un patito feo: una de esas espingardas con las orejas grandes, los dientes salientes y una sonrisa boba y torcida. El potencial de ridículo debió de ser enorme; debía de constituir un blanco viviente para toda clase de bromas y aguijonazos salvajes. Si consiguió evitar ese destino fue porque se obligó a ser un poco más atrevido que los demás. No debió de resultar un papel agradable de interpretar, pero se esforzó para hacerlo con maestría, y al cabo de un tiempo ejercía un dominio indiscutido sobre el territorio.

Un aparato le enderezó los dientes torcidos; su cuerpo se ensanchó; sus extremidades aprendieron gradualmente a obedecerle. Cuando alcanzó la adolescencia, Sachs empezó a parecerse a la persona que llegaría a ser más tarde. Su estatura le daba ventaja en los deportes, y cuando empezó a jugar al baloncesto a los trece o catorce años, se convirtió rápidamente en un jugador prometedor. El relegado abandonó las bromas pesadas y las payasadas, y si bien su rendimiento académico en el instituto no fue notable (siempre se describía a sí mismo como un estudiante perezoso, con un interés mínimo en sacar buenas notas), leía libros constantemente y ya empezaba a considerarse un escritor en cierne. Según reconoció él mismo, sus primeras obras eran espantosas: “Exploraciones del alma romántico-absurdas”, las llamó una vez, horrendos cuentecitos y poemas que guardó en absoluto secreto. Pero perseveró en ello y, como señal de su creciente seriedad, a los diecisiete años se compró una pipa. Pensaba que éste era el distintivo de cualquier escritor, y durante su último año de instituto se pasaba todas las tardes sentado en su mesa de estudio, la pluma en una mano, la pipa en la otra, llenando la habitación de humo.

Estas historias proceden directamente de Sachs. Me ayudaron a concretar mi impresión de cómo era antes de que yo le conociera, pero al repetir sus comentarios ahora me doy cuenta de que podían haber sido enteramente falsos. La autocrítica era un elemento importante dentro de su personalidad, y a menudo se utilizaba a sí mismo como blanco de sus propias bromas. Especialmente cuando hablaba del pasado, le gustaba presentarse en los términos menos favorecedores. Siempre era el chico ignorante, el tonto pomposo, el buscabullas, el zafio desmañado. Tal vez era así como quería que le viese, o puede que encontrase un placer perverso en tomarme el pelo. Porque el hecho es que hace falta una gran seguridad para que alguien se burle de sí mismo, y una persona con esa clase de seguridad raras veces es un idiota o un zafio.

Hay una sola historia de esos primeros tiempos que me parece algo fiable. La oí hacia el final de mi visita a Connecticut en 1980, y puesto que la fuente es su madre tanto como él, pertenece a una categoría distinta del resto. En sí misma, esta anécdota es menos espectacular que algunas de las que me contó Sachs, pero, considerándola ahora desde la perspectiva de

Librodot

toda su vida, destaca con especial relieve, como si fuera el anuncio de un tema, la afirmación inicial de una frase musical que continuó obsesionándole hasta sus últimos momentos en la tierra.

Una vez recogida la mesa, a las personas que no habían ayudado a preparar la cena se les asignó la tarea de fregar en la cocina. Eramos sólo cuatro: Sachs, su madre, Fanny y yo. Era un trabajo inmenso, todas las encimeras estaban abarrotadas de vajilla sucia, y mientras nos turnábamos para rascar, enjabonar, aclarar y secar, charlamos de una cosa y otra, vagando sin rumbo de un tema a otro. Al cabo de un rato nos encontramos hablando del día de Acción de Gracias, lo cual nos llevó a una discusión acerca de otras fiestas norteamericanas, lo cual condujo a su vez a unos comentarios de pasada sobre símbolos nacionales. Se mencionó la Estatua de la Libertad, y luego, casi como si el recuerdo les hubiese venido a ambos simultáneamente, Sachs y su madre empezaron a hablar de un viaje que habían hecho a la isla de Bedloes a principios de los años cincuenta. Fanny nunca había oído la historia, así que ella y yo nos convertimos en el público, de pie con un paño de cocina en la mano, mientras ellos dos interpretaban su numerito.

-¿Te acuerdas de aquel día, Benjy? -comenzó Mrs. Sachs.

-Claro que me acuerdo -dijo Sachs-. Fue uno de los momentos cruciales de mi infancia.

-Eras muy pequeño. No tendrías más de seis o siete años.

-Fue el verano en que cumplí seis. Mil novecientos cincuenta y uno.

-Yo tenía unos cuantos más, pero nunca había visitado la Estatua de la Libertad. Pensé que ya era hora, así que un día te metí en el coche y te llevé a Nueva York. No recuerdo dónde estaban las niñas aquella mañana, pero estoy completamente segura de que íbamos sólo nosotros dos.

-Sólo nosotros dos y Mrs. No-sé-cuántos-stein y sus dos hijos. Nos reunimos con ellos allí.

-Doris Saperstein, mi vieja amiga del Bronx. Tenía dos niños más o menos de tu edad. Eran verdaderos golfillos, un par de indios salvajes.

-Niños normales, simplemente. Fueron ellos quienes causaron toda la disputa.

-¿Qué disputa?

-No te acuerdas de esa parte, ¿eh?

-No, sólo recuerdo lo que sucedió después. Eso borró todo lo demás.

-Me hiciste llevar aquellos horribles pantalones cortos con calcetines blancos hasta la rodilla. Siempre me arreglabas mucho cuando salíamos, y yo lo odiaba. Me sentía como un mariquita con aquella ropa, un Fauntleroy de punta en blanco. Ya era bastante terrible en las salidas familiares, pero la idea de presentarme así delante de los hijos de Mrs. Saperstein me resultaba intolerable. Sabía que ellos llevarían camisetas, pantalones de algodón y zapatillas deportivas, y no sabía cómo iba a enfrentarme con ellos.

-Pero si parecías un ángel con aquella ropa -dijo su madre.

-Puede, pero yo no quería parecer un ángel. Yo quería parecer un niño norteamericano normal. Te rogué que me pusieses otra cosa. Pero te negaste. “Visitar la Estatua de la Libertad no es como jugar en el patio trasero”, dijiste. “Es el símbolo de nuestro país y tenemos que mostrarle el debido respeto.” Incluso entonces la ironía de la situación no se me escapó. Estábamos a punto de rendir homenaje al concepto de la libertad y yo estaba encadenado. Vivía en una absoluta dictadura y, desde que podía recordar, mis derechos habían sido pisoteados. Traté de explicarte lo de los otros chicos, pero no me escuchaste. Tonterías, dijiste, llevarán sus trajes de vestir. Estabas tan condenadamente segura de ti misma que finalmente reuní valor y me ofrecí a hacer un trato contigo. De acuerdo, dije, me pondré esa ropa hoy, pero si los otros chicos llevan pantalones de algodón y zapatillas deportivas será la última vez que tenga que hacerlo. En adelante, me darás permiso para ponerme lo que quiera.

-¿Y acepté eso? ¿Me avine a pactar con un crío de seis años?

Librodot

-Simplemente me seguías la corriente. La posibilidad de perder la apuesta ni siquiera se te ocurrió. Pero, mira por donde, cuando Mrs. Saperstein llegó a la Estatua de la Libertad con sus dos hijos, éstos iban vestidos exactamente como yo había previsto. Y así fue como me convertí en el amo de mi propio guardarropa. Fue la primera victoria importante de mi vida. Me sentí como si hubiese asestado un golpe a favor de la democracia, como si me hubiese levantado en nombre de los hombres oprimidos del mundo entero.

-Ahora sé por qué eres tan aficionado a los vaqueros -dijo Fanny-. Descubriste el principio de la autodeterminación y en ese momento decidiste ir mal vestido el resto de tu vida.

-Exactamente -dijo Sachs-. Me gané el derecho a ser un guarro, y desde entonces he portado el estandarte orgullosamente.

-Y entonces -continuó Mrs. Sachs, impaciente por seguir con la historia- empezamos a subir.

-La escalera de caracol -añadió su hijo-. Encontramos los escalones y comenzamos a subirlos.

-La cosa no fue mal al principio -dijo Mrs. Sachs-. Doris y yo dejamos que los chicos fueran delante y nos tomamos la subida con calma, agarradas al pasamanos. Llegamos hasta la corona, miramos la bahía durante un par de minutos y todo estaba en orden. Pensé que aquello era todo y que entonces empezaríamos a bajar y nos iríamos a tomar un helado en alguna parte. Pero en aquellos tiempos todavía te dejaban llegar hasta la antorcha, lo cual significaba subir otra escalera, una que iba por el brazo de la vieja gruñona. Los chicos estaban locos por subir hasta allí. No cesaban de gritar y protestar diciendo que querían verlo todo, así que Doris y yo cedimos. Resultó que esta escalera no tenía barandilla como la otra. Era la espiral de peldaños de hierro más estrecha y retorcida que había visto nunca, un poste de incendios con salientes, y cuando mirabas a través del brazo te parecía que estabas a trescientos kilómetros por encima de la tierra, era la pura nada todo alrededor, el gran vacío del cielo. Los chicos subieron corriendo hasta la antorcha ellos solos, pero cuando había hecho dos tercios de la subida, yo me di cuenta de que no iba a poder acabarla. Siempre me había considerado una chica bastante fuerte. No era una de esas mujeres histéricas que chillan cuando ven un ratón, era una joven robusta y práctica que había pasado por todo, pero de pie en aquellas escaleras me sentí débil por dentro. Tenía un sudor frío, pensé que iba a vomitar. Doris tampoco estaba ya en muy buena forma, así que las dos nos sentamos en un escalón, confiando en que eso nos calmara los nervios. Nos ayudó un poco, pero no mucho, e incluso con el trasero plantado sobre algo sólido, yo seguía teniendo la sensación de que estaba a punto de caerme, de que en cualquier momento me caería de cabeza hasta el fondo. Fue lo más espantoso que he sentido en mi vida. Estaba completamente trastocada y revuelta. Tenía el corazón en la garganta, la cabeza en las manos, el estómago en los pies. Me asusté tanto pensando en Benjamin que me puse a llamarle a gritos para que bajara. Fue terrible. Mi voz resonaba dentro de la Estatua de la Libertad como los aullidos de un espíritu atormentado. Los chicos dejaron la antorcha finalmente y entonces bajamos todos las escaleras sentados, peldaño a peldaño. Doris y yo tratamos de que a los chicos les pareciese un juego, fingiendo que aquélla era la forma más divertida de bajar. Pero por nada en el mundo me hubiese puesto de pie nuevamente en aquellas escaleras. Antes me habría tirado al vacío que hacer eso. Debimos tardar una media hora en llegar abajo, y para entonces yo era una ruina, una masa de carne y huesos. Benjy y yo nos quedamos en casa de los Saperstein aquella noche, y desde entonces he tenido un miedo mortal a las alturas. Preferiría morirme a poner los pies en un avión, y en cuanto llego al tercer o cuarto piso de un edificio, me convierto en gelatina. ¿Qué os parece? Y todo empezó aquel día cuando Benjamin era un niño, mientras subíamos a la antorcha de la Estatua de la Libertad.

-Fue mi primera lección de teoría política -dijo Sachs, apartando la vista de su madre para mirarnos a Fanny y a mí-. Aprendí que la libertad puede ser peligrosa. Si no tienes cuidado, puede matarte.

No quiero darle demasiada importancia a esta historia, pero al mismo tiempo creo que no debo pasarla por alto. En sí misma, no es más que un episodio trivial, una pequeña anécdota familiar, y Mrs. Sachs la contó con suficiente humor, burlándose de sí misma, como para borrar sus más bien terroríficas implicaciones. Todos nos reímos cuando terminó, y luego la conversación pasó a otra cosa. De no ser por la novela de Sachs (la misma que llevó por las calles nevadas a nuestra lectura abortada en 1975), tal vez la habría olvidado por completo. Pero dado que ese libro está lleno de referencias a la Estatua de la Libertad es difícil ignorar la posibilidad de una relación; como si la experiencia infantil de presenciar el pánico de su madre estuviese de algún modo en el fondo de lo que escribió veinte años más tarde. Se lo pregunté aquella noche cuando volvíamos en su coche a la ciudad, pero Sachs se rió de mi pregunta. Ni siquiera se acordaba de esa parte de la historia, dijo. Luego, desechando el tema de una vez por todas, se lanzó en una cómica diatriba contra las trampas del psicoanálisis. En última instancia, nada de eso importa. El hecho de que Sachs negase la relación, no significa que ésta no existiera. Nadie puede decir de dónde proviene un libro, y menos que nadie la persona que lo escribe. Los libros nacen de la ignorancia, y si continúan viviendo después de escritos es sólo en la medida en que no pueden entenderse.

El nuevo coloso es la única novela que Sachs publicó en su vida. Fue la primera cosa escrita por él que leí, y no cabe duda de que desempeñó un papel significativo en hacer que nuestra amistad prosperase. Sachs me había agradado en persona, pero cuando me di cuenta de que también podía admirar su obra, sentí muchas más ganas de conocerle, estuve mucho más dispuesto a verle y hablarle de nuevo. Eso le colocó en el acto en un lugar distinto del de todas las demás personas que había conocido desde que volví a Estados Unidos. Descubrí que era más que un compañero de copas en potencia, más que simplemente otro conocido. Una hora después de abrir el libro de Sachs hace quince años, comprendí que era posible que llegásemos a ser amigos.

Acabo de pasar la mañana examinándolo de nuevo (hay varios ejemplares aquí, en la cabaña), y estoy asombrado por lo poco que han cambiado mis sentimientos respecto al libro. Creo que no necesito decir mucho más. El libro continúa existiendo, se encuentra en librerías y bibliotecas y cualquiera que desee leerlo puede hacerlo sin dificultad. Apareció en edición de bolsillo un par de meses después de que Sachs y yo nos conociésemos y desde entonces ha estado casi siempre a la venta, viviendo una vida tranquila pero saludable en los márgenes de la literatura reciente. Un libro excéntrico que ha conservado un pequeño sitio en las estanterías. La primera vez que lo leí, sin embargo, entré en él en frío. Después de escuchar a Sachs en el. bar, supuse que había escrito una primera novela convencional, uno de esos intentos apenas velados de novelar la historia de la propia vida. No pensaba reprochárselo, pero él había hablado tan despectivamente del libro, que sentí que tenía que prepararme para una especie de decepción. Me dedicó un ejemplar aquel día en el bar, pero en lo único en que me fijé entonces fue que se trataba de un libro grueso, de más de cuatrocientas páginas. Empecé a leerlo la tarde siguiente, tumbado en la cama después de beberme seis tazas de café para aliviar la resaca de la juerga del sábado. Como Sachs me habla advertido, era el libro de un hombre joven, pero no en ninguno de los sentidos que yo había supuesto. *El nuevo coloso* no tenía nada que ver con los años sesenta, nada que ver con Vietnam, ni con el movimiento antiguerra, nada que ver con los diecisiete meses que él había pasado en la cárcel. El hecho de que yo hubiese esperado encontrar todo eso se debía a una falta de imaginación por mi parte. La idea de la cárcel era tan terrible para mí que no podía imaginar que alguien que hubiese estado en ella no escribiese acerca de eso.

Como todos los lectores saben, *El nuevo coloso* es una novela histórica, un libro meticulosamente documentado situado en América entre 1876 y 1890 y basado en hechos reales. La mayoría de los personajes son seres que vivieron realmente en esa época, e incluso cuando los personajes son imaginarios, no son tanto inventos como préstamos, figuras robadas de las páginas de otras novelas. Por lo demás, todos los hechos son verdaderos -

Librodot

verdaderos en el sentido de que siguen el hilo de la historia- y en aquellos lugares en los que eso no queda claro, no hay ninguna manipulación de las leyes de la probabilidad. Todo parece verosímil, real, incluso banal por lo preciso de su descripción, y sin embargo Sachs sorprende al lector continuamente, mezclando tantos géneros y estilos para contar su historia que el libro empieza a parecer una máquina de juego, un fabuloso artefacto con luces parpadeantes y noventa y ocho efectos sonoros diferentes. De capítulo en capítulo, va saltando de la narración tradicional en tercera persona a diarios y cartas en primera persona, de tablas cronológicas a pequeñas anécdotas, de artículos de periódico a ensayos o diálogos teatrales. Es un torbellino, una maratón a toda velocidad desde la primera línea hasta la última, y piense lo que cada uno piense del libro en su conjunto, es imposible no respetar la energía del autor, el absoluto atrevimiento de sus ambiciones.

Entre los personajes que aparecen en la novela están Emma Lazarus, Toro Sentado, Ralph Waldo Emerson, Joseph Pulitzer, Búfalo Bill Cody, Auguste Bartholdi, Catherine Weldon, Rose Hawthorne (la hija de Nathaniel), Ellery Channing, Walt Whitman y William Tecumseh Sherman. Pero también aparece Raskolnikov (sacado directamente del epílogo de *Crimen y castigo*: puesto en libertad y recién llegado como emigrante a los Estados Unidos, donde da forma inglesa a su nombre y lo convierte en Ruskin), e igualmente está Huckleberry Finn (un hombre de mediana edad sin ocupación fija que protege a Ruskin), y lo mismo Ismael de *Moby Dick* (que tiene un brevísimo papel como tabernero en Nueva York). *El nuevo coloso* empieza en el año del primer centenario de Estados Unidos y recorre los principales acontecimientos de la siguiente década y media: la derrota de Custer en Little Bighorn, la construcción de la Estatua de la Libertad, la huelga general de 1877, el éxodo de los judíos rusos hacia América en 1881, la invención del teléfono, los disturbios de Haymarket en Chicago, la práctica de la religión de la Danza del Espíritu entre los sioux, la masacre de Wounded Knee. Pero también se registran pequeños sucesos, y son éstos los que finalmente dan al libro su forma, los que lo convierten en algo más que un rompecabezas de hechos históricos. El primer capítulo es un buen ejemplo de lo dicho. Emma Lazarus va a Concord, Massachusetts, para pasar unos días invitada en casa de Emerson. Mientras está allí, le presentan a Ellery Channing, el cual la acompaña a hacer una visita a Walden Pond y le habla de su amistad con Thoreau (muerto catorce años antes). Los dos se sienten atraídos y se hacen amigos, otra de esas extrañas yuxtaposiciones a las que tan aficionado era Sachs: el caballero canoso de Nueva Inglaterra y la joven poetisa judía de Millionaire's Row en Nueva York. En su último encuentro, Channing le da un regalo y le dice que no lo abra hasta que esté en el tren de regreso a casa. Cuando ella desenvuelve el paquete encuentra un ejemplar del libro de Channing sobre Thoreau, junto con una de las reliquias que el anciano ha atesorado desde la muerte de su amigo: la brújula de bolsillo de Thoreau. Es un momento hermoso, tratado con mucha sensibilidad por Sachs, e introduce en la mente del lector una importante imagen que se repetirá con distintos disfraces a lo largo del libro. Aunque no se dice explícitamente, el mensaje no puede ser más claro. América ha perdido el rumbo. Thoreau era el único hombre que sabía leer la brújula, y ahora que ha muerto no tenemos ninguna esperanza de volver a encontrarnos a nosotros mismos.

Está la extraña historia de Catherine Weldon, la mujer de clase media que se va al Oeste para convertirse en una de las esposas de Toro Sentado. Hay un relato burlesco del viaje del gran duque ruso Alexis por los Estados Unidos, cazando búfalos con Bill Cody, bajando por el Mississippi con el general George Armstrong Custer y su esposa. Está el general Sherman, cuyo segundo nombre rinde homenaje a un guerrero indio, recibiendo un nombramiento en 1876 (sólo un mes después de la última resistencia de Custer) "para asumir el control militar de todas las reservas en territorio de los sioux y tratar a los indios que allí se encuentren como prisioneros de guerra" y luego, sólo un año más tarde, recibiendo otro nombramiento del Comité Americano para la Estatua de la Libertad "al objeto de decidir si la estatua debe colocarse en la isla Governor o en la de Bedloe". Está Emma Lazarus muriéndose de cáncer a los treinta y siete años, atendida por su amiga Rose Hawthorne, la

Librodot

cual se transforma de tal modo a causa de la experiencia que se convierte al catolicismo, entra en la orden de Santo Domingo como la hermana Alfonsa y dedica los últimos treinta años de su vida a cuidar enfermos terminales. Hay docenas de episodios semejantes en el libro, todos auténticos, todos basados en hechos reales, y sin embargo Sachs los hilvana de tal manera que se van volviendo cada vez más fantásticos, casi como si estuviese delineando una pesadilla o una alucinación. A medida que el libro avanza adquiere un carácter más inestable -lleno de encuentros y partidas imprevisibles, caracterizado por cambios de tono que se hacen cada vez más rápidos-, hasta que uno llega a un punto en el que le parece que todo empieza a levitar, a elevarse milagrosamente del suelo como un gigantesco globo meteorológico. Al llegar al último capítulo, uno está tan arriba que se da cuenta de que no puede volver a bajar sin caerse, sin quedar aplastado.

Tiene defectos claros, sin embargo. Aunque Sachs se esfuerza por enmascararlos, hay veces en que la novela parece demasiado construida, demasiado mecánica en su orquestación de los sucesos y sólo en raras ocasiones los personajes cobran vida plenamente. Hacia la mitad de mi primera lectura, recuerdo haberme dicho que Sachs era más un pensador que un artista, y a menudo me molestaba su torpeza, la forma en que insistía en algunos puntos, manipulando los personajes para subrayar sus ideas en lugar de dejarles que creasen la acción ellos mismos. No obstante, a pesar de que no estaba escribiendo sobre sí mismo, comprendí lo profundamente personal que el libro debía de ser para él. La emoción dominante era la ira, una ira madura y lacerante que surgía casi en cada página: ira contra América, ira contra la hipocresía política, ira como arma para destruir los mitos nacionales. Pero dado que la guerra de Vietnam aún se estaba librando entonces y dado que Sachs había ido a la cárcel a causa de esa guerra, no era difícil comprender de dónde procedía su ira. Le daba al libro un tono polémico y estridente, pero creo que ése era también el secreto de su fuerza, el motor que impulsaba al libro hacia adelante y que generaba el deseo de continuar leyéndolo. Sachs sólo tenía veintitrés años cuando empezó *El nuevo coloso* y continuó con el proyecto durante cinco años, en los cuales escribió siete u ocho borradores. La versión publicada tenía 436 páginas y yo me las había leído todas cuando me fui a dormir el martes por la noche. Mi admiración por lo que había logrado empequeñecía cualquier reserva que pudiera haber tenido. Cuando llegué a casa después del trabajo el miércoles por la tarde me senté inmediatamente a escribirle una carta. Le dije que había escrito una gran novela. Cuando deseara compartir conmigo otra botella de bourbon, sería un honor para mí acompañarle vaso a vaso.

A partir de entonces empezamos a vernos con regularidad. Sachs no tenía empleo y eso hacía que estuviera más disponible que la mayoría de la gente que yo conocía, que fuese más flexible en sus hábitos. La vida social en Nueva York tiende a ser demasiado rígida. Una simple cena puede requerir semanas de planificación, y los mejores amigos pueden pasar meses sin tener ningún contacto. Con Sachs, sin embargo, los encuentros improvisados eran la norma. Trabajaba cuando el espíritu le impulsaba a ello (generalmente de noche) y el resto del tiempo vagabundeaba libremente, deambulando por las calles de la ciudad como un *flâneur* del siglo XIX, dejándose guiar por su instinto. Paseaba, iba a museos y galerías de arte, veía películas a cualquier hora del día, leía libros en los bancos del parque. No estaba sometido al reloj como lo están otras personas. En consecuencia, nunca tenía la sensación de estar perdiendo el tiempo. Eso no significa que no fuese productivo, pero el muro que separa el trabajo y el ocio se había desmoronado para él hasta tal punto que apenas se daba cuenta de su existencia. Esto le ayudaba como escritor, creo, ya que las mejores ideas siempre se le ocurrían cuando estaba lejos de su mesa. En ese sentido, para él todo entraba en la categoría de trabajo. Comer era trabajar, ver un partido de baloncesto era trabajar, sentarse con un amigo en un bar a medianoche era trabajar. A pesar de las apariencias, apenas había un momento en que no estuviese trabajando.

Mis días no estaban ni mucho menos tan abiertos como los suyos. Había regresado de París el verano anterior con nueve dólares en el bolsillo, y antes que pedirle un préstamo a mi

padre (que probablemente no me habría dado de todas formas), me había apresurado a aceptar el primer empleo que me ofrecieron. Cuando conocí a Sachs yo trabajaba para un comerciante de libros raros en el Upper East Side, principalmente sentado en la trastienda escribiendo catálogos y contestando cartas. Entraba todas las mañanas a las nueve y salía a la una. Por las tardes traducía en casa, en ese momento una historia de la China moderna de un periodista francés que había estado destinado en Pekín, un libro chapucero y mal escrito que exigía más esfuerzo del que merecía. Mi esperanza era dejar el empleo con el librero y empezar a ganarme la vida como traductor, pero todavía no estaba claro que mi plan fuese a dar resultado. Mientras tanto, también escribía relatos y hacía alguna que otra reseña de libros, y entre unas cosas y otras no dormía mucho. Sin embargo, veía a Sachs más a menudo de lo que me parece posible ahora, teniendo en cuenta las circunstancias. Una ventaja era que vivíamos en el mismo barrio, y nuestros apartamentos estaban a una distancia que se podía recorrer fácilmente a pie. Esto nos llevó a bastantes citas nocturnas en los bares de Broadway y luego, después de que descubriésemos nuestra respectiva pasión por los deportes, también las tardes del fin de semana, puesto que en los bares siempre ponían los partidos y nosotros no teníamos televisión. Casi enseguida empecé a ver a Sachs una media de dos veces por semana, mucho más que a ninguna otra persona.

Poco después de que empezasen estas citas me presentó a su mujer. Fanny era entonces una estudiante graduada en el departamento de historia del arte de la Columbia, que daba clases en unos cursos de estudios generales y estaba terminando su tesis sobre paisajismo norteamericano del siglo XIX. Ella y Sachs se habían conocido en la universidad de Wisconsin diez años antes, tropezando literalmente el uno con el otro en una manifestación pacifista que se había organizado en el campus de la universidad. Cuando Sachs fue arrestado en la primavera de 1967 ya llevaban casi un año casados. Vivieron en casa de los padres de Ben en New Canaan durante el período del juicio, y una vez que se dictó sentencia y Ben fue a prisión (a principios de 1968), Fanny regresó al piso de sus padres en Brooklyn. En esa época solicitó una plaza en el programa para posgraduados de la Columbia y le concedieron una beca de facultad que incluía enseñanza gratuita, una pensión de varios miles de dólares y la obligación de dar un par de cursos. Pasó el resto de ese verano trabajando en una oficina de Manhattan, encontró un pequeño apartamento en la calle 112 Oeste a finales de agosto y comenzó las clases en septiembre. Cada domingo iba a Danbury en tren para visitar a Ben. Menciono todo esto ahora porque por casualidad la vi bastantes veces durante ese año sin tener la menor idea de quién era. Por entonces, yo estudiaba en la Columbia y mi apartamento estaba sólo a cinco manzanas del suyo, en la calle 107 Oeste. Casualmente, dos de mis mejores amigos vivían en su mismo edificio y en varias de mis visitas me tropecé con ella en el ascensor o en el portal. Además, en ocasiones la veía andando por Broadway, otras me la encontraba delante de mí en el mostrador del estanco, y a veces la veía fugazmente entrar en un edificio de la universidad. En primavera incluso estuvimos juntos en una clase, un curso de conferencias muy concurrido sobre historia de la estética que daba un catedrático del departamento de filosofía. Me fijé en ella en todos estos lugares porque la encontraba atractiva, pero nunca pude reunir el valor necesario para hablarle. Había algo en su elegancia que intimidaba, una cualidad amurallada que parecía desalentar a los desconocidos. Supongo que en parte se debía al anillo de boda en su mano izquierda, pero aunque no hubiese estado casada no estoy seguro de que la cosa hubiese sido diferente. Sin embargo, hice un esfuerzo consciente para sentarme detrás de ella en esa clase de filosofía, simplemente con objeto de pasar una hora todas las semanas observándola por el rabillo del ojo. Nos sonreímos una o dos veces cuando salíamos del aula, pero yo era demasiado tímido para ir más allá. Cuando finalmente Sachs me la presentó en 1975, nos reconocimos inmediatamente. Fue una experiencia perturbadora y tardé varios minutos en recobrar la serenidad. Un misterio del pasado había quedado resuelto de repente. Sachs era el marido ausente de la mujer que yo había observado con tanta atención seis o siete años antes. Si me hubiese quedado en el barrio es casi seguro que le habría visto después de su salida de la cárcel. Pero yo me gradué en

Librodot

junio y Sachs no volvió a Nueva York hasta agosto. Para entonces yo ya había dejado mi apartamento y estaba camino de Europa.

No hay duda de que formaban una extraña pareja. En casi cualquier sentido que se me ocurra, Ben y Fanny parecían existir en reinos mutuamente excluyentes. Ben era todo brazos y piernas, un conjunto de ángulos agudos y huesudas protuberancias, mientras que Fanny era baja y redonda, con una cara suave y la piel aceitunada. En comparación con Fanny, Ben era rubicundo, con el pelo rizado y despeinado y una piel que se quemaba fácilmente al sol. Ocupaba mucho espacio, parecía estar constantemente en movimiento, cambiaba de expresión facial cada cinco o seis segundos, mientras que Fanny era equilibrada, sedentaria, gatuna en su forma de habitar su propio cuerpo. No me parecía bella tanto como exótica, aunque tal vez ésa sea una palabra muy fuerte para lo que estoy tratando de expresar. La expresión capacidad de fascinación probablemente se aproximaba más a lo que quiero decir, cierto aire de autosuficiencia que hacía que desearas mirarla, incluso cuando estaba sentada sin hacer nada. No era graciosa en el sentido en que podía serlo Ben, no era rápida, nunca hablaba demasiado. Y, sin embargo, yo siempre tenía la sensación de que era la más lógica de los dos, la más inteligente, la más analítica. La mente de Ben era toda intuición, osada pero no especialmente sutil, una mente a la que le gustaba correr riesgos, penetrar en la oscuridad, hacer conexiones improbables. Fanny, por el contrario, era concienzuda y desapasionada, perseverante en su paciencia, nada propensa a los juicios rápidos o los comentarios infundados. Ella era una erudita, él era un tipo listo; ella era una esfinge, él era una herida abierta; ella era una aristócrata, él era un hombre del pueblo. Estar con ellos era como observar el matrimonio entre una pantera y un canguro. Fanny, siempre magníficamente vestida, con mucho estilo, caminando al lado de un hombre casi treinta centímetros más alto que ella, un niño grande con camiseta negra, pantalones vaqueros y una sudadera gris con capucha. En la superficie no parecía tener sentido. Les veías y tu primera reacción era pensar que no se conocían.

Pero eso era sólo en la superficie. Debajo de su aparente torpeza, Sachs tenía una notable comprensión de las mujeres. No sólo de Fanny, sino de casi todas las mujeres que conocía, y yo me sorprendía una y otra vez al ver con qué naturalidad se sentían atraídas por él. Tal vez tenía algo que ver el hecho de haber crecido con tres hermanas, como si las intimidades aprendidas en la infancia le hubiesen impregnado de un conocimiento oculto, un acceso a los secretos femeninos que otros hombres pasan toda su vida tratando de descubrir. Fanny tenía sus momentos difíciles, y me imagino que la convivencia con ella no había de ser fácil. Su calma exterior era una máscara que ocultaba la turbulencia interior, y en varias ocasiones vi por mí mismo lo rápidamente que podía caer en estados de ánimo sombríos y depresivos, abrumada por una indefinible angustia que de pronto la empujaba al borde de las lágrimas. En esas ocasiones Sachs la protegía, tratándola con una ternura y discreción que podía ser conmovedora, y creo que Fanny aprendió a depender de él por eso, a darse cuenta de que nadie era capaz de entenderla tan profundamente como él. Con mucha frecuencia, esta compasión se expresaba indirectamente, en un lenguaje impenetrable para los extraños. La primera vez que fui a su apartamento, por ejemplo, la conversación durante la cena nos llevó al tema de los niños: tenerlos o no tenerlos, cuál era el mejor momento si los querías, cuántos cambios significaban, etc. Recuerdo haber hablado rotundamente a favor de tenerlos. Sachs, en cambio, se enfrascó en una larga perorata acerca de por qué estaba en desacuerdo conmigo. Los argumentos que utilizó eran bastante convencionales (el mundo es un lugar demasiado terrible, la población es demasiado numerosa, perderían demasiada libertad), pero los expuso con tanta vehemencia y convicción que supuse que hablaba también en nombre de Fanny y que ambos eran totalmente opuestos a convertirse en padres. Años más tarde descubrí que la verdad era justamente la contraria. Habían deseado desesperadamente tener hijos, pero Fanny no podía concebir. Tras numerosos intentos de conseguir que se quedase embarazada, habían consultado con los médicos, habían probado tratamientos de fertilidad, habían utilizado diversos remedios de herbolario, pero nada había servido. Sólo unos días antes de aquella cena en 1975 les habían dado la confirmación definitiva de que nada serviría nunca. Fue un

Librodot

golpe tremendo para Fanny. Según me confesó más adelante, fue su pena más grande, una pérdida que continuaría llorando el resto de su vida. Para evitar que ella tuviese que hablar del asunto delante de mí aquella tarde, Sachs había confeccionado una mezcolanza de mentiras espontáneas, una olla de vapor y cháchara para oscurecer el tema en la mesa. Yo sólo oí un fragmento de lo que realmente dijo, pero eso fue porque pensé que me estaba dirigiendo sus comentarios a mí. Según comprendí más tarde, le había hablado a Fanny todo el rato. Le estaba diciendo que no tenía que darle un hijo para que él siguiera queriéndola.

Yo veía a Ben más a menudo que a Fanny. Cuando la veía a ella Ben estaba siempre presente, pero poco a poco conseguimos formar una amistad propia. En cierto sentido, mi antiguo enamoramiento hacía que esta proximidad pareciese inevitable, pero también se interponía como una barrera entre nosotros, y pasaron varios meses hasta que pude mirarla sin sentirme azorado. Fanny era un viejo sueño, un fantasma de secreto deseo enterrado en mi pasado, y ahora que se había materializado en un nuevo papel -como mujer de carne y hueso, como esposa de mi amigo- reconozco que estaba desconcertado. Esto me llevó a decir algunas estupideces cuando la conocí, y estas meteduras de pata aumentaron mi sensación de culpa y confusión. Durante una de las primeras tardes que pasé en su apartamento incluso le dije que no había escuchado una sola palabra en las clases a las que habíamos asistido juntos.

-Todas las semanas me pasaba la hora entera mirándote -le dije-. La práctica es más importante que la teoría, después de todo, y pensé que para qué iba a perder el tiempo escuchando conferencias sobre estética cuando la belleza estaba sentada allí, justo delante de mí.

Creo que era un intento por mi parte de disculparme por mi comportamiento anterior, pero sonó fatal. Esas cosas no deberían decirse nunca, en ninguna circunstancia, y menos aún en un tono de voz desenfadado. Ponen una carga terrible sobre la persona a quien van dirigidas y no puede salir nada bueno de ello. En cuanto pronuncié esas palabras, vi que a Fanny le sobresaltaba mi brusquedad.

-Sí -dijo, forzando una sonrisita-, recuerdo aquella clase. Era bastante árida.

-Los hombres son monstruos -dije, incapaz de contenerme-. Tienen hormigas en los pantalones y la cabeza llena de porquerías. Sobre todo cuando son jóvenes.

-No son porquerías -dijo Fanny-. Simplemente hormonas.

-También. Pero a veces es difícil advertir la diferencia.

-Siempre tenias una expresión grave en la cara -dijo-. Recuerdo haber pensado que debías ser una persona muy seria. Uno de esos jóvenes que van a suicidarse o a cambiar el mundo.

-Hasta ahora no he hecho ninguna de las dos cosas. Supongo que eso quiere decir que he renunciado a mis viejas ambiciones.

-Lo cual es bueno. No conviene quedarse anclado en el pasado. La vida es demasiado interesante para eso.

A su manera críptica, Fanny me estaba liberando... y también haciéndome una advertencia. Mientras me comportara bien, no me reprocharía mis antiguos pecados. Me hizo sentir como si estuviese sometido a juicio, pero lo cierto es que tenía muchas razones para desconfiar del nuevo amigo de su marido, y no la culpo por mantenerme a distancia. A medida que íbamos conociéndonos mejor, la incomodidad empezó a desvanecerse. Entre otras cosas, descubrimos que el día de nuestro cumpleaños coincidía, y aunque ninguno de los dos creía en la astrología, la coincidencia contribuyó a formar un vínculo entre nosotros. El hecho de que Fanny fuese un año mayor que yo me permitía tratarla con burlona deferencia siempre que surgía el tema, una broma que nunca dejó de arrancarle una risa. Dado que no era persona que se riese fácilmente, lo tomé como señal de progreso por mi parte. Y, más importante, estaba su trabajo. Mis conversaciones con ella sobre pintura norteamericana primitiva condujeron a una duradera pasión por artistas tales como Ryder, Church, Blakelock y Cole, a los cuales apenas había oído nombrar antes de conocer a Fanny. Ella defendió su tesis en la Columbia en el otoño de 1975 (una de las primeras monografías publicadas sobre Albert

Librodot

Pinkham Ryder) y luego fue contratada como conservadora ayudante de arte norteamericano en el Museo de Brooklyn, donde ha continuado trabajando desde entonces. Mientras escribo estas palabras (11 de julio), ella aún no tiene ni idea de lo que le ha sucedido a Ben. Se marchó de viaje por Europa el mes pasado y su regreso no está previsto hasta el Día del Trabajo. Supongo que podría ponerme en contacto con ella, pero no veo de qué serviría. A estas alturas ella no puede hacer nada por él y, a menos que el FBI dé con alguna respuesta antes de que vuelva, probablemente lo mejor es que me calle. Al principio pensé que tal vez era mi deber llamarla, pero ahora que he tenido tiempo de rumiarlo he decidido no estropearle las vacaciones. Ya ha sufrido suficiente, y el teléfono no es la forma más apropiada de darle una noticia como ésta. Me mantendré alejado hasta que vuelva, y entonces la sentaré delante de mí y le contaré en persona lo que sé.

Recordando ahora los primeros días de nuestra amistad, lo que más me llama la atención es cuánto les admiraba a los dos, separadamente y como pareja. El libro de Sachs me había producido una profunda impresión y además de agradarme por su personalidad, me sentía halagado por el interés que mostraba en mi trabajo. Sólo tenía dos años más que yo y, sin embargo, comparado con lo que él había conseguido hasta entonces, yo me sentía un principiante. Me había perdido las reseñas de *El nuevo coloso*, pero la opinión general era que el libro había generado mucha controversia. Algunos críticos le dieron un palo -fundamentalmente por razones políticas, condenando a Sachs por lo que consideraban su patente "antiamericanismo"-, pero hubo otros que se entusiasmaron y lo aclamaron como uno de los jóvenes novelistas más prometedores aparecidos en varios años. En el aspecto comercial no sucedió gran cosa (las ventas fueron modestas y pasaron dos años hasta que se publicó una edición de bolsillo), pero el nombre de Sachs había quedado colocado en el mapa literario. Lo lógico es que uno pensara que él se sentiría gratificado por todo esto, pero enseguida aprendí que Sachs podía ser irritantemente insensible respecto a estas cosas. Raras veces hablaba de sí mismo como hacen otros escritores, y mi impresión era que tenía poco o ningún interés por seguir lo que la gente llama "una carrera literaria". No le gustaba la competitividad, no le preocupaba su reputación, no estaba orgulloso de su talento. Ésa era una de las cosas que más me atraían de él: la pureza de sus ambiciones, la absoluta simplicidad con que se planteaba su trabajo. Esto hacía que a veces resultase terco e irritable, pero también le daba valor para hacer exactamente lo que quería. Después del éxito de su primera novela, por ejemplo, empezó inmediatamente a escribir otra, pero cuando tenía aproximadamente cien páginas rompió el manuscrito y lo quemó. Inventar historias era un engaño, dijo, y sin más decidió dejar la literatura. Esto fue a finales de 1973 o principios de 1974, más o menos un año antes de conocernos. Después de eso empezó a escribir ensayos, toda clase de ensayos y artículos sobre una gran variedad de temas: política, literatura, deportes, historia, cultura popular, gastronomía, cualquier cosa en la que le apeteciese pensar esa semana o ese día. Su trabajo estaba muy solicitado, así que nunca tenía dificultades para encontrar revistas donde publicarlo, pero había algo indiscriminado en la forma en que se dedicaba a ello. Escribía con igual fervor para revistas nacionales que para oscuras revistas literarias, casi sin advertir que algunas publicaciones pagaban grandes sumas de dinero por un artículo y otras no pagaban nada. Se negaba a trabajar con un agente porque pensaba que eso corrompería el proceso, y por lo tanto ganaba considerablemente menos de lo que debía ganar. Discutí con él esta cuestión durante años, pero no cedió hasta principios de los años ochenta, cuando contrató a alguien para que negociase en su nombre.

Siempre me asombraba la rapidez con que trabajaba, su habilidad para pergeñar artículos bajo la presión de las fechas fijas, de producir tanto sin agotarse. Para Sachs no era nada escribir diez o doce páginas de una sentada, empezar y terminar todo un artículo sin levantarse ni una sola vez de la máquina. El trabajo era para él como una competición atlética, una carrera de resistencia entre su cuerpo y su mente, pero puesto que podía abatirse sobre sus pensamientos con tal concentración, pensar con tal unanimidad de propósito, las palabras siempre parecían estar a su disposición, como si hubiese encontrado un pasadizo secreto que

fuera directamente de su cabeza a la yema de sus dedos. “Escribir a máquina por dinero”, lo llamaba a veces, pero eso era solamente porque no podía resistir la tentación de burlarse de sí mismo. Su trabajo nunca era menos que bueno, en mi opinión, y con mucha frecuencia era brillante. Cuanto más le conocía, más me impresionaba su productividad. Yo siempre he sido lento, una persona que se angustia y lucha con cada frase, e incluso en mis mejores días no hago más que avanzar centímetro a centímetro, arrastrándome sobre el vientre como un hombre perdido en el desierto. La palabra más corta está rodeada de kilómetros de silencio para mí, y hasta cuando consigo poner esa palabra en la página, me parece que está allí como un espejismo, una partícula de duda que brilla en la arena. El idioma nunca ha sido accesible para mí de la misma forma que lo era para Sachs. Estoy separado de mis propios pensamientos por un muro, atrapado en una tierra de nadie entre el sentimiento y su articulación, y por mucho que trate de expresarme, raras veces logro algo más que un confuso tartamudeo. Sachs nunca tuvo ninguna de estas dificultades. Las palabras y las cosas se emparejaban para él, mientras que para mí se separaban continuamente, volaban en cien direcciones diferentes. Yo paso la mayor parte de mi tiempo recogiendo los pedazos y pegándolos, pero Sachs nunca tenía que ir dando traspiés, buscando en los vertederos y los cubos de basura, preguntándose si no había colocado juntos los pedazos equivocados. Sus incertidumbres eran de un orden diferente, pero por muy dura que la vida se volviese para él en otro sentido, las palabras nunca fueron su problema. El acto de escribir estaba notablemente libre de dolor para él, y cuando trabajaba bien, podía escribir las palabras en la página a la misma velocidad que podía decirlas. Era un curioso talento, y como el propio Sachs apenas era consciente de él, parecía vivir en un estado de perfecta inocencia. Casi como un niño, pensaba yo a veces, como un niño prodigio jugando con sus juguetes.

2

La fase inicial de nuestra amistad duró aproximadamente año y medio. Luego, en un lapso de varios meses, nos marchamos los dos del Upper West Side y comenzó otro capítulo. Fanny y Ben se fueron primero, mudándose a un piso de Brooklyn, en la zona de Park Slope. Era un piso más amplio y cómodo que el antiguo apartamento de estudiante de Fanny cerca de la Columbia, y le permitía ir andando a su trabajo en el museo. Eso fue en el otoño de 1976. En el tiempo que transcurrió entre que encontraron el piso y se mudaron a él, mi mujer, Delia, descubrió que estaba embarazada. Casi enseguida empezamos a hacer planes para mudarnos nosotros también. Nuestro apartamento de Riverside Drive era demasiado pequeño para acoger a un niño y, dado que las cosas ya se estaban volviendo inestables entre nosotros, pensamos que podrían mejorar si dejábamos la ciudad por completo. Entonces yo me dedicaba exclusivamente a traducir libros y, por lo que al trabajo se refiere, daba igual dónde viviésemos.

No puedo decir que tenga el menor deseo de hablar ahora de mi primer matrimonio. Sin embargo, en la medida en que afecta a la historia de Sachs, no creo que pueda evitar el tema por completo. Una cosa lleva a la otra y, me guste o no, yo soy parte de lo sucedido tanto como cualquier otro. De no haber sido por la ruptura de mi matrimonio con Delia Bond, nunca habría conocido a Maria Turner, y si no hubiese conocido a Maria Turner, nunca me habría enterado de la existencia de Lillian Stern, y si no me hubiese enterado de la existencia de Lillian Stern, no estaría aquí sentado escribiendo este libro. Cada uno de nosotros está relacionado de alguna manera con la muerte de Sachs y no me será posible contar su historia sin contar al mismo tiempo cada una de nuestras historias. Todo está relacionado con todo, cada historia se solapa con las demás. Por muy horrible que me resulte decirlo, comprendo ahora que yo soy quien nos unió a todos. Tanto como el propio Sachs, yo soy el punto donde comienza todo.

Librodot

La secuencia pormenorizada es la siguiente: perseguí a Delia a temporadas durante siete años (1967-1974), la convencí de que se casase conmigo (1975), nos fuimos a vivir al campo (marzo de 1977), nació nuestro hijo David (junio de 1977), nos separamos (noviembre de 1978). Durante los dieciocho meses que estuve fuera de Nueva York, me mantuve en estrecho contacto con Sachs, pero nos vimos menos que antes. Las postales y las cartas sustituyeron a las conversaciones nocturnas en los bares, y nuestros contactos fueron necesariamente más limitados y formales. Fanny y Ben vinieron a pasar un fin de semana con nosotros en el campo y Delia y yo les visitamos en su casa de Vermont un verano durante unos días, pero estas reuniones carecían de la cualidad anárquica e improvisada que tenían nuestros encuentros en el pasado. Sin embargo, no hubo menoscabo en la amistad. De cuando en cuando yo tenía que ir a Nueva York por motivos de trabajo: entregar manuscritos, firmar contratos, recoger trabajo, comentar proyectos con los editores. Esto sucedía dos o tres veces al mes, y siempre que estaba allí pasaba la noche en casa de Fanny y Ben en Brooklyn. La estabilidad de su matrimonio tenía un efecto tranquilizador para mí, y si pude mantener una apariencia de cordura durante ese período, creo que, en parte por lo menos, se debió a ellos. Volver a ver a Delia a la mañana siguiente podía resultar difícil, sin embargo. El espectáculo de la felicidad doméstica que acababa de presenciar me hacía comprender que había estropeado las cosas gravemente para mí mismo. Comencé a temer sumergirme en mi propia confusión, en la profunda espesura del desorden que había crecido a mi alrededor.

No me voy a poner a especular respecto a qué fue lo que nos hundió. El dinero escaseaba durante los últimos dos años que pasamos juntos, pero no quiero citar eso como causa directa Un buen matrimonio puede soportar cualquier presión externa, un mal matrimonio se resquebraja. En nuestro caso, la pesadilla comenzó a las pocas horas de marcharnos de la ciudad, y ese algo frágil que nos había mantenido unidos se deshizo de forma permanente.

Dada nuestra falta de dinero, el plan original era bastante cauto: alquilar una casa en alguna parte y ver si la vida en el campo nos iba bien o no. Si nos gustaba, nos quedaríamos; si no nos gustaba, volveríamos a Nueva York cuando se terminase el contrato de alquiler. Pero luego intervino el padre de Delia y nos ofreció adelantarnos diez mil dólares para pagar la entrada de una casa en propiedad. Teniendo en cuenta que entonces las casas de campo se vendían a precios tan bajos como treinta o cuarenta mil dólares, esta suma representaba mucho más que ahora. Fue una oferta generosa por parte de Mr. Bond, pero al final tuvo un efecto adverso sobre nosotros, porque nos colocó en una situación que ninguno de los dos supo manejar. Después de buscar durante un par de meses, encontramos un sitio barato en Dutchess County, una casa vieja y destartalada con mucho espacio en el interior y unas espléndidas lilas plantadas en el patio. Al día siguiente de mudarnos, una tormenta feroz azotó la ciudad. Un rayo cayó en la rama de un árbol próximo a la casa, la rama se incendió, el fuego se propagó a un cable eléctrico que pasaba por el árbol y nos quedamos sin electricidad. No bien sucedió esto, la bomba de sentina se cerró y en menos de una hora el sótano estaba inundado. Pasé la mayor parte de la noche metido hasta las rodillas en agua fría achicándola con cubos a la luz de una linterna. Cuando llegó el electricista a la tarde siguiente para valorar los daños, nos enteramos de que había que cambiar toda la instalación eléctrica. Eso nos costó varios cientos de dólares, y cuando la fosa séptica se salió al mes siguiente, nos costó más de mil dólares quitar el olor a mierda de nuestro jardín trasero. No podíamos permitirnos ninguna de estas reparaciones, y el asalto a nuestro presupuesto nos trastornó completamente. Aceleré el ritmo de mis traducciones, aceptando cualquier encargo que me hiciesen, y a mediados de la primavera prácticamente había abandonado la novela que llevaba tres años escribiendo. Para entonces Delia estaba inmensa a causa de su embarazo, pero continuaba trabajando duramente en lo suyo (corrección de estilo *free-lance*) y la última semana antes de ponerse de parto estuvo sentada ante su mesa de trabajo de la mañana a la noche corrigiendo un manuscrito de más de novecientas páginas.

Librodot

Después del nacimiento de David la situación empeoró. El dinero se convirtió en mi única y avasalladora obsesión, y durante todo el año siguiente viví en un estado de pánico continuo. Puesto que Delia no podía contribuir mucho, nuestros ingresos descendieron en el preciso momento en que los gastos empezaban a aumentar. Me tomé las responsabilidades de la paternidad muy en serio, y la idea de no poder mantener a mi mujer y a mi hijo me llenaba de vergüenza. Una vez, cuando un editor tardó en pagarme un trabajo que le había entregado, fui a Nueva York y entré en su despacho amenazándole con emplear la violencia si no me extendía un cheque allí mismo. En un momento dado, llegué a agarrarle por las solapas y a empujarle contra la pared. Aquél era un comportamiento absolutamente impropio, una traición a todo aquello en lo que creía. No me había pegado con nadie desde que era niño, y el hecho de haber dejado que mis sentimientos me arrastrasen en el despacho de aquel hombre prueba lo trastornado que estaba. Escribía todos los artículos que podía, aceptaba todas las traducciones que me ofrecían, pero no era suficiente. Dando por supuesto que mi novela había muerto, que mis sueños de llegar a ser escritor habían acabado, me puse a buscar un trabajo fijo. Pero aquél era un mal momento y las oportunidades en el campo escasas. Incluso el *college* local, que había puesto un anuncio pidiendo a alguien que diera un montón de cursos de redacción para estudiantes de primer año por el miserable sueldo de ocho mil dólares al año, recibió más de trescientas solicitudes. Dado que yo no tenía ninguna experiencia docente, me rechazaron sin siquiera hacerme una entrevista. Después intenté entrar en la redacción de varias de las revistas para las cuales escribía, pensando que podría ir diariamente en tren a la ciudad si era preciso, pero los directores se rieron de mí y consideraron mis cartas una broma. Este no es trabajo para un escritor, me contestaron, perdería usted el tiempo. Pero yo ya no era un escritor, era un hombre que se ahogaba. Era un hombre al límite de su resistencia.

Delia y yo estábamos agotados, y con el paso del tiempo nuestras peleas se hicieron automáticas, un reflejo que ninguno de los dos era capaz de controlar. Ella sermoneaba y yo me enfurruñaba; ella arengaba y yo rumiaba amargamente; pasaban días sin que tuviésemos el valor de hablarnos. David era la única cosa que parecía proporcionarnos algún placer y hablábamos de él cuando no existía ningún otro tema, temerosos de pasar los límites de esa zona neutral. Tan pronto como lo hacíamos, los francotiradores saltaban de nuevo a las trincheras, intercambiaban disparos y la guerra de desgaste empezaba de nuevo. Parecía prolongarse interminablemente, un sutil conflicto sin un objetivo definible, hecho de silencios, malentendidos y miradas de dolor y extrañeza. A pesar de eso, creo que ninguno de los dos estaba dispuesto a rendirse. Ambos nos habíamos atrincherado para la batalla y la idea de renunciar ni siquiera se nos había ocurrido.

Todo eso cambió de repente en el otoño de 1978. Una tarde, cuando estábamos sentados en el cuarto de estar con David, Delia me pidió que fuese a buscarle las gafas, que estaban en un estante en su estudio del piso de arriba, y cuando entré en la habitación vi su diario abierto sobre la mesa. Delia llevaba un diario desde que tenía trece o catorce años, y a aquellas alturas constaba de docenas de volúmenes, cuadernos y cuadernos llenos de la saga progresiva de su vida interior. Ella me había leído a veces trozos del mismo, pero hasta esa noche yo nunca me había atrevido a mirarlo sin su permiso. En aquel momento, sin embargo, un tremendo impulso de leer aquellas páginas me dominó. Retrospectivamente, comprendo que esto significaba que nuestra vida juntos ya había terminado, que mi voluntad de defraudar su confianza demostraba que había renunciado a toda esperanza de salvar nuestro matrimonio, pero entonces no fui consciente de ello. En aquel momento, lo único que sentí fue curiosidad. Las páginas estaban abiertas sobre la mesa y Delia acababa de pedirme que entrase en el cuarto. Podía haber imaginado que me fijaría en ellas. Dando por sentado que eso fuese verdad, era casi como si me hubiese invitado a leer lo que había escrito. En cualquier caso, ésa fue la excusa que me di aquella tarde, y ni siquiera ahora estoy seguro de haberme equivocado. Era típico de ella actuar de forma indirecta, provocar una crisis de la cual nunca tuviese que responsabilizarse. Ese era su talento especial: hacer las cosas con sus propias manos mientras se convencía a sí misma de que tenía las manos limpias.

Librodot

En cuanto miré el diario abierto, y una vez que crucé ese umbral, no pude volver atrás. Vi que el tema de la anotación de aquel día era yo. Y lo que encontré allí era un catálogo exhaustivo de quejas y agravios, un pequeño documento redactado en el lenguaje de un informe de laboratorio. Delia lo había cubierto todo, desde la forma de vestir hasta lo que comía y mi incorregible falta de comprensión humana. Yo era morboso y egocéntrico, frívolo y dominante, vengativo, perezoso, distraído. Aunque todas esas cosas hubiesen sido ciertas, el retrato que hacía de mí era tan poco generoso, tan mezquino en su tono que ni siquiera conseguí enfadarme. Me sentí triste, vacío, aturdido. Cuando llegué al último párrafo, su conclusión era ya evidente, algo que no era necesario expresar. "Nunca he querido a Peter", escribía. "Fue un error creer que podría. Nuestra vida juntos es un fraude, y cuanto más tiempo continuemos así, más próximos estaremos a la destrucción mutua. No deberíamos habernos casado nunca, dejé que Peter me convenciera y lo estoy pagando desde entonces. No le quería entonces y no le quiero ahora. Por mucho tiempo que me quede con Peter, nunca le querré."

Fue todo tan repentino, tan definitivo, que casi me sentí aliviado. Comprender que te desprecian de esa manera elimina cualquier excusa para la autocompasión. Ya no podía dudar de cual era la situación y, por muy alterado que estuviese en aquellos primeros momentos, sabía que era yo quien había hecho caer aquel desastre sobre mí. Había tirado por la ventana once años de mi vida en busca de una ficción. Toda mi juventud había sido sacrificada a una ilusión y, sin embargo, en lugar de derrumbarme y llorar lo que había perdido, me sentí extrañamente fortalecido, liberado por la franqueza y la brutalidad de las palabras de Delia. Ahora todo esto me parece inexplicable, pero la realidad es que no vacilé. Bajé con las gafas de Delia, le dije que había leído su diario y a la mañana siguiente me marché de casa. Ella se quedó pasmada por mi capacidad de decisión, creo, pero dado lo mal que nos habíamos interpretado siempre, probablemente era de esperar. En lo que a mí se refería, no había nada más que decir. Estaba hecho y no había lugar para pensarlo dos veces.

Fanny me ayudó a encontrar una habitación realquilada en el bajo Manhattan, y en Navidades ya estaba viviendo en Nueva York otra vez. Un pintor amigo suyo estaba a punto de marcharse a Italia durante un año y ella le convenció de que me alquilase su cuarto libre por sólo cincuenta dólares al mes; el límite absoluto que yo podía permitirme. Estaba situado a la entrada de su *loft* (que estaba ocupado por otros inquilinos) y hasta el momento en que yo me trasladé allí había servido como una especie de enorme armario trastero. Allí había acumulada toda clase de basura y desechos: bicicletas rotas, cuadros sin acabar, una lavadora vieja, latas de aguarrás vacías, periódicos, revistas e innumerables fragmentos de alambre de cobre. Amontoné estas cosas a un lado de la habitación, lo cual me dejó sólo la mitad del espacio para vivir, pero después de un breve período de ajuste resultó ser suficientemente grande. Mis únicas posesiones domésticas entonces eran un colchón, una mesa pequeña, dos sillas, un hornillo eléctrico, unos cuantos utensilios de cocina y una caja de cartón llena de libros. Era supervivencia básica, sólo lo imprescindible, pero la verdad es que fui feliz en aquella habitación. Como dijo Sachs la primera vez que vino a visitarme, era un santuario de introspección, un cuarto en el que la única actividad posible era el pensamiento. Había una pila y un retrete, pero no había baño, y la madera del suelo estaba en tan malas condiciones que me clavaba astillas cada vez que andaba descalzo. Pero en aquella habitación empecé a trabajar de nuevo en mi novela, y poco a poco mi suerte cambió. Un mes después de que me trasladase, me concedieron una subvención de diez mil dólares. Había enviado la solicitud hacía tanto tiempo que había olvidado por completo que era candidato a ella. Justo dos semanas después de eso obtuve una segunda subvención de siete mil dólares que había solicitado en el mismo ataque de actividad desesperada que la primera. De repente, los milagros se habían convertido en un suceso corriente en mi vida. Le entregué la mitad del dinero a Delia y aún me quedó lo suficiente para mantenerme en un estado de relativo desahogo. Todas las semanas iba en tren al campo para pasar un día o dos con David y dormía

Librodot

en casa de un vecino que vivía cerca. Este arreglo duró aproximadamente nueve meses, y cuando Delia y yo finalmente vendimos la casa en septiembre, ella se mudó a un apartamento en South Brooklyn y yo pude ver a David más tiempo cada vez. Por entonces los dos teníamos abogados y nuestro divorcio ya estaba en marcha.

Fanny y Ben se tomaron un interés activo en mi nueva carrera de soltero. Si tenía que hablarle a alguien de lo que hacía, eran ellos mis confidentes, los únicos a quienes tenía al corriente de mis idas y venidas. Ambos se habían disgustado por mi ruptura con Delia, pero Fanny menos que Ben, creo, aunque ella fue la que más se preocupó por David, centrándose en ese aspecto del problema una vez que comprendió que no existía la menor posibilidad de que Delia y yo volviéramos a vivir juntos. Sachs, por otra parte, hizo todo lo que pudo por persuadirme de que lo intentase de nuevo. Eso continuó durante varios meses, pero una vez que me trasladé a la ciudad y me instalé en mi nueva vida, dejó de insistir en ese punto. Delia y yo nunca habíamos dejado traslucir nuestras diferencias, por lo que nuestra separación fue una desagradable sorpresa para la gente que conocíamos, en especial para unos amigos íntimos como los Sachs. Fanny, sin embargo, al parecer había tenido ciertas sospechas desde el principio. Cuando les di la noticia en su piso la primera noche que pasé separado de Delia, ella calló durante un momento cuando yo acabé de hablar y luego dijo:

-Es algo duro de tragar, Peter, pero en cierto modo probablemente sea lo mejor. Con el paso del tiempo, creo que vas a ser mucho más feliz así.

Ese año dieron muchas cenas y me invitaron a casi todas. Fanny y Ben conocían a muchísima gente, y parecía que medio Nueva York había acabado sentado a la larga mesa oval de su comedor en una ocasión u otra. Artistas, escritores, catedráticos, críticos, editores, galeristas, todos iban hasta Brooklyn, se atiborraban con la comida de Fanny y bebían y charlaban hasta bien entrada la noche. Sachs era siempre el maestro de ceremonias, un maníaco efusivo que contribuía a que las conversaciones se mantuvieran animadas con chistes oportunos y comentarios provocativos, y yo llegué a depender de aquellas cenas como mi única fuente de entretenimiento. Mis amigos velaban por mí y hacían todo lo que estaba en su mano para mostrar al mundo que estaba de nuevo en circulación. Nunca hablaron explícitamente de emparejarme, pero aquellas noches se presentaron en su casa suficientes mujeres libres como para hacerme comprender que se preocupaban de verdad por mis intereses.

A principios de 1979, unos tres o cuatro meses después de mi regreso a Nueva York, conocí a alguien que desempeñaría un papel fundamental en la muerte de Sachs. Maria Turner tenía entonces veintisiete o veintiocho años y era una mujer alta, dueña de sí misma, con el pelo rubio muy corto y una cara huesuda y angulosa. Estaba lejos de ser bella, pero había una intensidad en sus ojos grises que me atraía, y me gustaba la forma en que se movía dentro de su ropa, con una especie de gracia sensual decorosa, una reserva que se desenmascaraba en pequeños destellos de descuido erótico: dejar que su falda resbalara hacia arriba sobre sus muslos cuando cruzaba o descruzaba las piernas, por ejemplo, o la forma en que me tocaba la mano siempre que le encendía un cigarrillo. No es que fuese una provocadora o intentase explícitamente excitar. Me pareció una buena chica burguesa que dominaba las reglas del comportamiento social, pero al mismo tiempo era como si ya no creyese en ellas, como si fuese por la vida con un secreto que tal vez estaría dispuesta a compartir o tal vez no, dependiendo de cómo se sintiera en ese momento.

Vivía en una buhardilla en Duane Street, no lejos de mi habitación de Varick, y cuando la fiesta terminó aquella noche compartimos un taxi hasta Manhattan. Ese fue el principio de lo que llegó a ser una alianza sexual que duró cerca de dos años. Utilizo esa frase como una descripción clínica precisa, pero eso no significa que nuestras relaciones fuesen únicamente físicas, que no tuviésemos ningún interés por el otro más allá de los placeres que encontrábamos en la cama. Sin embargo, lo que ocurría entre nosotros carecía de aderezos románticos o ilusiones sentimentales, y la naturaleza de nuestro entendimiento no cambió significativamente después de aquella primera noche. Maria no estaba ávida del tipo de

Librodot

vínculos que la mayoría de la gente parece desear, y el amor en el sentido tradicional era algo ajeno a ella, una pasión que quedaba fuera de la esfera de sus capacidades. Dado mi propio estado interior en aquella época, yo estaba perfectamente dispuesto a aceptar las condiciones que ella me impuso. No nos exigíamos nada, nos veíamos sólo intermitentemente, llevábamos vidas estrictamente independientes. Y, sin embargo, había un sólido afecto entre nosotros, una intimidad que nunca he podido conseguir con nadie más. Me costó algún tiempo adaptarme, no obstante. Al principio la encontraba un poco aterradora, quizá incluso perversa (lo cual añadía cierta excitación a nuestros contactos iniciales), pero con el paso del tiempo comprendí que era solamente una excéntrica, una persona heterodoxa que vivía su vida de acuerdo con una complicada serie de extraños rituales privados. Para ella cada experiencia estaba sistematizada, era una aventura autónoma que generaba sus propios riesgos y limitaciones, y cada uno de sus proyectos correspondía a una categoría diferente, separada de todas las otras. En mi caso, pertenecía a la categoría del sexo. Ella me nombró su compañero de cama aquella primera noche y ésa fue la función que seguí cumpliendo hasta el final. En el universo de las compulsiones de Maria, yo era únicamente un ritual entre muchos, pero me gustaba el papel que había elegido para mí y nunca encontré ningún motivo de queja.

Maria era artista, pero el trabajo que hacía no tenía nada que ver con la creación de objetos comúnmente definidos como arte. Algunas personas decían que era fotógrafa, otros se referían a ella llamándola conceptualista, otros la consideraban escritora, pero ninguna de estas descripciones era exacta, y en última instancia creo que no se la podía clasificar de ninguna manera. Su trabajo era demasiado disparatado, demasiado idiosincrásico, demasiado personal para ser considerado perteneciente a ningún medio o disciplina específica. Las ideas se apoderaban de ella, trabajaba en proyectos, había resultados concretos que podía exhibir en galerías, pero esta actividad no nacía tanto de un deseo de hacer arte como de la necesidad de entregarse a sus obsesiones, de vivir su vida exactamente corno deseaba vivirla. Vivir era siempre lo primero, y buen número de los proyectos a los que dedicaba más tiempo los hacía exclusivamente para sí misma y nunca los mostraba a nadie.

Desde los catorce años había guardado todos los regalos de cumpleaños que le habían hecho: aún envueltos, pulcramente ordenados cronológicamente en estantes. De adulta, celebraba cada año una cena de cumpleaños en su honor, a la cual invitaba siempre a tantas personas como años cumplía. Algunas semanas se permitía hacer lo que ella llamaba “la dieta cromática”, limitándose a alimentos de un solo color cada día. Lunes, naranja: zanahorias, melones cantalupo, camarones cocidos. Martes, rojo: tomates, caquis, *steak tartare*. Miércoles, blanco: lenguado, patatas, requesón. Jueves, verde: pepinos, brécol, espinacas. Y así sucesivamente hasta llegar a la última comida del domingo. Otras veces hacía divisiones semejantes basadas en las letras del alfabeto. Pasaba días enteros bajo el hechizo de la *b* o la *c* o la *w*, y luego, tan repentinamente como había empezado, abandonaba el juego y pasaba a otra cosa. Éstos no eran más que caprichos, supongo, mínimos experimentos con la idea de la clasificación y el hábito, pero otros juegos similares podían durar muchos años. Estaba el proyecto a largo plazo de vestir a Mr. L., por ejemplo, un desconocido al que había visto una vez en una fiesta. A Maria le pareció uno de los hombres más guapos que había visto, pero su ropa era una desgracia, pensó, y, sin comunicarle sus intenciones a nadie, se empeñó en mejorar su guardarropa. Todos los años por Navidad le mandaba un regalo anónimo -una corbata, un jersey, una camisa elegante-, y como Mr. L. se movía más o menos en los mismos círculos sociales que ella, se lo encontraba de vez en cuando y se fijaba con placer en los espectaculares cambios producidos en su vestuario. Porque el hecho era que Mr. L. siempre se ponía la ropa que Maria le enviaba. Incluso se acercaba a él en estas reuniones y le alababa lo que llevaba, pero eso era lo más lejos que iba, y él nunca llegó a enterarse de que Maria era la responsable de aquellos paquetes de Navidad.

Se había criado en Holyoke, Massachusetts, hija única de unos padres que se divorciaron cuando ella tenía seis años. Después de terminar sus estudios en el instituto en 1970, se fue a Nueva York con la idea de asistir a una escuela de bellas artes y llegar a ser

Librodot

pintora, pero perdió interés después del primer trimestre y lo dejó. Se compró un camión Dodge de segunda mano y se marchó a hacer un recorrido por el país; se quedaba exactamente dos semanas en cada estado y hacía trabajos temporales por el camino siempre que era posible -de camarera, en granjas, en fábricas-, ganando justo lo suficiente para continuar viajando de un sitio al siguiente. Fue el primero de sus locos y compulsivos proyectos, y en cierto sentido destaca como lo más extraordinario que hizo nunca: un acto totalmente arbitrario y sin sentido al cual dedicó casi dos años de su vida. Su única meta era pasar catorce días en cada estado, aparte de eso era libre de hacer lo que quisiera. Terca y desapasionadamente, sin plantearse nunca lo absurdo de su misión, Maria aguantó hasta el final. Tenía solamente diecinueve años cuando empezó, una chica joven absolutamente sola, y sin embargo consiguió valerse por sí misma y evitar los peores peligros, viviendo el tipo de aventuras con que los chicos de su edad se limitan a soñar. En algún punto de sus viajes una compañera de trabajo le regaló una pequeña cámara de treinta y cinco milímetros y, sin ninguna experiencia ni preparación previa, empezó a tomar fotografías. Cuando vio a su padre en Chicago unos meses después, le dijo que finalmente había encontrado algo que le gustaba hacer. Le enseñó algunas de sus fotos y, sobre la base de aquellos primeros intentos, él le ofreció un trato. Si continuaba haciendo fotografías, le dijo, él correría con sus gastos hasta que estuviera en situación de mantenerse. No importaba cuánto tardase, pero no se le permitía dejarlo. Por lo menos ésa fue la historia que me contó, y nunca tuve motivos para ponerla en duda. Durante los años de nuestra relación, en la cuenta de Maria aparecía un ingreso de mil dólares el primero de cada mes, transferido directamente desde un banco de Chicago.

Regresó a Nueva York, vendió su camión y alquiló un *loft* en Duane Street, una gran habitación vacía situada en el piso de encima de un negocio al por mayor de huevos y mantequilla. Los primeros meses se sintió sola y desorientada. No tenía amigos, prácticamente no tenía vida propia y la ciudad le parecía amenazadora y desconocida, como si nunca hubiera estado en ella. Sin ningún motivo consciente, empezó a seguir a los desconocidos por la calle, eligiendo a alguien al azar cuando salía de casa por la mañana y dejando que esa elección determinase su destino durante el resto del día. Se convirtió en un método para adquirir nuevos pensamientos, para llenar el vacío que parecía haberla absorbido. Finalmente empezó a salir con su cámara y a tomar fotos de las personas a quienes seguía. Cuando regresaba a casa por la noche, se sentaba y escribía sobre los lugares donde había estado y lo que había hecho, utilizando los itinerarios de los desconocidos para especular acerca de sus vidas y, en algunos casos, para redactar breves biografías imaginarias. Así fue más o menos como Maria encontró accidentalmente su carrera como artista. Siguieron otras obras, todas ellas impulsadas por el mismo espíritu de investigación, la misma pasión por correr riesgos. Su tema era el ojo, el drama de mirar y ser mirado, y sus piezas exhibían las mismas cualidades que uno encontraba en la propia Maria: una meticulosa atención al detalle, una confianza en las estructuras arbitrarias, una paciencia que rayaba en lo insoportable. Para una de sus obras contrató a un detective privado con objeto de que la siguiese por la ciudad. Durante varios días, este hombre le tomó fotos mientras ella hacía sus recorridos y registró sus movimientos en un cuadernito sin omitir nada, ni siquiera los sucesos más banales y momentáneos: cruzar la calle, comprar un periódico, detenerse a tomar un café. Era un ejercicio completamente artificial, pero Maria encontraba excitante que alguien se tomase un interés tan activo en ella. Acciones microscópicas se llenaron de un sentido nuevo, las rutinas más áridas se cargaron de una emoción insólita. Después de varias horas le cogió tanto apego al detective que casi se olvidó de que le estaba pagando. Cuando él le entregó su informe al final de la semana y ella estudió sus propias fotografías y leyó la exhaustiva cronología de sus movimientos, se sintió como si se hubiese convertido en una extraña, como si se hubiese transformado en un ser imaginario.

Para su siguiente proyecto, Maria encontró un trabajo temporal como camarera de habitaciones en un gran hotel del centro. El propósito era reunir información sobre los huéspedes, pero no con un afán de intromisión o comprometedor. De hecho los evitaba

Librodot

intencionadamente y se limitaba a lo que podía averiguar por los objetos desparramados por las habitaciones. Una vez más hizo fotografías; una vez más se inventó historias para acompañarlas basándose en la evidencia disponible. Era una arqueología del presente, por así decirlo, un intento de reconstruir la esencia de algo partiendo únicamente de mínimos fragmentos: un trozo de un billete, una media rasgada, una mancha de sangre en el cuello de una camisa. Algún tiempo después de eso, un hombre trató de ligar con Maria por la calle. Ella no le encontró nada atractivo y le rechazó. Esa misma noche, por pura coincidencia, tropezó con él en la inauguración de una galería en SoHo. Hablaron y esta vez supo por él que el hombre se marchaba a Nueva Orleans con su novia a la mañana siguiente. Maria decidió ir allí también y seguirle con su cámara durante todo el tiempo que durase su visita. No tenía el menor interés en él y la última cosa que buscaba era una aventura amorosa. Su intención era mantenerse oculta, evitar todo contacto con él, explorar su comportamiento exterior y no hacer ningún esfuerzo para interpretar lo que veía. A la mañana siguiente cogió un vuelo desde La Guardia a Nueva Orleans, se inscribió en un hotel y se compró una peluca negra. Durante tres días investigó en docenas de hoteles, tratando de averiguar el paradero del hombre. Lo descubrió al fin y durante el resto de la semana caminó detrás de él como una sombra, tomando cientos de fotografías, documentando cada lugar que él visitaba. También llevaba un diario escrito, y cuando llegó el momento de volver a Nueva York, ella regresó en un vuelo anterior con el fin de estar esperándole en el aeropuerto para hacer una última secuencia de fotografías mientras él bajaba del avión. Fue una experiencia compleja y perturbadora para ella y le dejó la sensación de que había abandonado su vida por una especie de nada, como si hubiese estado haciendo fotografías de cosas que no estaban allí. La cámara ya no era un instrumento que registraba presencias, era una forma de hacer desaparecer el mundo, una técnica para encontrar lo invisible. Desesperada por revertir el proceso que había puesto en marcha, Maria se lanzó a un nuevo proyecto unos días después de su regreso a Nueva York. Cuando iba andando por Times Square con su cámara una tarde, entabló conversación con el portero de un bar *topless*. Hacía calor y Maria iba vestida con pantalones cortos y una camiseta, una vestimenta desacostumbradamente escasa para ella. Pero aquel día había salido para que se fijaran en ella. Quería afirmar la realidad de su cuerpo, hacer que las cabezas se volvieran a su paso, demostrarse a si misma que seguía existiendo a los ojos de los otros. Maria estaba bien formada, tenía las piernas largas y unos senos atractivos, y los silbidos y los comentarios lascivos de que fue objeto aquel día contribuyeron a reanimar su espíritu. El portero le dijo que era guapa, tan guapa como las chicas que había dentro, y a medida que la conversación continuaba, se encontró de repente con que le estaba ofreciendo un trabajo. Una de las bailarinas había llamado para decir que estaba enferma, le explicó el portero, y si ella quería sustituirla, él le presentaría al jefe y vería si se podía arreglar algo. Casi sin pararse a pensarlo, Maria aceptó. Así fue como nació su siguiente proyecto, una obra que finalmente se conoció como “La dama desnuda”. Maria le pidió a una amiga que fuese al bar aquella noche y le hiciese fotografías mientras actuaba; no para mostrárselas a nadie, sino para ella, para satisfacer su propia curiosidad acerca de su aspecto. Se estaba convirtiendo conscientemente en un objeto, una figura anónima de deseo, y era crucial que entendiese exactamente qué era ese objeto. Sólo lo hizo una vez, trabajando en turnos de veinte minutos desde las ocho de la tarde hasta las dos de la madrugada, pero no se contuvo, y todo el tiempo que estuvo en escena, encaramada detrás de la barra con las luces estroboscópicas coloreadas rebotando sobre su piel desnuda, bailó con toda su alma. Vestida con un taparrabos de pedrería y unos tacones de cinco centímetros, sacudió el cuerpo al ritmo de un estruendoso rock and roll y observó a los hombres que la miraban fijamente. Agitó el trasero ante ellos, se pasó la lengua por los labios, les guiñó un ojo seductoramente cuando ellos le deslizaban billetes de un dólar y la apremiaban a continuar. Como con todo lo demás que intentó, a Maria se le daba bien aquello. Una vez que se puso en marcha, no hubo forma de pararla.

Que yo sepa, sólo en una ocasión fue demasiado lejos. Sucedió en la primavera de 1976, y los efectos últimos de su erróneo cálculo resultaron catastróficos. Se perdieron por lo

Librodot

menos dos vidas, y aunque esto pasó años después, la relación entre el pasado y el presente es ineludible. Maria fue el vínculo entre Sachs y Lillian Stern, y de no ser por la costumbre de Maria de cortejar cualquier tipo de dificultades que se le pusieran por delante, Lillian Stern nunca habría entrado en escena. A partir del momento en que Maria apareció en el piso de Sachs en 1979, se hizo posible un encuentro entre Sachs y Lillian Stern. Fueron necesarias varias piruetas increíbles más antes de que esa posibilidad se realizase, pero el origen de cada una de ellas se remonta directamente a Maria. Mucho antes de que nosotros la conociésemos, salió una mañana para comprar película para su cámara, vio una libreta negra de direcciones tirada en el suelo y la recogió. Ése fue el suceso que inició toda la triste historia. Maria abrió la libreta y el diablo salió volando, salió volando un azote de violencia, confusión y muerte.

Era una de esas libretas de direcciones corrientes fabricadas por la Schaeffer Eaton Company, de unos quince centímetros de largo por diez de ancho, con las tapas flexibles de imitación piel, encuadernación con espiral y media circunferencia para cada letra del alfabeto. Era un objeto muy usado, con más de doscientos nombres, direcciones y números de teléfono. El hecho de que muchas de las anotaciones estuviesen tachadas y reescritas, que casi en cada página se hubiese utilizado una variedad de instrumentos de escritura (bolígrafos azules, rotuladores negros, lápices verdes), sugería que había pertenecido a su propietario durante mucho tiempo. La primera idea de Maria fue devolverlo, pero, como ocurre a menudo con los objetos personales, el propietario no había escrito su nombre en la libreta. Ella lo buscó en todos los lugares lógicos -la parte interior de las tapas, la primera página-, pero el nombre no aparecía por ninguna parte. No sabiendo qué hacer con ella, la dejó caer en su bolsa y se la llevó a casa.

La mayoría de la gente se habría olvidado de ella, creo yo, pero Maria no era persona que rehuyese las oportunidades inesperadas o hiciese caso omiso de las insinuaciones del azar. A la hora de irse a la cama ya había ideado un plan para su siguiente proyecto. Sería un trabajo muy elaborado, mucho más difícil y complicado que todo lo que había intentado antes, pero el alcance del mismo la puso en un estado de intensa excitación. Estaba casi segura de que el dueño de la libreta de direcciones era un hombre. La escritura tenía un aspecto masculino; había más nombres de hombres que de mujeres; el cuaderno estaba muy deteriorado, como si hubiese sido maltratado. En una de esas repentinas y ridículas ilumina-ciones de las que todo el mundo es presa, imaginó que estaba destinada a enamorarse del dueño de la libreta. Duró solamente un segundo o dos, pero en ese tiempo le vio como el hombre de sus sueños: guapo, inteligente, cariñoso; un hombre mejor que ninguno de los que había amado hasta entonces. La visión se dispersó, pero entonces ya era demasiado tarde. La libreta se había transformado para ella en un objeto mágico, un almacén de oscuras pasiones y deseos soterrados. El azar la había conducido hasta ella, pero ahora que era suya, la veía como un instrumento del destino.

Aquella primera noche estudió las anotaciones y no encontró ningún nombre que le resultase conocido. Pensó que aquél era el punto de partida perfecto. Emprendería el viaje en la oscuridad, sin saber absolutamente nada, y hablaría una por una con todas las personas que aparecían en la libreta. Averiguando quiénes eran empezaría a aprender algo acerca del hombre que la había perdido. Sería un retrato en ausencia, un perfil trazado alrededor de un espacio vacío, y poco a poco del fondo iría surgiendo una figura, formada por todo lo que no era. Esperaba llegar a encontrarle finalmente de esa manera, pero aunque así no fuese, el esfuerzo llevaría consigo su propia recompensa. Quería animar a las personas para que se abriesen a ella cuando las viera, para que le contasen sus historias de encantamiento, lujuria y enamoramiento, para que le confiasen sus secretos más ocultos. Ansiaba trabajar en esas entrevistas durante meses, tal vez incluso años. Habría miles de fotografías que tomar, cientos de declaraciones que transcribir, un universo entero que explorar. O eso pensaba. La suerte quiso que el proyecto descarrilase después de un solo día.

Con una sola excepción, todas las personas estaban apuntadas por el apellido. En la *L*, sin embargo, aparecía alguien llamado Lilli. Maria supuso que era el nombre de pila de una

Librodot

mujer. De ser así, esta única desviación del directorio podría ser significativa, señal de una intimidad especial. ¿Y si Lilli era el nombre de la novia del hombre que había perdido la libreta de direcciones? ¿O su hermana? ¿O incluso su madre? En lugar de ir por orden alfabético como había pensado en un principio, Maria decidió saltar a la L y hacer primero una visita a la misteriosa Lilli. Si su presentimiento era certero, tal vez se encontraría de pronto en situación de enterarse de quién era el hombre.

No podía acercarse a Lilli directamente, de ese encuentro dependían demasiadas cosas y temía arruinar sus posibilidades entrando en él sin preparación. Necesitaba hacerse una idea de quién era aquella mujer antes de hablar con ella, ver qué aspecto tenía, seguirla durante algún tiempo y descubrir cuáles eran sus costumbres. La primera mañana se dirigió a la zona residencial de las Ochenta Este para localizar el piso de Lilli. Entró en el portal del pequeño edificio para mirar los timbres y los buzones y justo entonces, cuando empezaba a estudiar la lista de nombres de la pared, una mujer salió del ascensor y abrió la puerta interior. Maria se volvió a mirarla, pero antes de que hubiese podido fijarse en su cara, oyó que la mujer decía su nombre.

-¿Maria?

La palabra fue pronunciada como una pregunta y un instante más tarde Maria comprendió que estaba mirando a Lillian Stern, su vieja amiga de Massachusetts.

-No puedo creerlo -dijo Lillian-. Eres tú realmente, ¿no?

Hacía más de cinco años que no se veían. Cuando Maria emprendió su extraño viaje por los Estados Unidos perdieron el contacto, pero hasta entonces habían estado muy unidas y su amistad se remontaba a la infancia. En el instituto habían sido casi inseparables, dos chicas raras que luchaban juntas para atravesar la adolescencia, que planeaban su huida de la vida en la pequeña ciudad. Maria había sido un poco más seria, la intelectual callada, la que tenía dificultad para hacer amigos, mientras que Lillian había sido la chica con mala reputación, la alocada que se acostaba con todos, tomaba drogas y hacia novillos. Por todo ello, eran aliadas inquebrantables y, a pesar de sus diferencias, era mucho más lo que las unía que lo que las separaba. Maria me confesó una vez que Lillian había sido un gran ejemplo para ella y que gracias a su amistad había aprendido a ser ella misma. Pero la influencia parecía haber sido recíproca. Maria convenció a Lillian de que se fuesen a Nueva York al terminar el instituto y durante los meses que siguieron compartieron un apartamento muy pequeño y lleno de cucarachas en el Lower East Side. Mientras Maria iba a clases de bellas artes, Lillian estudiaba arte dramático y trabajaba de camarera. También conoció a un batería de rock and roll llamado Tom, y cuando Maria se marchó de Nueva York en su camión, él se había convertido en un elemento permanente en el apartamento. Le escribió a Lillian numerosas postales durante los dos años que estuvo en la carretera, pero sin una dirección fija no había manera de que Lillian le contestase. Cuando Maria regresó a la ciudad, hizo todo lo posible por encontrar a su amiga, pero en el antiguo apartamento vivía ahora otra persona, y su nombre no aparecía en la guía telefónica. Trató de llamar a los padres de Lillian a Holyoke, pero al parecer se habían trasladado a otra ciudad, y de repente se encontró sin opciones. Cuando aquel día tropezó con Lillian en el portal, ya había perdido cualquier esperanza de volver a verla.

Fue un encuentro extraordinario para las dos. Maria me dijo que gritaron, cayeron la una en brazos de la otra y luego se echaron a llorar. Cuando fueron de nuevo capaces de hablar, cogieron el ascensor y pasaron el resto del día en el piso de Lillian. Tenían tantas cosas que contarse, dijo Maria, que las historias manaban copiosamente. Comieron juntas, luego cenaron juntas, y cuando ella volvió a casa y se metió en la cama eran casi las tres de la mañana.

A Lillian le habían sucedido cosas curiosas durante esos años, cosas que Maria nunca habría creído posibles. Mi conocimiento de ellas es sólo de segunda mano, pero, después de hablar con Sachs el verano pasado, creo que la historia que Maria me contó era esencialmente exacta. Puede que se equivocara en algunos detalles menores (también pudo equivocarse

Sachs), pero a la larga eso no tiene importancia. Aunque Lillian no siempre sea de fiar, aunque su tendencia a la exageración sea tan pronunciada como me cuentan, los hechos fundamentales no son discutibles. En la época de su encuentro accidental con Maria en 1976, Lillian llevaba tres años ejerciendo la prostitución. Recibía a sus clientes en su piso de la calle 87 Este y trabajaba enteramente por libre, una prostituta a jornada parcial con un negocio independiente y próspero. Todo eso es seguro, lo que sigue siendo dudoso es cómo empezó exactamente. Su novio, Tom, parece que estuvo implicado de alguna forma, pero la medida de su responsabilidad no está clara. En ambas versiones de la historia, Lillian contó que él tenía un grave problema de drogas, una adicción a la heroína que acabó por provocar que le echaran de su grupo musical. De acuerdo con la historia que Maria oyó, Lillian seguía desesperadamente enamorada de él. Fue a ella a quien se le ocurrió la idea, y se ofreció a acostarse con otros hombres con el fin de proporcionarle dinero a Tom. Descubrió que era rápido e indoloro, y mientras tuviese contento a su camello, sabía que Tom nunca la dejaría. En esa etapa de su vida, dijo, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para retenerle, aunque eso significara que tuviera que caer en lo más bajo. Once años después le contó a Sachs algo totalmente diferente. Era Tom quien la había convencido, dijo, y como le tenía miedo, como él la amenazaba con matarla si no aceptaba, no tuvo más remedio que ceder. En esta segunda versión era Tom quien le concertaba las citas, literalmente chuleando a su novia como medio para cubrir los gastos de su adicción. En última instancia, supongo que no importa qué versión fuera la verdadera. Eran igualmente sórdidas y ambas conducían al mismo resultado. Al cabo de seis o siete meses, Tom desapareció. En la historia de Maria, se largó con otra. En la historia de Sachs murió de una sobredosis. De un modo u otro, Lillian estaba sola de nuevo. De un modo u otro, continuó acostándose con hombres para pagar sus facturas. Lo que asombró a Maria fue el tono desapasionado con que Lillian hablaba del asunto, sin vergüenza ni incomodidad. Era un trabajo como otro cualquiera, dijo, y, bien mirado, era mucho mejor que servir bebidas o comidas. Los hombres iban a babear dondequiera que estuvieses. No podías hacer nada para evitarlo. Tenía mucho más sentido que te pagaran que luchar con ellos; además, unos cuantos polvos extra nunca habían hecho daño a nadie. En todo caso, Lillian estaba orgullosa de lo bien que se lo había montado. Recibía a sus clientes sólo tres días a la semana, tenía dinero en el banco, vivía en un piso cómodo en un buen barrio. Dos años antes se había matriculado de nuevo en una escuela de arte dramático. Le parecía que ahora aprendía y en las últimas semanas había empezado a hacer pruebas para algunos papeles, principalmente en pequeños teatros del centro. Dentro de poco le saldría algo, dijo. Una vez que consiguiera ahorrar otros diez o quince mil dólares, pensaba cerrar el negocio y dedicarse exclusivamente a la carrera teatral. Después de todo, sólo tenía veinticuatro años y toda la vida por delante.

Maria llevaba consigo su cámara aquel día y le hizo una serie de fotos a Lillian durante el tiempo que pasaron juntas. Cuando me contó la historia tres años más tarde, extendió esas fotografías delante de mí mientras hablábamos. Habría treinta o cuarenta. Fotografías grandes en blanco y negro que mostraban a Lillian desde diversos ángulos y distancias; en algunas de ellas había posado, en otras no. Estos retratos fueron mi único encuentro con Lillian Stern. Han transcurrido más de diez años desde ese día, pero nunca he olvidado la experiencia de mirar esas fotos. La impresión que me causaron fue así de fuerte, así de duradera.

-Es guapa, ¿verdad? -dijo Maria.

-Sí, extraordinariamente guapa -dije.

-Salía para comprar comestibles cuando nos tropezamos. Ya ves lo que lleva. Una sudadera, unos vaqueros, unas zapatillas deportivas viejas. Iba vestida para salir cinco minutos a la tienda y volver. Nada de maquillaje, nada de joyas, ningún adorno. Y sin embargo está guapa. Lo suficiente como para cortarte el aliento.

-Es su oscuridad -dije, buscando una explicación-. Las mujeres que tienen rasgos oscuros no necesitan mucho maquillaje. Fíjate qué ojos tan redondos. Las pestañas largas los

Librodot

hacen resaltar. Y también tiene unos buenos huesos, no debemos olvidar eso. Los huesos son fundamentales.

-Es más que eso, Peter. Hay cierta cualidad interior en Lillian que siempre sale a la superficie. No sé cómo decirlo. Felicidad, gracia, espíritu animal. Hace que siempre parezca más viva que los demás. Una vez que atrae tu atención es difícil dejar de mirarla.

-Da la impresión de que se encuentra cómoda delante de la cámara.

-Lillian está siempre cómoda. Está completamente relajada dentro de su piel.

Pasé algunas fotos más y me encontré con una secuencia que mostraba a Lillian de pie delante de un armario abierto en distintas fases del acto de desnudarse. En una foto estaba quitándose los vaqueros; en otra se estaba sacando la sudadera; en la siguiente llevaba sólo unas braguitas blancas minúsculas y una camiseta blanca sin mangas; en la siguiente las braguitas habían desaparecido; en la siguiente la camiseta también había desaparecido. A continuación venían varias fotos de desnudos. En la primera estaba mirando a la cámara, la cabeza inclinada hacia atrás, riéndose, sus pequeños senos casi aplastados contra el pecho, los pezones erizados sobresaliendo contra el horizonte; tenía la pelvis echada hacia adelante y se agarraba la carne de la parte interna de los muslos con las dos manos, su mata de vello púbico oscuro enmarcada por la blancura de sus dedos curvados. En la siguiente estaba vuelta hacia el otro lado, el culo en primer término, sacando una cadera hacia un lado y mirando por encima del otro hombro hacia la cámara, aún riéndose, adoptando la pose de chica de póster. Estaba claro que se divertía, estaba claro que le encantaba tener la oportunidad de exhibirse.

-Esto es material erótico -dije-. No sabía que tomases fotos de chicas desnudas.

-Estábamos arreglándonos para salir a cenar y Lillian quería cambiarse de ropa. La seguí a su dormitorio para poder continuar charlando. Tenía la cámara conmigo y cuando empezó a desnudarse le hice algunas fotos. Sencillamente fue así. Yo no planeaba hacerlo hasta que la vi quitándose la ropa.

-¿Y no le importó?

-No parece que le importara ,¿verdad?

-¿Te excitó?

-Por supuesto que sí. No soy de piedra, como sabes.

-¿Qué sucedió luego? No os acostasteis, ¿verdad?

-Oh, no, soy demasiado puritana para eso.

-No estoy tratando de arrancarte una confesión. Tu amiga me parece irresistible. Tanto para las mujeres como para los hombres, diría yo.

-Reconozco que estaba excitada. Si Lillian hubiese dado algún paso entonces, tal vez habría sucedido algo. Yo nunca me he acostado con otra mujer, pero aquel día con ella podría haberlo hecho. Se me pasó por la cabeza, por lo menos, y ésa es la única vez que he sentido eso. Pero Lillian estaba simplemente tonteando con la cámara y la cosa nunca pasó del *striptease*. Era todo en broma, las dos estuvimos riéndonos todo el rato.

-¿Llegaste a enseñarle la libreta de direcciones?

-Creo que sí. Creo que fue después de que volviésemos del restaurante. Lillian pasó mucho rato hojeándola, pero, realmente, no pudo decirme a quién pertenecía. Tenía que ser un cliente, por supuesto. Lilli era el nombre que ella utilizaba para su trabajo, pero aparte de eso no estaba segura de nada.

-Pero eso reducía la lista de posibilidades.

-Cierto, pero podía tratarse de alguien a quien ella no había conocido. Un cliente potencial, por ejemplo. Quizá uno de los clientes satisfechos de Lillian le había pasado su nombre a otra persona. Un amigo, un compañero, quién sabe. Así es como Lillian obtenía sus clientes nuevos, por recomendación verbal. El hombre había anotado su nombre en la libreta, pero eso no significaba que hubiese llegado a llamarla. Puede que el tipo que le había dado su nombre tampoco la hubiese llamado. Así es como circulan las putas, sus nombres se propagan en círculos concéntricos, por extrañas redes de información. Para algunos hombres es

Librodot

suficiente con llevar un nombre o dos en sus libretitas negras, para referencias futuras, por así decirlo. Por si su mujer les deja, o para un repentino ataque de lujuria o frustración.

-O cuando están de paso por la ciudad.

-Exactamente.

-Sin embargo, ya tenías tu primera pista. Hasta que apareció Lillian, el dueño de la libreta podía haber sido cualquiera. A partir de entonces, por lo menos, tenías un punto de partida.

-Supongo que sí. Pero las cosas no salieron así. Una vez que empecé a hablar con Lillian, todo el proyecto cambió.

-¿Quieres decir que se negó a darte la lista de sus clientes?

-No, nada de eso. Me la habría dado si se la hubiese pedido.

-¿Qué fue entonces?

-No estoy segura de cómo ocurrió, pero cuanto más hablábamos, más forma tomaba nuestro plan. No salió de ninguna de las dos, era algo que flotaba en el aire, algo que parecía existir de antemano. El habernos encontrado por casualidad tenía mucho que ver con ello, creo. Fue todo tan inesperado y maravilloso que estábamos fuera de nosotras. Tienes que entender lo unidas que habíamos estado. Habíamos sido amigas del alma, hermanas, compañeras para toda la vida. Nos queríamos de verdad, y yo pensaba que conocía a Lillian tanto como a mí misma. Y luego, ¿qué sucede? Después de cinco años descubro que mi mejor amiga se ha convertido en una puta. Eso me dejó descolocada. Me sentí fatal, casi como si me hubiese traicionado. Pero al mismo tiempo (y aquí es donde la cosa empieza a volverse turbia) me di cuenta de que la envidiaba. Lillian no había cambiado. Era la misma chica estupenda que había conocido siempre. Alocada, traviesa, excitante. No se consideraba a sí misma una furcia o una mujer caída, su conciencia estaba limpia. Eso era lo que me impresionaba tanto: su absoluta libertad interior, su forma de vivir de acuerdo con sus propias normas sin importarle un comino lo que pensaran los demás. Por entonces yo ya había hecho algunas cosas bastante excesivas. El proyecto de Nueva Orleans, el proyecto de “La dama desnuda”. Iba un poco más lejos cada vez, poniendo a prueba los límites de lo que era capaz de hacer. Pero, comparada con Lillian, me sentía como una bibliotecaria solterona, una virgen patética que no había hecho mucho en ningún terreno. Pensé para mis adentros: si ella puede hacerlo, ¿por qué yo no?

-Estás de broma.

-Espera, déjame terminar. Fue más complicado de lo que parece. Cuando le conté a Lillian lo de la libreta de direcciones y la gente con la que iba a hablar, le pareció algo fantástico, la cosa más sensacional que había oído. Quiso ayudarme. Quiso ir entrevistando a la gente de la libreta, como iba a hacer yo. Recuerda que era actriz, y la idea de fingir que era yo le entusiasmó. Estaba positivamente inspirada.

-Así que cambiasteis los papeles. ¿Es eso lo que estás tratando de decirme? Lillian te convenció para que hicierais un intercambio de personalidad.

-Nadie convenció a nadie de nada. Lo decidimos juntas.

-Pero...

-Pero nada. Fuimos socias a partes iguales desde el principio hasta el final. Y el hecho es que la vida de Lillian cambió a causa de eso. Se enamoró de uno de los hombres que aparecía en la libreta y acabó casándose con él.

-La historia se vuelve cada vez más extraña.

-Fue extraño, ciertamente. Lillian salió con una de mis cámaras y la libreta de direcciones, y la quinta o sexta persona a la que vio era el hombre que llegaría a ser su marido. Yo sabía que había una historia oculta en esa libreta. Pero era la historia de Lillian, no la mía.

-¿Y tú conociste a ese hombre? ¿No se lo estaba inventando?

Librodot

-Fui testigo de su boda en el ayuntamiento. Que yo sepa, Lillian nunca le contó cómo se ganaba la vida, pero ¿por qué tenía que saberlo? Ahora viven en Berkeley, California. Él es catedrático, un tipo estupendo.

-¿Y a ti cómo te fueron las cosas?

-No tan bien. Ni mucho menos. El mismo día que Lillian salió con mi cámara de repuesto, ella tenía una cita por la tarde con uno de sus clientes habituales, Cuando llamó aquella mañana para confirmarlo, Lillian le explicó que su madre estaba enferma y ella tenía que marcharse de la ciudad. Le había pedido a una amiga que la sustituyese, y si a él no le importaba ver a otra por aquella vez, le garantizaba que no lo lamentaría. No recuerdo las palabras exactas, pero ése era más o menos el mensaje. Me puso por las nubes, y después de un poco de persuasión el hombre aceptó. Así que allí estaba yo, sola en el piso de Lillian aquella tarde, esperando a que sonara el timbre, preparándome para echar un polvo con un hombre al que no había visto nunca. Se llamaba Jerome, un hombrecito cuadrado de cuarenta y tantos años con vello en los nudillos y los dientes amarillos. Era vendedor de no sé qué. Bebidas alcohólicas al por mayor, pero lo mismo podían haber sido lápices u ordenadores. Da igual. Llamó al timbre a las tres en punto, y en el mismo momento en que entró en el piso, comprendí que no podría llegar hasta el final. Si hubiese sido medianamente atractivo tal vez habría podido reunir el valor suficiente, pero, con un tipo como Jerome, sencillamente no era posible. Él tenía prisa y no paraba de mirar el reloj, deseoso de empezar, acabar de una vez y marcharse. Le seguí la corriente, sin saber qué hacer, tratando de pensar en algo mientras entrábamos en el dormitorio y nos quitábamos la ropa. Bailar desnuda en un bar *topless* era una cosa, pero estar allí de pie con aquel vendedor gordo y peludo era algo tan íntimo que ni siquiera podía mirarle a los ojos. Yo había escondido mi cámara en el cuarto de baño y pensé que si quería sacar alguna foto de aquel fiasco tendría que actuar inmediatamente. Así que me disculpé y me fui al baño, dejando la puerta entreabierta una rendija. Abrí los dos grifos del lavabo, cogí mi cámara y empecé a hacer fotos del dormitorio. Tenía un ángulo perfecto. Podía ver a Jerome despatarrado sobre la cama, miraba al techo y se la meneaba con la mano, tratando de ponérsela dura. Era repugnante, pero también cómico, y me alegré de estar registrándolo en película. Supuse que tendría tiempo para diez o doce fotos, pero cuando había tomado seis o siete, Jerome se levantó de la cama de un salto, cruzó hasta el cuarto de baño y abrió la puerta de golpe, antes de que yo tuviese la oportunidad de cerrarla. Cuando me vio allí de pie con la cámara en las manos, se volvió loco. Quiero decir realmente loco, perdió el juicio. Empezó a gritar acusándome de hacerle fotos para poder chantajearle y arruinar su matrimonio, y antes de que yo pudiese reaccionar me había arrebatado la cámara y la machacaba contra la bañera. Traté de huir, pero él me agarró por un brazo y luego empezó a darme puñetazos. Era una pesadilla. Dos extraños desnudos pegándose en un cuarto de baño alicatado en rosa. No paraba de gruñir y gritar mientras me pegaba, chillando a pleno pulmón, y luego me dio un golpe que me dejó sin sentido. Me rompió la mandíbula, aunque te cueste creerlo. Pero eso fue sólo parte del daño. También tenía una muñeca rota, fisuras en un par de costillas y cardenales por todo el cuerpo. Pasé diez días en el hospital y después seis semanas con la mandíbula sujeta con alambres. El pequeño Jerome me dejó hecha papilla. Me pateó hasta casi matarme.

Cuando conocí a Maria en el piso de Sachs en 1979 hacia casi tres años que no se acostaba con un hombre. Tardó todo ese tiempo en recuperarse del trauma de la paliza, y la abstinencia no era tanto una elección como una necesidad, la única cura posible. Aparte de la humillación física que había sufrido, el incidente con Jerome había sido una derrota espiritual. Por primera vez en su vida, Maria había sido castigada. Había sobrepasado sus límites y la brutalidad de esa experiencia había alterado su imagen de sí misma. Hasta entonces se había imaginado capaz de cualquier cosa, cualquier aventura, cualquier transgresión, cualquier audacia. Se había sentido más fuerte que otras personas, inmunizada contra los estragos y los fracasos que afligen al resto de la humanidad. Después del intercambio con Lillian,

Librodot

comprendió hasta qué punto se había engañado a si misma. Descubrió que era débil, una persona confinada dentro de sus propios temores y represiones internas, tan mortal y tan confusa como cualquiera.

Fueron precisos tres años para reparar el daño (en la medida en que llegó a ser reparado), y cuando nuestros caminos se cruzaron en el piso de Sachs aquella noche, ella estaba más o menos dispuesta para salir de su concha. Y fue a mí a quien ofreció su cuerpo, fue sólo porque aparecí en el momento oportuno. Maria siempre se burló de esa interpretación e insinuó que yo era el único hombre con el que podía haberse ido, pero estaría loco si creyera que fue porque poseía algún encanto sobrenatural. Yo era únicamente un hombre entre muchos hombres posibles, mercancía averiada a mi manera, y si respondía a lo que ella buscaba en ese momento, tanto mejor para mí. Fue ella quien estableció las reglas de nuestra amistad y yo las cumplí lo mejor que pude, cómplice gustoso de sus caprichos y urgentes demandas. A petición de Maria acepté que nunca dormiríamos juntos dos noches seguidas. Acepté que nunca le hablaría de ninguna otra mujer. Acepté que nunca le pediría que me presentase a ninguno de sus amigos. Acepté actuar como si nuestra relación fuese un secreto, un drama clandestino que había que ocultarle al resto del mundo. Ninguna de estas restricciones me disgustaba. Me vestía con la ropa que Maria deseaba que llevase, satisfacía su apetito de lugares de encuentro raros (taquillas del metro, salas de apuestas, lavabos de restaurantes), comía las comidas coordinadas por el color que ella preparaba. Todo era juego para Maria, una llamada a la invención constante, y ninguna idea era demasiado disparatada como para no probarla una vez. Hicimos el amor vestidos y desnudos, con luz y sin luz, en interiores y exteriores, sobre su cama y debajo de ella. Nos pusimos togas, trajes de cavernícolas y esmóquines alquilados. Fingimos ser desconocidos, fingimos ser un matrimonio. Hicimos el número del médico y la enfermera, el número de la camarera y el cliente, el número del profesor y la alumna. Todo era bastante infantil, supongo, pero Maria se tomaba estas escenas muy en serio, no como diversiones sino como experimentos, como estudios acerca de la naturaleza cambiante del yo. Si no hubiese sido tan seria, dudo que yo hubiese podido continuar con ella como lo hice. Vi a otras mujeres durante ese tiempo, pero Maria era la única que significaba algo para mí, la única que todavía hoy forma parte de mi vida.

En septiembre de ese año (1979), finalmente se vendió la casa de Dutchess County, y Delia y David se trasladáron a Nueva York v se instalaron en un piso de Brooklyn, en la zona de Cobble Hill. Esto hizo que las cosas mejorasen y a la vez empeorasen para mí. Podía ver a mi hijo más a menudo, pero también significaba contactos más frecuentes con la que pronto sería mi ex mujer. Los trámites de nuestro divorcio estaban por entonces muy avanzados, pero Delia estaba empezando a tener dudas, y en aquellos últimos meses antes de que saliese el fallo hizo un oscuro y débil intento de reconquistarme. Si no hubiese habido un David en la escena, habría podido resistir esta campaña sin ninguna dificultad. Pero el niño claramente sufría por mi ausencia, y yo me sentía responsable de sus pesadillas, sus ataques de asma y sus lágrimas. La culpa es un poderoso persuasor, y Delia instintivamente pulsaba los botones adecuados siempre que yo estaba cerca. Una vez, por ejemplo, después de que un conocido suyo hubiese ido a cenar a su casa, me informó que David se había subido a su regazo y le había preguntado si iba a ser su nuevo papá. Delia no me estaba echando en cara este incidente, simplemente compartía su preocupación conmigo, pero yo cada vez que oía una de estas historias me hundía un poco más en las arenas movedizas del remordimiento. No era que desease vivir con Delia de nuevo, pero me preguntaba si no debería resignarme a ello, si no estaba destinado a estar casado con ella después de todo. Consideraba que el bienestar de David era más importante que el mío propio, y sin embargo, durante un año había estado jugueteando con Maria Turner y las otras, rechazando cualquier pensamiento que se refiriese al futuro. Era difícil justificar aquella vida ante mí mismo. La felicidad no era lo único que contaba. Una vez que te convertías en padre, había obligaciones que no podías rehuir, obligaciones con las que tenias que cumplir, costara lo que costara.

Librodot

Fanny fue quien me salvó de lo que hubiese sido una decisión terrible. Ahora puedo decir eso, a la luz de lo que sucedió después, pero entonces nada estaba claro para mí. Cuando terminó el contrato de subarriendo de mi habitación de Varick Street, alquilé un apartamento a seis o siete manzanas de la casa de Delia en Brooklyn. No tenía intención de irme a vivir tan cerca de ella, pero los precios en Manhattan eran demasiado altos para mí, y una vez que empecé a buscar al otro lado del río, todos los pisos que me enseñaban parecían estar en su barrio. Acabé cogiendo un apartamento bastante deteriorado en Carroll Gardens, pero el alquiler era asequible y el dormitorio era lo bastante grande como para poner dos camas, una para mí y otra para David. Él empezó a pasar dos o tres noches a la semana conmigo, lo cual era un buen cambio en sí mismo, pero me ponía en una situación precaria con Delia. Me había dejado resbalar de nuevo hasta su órbita, y notaba que mi resolución empezaba a tambalearse. Por una desafortunada coincidencia, Maria estaba pasando dos meses fuera de la ciudad en la época de mi traslado, y también Sachs se había ido a California para trabajar en un guión de *El nuevo coloso*. Un productor independiente había comprado los derechos cinematográficos de su novela y Sachs había sido contratado para escribir el guión con un guionista profesional que vivía en Hollywood. Volveré a esa historia más tarde, pero ahora la cuestión es que yo estaba solo, desamparado en Nueva York sin mis habituales compañeros. Todo mi futuro estaba en juego otra vez y yo necesitaba a alguien para hablar, para oírme a mí mismo pensar en voz alta.

Fanny me llamó una noche a mi nuevo apartamento y me invitó a cenar. Supuse que se trataba de una de sus acostumbradas cenas con cinco o seis invitados más, pero cuando me presenté en su casa la noche siguiente descubrí que el único invitado era yo. Esto fue una sorpresa para mí. En todos los años que hacía que nos conocíamos, Fanny y yo no habíamos pasado nunca unas horas solos. Ben siempre había estado presente y, salvo los raros momentos en que salía de la habitación o le llamaban por teléfono, apenas habíamos hablado sin que otra persona escuchase lo que decíamos. Yo estaba tan acostumbrado a esta situación que ya ni me molestaba en cuestionaría. Fanny siempre había sido para mí una figura remota e idealizada, y me parecía adecuado que nuestras relaciones fueran indirectas, perpetuamente mediatizadas por otros. A pesar del afecto que había ido creciendo entre nosotros, aún me ponía un poco nervioso estar con ella. Mi timidez tendía a hacerme extravagante y a menudo me esforzaba desesperadamente por hacerla reír, contando chistes malos y haciendo horribles juegos de palabras, traduciendo mi incomodidad en bromas alegres y pueriles. Todo esto me turbaba, ya que nunca actuaba de ese modo con nadie. No soy una persona jocosa y sabía que le estaba dando una impresión falsa de cómo era, pero hasta aquella noche no comprendí por qué me había ocultado siempre de ella. Algunos pensamientos son demasiado peligrosos y uno no debe permitirse acercarse a ellos.

Recuerdo la blusa de seda blanca que llevaba aquella noche y las perlas blancas alrededor de su cuello moreno. Creo que ella se dio cuenta de lo desconcertado que estaba por su invitación, pero no comentó nada, y actuó como si fuese absolutamente normal que unos amigos cenasen de aquella manera. Probablemente lo era, pero no desde mi punto de vista, no con la historia de elusiones que había entre nosotros. Le pregunté si había algo especial de lo que quisiese hablarme. Me dijo que no, simplemente le apetecía verme. Había estado trabajando mucho desde que Ben se fue y al despertarse el día anterior se le ocurrió de repente que me echaba de menos. Eso era todo. Me echaba de menos y quería saber cómo estaba.

Empezamos con unas copas en el cuarto de estar, hablando principalmente de Ben durante los primeros minutos. Mencioné una carta que me había escrito la semana anterior y entonces Fanny me contó una conversación telefónica que había tenido con él aquel mismo día. Ella no creía que la película llegara a hacerse, pero Ben estaba ganando mucho dinero con el guión y eso les vendría bien. La casa de Vermont necesitaba un tejado nuevo y quizá podrían ponerlo antes de que el viejo se hundiera. Puede que después de eso hablásemos de Vermont, o de su trabajo en el museo. No lo recuerdo. Cuando nos sentamos a la mesa habíamos pasado a hablar de mi libro. Le dije a Fanny que continuaba escribiendo, pero

Librodot

menos que antes, ya que ahora varios días de la semana estaban dedicados por completo a David. Le dije que vivíamos como un par de solterones, chancleteando por el apartamento en zapatillas, fumando una pipa por la noche, hablando de filosofía mientras tomábamos una copa de coñac y contemplábamos las brasas de la chimenea.

-Un poco como Holmes y Watson -dijo Fanny.

-Ya llegaremos a eso. Hoy por hoy, la defecación sigue siendo un tema importante, pero una vez que mi compañero deje los pañales, estoy seguro de que abordaremos otros asuntos.

-Podía ser peor.

-Desde luego. No me habrás oído quejarme, ¿verdad?

-¿Le has presentado a alguna de tus amigas?

-¿Maria, por ejemplo?

-Por ejemplo.

-He pensado en ello, pero nunca me parece que sea un buen momento. Probablemente porque no deseo hacerlo. Temo que se haga un lío.

-¿Y qué me dices de Delia? ¿Sale con otros hombres?

-Creo que sí, pero no es muy comunicativa respecto a su vida privada.

-Más vale así, supongo.

-No sé qué decirte. Tal y como están las cosas ahora, parece que está bastante contenta de que me haya ido a vivir a su barrio.

-Dios santo. No estarás animándola ,¿verdad?

-No estoy seguro. Seria diferente si estuviese pensando en casarme con otra.

-David no es motivo suficiente, Peter. Si ahora volvieses con Delia, empezarías a odiarte por ello. Te convertirías en un viejo amargado.

-Puede que ya lo sea.

-No digas tonterías.

-Trato de no serlo, pero cada vez me resulta más difícil mirar el desastre que he provocado sin sentirme estúpido.

-Te sientes responsable, eso es todo. Están tirando de ti en direcciones opuestas.

-Siempre que me marcho, me digo que debería haberme quedado. Siempre que me quedo, me digo que debería haberme marchado.

-Eso se llama ambivalencia.

-Entre otras cosas. Si ése es el término que quieres usar, no me opongo.

-O como mi abuela le dijo una vez a mi madre: “Tu padre sería un hombre maravilloso si fuese diferente.”

-Ja.

-Sí, ja. Toda una epopeya de dolor y sufrimiento reducida a una sola frase.

-El matrimonio como pantano, como ejercicio de autoengaño que dura toda una vida.

-Simplemente todavía no has conocido a la persona adecuada, Peter, tienes que darte más tiempo.

-Me estás diciendo que no sé lo que es el verdadero amor. Y cuando lo sepa mis sentimientos cambiarán. Es muy amable por tu parte pensar eso, pero ¿y si no me sucede nunca? ¿Y si no está en mis cartas?

-Lo está, te lo garantizo.

-¿Por qué estás tan segura?

Fanny hizo una pausa, dejó el cuchillo y el tenedor sobre el plato y alargó la mano para coger la mía.

-Tú me quieres, ¿verdad?

-Claro que te quiero -dije.

-Siempre me has querido ,¿no es cierto? Desde el primer momento en que me viste. Esa es la verdad, ¿no? Me has querido todos estos años y aún me quieres.

Retiré la mano y bajé los ojos, agobiado por la vergüenza.

Librodot

-¿Qué es esto? -dije-. ¿Una confesión forzada?

-No, sólo trato de demostrar que te casaste con la mujer inadecuada.

-Tú estás casada con otro, ¿recuerdas? Siempre creí que eso te dejaba fuera de la lista de las candidatas.

-No estoy diciendo que deberías haberte casado conmigo, pero no deberías haberte casado con la mujer con la que te casaste.

-Estás hablando en círculos, Fanny.

-Está clarísimo. Lo que pasa es que no quieres entender lo que te estoy diciendo.

-No, hay un fallo en tu argumentación. Reconozco que casarme con Delia fue una equivocación. Pero que te quiera a ti no demuestra que pueda querer a otra. ¿Qué pasaría si tú fueras la única mujer a la que puedo querer? Planteo esta pregunta hipotéticamente, por supuesto, pero es una cuestión crucial. Si es verdad, entonces tu argumentación no tiene sentido.

-Las cosas no son así, Peter.

-Así es como son para Ben y para ti. ¿Por qué hacer una excepción para ti?

-Yo no la hago.

-¿Y eso qué quiere decir?

-No tendré que explicártelo todo, ¿verdad?

-Tendrás que perdonarme, pero empiezo a sentirme un poco confuso. Si no supiera que estoy hablando contigo, juraría que estás insinuándote.

-¿Me estás diciendo que tendrías algún inconveniente?

-Dios, Fanny, estás casada con mi mejor amigo.

-Ben no tiene nada que ver con esto. Esto es estrictamente entre nosotros.

-No, no lo es. Tiene todo que ver con él.

-¿Y qué crees que está haciendo Ben en California?

-Está escribiendo un guión.

-Sí, está escribiendo un guión. Y también se está tirando a una chica que se llama Cynthia.

-No te creo.

-¿Por qué no le llamas y lo averiguas tú mismo? Pregúntaselo, simplemente. El te dirá la verdad. Dile: Fanny me ha dicho que te estás tirando a una chica que se llama Cynthia. ¿Es cierto, tío? Él te dará una respuesta sincera, lo sé.

-Creo que no deberíamos estar manteniendo esta conversación.

-Y luego pregúntale por las otras, las anteriores a Cynthia. Grace, por ejemplo. Y Nora, y Martine, y Val. Ésos son los primeros nombres que me vienen a la cabeza, pero si me das un minuto me acordaré de algunos más. Tu amigo es un pichabrava, Peter. No lo sabías, ¿verdad?

-No hables así. Es repugnante.

-Sólo te estoy diciendo la verdad. No es como si Ben me lo ocultase. Cuenta con mi permiso, ¿comprendes? Puede hacer lo que le dé la gana. Y yo también puedo hacer lo que me dé la gana.

-Entonces ¿por qué molestarse en seguir casados? Si todo eso es verdad, no hay razón para que continuéis juntos.

-Nos queremos, ésa es la razón.

-Ciertamente no lo parece.

-Pues es así. Eso es lo que hemos acordado. Si no le diese a Ben esta libertad, no podría conservarle.

-Así que él se va por ahí de correrías mientras tú te quedas en casa esperando a que el marido pródigo vuelva al hogar. No me parece un acuerdo justo.

-Es justo. Lo es porque yo lo acepto, porque me siento feliz así. Aunque apenas he utilizado mi propia libertad, sigue siendo mía, sigue perteneciéndome, es un derecho que puedo ejercer cuando quiera.

-Por ejemplo ahora.

-Eso es, Peter. Finalmente vas a tener lo que siempre has deseado. No tienes por qué sentir que estás traicionando a Ben. Lo que suceda esta noche es algo estrictamente entre tú y yo.

-Eso ya lo has dicho antes.

-Puede que ahora lo entiendas un poco mejor. No tienes por qué quedarte paralizado. Si me deseas puedes poseerme.

-Así, sin más.

-Sí, sin más.

Su crudeza me acobardaba, me parecía incomprensible. Si no hubiera estado tan desconcertado, probablemente me habría levantado de la mesa y me habría ido, pero me quedé sentado en mi silla sin decir nada. Por supuesto, yo deseaba acostarme con ella. Ella lo había comprendido desde el principio, y ahora que me había descubierto, ahora que había convertido mi deseo en una brutal y vulgar proposición, yo apenas sabía quién era ella. Fanny se había convertido en otra. Ben se había convertido en otro. En el espacio de una breve conversación, todas mis certezas acerca del mundo se habían derrumbado.

Fanny me cogió la mano de nuevo y, en lugar de intentar disuadiría, respondí con una débil y azorada sonrisa. Ella debió de interpretarlo como una capitulación, porque un momento después se levantó de su silla y dio la vuelta a la mesa para acercarse a mi. Le abrí los brazos y sin decir una palabra ella se acurrucó en mi regazo, plantó sus caderas firmemente sobre mis muslos y me cogió la cara entre las manos. Empezamos a besarnos, las bocas abiertas, las lenguas agitándose, babeándonos las barbillas, empezamos a besarnos como un par de adolescentes en el asiento trasero de un coche.

Continuamos así durante las tres semanas siguientes. Casi enseguida, Fanny se me hizo reconocible de nuevo, un punto de quietud familiar y enigmático. Ya no era la misma, por supuesto, pero no en ninguno de los sentidos que me habían aturdido aquella primera noche, y la crudeza que había mostrado entonces no se repitió. Empecé a olvidarlo, a acostumbrarme a nuestra nueva relación, a la continua acometida del deseo. Ben seguía fuera de la ciudad y, excepto cuando David estaba conmigo, yo pasaba todas las noches en su casa, durmiendo en su cama y haciendo el amor con su mujer. Di por sentado que me casaría con Fanny. Aunque eso significase destruir mi amistad con Sachs, estaba plenamente dispuesto a llevarlo a cabo. Por el momento, sin embargo, me callaba. Todavía estaba demasiado impresionado por la fuerza de mis sentimientos y no quería abrumaría hablando demasiado pronto. Así es como justificaba mi silencio, por lo menos, pero la verdad era que Fanny mostraba poca inclinación a hablar de nada que no fuera el día a día, la logística del próximo encuentro. Nuestras escenas de amor eran mudas e intensas, un desvanecimiento a las profundidades de la inmovilidad. Fanny era toda languidez y sumisión, y yo me enamoré de la suavidad de su piel, de la forma en que cerraba los ojos siempre que yo me acercaba a ella silenciosamente por detrás y la besaba en la nuca. Durante las dos primeras semanas no deseé nada más. Tocarla era suficiente, y yo vivía para el ronroneo casi inaudible que salía de su garganta, para sentir que su espalda se arqueaba lentamente contra las palmas de mis manos.
Imaginaba a Fanny como la madrastra de David. Imaginaba que los dos pondríamos casa en un barrio diferente y viviríamos allí el resto de nuestras vidas. Imaginaba tormentas, escenas dramáticas y combates de gritos con Sachs antes de que nada de esto fuera posible. Tal vez acabemos llegando a las manos, pensaba. Me encontraba dispuesto a todoy ni siquiera la idea de pelearme con mi amigo me escandalizaba. Insistí para que Fanny me hablase de él, ávido de escuchar sus agravios para justificarme ante mis propios ojos. Si podía probar que él había sido un mal marido, entonces mi plan de quitársela tendría el peso y la santidad de un propósito moral. No estaría quitándosela, estaría rescatándola, y mi conciencia quedaría limpia. Era demasiado ingenuo para comprender que la enemistad también puede ser una dimensión del amor. Fanny sufría por la conducta sexual de Ben; sus extravíos y pecadillos

Librodot

eran una fuente constante de dolor para ella, pero una vez que empezó a hacerme confidencias, la amargura que yo esperaba oír nunca fue más allá de un suave reproche. Abrirse a mí parecía aliviar cierta presión en su interior, y ahora que ella también había cometido un pecado, quizá podría perdonarle los pecados que él había cometido contra ella. Ésta era la economía de la justicia, por así decirlo, el *quid pro quo* que convierte a la víctima en victimario, el acto que equilibra la balanza. Acabé por aprender muchas cosas acerca de Sachs a través de Fanny, pero no me proporcionaban la munición que buscaba. Más bien, sus revelaciones tenían el efecto opuesto. Una noche, por ejemplo, cuando empezamos a hablar de la época que él pasó en prisión, descubrí que aquellos diecisiete meses habían sido mucho más terribles para él de lo que nunca me había permitido saber. No creo que Fanny estuviera tratando de defenderle expresamente, pero cuando me enteré de las cosas que había soportado (palizas caprichosas, continuos vejámenes y amenazas, un posible incidente de violación homosexual), me resultó difícil experimentar ningún resentimiento contra él. Sachs, visto a través de los ojos de Fanny, era una persona más complicada y angustiada que la que yo creía conocer. No era únicamente el exuberante y agotador extrovertido que llegó a ser mi amigo, era también un hombre que se escondía de los demás, un hombre cargado de secretos que nunca había compartido con nadie. Yo quería una excusa para volverme contra él, pero durante esas semanas que pasé con Fanny, me sentí tan unido a él como siempre. Extrañamente, nada de esto interfería en mis sentimientos hacia ella. Amarla era sencillo, aunque todo lo que rodeaba a ese amor estuviese cargado de ambigüedad. Era ella quien se había arrojado en mis brazos, después de todo, y sin embargo cuanto más la estrechaba, menos seguro me sentía de qué era lo que abrazaba.

La historia coincidió exactamente con la ausencia de Ben. Un par de días antes de su regreso, finalmente planteé el asunto de qué íbamos a hacer cuando él volviese a Nueva York. Fanny me propuso que siguiésemos cómo hasta entonces, viéndonos cuando lo deseáramos. Le dije que eso no era posible, que ella tendría que romper con Ben y venirse conmigo si queríamos continuar. No había lugar para la duplicidad. Debíamos contarle lo que había sucedido, resolver las cosas lo más rápidamente posible y luego hacer planes para casarnos. Nunca se me había ocurrido que no fuera eso lo que Fanny deseaba, pero esto sólo demuestra lo ignorante que era, lo mal que había interpretado sus intenciones desde el principio. No dejaría a Ben, me dijo. Ni siquiera había considerado esa posibilidad. Por mucho que me quisiera, eso no era algo que estuviese dispuesta a hacer.

Aquello se convirtió en una conversación angustiosa que duró varias horas, una vorágine de argumentos circulares que nunca nos llevaban a ninguna parte. Ambos lloramos mucho, implorando al otro que fuese razonable, que cediese, que mirase la situación desde otra perspectiva, pero no dio resultado. Tal vez era imposible que saliera bien, pero tal y como se desarrolló me pareció la peor conversación de mi vida, un momento de ruina absoluta. Fanny se negaba a dejar a Ben y yo me negaba a quedarme con ella a menos que lo hiciera, tiene que ser todo o nada, le repetía yo. La amaba demasiado para conformarme con una parte de ella. En lo que a mi se refería, cualquier cosa que fuera menos que todo, sería nada, una miseria con la cual no podría vivir. Así que me quedé con mi miseria y mi nada, y el asunto terminó con nuestra conversación de aquella noche. A lo largo de los meses que siguieron, apenas hubo un momento en que no lo lamentara, en que no me doliera mi terquedad, pero no había la menor posibilidad de revocar el carácter concluyente de mis palabras.

Todavía ahora no logro comprender el comportamiento de Fanny, supongo que uno podría desechar todo el asunto y decir que simplemente se divertía con una aventurilla mientras su marido estaba fuera de la ciudad. Pero si la relación sexual era lo único que buscaba, no tiene sentido que me eligiese a mí. Dada mi amistad con Ben, yo era la última persona a la que habría recurrido. Tal vez lo hacía para vengarse, por supuesto, aprovechándose de mí para saldar sus cuentas con Ben, pero a la larga no creo que esa explicación profundice lo suficiente. Presupone una especie de cinismo que Fanny nunca tuvo realmente, y quedan sin respuesta demasiadas preguntas. También es posible que pensara que sabía lo que se hacía y

Librodot

luego empezara a amilanarse. Un caso clásico de enfriamiento, por así decirlo, pero entonces ¿cómo interpretar el hecho de que nunca vacilase, de que nunca mostrara el menor asomo de arrepentimiento o indecisión? Hasta el último momento nunca se me pasó por la cabeza que ella tuviese ninguna duda respecto a mí. Si la relación terminó tan bruscamente, tenía que ser porque ella lo esperaba, porque desde el principio había sabido que sucedería así. Esto parece perfectamente verosímil. El único problema es que contradice todo lo que dijo e hizo durante las tres semanas que pasamos juntos. Lo que parece un pensamiento clarificador finalmente no es más que otro tropiezo. En el momento en que uno lo acepta, comienza de nuevo el acertijo.

No todo fue malo para mí, sin embargo. A pesar de cómo terminó, el episodio tuvo ciertas consecuencias positivas, y ahora lo considero una coyuntura clave en mi historia personal. Para empezar, renuncié a la idea de reanudar mi matrimonio. Amar a Fanny me había demostrado lo inútil que eso habría sido y abandoné tales pensamientos de una vez por todas No hay duda de que Fanny fue directamente responsable de este cambio de actitud. De no ser por ella, nunca habría estado en situación de conocer a Iris, y a partir de entonces mi vida habría evolucionado de una forma totalmente diferente. Una forma peor, estoy convencido; una forma que me habría a la amargura contra la cual Fanny me advirtió la primera noche que pasamos juntos. Al enamorarme de Iris cumplí la profecía que ella me había hecho esa misma noche; pero antes de poder creer en la profecía tuve que enamorarme de Fanny. ¿Era eso lo que ella estaba tratando de demostrarme? ¿Era ése el motivo oculto de nuestra disparatada relación? Parece descabellado incluso sugerirlo, y sin embargo concuerda con los hechos mucho más que ninguna otra explicación. Lo que estoy diciendo es que Fanny se echó en mis brazos para salvarme de mí mismo, que hizo lo que hizo para impedirme volver con Delia. ¿Es posible tal cosa? ¿Puede una persona realmente ir tan lejos por el bien de otra? De ser así, los actos de Fanny se convertían ni más ni menos que en extraordinarios, un gesto puro y luminoso de sacrificio personal. De todas las interpretaciones que he considerado a lo largo de los años, ésta es la que más me gusta. Eso no significa que sea cierta, pero puesto que puede serlo, me complace creer que lo es. Después de once años, es la única respuesta que todavía tiene sentido.

Una vez que Sachs volvió a Nueva York, pensé evitar verle. No tenía ni idea de si Fanny iba a decirle lo que habíamos hecho, pero aunque guardase el secreto, la perspectiva de ocultárselo yo me resultaba intolerable. Nuestras relaciones habían sido siempre demasiado honestas y francas como para hacer eso, y yo no estaba de humor para empezar a contarle mentiras en aquel momento. Además, me figuraba que me calaría enseguida, y si Fanny le contaba a qué nos habíamos dedicado, yo estaría exponiéndome a toda clase de desastres. De una forma u otra, no estaba en condiciones de verle. Si lo sabía, actuar como si no lo supiera seria un insulto. Y si no lo sabía, cada minuto pasado en su compañía seria una tortura.

Trabajé en mi novela, me ocupé de David, esperé a que Maria regresase a la ciudad. En circunstancias normales, Sachs me habría llamado al cabo de dos o tres días. Rara vez pasaba más tiempo sin que nos llamásemos, y ahora que había vuelto de su aventura en Hollywood esperaba saber de él. Pero pasaron tres días, y luego otros tres, y poco a poco comprendí que Fanny le había hecho partícipe del secreto. No había ninguna otra explicación posible. Supuse que eso significaba que nuestra amistad había terminado y que nunca volvería a verle. Justo cuando estaba a punto de enfrentarme a esta idea (en el séptimo u octavo día), sonó el teléfono y allí estaba Sachs al otro extremo de la línea, al parecer en excelente forma, gastando bromas con el mismo entusiasmo de siempre. Traté de ponerme a la altura de su animación, pero estaba demasiado desconcertado para hacerlo de un modo convincente. Me temblaba la voz y dije todo lo que no debía. Cuando me invitó a cenar aquella noche, inventé una excusa y le dije que le llamaría al día siguiente para quedar en algo. No le llamé. Pasaron dos días más y entonces Sachs volvió a llamarme, aún de excelente humor, como si nada hubiese cambiado entre nosotros. Hice todo lo que pude por rechazarle, pero esta vez él no aceptó una negativa. Propuso invitarme a almorzar aquella misma tarde, y

Librodot

antes de que se me ocurriese un modo de escaparme, me oí aceptando su invitación. Quedamos en encontrarnos en Costello's, un pequeño restaurante de Court Street a pocas manzanas de mi casa, al cabo de dos horas. Si yo no aparecía, él sencillamente vendría a mi apartamento y llamaría a la puerta. No había sido lo bastante rápido y ahora iba a tener que dar la cara.

Él ya estaba allí cuando llegué, sentado en un compartimento al fondo del restaurante. Tenía extendido ante sí sobre la mesa de formica el *New York Times* y parecía absorto en lo que estaba leyendo, mientras fumaba un cigarrillo y sacudía distraídamente la ceniza en el suelo después de cada chupada. Esto ocurría a principios de 1980, la época de la crisis de los rehenes en Irán, de las atrocidades de los jemeres rojos en Camboya, de la guerra de Afganistán. El sol de California había aclarado el pelo de Sachs y su cara bronceada estaba salpicada de pecas. Pensé que tenía buen aspecto, parecía más descansado que la última vez que le había visto. Mientras me dirigía a la mesa, me pregunté cuánto tendría que acercarme antes de que se diese cuenta de que estaba allí. Cuanto antes suceda, peor será nuestra conversación, me dije. Que levantara la vista querría decir que estaba preocupado, lo cual demostraría que Fanny ya le había hablado. Por el contrario, si mantenía la nariz pegada a su periódico, eso indicaría que estaba tranquilo, lo cual podía significar que Fanny aún no le había hablado. Cada paso que yo diera por el restaurante lleno de gente sería una señal a mi favor, una pequeña prueba de que él todavía estaba a oscuras, de que todavía no sabía que yo le había engañado. Llegué hasta el compartimento sin recibir una sola mirada.

-Tiene usted un estupendo bronceado, Mr. Hollywood -dije.

Mientras me sentaba en el banco frente a él, Sachs levantó la cabeza bruscamente, me miró sin expresión por un momento y luego sonrió. Era como si no me esperase, como si yo hubiese aparecido de repente en el compartimento por casualidad. Eso era llevar las cosas demasiado lejos, pensé, y en el breve silencio que precedió a su respuesta, se me ocurrió que sólo había fingido estar distraído. En ese caso, el periódico no era más que un punto de apoyo. Había estado todo el tiempo esperando a que llegase, pasando las hojas simplemente, mirando ciegamente las palabras sin molestarse en leerlas.

-Tú tampoco tienes mal aspecto -dijo-. El frío debe sentarte bien.

-No me molesta. Después de pasar el invierno pasado en el campo, esto me parece el trópico.

-¿Y qué has estado haciendo desde que yo me fui a masacrar mi libro?

-Masacrando el mío -contesté-. Todos los días añado unos cuantos párrafos a la catástrofe.

-Debes tener ya bastante.

-Once capítulos de los trece que tendrá. Supongo que eso quiere decir que la meta está a la vista.

-¿Tienes idea de cuándo lo terminarás?

-En realidad, no. Tres o cuatro meses, tal vez. Pero también podrían ser doce. O dos. Cada vez me resulta más difícil hacer predicciones.

-Espero que me dejes leerlo cuando lo hayas terminado.

-Por supuesto, serás la primera persona a quien se lo dé.

En ese momento llegó la camarera a tomar nota de nuestro pedido. Por lo menos eso es lo que recuerdo: una interrupción temprana, una breve pausa en el flujo de nuestra conversación. Desde que me había trasladado a aquel barrio, había ido a almorzar a Costello's unas dos veces por semana y la camarera me conocía. Era una mujer inmensamente gorda y simpática que andaba como un pato por entre las mesas vestida de uniforme verde pálido y siempre con un lápiz amarillo metido en su pelo gris muy rizado. Nunca escribía con aquel lápiz, usaba otro que llevaba en el bolsillo del delantal, pero le gustaba tenerlo a mano para casos de emergencia. No recuerdo el nombre de esa mujer, pero ella solía llamarme "chati" y se quedaba charlando conmigo siempre que entraba; nunca acerca de nada concreto, pero siempre de un modo que me hacia sentir bienvenido. Incluso con Sachs allí aquella tarde, nos

Librodot

entregamos a uno de nuestros largos intercambios de palabras. Da igual de qué hablásemos, sólo lo menciono para señalar de qué humor estaba Sachs aquel día. No sólo no habló con la camarera (lo cual era sumamente insólito en él), sino que en el mismo momento en que ella se marchó con nuestro pedido, él reanudó la conversación exactamente donde la habíamos dejado, como si no hubiésemos sido interrumpidos. Sólo entonces empecé a comprender lo agitado que estaba. Más tarde, cuando nos sirvieron la comida, creo que no comió más de uno o dos bocados. Fumó y bebió café, ahogando sus cigarrillos en los platillos inundados.

-El trabajo es lo que cuenta -dijo, cerrando el periódico y echándolo sobre el banco a su lado-. Quiero que lo sepas.

-Creo que no te sigo -dije, dándome cuenta de que lo seguía bastante bien.

-Te estoy diciendo que no te preocupes, nada más.

-¿Preocuparme? ¿Por qué habría de preocuparme?

-No, no debes preocuparte -dijo Sachs, dedicándome una sonrisa cordial y asombrosamente radiante. Por un momento, su expresión fue casi beatífica-. Pero te conozco lo suficiente como para estar bastante seguro de que te preocuparás.

-¿Me he perdido algo o es que hoy hemos decidido hablar dando rodeos?

-No pasa nada, Peter. Eso es lo único que quiero decirte. Fanny me lo ha contado y no tienes por qué sentirte culpable por ello.

-¿Qué es lo que te ha contado?

Era una pregunta ridícula, pero yo estaba demasiado aturdido por su serenidad como para decir cualquier otra cosa.

-Lo que ha sucedido mientras estaba fuera. Los rayos y las centellas. Los polvos y los lodos. Toda la maldita historia.

-Ya entiendo. No ha dejado mucho espacio para la imaginación.

-No, no demasiado.

-Bueno, ¿y ahora qué pasa? ¿Es éste el momento en que me das tu tarjeta y me dices que hable con mis padrinos? Tendremos que encontrarnos al amanecer, por supuesto. En un buen sitio, un sitio con el adecuado valor escénico. La acera del puente de Brooklyn, por ejemplo, o tal vez el monumento a la guerra civil de Grand Army Plaza. Algo majestuoso. Un lugar donde el cielo pueda empequeñecernos, donde la luz del sol pueda arrancar destellos a nuestras pistolas levantadas. ¿Qué me dices, Ben? ¿Quieres hacerlo así? ¿O preferirías resolverlo ahora? Al estilo americano. Te inclinas sobre la mesa, me das un puñetazo en la nariz y te vas. A mí me vale cualquiera de las dos cosas. Lo dejo a tu elección.

-También hay una tercera posibilidad.

-Ah, la tercera vía -dije, iracundo y chistoso-. No me había dado cuenta de que tuviésemos tantas opciones.

-Por supuesto que sí. Más de las que podemos contar. En la que yo estaba pensando es muy simple. Esperamos a que nos traigan la comida, nos la comemos, luego pago la cuenta y nos vamos.

-Eso no vale. Así no hay drama. No hay confrontación. Tenemos que airear las cosas. Si ahora nos echamos atrás no me quedaré satisfecho.

-No hay ninguna razón para discutir, Peter.

-Sí que la hay. Hay muchas razones para discutir. Le he pedido a tu mujer que se case conmigo. Si eso no es motivo suficiente para una pelea, entonces ninguno de nosotros merece vivir con ella.

-Si quieres desahogarte, adelante. Estoy dispuesto a escucharte. Pero no tienes que hablar de ello si no lo deseas.

-A nadie puede importarle tan poco su propia vida. Es casi criminal ser tan indiferente.

-No soy indiferente. Simplemente era inevitable que ocurriese antes o después. No soy tonto, después de todo. Sé lo que sientes por Fanny. Siempre lo has sentido. Lo llevas escrito en la cara cada vez que te acercas a ella.

Librodot

-Fue Fanny quien dio el primer paso. Si ella no hubiese querido, no habría sucedido nada.

-No te estoy echando la culpa. Si yo estuviera en tu lugar, habría hecho lo mismo.

-Eso no quiere decir que esté bien.

-No se trata de que esté bien o mal. Así es como funciona el mundo. Todos los hombres son prisioneros de su polla y no hay nada que podamos hacer para evitarlo. A veces tratamos de luchar contra ello, pero es siempre una batalla perdida.

-¿Es ésa una confesión de culpabilidad o estás tratando de decirme que eres inocente?

-¿Inocente de qué?

-De lo que Fanny me ha contado. Tus aventuras amorosas. Tus actividades extramatrimoniales.

-¿Ella te ha contado eso?

-Con todo detalle. Acabó dándome una conferencia. Nombres, fechas, descripciones de las víctimas, todo. Ha surtido efecto. Desde entonces mi idea de cómo eres ha cambiado por completo.

-No estoy seguro de que debas creer todo lo que oyes.

-¿Estás diciendo que Fanny es una mentirosa?

-Claro que no. Lo que pasa es que no siempre comprende del todo la verdad.

-Eso viene a ser lo mismo. Es otra forma de decirlo, nada más.

-No, te estoy diciendo que Fanny no puede remediar pensar lo que piensa. Ella misma está convencida de que le soy infiel, y nada de lo que le diga podrá disuadiría nunca.

-¿Quieres decir que no lo eres?

-He tenido algún desliz, pero nunca hasta el punto que ella imagina. Considerando todo el tiempo que llevamos juntos, no es un mal récord. Fanny y yo hemos tenido nuestros altibajos, pero nunca ha habido un momento en que haya deseado no estar casado con ella.

-Entonces, ¿de dónde se saca los nombres de todas esas mujeres?

-Yo le cuento historias. Forma parte de un juego. Invento historias acerca de mis conquistas imaginarias y Fanny me escucha. Eso la excita. Las palabras tienen fuerza, después de todo. Para algunas mujeres, no hay mayor afrodisíaco. Ya debes saber eso de Fanny. Le encantan las conversaciones obscenas. Y cuanto más gráfico seas, más caliente se pone.

-No me pareció que se tratara de eso. Siempre que Fanny me hablaba de ti, lo hacía totalmente en serio. Ni una palabra acerca de “conquistas imaginarias”. Eran todas muy reales para ella.

-Porque es celosa, y una parte de ella se empeña en creer lo peor. Ha sucedido ya muchas veces. En cualquier momento dado, Fanny me inventa una relación apasionada con alguien. Esto viene ocurriendo desde hace años, y la lista de mujeres con las que me he acostado se va haciendo cada vez más larga. Hace tiempo que comprendí que no servía de nada negarlo. Eso sólo aumentaba sus sospechas, así que en lugar de decirle la verdad le digo lo que quiere oír. Miento para hacerla feliz.

-Yo no le llamaría a eso felicidad.

-Para mantenernos unidos, entonces. Para mantener cierto equilibrio. Esas historias nos ayudan. No me preguntes por qué, pero una vez que empiezo a contárselas, las cosas vuelven a arreglarse entre nosotros. Tú pensabas que había dejado de escribir novela, pero sigo haciéndolo. Sólo que mi público se ha reducido a una sola persona. Pero es la única que realmente cuenta.

-¿Y esperas que me crea esto?

-No pienses que me estoy divirtiendo. No es fácil hablar de ello. Pero supongo que tienes derecho a saberlo, y estoy haciendo todo lo que puedo.

-¿Y Valerie Maas? ¿Vas a decirme que nunca has tenido nada que ver con ella?

-Ése es un nombre que salía a relucir a menudo. Es redactora de una de las revistas para las cuales he escrito. Hace un año o dos comimos varias veces juntos. Comidas estrictamente de trabajo. Comentábamos mis artículos, hablábamos de proyectos futuros, esa clase de

Librodot

cosas. Finalmente a Fanny se le metió en la cabeza que Val y yo estábamos liados. No digo que no me sintiera atraído por ella. Si las circunstancias hubiesen sido diferentes, tal vez habría cometido una estupidez. Fanny intuyó todo eso, creo. Probablemente mencioné el nombre de Val en casa demasiadas veces o hice demasiados comentarios halagadores acerca de lo buena redactora que era. Pero la verdad es que a Val no le interesan los hombres. Vive con otra mujer desde hace cinco o seis años, y yo no hubiese conseguido nada aunque lo hubiese intentado.

-¿No le contaste eso a Fanny?

-No habría tenido ningún sentido. Una vez que está convencida, no hay forma de sacarla de su error.

-Haces que parezca tan inestable... Pero Fanny no es así. Es una persona equilibrada, una de las personas menos ilusas que he conocido.

-Cierto. En muchos aspectos es realmente fuerte. Pero también ha sufrido mucho, y los últimos años han sido muy duros para ella. No siempre fue así, ¿comprendes? Hasta hace cuatro o cinco años no tenía nada de celosa.

-Hace cinco años es cuando yo la conocí. Oficialmente, quiero decir.

-También es cuando el médico le dijo que nunca podría tener hijos. Las cosas cambiaron para ella después de eso. Lleva dos años viendo a un terapeuta, pero creo que no le ha servido de mucho. No se siente deseable. Piensa que ningún hombre puede quererla. Por eso se imagina que yo me lío con otras mujeres. Porque cree que me ha fallado. Porque cree que debo castigarla por haberme fallado. Una vez que te vuelves contra ti mismo, es difícil no creer que todo el mundo está también contra ti.

-Nada de eso se nota.

-Eso es parte del problema. Fanny no habla lo suficiente. Se lo guarda todo, y cuando algo sale a relucir, es siempre de una forma indirecta. Eso empeora la situación. La mitad del tiempo sufre sin ser consciente de ello.

-Hasta el mes pasado yo siempre había pensado que el vuestro era un matrimonio perfecto.

-Nunca sabemos nada de nadie. Yo solía pensar lo mismo acerca de tu matrimonio y mira lo que os sucedió a Delia y a ti. Ya es bastante difícil seguir la pista de uno mismo. Cuando se trata de otras personas, no tenemos la más remota idea.

-Pero Fanny sabe que yo la quiero. Debo habérselo dicho mil veces, y estoy seguro de que me cree. No puedo imaginar que no me crea.

-Te cree. Por eso pienso que lo sucedido es una buena cosa. La has ayudado, Peter. Has hecho más por ella que nadie.

-Así que ahora me estás dando las gracias por acostarme con tu mujer?

-¿Por qué no? Gracias a ti, hay una posibilidad de que Fanny empiece a creer en sí misma de nuevo.

-Llame al doctor Arreglalotodo, ¿eh? Repara matrimonios rotos, cura almas heridas, salva parejas en peligro. No es necesario pedir hora, visitas a domicilio las veinticuatro horas del día. Marque nuestro número gratuito. Así es el doctor Arreglalotodo. Le entrega su corazón y no pide nada a cambio.

-No te culpo por estar resentido. Debes estar pasándolo bastante mal, pero por si te vale de algo, Fanny piensa que eres el hombre más maravilloso que ha existido. Te ama. Nunca dejará de amarte.

-Lo cual no cambia el hecho de que quiere seguir casada contigo.

-La historia se remonta demasiado lejos, Peter. Hemos pasado demasiadas cosas juntos. Toda nuestra vida está ligada a eso.

-¿Y en qué situación quedo yo?

-En la misma que has estado siempre. En la de mi amigo. En la del amigo de Fanny. En la de la persona que más nos importa en el mundo.

-Así que todo vuelve a empezar otra vez.

Librodot

-Si tú quieres, si. Siempre que puedas soportarlo, es como si nada hubiese cambiado.

Repentinamente, yo estaba al borde de las lágrimas.

-No lo estropees -dije-. Es lo único que te digo. No lo estropees. Cuídala bien. Tienes que prometérmelo. Si no mantienes tu palabra, creo que te mataré. Te buscaré y te estrangularé con mis propias manos.

Me quedé mirando mi plato, luchando por dominarme. Cuando finalmente levanté la vista, vi que Sachs me estaba mirando. Tenía la mirada sombría, en la cara una expresión de dolor. Antes de que pudiera levantarme de la mesa para marcharme, él alargó su mano derecha y la sostuvo en el aire, resistiéndose a bajarla hasta que yo la tomé en la mía.

-Te lo prometo -dijo, estrechándome la mano con fuerza, aumentando la presión cada vez más-. Te doy mi palabra.

Después de ese almuerzo, yo ya no sabia qué creer. Fanny me había dicho una cosa, Sachs me había dicho otra, y en cuanto aceptase una historia, tendría que rechazar la otra. No había ninguna alternativa. Me habían presentado dos versiones de la verdad, dos realidades separadas y distintas, y por mucho que empujara, nunca podría juntarlas. Me daba cuenta de eso y, sin embargo, al mismo tiempo comprendía que ambas historias me habían convencido. En la ciénaga de pesar y confusión en la que estuve hundido durante los meses siguientes, vacilaba entre una y otra. No creo que fuese una cuestión de lealtades divididas (aunque puede que eso formase parte del asunto), sino más bien una certeza de que tanto Fanny como Ben me habían dicho la verdad. La verdad tal y como ellos la veían quizá, pero, no obstante, la verdad. Ninguno de los dos se había propuesto engañarme; ninguno de los dos había mentido intencionadamente. En otras palabras, no había una verdad universal. Ni para ellos ni para nadie. No había nadie a quien culpar o defender, y la única respuesta justificable era la compasión. Les había admirado a los dos durante demasiados años y era inevitable que me sintiera decepcionado por lo que había descubierto, pero ellos no eran los únicos que me habían decepcionado. Estaba decepcionado conmigo mismo, estaba decepcionado con el mundo. Incluso los más fuertes son débiles, me dije; incluso a los más valientes les falta valor; incluso los más sabios son ignorantes.

Me resultaba imposible seguir rechazando a Sachs. Había sido tan franco durante nuestra conversación en aquel almuerzo, tan claro al manifestar su deseo de que nuestra amistad continuara, que yo no era capaz de volverle la espalda. Pero él se había equivocado al suponer que nada cambiaría entre nosotros. Todo había cambiado entre nosotros y, nos gustara o no, nuestra amistad había perdido su inocencia. A causa de Fanny, habíamos penetrado en la vida del otro, habíamos dejado una huella en la historia interna del otro, y lo que antes había sido puro y simple entre nosotros era ahora infinitamente turbio y complejo. Poco a poco, empezamos a adaptarnos a estas nuevas condiciones, pero con Fanny era otra historia. Me mantuve alejado de ella, siempre veía a Sachs a solas. Siempre me disculpaba cuando me invitaba a su casa. Aceptaba el hecho de que ella pertenecía a Ben, pero eso no quería decir que estuviese dispuesto a verla. Ella comprendió mi renuencia, creo, y aunque continuó mandándome recuerdos a través de Sachs, nunca me insistió para que hiciera nada que yo no quisiera. Finalmente me llamó en noviembre, al cabo de seis o siete meses. Fue entonces cuando me invitó a la cena de Acción de Gracias en casa de la madre de Ben en Connecticut. En ese medio año, me había persuadido de que nunca había existido ninguna esperanza para nosotros, de que aun cuando ella hubiese dejado a Ben para vivir conmigo, la cosa no habría salido bien. Eso era un embuste, por supuesto, y no tengo ninguna forma de saber qué habría sucedido, no tengo ninguna forma de saber nada. Pero me ayudó a soportar aquellos meses sin perder la razón, y cuando repentinamente ni la voz de Fanny en el teléfono, pensé que había llegado el momento de ponerme a prueba en una situación real. Así que David y yo nos fuimos en el coche a Connecticut y pasé un día entero en su compañía. No fue el día más feliz de mi vida, pero conseguí sobrevivir. Las viejas heridas se abrieron, sangré un poco, pero cuando regresé a casa aquella noche con David dormido en mis brazos, descubrí que seguía estando más o menos entero.

No quiero sugerir que lograra esta cura yo solo. Una vez que Maria regresó a Nueva York, desempeñó un papel importante en la conservación de mi integridad y me sumergí en nuestras escapadas particulares con la misma pasión que antes. Tampoco era la única. Cuando Maria no estaba disponible, encontraba a otras que me distrajeran de mis penas de amor. Una bailarina que se llamaba Dawn, una escritora que se llamaba Laura, una estudiante de medicina que se llamaba Dorothy. En un momento u otro, cada una de ellas ocupó un lugar singular en mis afectos. Siempre que me paraba a examinar mi comportamiento, llegaba a la conclusión de que yo no estaba hecho para el matrimonio, que mis sueños de echar raíces con Fanny habían estado equivocados desde el principio. Yo no soy monógamo, me decía. Me sentía demasiado atraído por el misterio de los primeros encuentros. Demasiado fascinado por el escenario de la seducción, demasiado hambriento de la excitación de los cuerpos nuevos, y no se podía contar conmigo a largo plazo. Ésa era la lógica que me aplicaba, en cualquier caso, y funcionaba como una eficaz cortina de humo entre mi cabeza y mi corazón, entre mi entrepierna y mi inteligencia. Porque la verdad era que no tenía ni idea de lo que hacía. Había perdido el control y follaba por la misma razón por la que otros hombres beben: para ahogar mis penas, para embotar mis sentidos, para olvidarme de mí mismo. Me convertí en *homo erectus*, un falo libertino enloquecido. Al poco tiempo estaba enredado en varias relaciones a la vez, haciendo juegos malabares con las novias como un prestidigitador demente, entrando y saliendo de diferentes camas tan a menudo como la luna cambia de forma. En la medida en que este frenesí me mantenía ocupado, supongo que fue una medicina eficaz. Pero era una vida de loco y probablemente me hubiese matado si hubiese durado mucho más tiempo.

Sin embargo, había algo más que el sexo. Trabajaba bien y mi libro finalmente se acercaba a su fin. A pesar de los muchos desastres que me creaba, conseguía continuar escribiendo, avanzar sin reducir el paso. Mi mesa se había convertido en un santuario, y mientras siguiera sentándome allí y luchando por encontrar la palabra siguiente, nadie podría alcanzarme: ni Fanny, ni Sachs, ni siquiera yo mismo. Por primera vez en todos los años que llevaba escribiendo me sentía como si estuviera ardiendo. No sabía si el libro era bueno o malo, pero eso ya no me parecía importante. Había dejado de cuestionarme. Estaba haciendo lo que tenía que hacer y lo estaba haciendo de la única manera que me era posible. Todo lo demás derivaba de eso. No era tanto que empezase a creer en mi mismo como que estaba habitado por una sublime indiferencia. Me había vuelto intercambiable con mi trabajo, y aceptaba ese trabajo en sus propios términos, comprendiendo que nada podría liberarme del deseo de hacerlo. Esto era la sólida epifanía, la luz en la cual la duda se disolvía gradualmente. Aunque mi vida se cayera en pedazos, seguiría habiendo algo por lo que vivir.

Acabé *Luna* a mediados de abril, dos meses después de mi conversación con Sachs en el restaurante. Mantuve mi palabra y le di el manuscrito; cuatro días más tarde me llamó para decirme que lo había terminado. Para ser más exactos, empezó a gritar por teléfono, abrumándome con tan extravagantes elogios que noté que me ruborizaba. No me había atrevido a soñar con una reacción semejante. Levantó tanto mi ánimo que pude quitar importancia a las decepciones que siguieron, y ni siquiera cuando el libro hizo la ronda de las editoriales neoyorquinas cosechando un rechazo tras otro, permití que eso interfiriera con mi trabajo. Sachs me alentaba asegurándome que no tenía de qué preocuparme, que todo saldría bien al final, y a pesar de la evidencia continué creyéndole. Empecé a escribir una segunda novela. Cuando *Luna* finalmente fue aceptada (siete meses y dieciséis rechazos después), yo ya estaba bien metido en mi nuevo proyecto. Eso sucedió a finales de noviembre, justo dos días antes de que Fanny me invitase a la cena de Acción de Gracias en Connecticut. Sin duda eso contribuyó a que tomase la decisión de ir. Le dije que sí porque acababa de recibir la noticia acerca de mi libro. El éxito me hacia sentir invulnerable y sabía que nunca habría mejor momento para enfrentarme a ella.

Luego vino mi encuentro con Iris, y la locura de aquellos dos años terminó bruscamente. Eso ocurrió el 23 de febrero de 1981: tres meses después del día de Acción de Gracias, un año después de que Fanny y yo rompiésemos nuestra relación amorosa, seis años

Librodot

después de que empezase mi amistad con Sachs. Me parece a la vez extraño y adecuado que Maria Turner fuese la persona que hizo posible ese encuentro. Una vez más, no fue nada intencionado, no tuvo nada que ver con un deseo consciente de que sucediera algo. Pero sucedió, y de no ser por el hecho de que el 23 de febrero fue la noche en que se inauguraba la segunda exposición de Maria en una pequeña galería de Wooster Street, estoy seguro de que Iris y yo nunca nos habríamos conocido. Habrían pasado décadas antes de que nos encontrásemos de nuevo en la misma habitación, y para entonces la oportunidad se habría perdido. No es que Maria nos reuniese, pero nuestro encuentro tuvo lugar bajo su influencia, por así decirlo, y me siento en deuda con ella por eso. No con Maria como mujer de carne y hueso, quizá, pero si con Maria como espíritu del azar, como diosa de lo impredecible.

Como nuestra relación continuaba siendo un secreto, no tenía sentido que le sirviera de acompañante aquella noche. Me presenté en la galería como otro invitado cualquiera, le di a Maria un beso de enhorabuena y luego me quedé entre la gente con un vaso de plástico en la mano, bebiendo vino blanco barato mientras recorría la sala con los ojos en busca de caras conocidas. No vi a nadie conocido. En un momento dado, Maria miró hacia mi y me guiñó un ojo, pero aparte de la breve sonrisa con la que respondí, mantuve el trato y evité el contacto con ella. Menos de cinco minutos después de ese guiño, alguien se me acercó por la espalda y me dio un golpecito en el hombro. Era un hombre que se llamaba John Johnston, un conocido a quien no había visto en varios años. Iris estaba de pie a su lado y, después de que él y yo intercambiásemos unos saludos, el hombre nos presentó. Basándome en su aspecto, supuse que ella era modelo, un error que la mayoría de la gente sigue cometiendo cuando la ve por primera vez. Iris tenía tan sólo veinticuatro años entonces, una presencia rubia deslumbrante, una estatura de un metro ochenta con una exquisita cara escandinava y los ojos azules más profundos y alegres que se pueden encontrar entre el cielo y el infierno. ¿Cómo hubiese podido adivinar que era una estudiante graduada en literatura inglesa en la Universidad de Columbia? ¿Cómo hubiese podido saber que había leído más libros que yo y que estaba a punto de empezar una tesis de seiscientas páginas sobre las obras de Charles Dickens?

Supuse que ella y Johnston eran íntimos amigos, así que le estreché la mano y me esforcé por no mirarla fijamente. Johnston estaba casado con otra la última vez que yo le había visto, pero deduje que se había divorciado y no se lo pregunté. Luego resultó que él e Iris apenas se conocían. Los tres hablamos durante unos minutos y luego Johnston se dio la vuelta de pronto y empezó a hablar con otra persona, dejándome a solas con Iris. Sólo entonces empecé a sospechar que su relación era casual. Inexplicablemente saqué mi cartera y le enseñé a ella algunas instantáneas de David, presumiendo de mi hijo como si fuese una figura pública famosa. De hacer caso a Iris cuando recuerda esa tarde ahora, fue en ese momento cuando comprendió que estaba enamorada de mí, que yo era la persona con la que iba a casarse. Yo tardé un poco más en comprender lo que sentía por ella, pero sólo unas cuantas horas. Continuamos hablando durante la cena en un restaurante cercano y luego mientras tomábamos una copa en otro lugar. Debían de ser más de las once cuando terminamos. Paré un taxi para ella en la calle, pero antes de abrir la puerta para que entrase, alargué las manos y la cogí, atrayéndola hacia mí y besándola profundamente en la boca. Fue una de las cosas más impetuosas que he hecho nunca, un momento de pasión loca y desenfrenada. El taxi se marchó, e Iris y yo continuamos de pie en medio de la calle, abrazados. Era como si fuésemos las primeras personas que se habían besado nunca, como si hubiésemos inventado juntos esa noche el arte de besar. A la mañana siguiente, Iris se había convertido en mi final feliz, el milagro que me había sucedido cuando menos lo esperaba. Nos tomamos el uno al otro por asalto y nada ha vuelto a ser igual para mi desde entonces.

Sachs fue mi padrino de boda en junio. Hubo una cena después de la ceremonia y hacia la mitad de la comida se levantó para hacer un brindis. Fue muy breve y por eso recuerdo exactamente lo que dijo.

-Tomo estas palabras de la boca de William Tecumseh Sherman -dijo-. Espero que al general no le importe, pero él llegó antes que yo y no se me ocurre una forma mejor de

Librodot

expresarlo. -Luego, volviéndose hacia mí, Sachs levantó su copa y dijo-: Grand me apoyó cuando estaba loco. Yo le apoyé cuando él estaba borracho, y ahora nos apoyamos mutuamente siempre.

3

Comenzó la era de Ronald Reagan. Sachs continuó haciendo lo que siempre había hecho, pero en el nuevo orden americano de la década de 1980 su posición se hizo cada vez más marginal. No era que no tuviese público, pero éste se reducía progresivamente y las revistas que publicaban su trabajo eran cada vez más minoritarias. Casi imperceptiblemente, Sachs llegó a ser considerado un caso atávico, alguien en discordia con el espíritu de la época. El mundo había cambiado a su alrededor y en el actual clima de egoísmo e intolerancia, de golpes de pecho, de americanismo imbécil, sus opiniones sonaban curiosamente duras y moralistas. Ya era bastante malo que la derecha estuviera en ascenso en todas partes, pero para él aún era más perturbador el colapso de cualquier oposición efectiva. El Partido Demócrata se había hundido; la izquierda prácticamente había desaparecido; la prensa estaba muda. De repente el bando contrario se había apropiado de todos los argumentos y levantar la voz contra él era considerado de mala educación. Sachs continuó fastidiando, defendiendo aquello en lo que siempre había creído, pero cada vez eran menos las personas que se tomaban la molestia de escucharle. Él fingía que no le importaba, pero yo veía que la batalla le estaba agotando, que aunque intentaba hallar consuelo en el hecho de que tenía razón, iba perdiendo gradualmente la fe en sí mismo.

Si se hubiese hecho la película, tal vez las cosas habrían cambiado para él, pero la predicción de Fanny resultó certera, y después de seis u ocho meses de revisiones, renegociaciones y vacilaciones el productor acabó abandonando el proyecto. Es difícil calcular la medida exacta de la decepción de Sachs. Aparentemente se tomó el asunto jocosamente, gastando bromas, contando historias de Hollywood, y riéndose de las grandes sumas de dinero que había cobrado. Puede que esto fuera un farol o puede que no, pero estoy convencido de que una parte de él había dado gran importancia a la posibilidad de ver su libro convertido en película. Al revés que otros escritores, Sachs no tenía ningún recelo ante la cultura popular y no había tenido ningún sentimiento conflictivo respecto al proyecto. No era cuestión de hacer concesiones, era una oportunidad de llegar a un gran número de personas y no titubeó cuando recibió la propuesta. Aunque nunca lo dijo explícitamente, intuí que la llamada de Hollywood había halagado su vanidad, aturdiéndole con una breve y embriagadora vaharada de poder. Era una reacción absolutamente normal, pero Sachs nunca era indulgente consigo mismo, y es probable que más tarde se arrepintiese de aquellos exagerados sueños de gloria y éxitos. Eso hacia que le resultase más difícil hablar de sus verdaderos sentimientos una vez que el proyecto fracasó. Había mirado a Hollywood como una forma de escapar a la inminente crisis que crecía en su interior, y una vez que quedó claro que no había escape, creo que sufrió mucho más de lo que nunca dejó entrever.

Todo esto es especulación. Que yo notara, no hubo cambios bruscos o radicales en la conducta de Sachs. Su programa de trabajo era el mismo disparatado embrollo de compromisos excesivos y fechas límite, y una vez que el episodio de Hollywood quedó atrás, continuó produciendo tanto como siempre, si no más. Artículos, ensayos y reseñas seguían manando de él a un ritmo asombroso, y supongo que se podría argumentar que, lejos de haber perdido el rumbo, corría a toda velocidad. Si pongo en duda este retrato optimista de Sachs durante aquellos años, es sólo por lo que ocurrió después. En su interior se sucedieron cambios notables, y aunque es bastante sencillo señalar el momento en que empezaron estos cambios -centrar la puntería en la noche de su accidente y echarle la culpa de todo a aquel extraño suceso-, ya no creo que esa explicación sea adecuada. ¿Es posible que alguien cambie de la noche a la mañana? ¿Puede un hombre dormirse siendo una persona y despertarse

Librodot

siendo otra? Tal vez, pero yo no apostaría por ello. No es que el accidente no fuese grave, pero una persona puede reaccionar de mil maneras diferentes ante un roce con la muerte. Que Sachs reaccionase como lo hizo no significa que yo crea que tenía elección. Por el contrario, lo considero un reflejo de su estado mental antes del accidente. En otras palabras, aunque aparentemente a Sachs le fuese más o menos bien por entonces, aunque sólo fuese vagamente consciente de su propia angustia durante los meses y los años que precedieron a aquella noche, estoy convencido de que estaba muy mal. No tengo pruebas que apoyen esta afirmación, excepto la prueba de la percepción retrospectiva. La mayoría de las personas se hubieran considerado afortunadas por haber sobrevivido a lo que le pasó a Sachs aquella noche y luego no le habrían dado más vueltas. Pero Sachs no hizo eso, y el hecho de que no lo hiciese -o, para ser más precisos, el hecho de que no pudiese hacerlo- sugiere que no fue tanto que el accidente le cambiase como que puso de manifiesto algo que anteriormente había estado oculto. Si me equivoco en esto, todo lo que he escrito hasta ahora son estupideces, un montón de meditaciones irrelevantes. Puede que la vida de Ben se rompiese en dos aquella noche, dividiéndose en un antes y un después bien definidos; en cuyo caso todo lo del antes puede borrarse del registro. Pero si eso es verdad, significaría que la conducta humana no tiene ningún sentido. Significaría que nunca se puede entender nada acerca de nada.

Yo no presencié el accidente, pero estaba allí la noche en que sucedió. Habría cuarenta o cincuenta personas en la fiesta, una masa de gente hacinada en los confines de un abarrotado piso de Brooklyn Heights, sudando, bebiendo, armando mucho alboroto en el aire caliente del verano. El accidente ocurrió a eso de las diez, pero para entonces la mayoría de nosotros habíamos subido al tejado para ver los fuegos artificiales. Sólo dos personas vieron caer a Sachs: Maria Turner, que estaba de pie a su lado en la escalera de incendios, y una mujer que se llamaba Agnes Darwin, la cual involuntariamente le hizo perder el equilibrio al tropezar con Maria desde atrás. No hay duda de que Sachs podría haberse matado. Dado que estaba a cuatro pisos del suelo, casi parece un milagro que no lo hiciera. De no ser por las cuerdas de la ropa que cortaron su caída aproximadamente a metro y medio del suelo, no hubiese sido posible que escapara sin alguna lesión permanente: la espalda rota, el cráneo fracturado, o cualquier otra catástrofe. Afortunadamente, la cuerda se rompió bajo el peso de su cuerpo y, en lugar de caer de cabeza sobre el cemento, aterrizó sobre una maraña de alfombrillas de baño, mantas y toallas. El impacto fue tremendo de todas formas, pero nada comparado con lo que pudo haber sido. Sachs no sólo sobrevivió sino que salió del accidente prácticamente ileso: unas cuantas fisuras en las costillas, una contusión leve, un hombro fracturado, algunos chichones y hematomas. Uno podría consolarse con eso, supongo, pero al final el verdadero daño tuvo poco que ver con el cuerpo de Sachs. Eso es lo que todavía me esfuerzo por aceptar, el misterio que todavía intento resolver. Su cuerpo se curó, pero él no volvió a ser el mismo. En esos pocos segundos antes de caer al suelo, fue como si Sachs lo perdiera todo. Su vida voló en pedazos en el aire, y desde ese momento hasta su muerte, cuatro años más tarde, nunca consiguió volver a juntarlos.

Era el 4 de julio de 1986, el primer centenario de la Estatua de la Libertad. Iris estaba haciendo un viaje de seis semanas por China con sus tres hermanas (una de las cuales vivía en Taipé), David estaba pasando dos semanas en un campamento de verano en Bucks County y yo estaba encerrado en mi piso trabajando en un libro nuevo y sin ver a nadie. En circunstancias normales, Sachs habría estado en Vermont en esas fechas, pero el *Village Voice* le había encargado un artículo sobre las festividades y no pensaba marcharse de la ciudad hasta que lo hubiese entregado. Tres años antes había sucumbido a mis consejos y había llegado a un acuerdo con una agente literaria (Patricia Clegg, que también era mi agente), y era Patricia quien daba la fiesta aquella noche. Dado que Brooklyn estaba situado en un lugar ideal para ver los fuegos artificiales, Ben y Fanny habían aceptado la invitación de Patricia. Yo también había aceptado, pero no pensaba ir. Estaba demasiado metido en mi trabajo como para querer salir de casa, pero cuando Fanny me llamó aquella tarde y me dijo

Librodot

que ella y Ben irían, cambié de idea. No les había visto desde hacía casi un mes y puesto que todo el mundo estaba a punto de dispersarse para las vacaciones supuse que sería mi última oportunidad de hablar con ellos antes del otoño.

En realidad apenas hablé con Ben. La fiesta estaba en todo su apogeo cuando llegué, y al cabo de tres minutos de saludarle, la gente nos había empujado a los extremos opuestos de la habitación. Por pura casualidad me encontré junto a Fanny y al poco rato estábamos tan absortos en nuestra conversación que perdimos la pista de Ben. Maria Turner también estaba allí, pero no la vi entre el gentío. Sólo después del accidente me enteré de que había ido a la fiesta (que estaba de pie al lado de Sachs en la escalera de incendios antes de que se cayera), pero entonces la confusión era tal (invitados que chillaban, sirenas, ambulancias, enfermeros que corrían) que no percibí todo el impacto de su presencia. En las horas que precedieron a aquel momento me divertí mucho más de lo que esperaba. No era tanto la fiesta como estar con Fanny, el placer de volver a hablar con ella, de saber que seguíamos siendo amigos a pesar de todos los años y todos los desastres que quedaban a nuestras espaldas. A decir verdad, me sentía bastante sensiblero aquella noche, presa de pensamientos curiosamente sentimentales, y recuerdo haber mirado la cara de Fanny y haberme dado cuenta -de repente, como si fuese la primera vez- de que ya no éramos jóvenes, de que nuestras vidas se estaban escapando. Puede que fuese el alcohol que habíamos bebido, pero esta idea me golpeó con toda la fuerza de una revelación. Todos estábamos envejeciendo y ya sólo podíamos contar los unos con los otros. Fanny y Ben, Iris y David: aquélla era mi familia. Eran las personas a quienes quería y eran sus almas las que llevaba dentro de mí.

Subimos al tejado con los otros, y a pesar de mi inicial renuencia, me alegré de no haberme perdido los fuegos artificiales. Las explosiones convertían Nueva York en una ciudad espectral, una metrópoli bajo asedio, y saboreé la absoluta confusión de todo ello: el ruido incesante, las corolas de luz, los colores flotando a través de los inmensos dirigibles de humo. La Estatua de la Libertad destacaba a nuestra izquierda en la bahía, incandescente con su gloria iluminada, y en varios momentos tuve la sensación de que los edificios de Manhattan estaban a punto de despegar del suelo para no volver más. Fanny y yo nos sentamos un poco atrás, clavando los talones para mantener el equilibrio a pesar de la pendiente del tejado, los hombros en contacto, hablando de cosas irrelevantes. Recuerdos, las cartas de Iris desde China, David, el articulo de Ben, el museo. No quiero darle demasiada importancia, pero justo unos momentos antes de que Ben se cayese, la conversación nos llevó a la historia que él y su madre nos habían contado acerca de su visita a la Estatua de la Libertad en 1951. Dadas las circunstancias, era natural que la historia saliese a relucir, pero de todas formas fue horrible, porque nada más reírnos de la idea de caerse por la Estatua de la Libertad, Ben se cayó desde la escalera de incendios. Un instante después Maria y Agnes empezaron a gritar. Era como si el haber anunciado la palabra *caída* hubiese precipitado una caída real, y aunque no existiese ninguna relación entre los dos sucesos, todavía siento náuseas cada vez que pienso en lo sucedido. Todavía oigo los gritos que daban las dos mujeres y todavía veo la expresión en la cara de Fanny cuando oímos que gritaban el nombre de Ben, la expresión de miedo que invadió sus ojos mientras las luces de colores de las explosiones continuaban rebotando contra su piel.

Le llevaron al Long Island College Hospital, aún inconsciente. Aunque se despertó al cabo de una hora, le tuvieron allí casi dos semanas, haciéndole una serie de pruebas en el cerebro para medir la extensión exacta del daño. Creo que le habrían dado el alta antes, pero Sachs no dijo nada durante los primeros diez días; no pronunció ni una sílaba con nadie, ni con Fanny, ni conmigo, ni con Maria Turner (que venía a visitarle todas las tardes), ni con los médicos o las enfermeras. El locuaz e irrefrenable Sachs se había quedado silencioso y parecía lógico suponer que había perdido el habla, que el golpe recibido en la cabeza le había causado graves daños internos.

Fue un periodo infernal para Fanny. Pidió un permiso en el trabajo y pasaba todos los días sentada en la habitación con Ben, pero él se mostraba indiferente a ella, cerraba a

Librodot

menudo los ojos y fingía dormir cuando entraba ella, respondía a sus sonrisas con miradas inexpresivas, daba la impresión de que su presencia no le proporcionaba ningún consuelo. Esto hacía que una situación ya difícil se volviese casi intolerable para ella y creo que nunca la había visto tan preocupada, tan trastornada, tan próxima a la total infelicidad como entonces. Tampoco ayudaba el que Maria continuara yendo. Fanny imputaba toda clase de motivos a aquellas visitas, pero la verdad era que sus sospechas eran infundadas. Maria apenas conocía a Ben y habían transcurrido muchos años desde su último encuentro. Siete años, para ser exactos, puesto que la última vez había sido en la cena en Brooklyn en la que Maria y yo nos conocimos. La invitación de Maria a la fiesta por la Estatua de la Libertad no tenía nada que ver con el hecho de que conociese a Ben, a Fanny o a mí. Agnes Darwin, una editora que estaba preparando un libro sobre el trabajo de Maria, era amiga de Patricia Clegg, y fue quien la llevó a la reunión de aquella noche. Ver caer a Ben fue una experiencia aterradora para Maria, e iba al hospital debido al miedo y la preocupación, porque le habría parecido mal no hacerlo. Yo lo sabía, pero Fanny no, y al ver su congoja cada vez que ella y Maria se cruzaban (comprendiendo que sospechaba lo peor, que se había convencido de que Maria y Ben tenían una aventura secreta) las invité a las dos a almorzar en la cafetería del hospital una tarde para aclarar las cosas.

Según Maria, ella y Ben habían estado charlando durante un rato en la cocina. Él estaba animado y encantador, regalándola con arcanas anécdotas acerca de la Estatua de la Libertad. Cuando empezaron los fuegos artificiales, él sugirió que salieran por la ventana de la cocina para verlos desde la escalera de incendios en lugar de subir al tejado. A ella no le pasó por la imaginación que él hubiese bebido en exceso, pero en un momento dado, de modo completamente inesperado, él dio un salto, pasó las piernas sobre la barandilla y se sentó en el borde del pasamanos de hierro con las piernas colgando en la oscuridad. Esto la asustó, nos dijo, y corrió hacia él y le rodeó con sus brazos desde atrás, agarrándose a su torso para impedirle caer. Trató de persuadirlo de que se bajara, pero él se rió y le dijo que no se preocupara. Justo entonces Agnes Darwin entró en la cocina y vio a Maria y Ben por la ventana abierta. Estaban de espaldas y, con todo el ruido y el jaleo que había fuera, no tenían la menor idea de que ella estuviese allí. A Agnes, una mujer rechoncha y alegre que había bebido más de la cuenta, se le metió en la cabeza salir y reunirse con ellos en la escalera de incendios. Con un vaso de vino en una mano, consiguió hacer pasar su voluminoso cuerpo a través de la ventana, aterrizó sobre la plataforma metiendo el tacón del zapato izquierdo entre dos listones de hierro, y cuando trató de recuperar el equilibrio se tambaleó hacia adelante. No había mucho sitio, y tras dar medio paso tropezó con Maria desde atrás, chocando con la espalda de su amiga con toda la fuerza de su peso. El impacto hizo que los brazos de Maria se abriesen, y en cuanto dejó de agarrar a Sachs, éste se precipitó por encima de la barandilla. Así, de repente, dijo Maria, sin previo aviso. Agnes la empujó a ella, ella empujó a Sachs y un instante después él caía de cabeza al vacío de la noche.

Fanny se sintió aliviada al enterarse de que sus sospechas eran infundadas, pero al mismo tiempo nada había quedado explicado realmente. Para empezar, ¿por qué se había subido Sachs a la barandilla? Siempre había tenido miedo a las alturas y parecía la última cosa que se le hubiera ocurrido hacer. Y si todo iba bien entre él y Fanny antes del accidente, ¿por qué ahora se había puesto en contra de ella? ¿Por qué la rehuía cada vez que entraba en la habitación? Algo había sucedido, algo más que las heridas causadas por el accidente, y hasta que Sachs pudiese hablar o decidiese hacerlo, Fanny no sabría qué era.

Pasó casi un mes antes de que Sáchs me contase su versión de la historia. Estaba ya en casa, todavía recuperándose pero ya levantado, y fui allí una tarde mientras Fanny estaba en el trabajo. Era un día sofocante de principios de agosto. Recuerdo que bebimos cerveza en el cuarto de estar mientras veíamos un partido de béisbol en la televisión sin sonido, y cada vez que pienso en esa conversación veo a los silenciosos jugadores en la pequeña y parpadeante pantalla, haciendo cabriolas en una sucesión de movimientos vagamente observados, un absurdo contrapunto a las dolorosas confidencias que me hacia mi amigo.

Librodot

Al principio, dijo, apenas se dio cuenta de quién era Maria Turner. La reconoció cuando la vio en la fiesta, pero no pudo recordar el contexto de su anterior encuentro. Nunca olvido una cara, le dijo, pero me está costando ponerle un nombre a la tuya. Evasiva como siempre, Maria se limitó a sonreír, diciendo que probablemente le vendría a la mente al cabo de un rato. Estuve una vez en tu casa, añadió a modo de indicio, pero no quiso decir nada más. Sachs comprendió que estaba jugando con él, pero le gustaba la forma en que lo hacía. Se sentía intrigado por su sonrisa divertida e irónica y no tenía inconveniente en jugar un poco al ratón y al gato. Estaba claro que ella tenía el ingenio necesario, y eso ya era interesante, ya era algo que valía la pena perseguir.

Si ella le hubiese dicho su nombre, me comentó Sachs, probablemente él no habría actuado como lo hizo. Sabía que Maria Turner y yo habíamos tenido una relación antes de que yo conociera a Iris y también sabía que Fanny aún tenía algún contacto con ella, puesto que de vez en cuando le hablaba del trabajo de Maria. Pero había habido una confusión la noche de la cena siete años antes y Sachs nunca había entendido correctamente quién era Maria Turner. Aquel día se habían sentado a la mesa tres o cuatro mujeres jóvenes que se dedicaban a las artes plásticas, y puesto que era la primera vez que Sachs las veía, había cometido el frecuente error de confundir sus nombres y sus caras, asignando el nombre equivocado a cada cara. En su mente, Maria Turner era una mujer baja con el pelo largo castaño, y cada vez que yo se la mencionaba, ésa era la imagen que él veía.

Se llevaron las bebidas a la cocina, un poco menos abarrotada que el cuarto de estar, y se sentaron en un radiador junto a la ventana abierta, agradeciendo la ligera brisa que soplaba contra su espalda. Contrariamente a la afirmación de Maria de que estaba sobrio, Sachs me dijo que estaba ya bastante borracho. La cabeza le daba vueltas y aunque no dejaba de decirse que debía parar, se bebió por lo menos tres bourbons durante la hora siguiente. Su conversación se convirtió en uno de esos absurdos y elípticos intercambios que se producen cuando la gente coquetea en una fiesta, una serie de acertijos, conclusiones erróneas y hábiles estocadas en el arte de cómo superar a otro. El truco consiste en no decir nada sobre uno mismo de la forma más elegante y sinuosa posible, para hacer reír a la otra persona, para mostrarse ingenioso. Como hacía calor y Maria había estado dudando de si ir a la fiesta (porque pensaba que sería aburrida), se había puesto el conjunto más escaso de su vestuario: un body rojo sin mangas con un escote profundísimo, una falda negra diminuta, las piernas desnudas, tacones de aguja, un anillo en cada dedo y una pulsera en cada muñeca. Era un conjunto extravagante y provocativo, pero Maria estaba del humor adecuado y por lo menos le garantizaba que no pasaría desapercibida entre la multitud. Según me dijo Sachs aquella tarde delante del televisor silencioso, su comportamiento había sido intachable durante los cinco últimos años. No había mirado a otra mujer en todo ese tiempo y Fanny había llegado a confiar en él de nuevo. Salvar su matrimonio había sido un trabajo duro; había requerido un enorme esfuerzo por parte de ambos durante un periodo largo y difícil, y él había jurado que nunca volvería a poner en peligro su convivencia con Fanny. Pero en aquel momento estaba allí, sentado en el radiador con Maria en la fiesta, apretado contra una mujer medio desnuda con espléndidas e invitadoras piernas, ya medio perdido el control, con demasiado alcohol circulando por su sangre. Poco a poco, Sachs se sintió dominado por una urgencia casi incontrolable de tocar aquellas piernas, de pasar la mano arriba y abajo por la suavidad de aquella piel. Para empeorar las cosas, Maria llevaba un perfume caro y peligroso (Sachs siempre había tenido debilidad por el perfume), y mientras continuaban sus bromas y burlas, lo más que podía hacer era resistirse a cometer una grave y humillante metedura de pata. Afortunadamente, su inhibición venció a su deseo, pero no pudo evitar imaginar qué habría sucedido si hubiese perdido. Vio las yemas de sus dedos caer suavemente justo encima de la rodilla izquierda; vio su mano subiendo hasta las sedosas regiones de la cara interna del muslo (las pequeñas zonas de carne aún ocultas por la falda), y luego, después de dejar que sus dedos vagasen por allí varios segundos, sintió que se deslizaban más allá del borde de la braguita y penetraban en un edén de nalgas y denso y cosquilleante vello púbico. Era una

Librodot

actuación mental extravagante, pero una vez que el proyector se puso en marcha en su cabeza, Sachs fue incapaz de apagarlo. Tampoco ayudaba que Maria pareciese saber lo que él estaba pensando. Si hubiese dado la impresión de estar ofendida, el encanto se habría roto, pero a Maria evidentemente le gustaba ser objeto de tan lascivos pensamientos, y por la forma en que le devolvía la mirada cada vez que él la observaba, Sachs empezó a sospechar que le estaba estimulando silenciosamente, desafiándole a seguir adelante y a hacer lo que deseaba hacer. Conociendo a Maria, le dije yo, se me ocurrían diversos y oscuros motivos para explicar su comportamiento. Podía estar relacionado con algún proyecto en el que estuviese trabajando, por ejemplo, o estaba divirtiéndose porque sabía algo que Sachs ignoraba, o también, algo más perversamente, había decidido castigarle por no acordarse de su nombre. (Más adelante, cuando tuve la oportunidad de hablar con ella a solas, me confesó que esta última razón era la verdadera.) Pero Sachs no era consciente de nada de esto. Sólo podía estar seguro de lo que sentía, y eso era muy sencillo: deseaba a una mujer desconocida y atractiva, y se despreciaba por ello.

-No veo que tengas nada de que avergonzarte -dije-. Eres humano, después de todo, y Maria puede ser muy seductora cuando se lo propone. Puesto que no sucedió nada, no vale la pena que te hagas reproches.

-No es que yo me sintiera tentado -dijo Sachs despacio, eligiendo cuidadosamente las palabras-. Es que la estaba tentando. Yo no iba a volver a hacer eso, ¿comprendes? Me había prometido a mí mismo que se había terminado, y estaba haciéndolo otra vez.

-Estás confundiendo los pensamientos con los hechos -dije-. Hay un mundo de diferencia entre hacer algo y pensarlo únicamente. Si no hiciésemos esa distinción, la vida sería imposible.

-No estoy hablando de eso. La cuestión era que yo quería hacer algo que un momento antes no había sido consciente de querer hacer. No se trataba de ser infiel a Fanny, se trataba de conocerme a mí mismo. Me pareció espantoso descubrir que era capaz de engañarme de esa manera. Si hubiese parado inmediatamente, la cosa no habría sido tan grave, pero incluso después de comprender lo que estaba haciendo, continué coqueteando con ella.

-Pero no la tocaste. En última instancia, eso es lo único que cuenta.

-No, no la toqué. Pero preparé las cosas de modo que ella tuviese que tocarme a mí. En lo que a mi respecta, eso es aún peor. Fui deshonesto conmigo mismo. Me atuve a la letra de la ley como un buen boy scout, pero traicioné su espíritu por completo. Por eso me caí de la escalera de incendios. No fue realmente un accidente, Peter. Lo provoqué yo. Actué como un cobarde y tuve que pagar por ello.

-¿Estás diciendo que saltaste?

-No, no fue así de sencillo. Corrí un estúpido riesgo, eso es todo. Hice algo imperdonable porque estaba demasiado avergonzado como para reconocer que quería tocarle la pierna a Maria. En mi opinión, un hombre que llega a tales extremos de autoengaño se merece cualquier cosa.

Por eso la llevó a la escalera de incendios. Era una salida a la incómoda escena que se había desarrollado en la cocina, pero también era el primer paso de un complicado plan, un ardid que le permitiría frotarse contra el cuerpo de Maria y seguir conservando su honor intacto. Esto era lo que tanto le vejaba después, no su deseo, sino la negación de ese deseo como medio engañoso de satisfacerlo. Fuera todo era un caos, dijo. Multitudes que vitoreaban, fuegos artificiales que estallaban, un estruendo frenético y palpitante en sus oídos. Se quedaron de pie en la plataforma durante unos momentos mirando una andanada de cohetes que iluminaban el cielo y luego él puso en práctica la primera parte de su plan. Teniendo en cuenta toda una vida de miedo a tales situaciones, fue notable que no vacilase. Acercándose al borde de la plataforma, pasó la pierna derecha sobre la barandilla, y se estabilizó brevemente agarrándose a la barra con las dos manos, luego pasó también la pierna izquierda. Mientras se balanceaba ligeramente hacia atrás y hacia adelante para establecer su equilibrio, oyó que Maria lanzaba una exclamación. Sachs se dio cuenta de que ella pensaba

Librodot

que estaba a punto de saltar, así que rápidamente la tranquilizó, insistiendo en que sólo trataba de tener mejor vista. Afortunadamente, Maria no quedó satisfecha con su respuesta. Le rogó que se bajara, y como él se negó, ella hizo exactamente lo que él había supuesto, exactamente lo que había calculado conseguir con temerarias estratagemas. Corrió hacia él y le rodeó el pecho con sus brazos. Eso fue todo: un mínimo acto de preocupación que se disfrazó de abrazo apasionado. No le produjo la reacción extática que había deseado (estaba demasiado asustado para prestarle toda su atención), pero tampoco le decepcionó por completo. Notaba su aliento cálido aleteando contra su nuca, notaba sus pechos apretados contra su espina dorsal, notaba su perfume. Fue un momento brevísimo, el más pequeño de los placeres efímeros, pero mientras sus brazos desnudos y esbeltos le estrechaban, experimentó algo que se parecía a la felicidad, un microscópico estremecimiento, una oleada de dicha transitoria. Su jugada parecía haber salido bien. Sólo tenía que bajarse de allí y toda la mascarada habría valido la pena. Su plan era apoyarse contra Maria y utilizar su cuerpo de apoyo para bajarse de la plataforma (lo cual prolongaría el contacto entre ellos hasta el último segundo posible), pero justo cuando Sachs empezaba a desplazar su peso para llevar a cabo esta operación, Agnes Darwin se enganchaba el tacón del zapato y tropezaba con Maria desde atrás. Sachs había aflojado su presa sobre la barra de la barandilla y cuando Maria de pronto chocó con él con un violento empujón, sus dedos se abrieron y sus manos perdieron contacto con la barra. Su centro de gravedad se elevó, sintió que se precipitaba desde el edificio y un instante después estaba rodeado de aire.

-No debí tardar mucho en llegar al suelo -dijo-. Tal vez un segundo o dos, tres como máximo. Pero recuerdo claramente haber tenido más de un pensamiento durante ese tiempo. Primero vino el horror, el momento del reconocimiento, el instante en que comprendí que estaba cayendo. Uno creería que eso habría sido todo, que no habría tiempo de pensar en nada más. Pero el horror no duró. No, eso es falso, el horror continuó, pero hubo otro pensamiento que creció dentro de mí, algo más fuerte que el simple horror. Es difícil darle un nombre. Un sentimiento de absoluta certeza, quizá. Una inmensa y abrumadora sensación de convicción, un sabor a la verdad última. Nunca había estado tan seguro de nada en mi vida. Primero me di cuenta de que caía, luego me di cuenta de que estaba muerto. No quiero decir que tenía la sensación de que iba a morir, quiero decir que ya estaba muerto. Era un hombre muerto que caía por el aire, y aunque técnicamente aún estaba vivo, yo estaba muerto, tan muerto como un hombre enterrado en su tumba. No sé de qué manera expresarlo. Mientras caía, ya estaba más allá del momento de llegar al suelo, más allá del momento del impacto, más allá del momento de hacerme pedazos. Me había convertido en un cadáver y cuando choqué con la cuerda de la ropa y aterricé sobre esas toallas y mantas, ya no estaba allí. Había abandonado mi cuerpo y durante una fracción de segundo me vi desaparecer.

Había preguntas que habría deseado hacerle entonces, pero no le interrumpí. Sachs tenía dificultad para contar la historia, hablaba en un trance de vacilaciones e incómodos silencios, y yo temía que una súbita palabra mía le hiciera perder el hilo. Para ser francos, yo no entendía del todo lo que trataba de decirme. No había duda de que la caída había sido una experiencia espantosa, pero me sentía confuso por lo mucho que se esforzaba en describir los pequeños sucesos que la habían precedido. El asunto con Maria me parecía trivial, carente de verdadera importancia, un trillado cuadro de costumbres del que no valía la pena hablar. En la mente de Sachs, sin embargo, había una relación directa, una cosa había causado la otra, lo cual quería decir que no veía la caída como un accidente o un golpe de mala suerte, sino como una grotesca forma de castigo. Deseaba decirle que estaba equivocado, que estaba siendo excesivamente duro consigo mismo, pero no lo hice. Me quedé allí sentado y le escuché mientras continuaba analizando su propia conducta. Estaba tratando de ofrecerme un relato absolutamente preciso, deteniéndose en minucias con la paciencia de un teólogo medieval, esforzándose en expresar cada matiz de su inofensivo coqueteo con Maria en la escalera de incendios. Era infinitamente sutil, infinitamente trabajado y complejo, y al cabo de un rato

Librodot

empecé a comprender que aquel drama liliputiense había adquirido para él la misma magnitud que la propia caída. Ya no había ninguna diferencia. Un rápido y ridículo abrazo se había convertido en el equivalente moral de la muerte. Si Sachs no hubiera hablado tan seriamente de ello, yo lo habría encontrado cómico. Desgraciadamente, no se me ocurrió reírme. Estaba tratando de ser comprensivo, de escucharle hasta el final y aceptar lo que tuviera que decirme en sus propios términos. Pensándolo ahora, creo que le habría sido más útil si le hubiera dicho lo que pensaba. Debería haberme reído en su cara. Debería haberle dicho que estaba loco y haberle hecho callar. Si en algún momento le fallé a Sachs como amigo, fue aquella tarde hace cuatro años. Tuve mi oportunidad de ayudarle y dejé que se me escapase entre los dedos.

Nunca tomó la decisión consciente de no hablar, dijo. Sencillamente sucedió así y, mientras su silencio continuaba, se sentía avergonzado de sí mismo por ser la causa de preocupación de tantas personas. No hubo daño ni conmoción cerebral, no hubo ningún síntoma de incapacidad física. Entendía todo lo que le decían y en el fondo sabía que era capaz de hablar de cualquier tema. El momento crucial se había producido al principio, cuando abrió los ojos y vio a una mujer desconocida mirándole fijamente a la cara; una enfermera, según descubrió más tarde. La oyó comunicarle a alguien que Rip Van Winkle se había despertado al fin; o tal vez esas palabras iban dirigidas a él, no estaba seguro. Quiso responderle algo, pero su mente era ya un tumulto, girando en todas direcciones al mismo tiempo, y, con el dolor de los huesos haciéndose sentir repentinamente, decidió que estaba demasiado débil para contestar en ese momento y dejó pasar la oportunidad. Sachs nunca había hecho nada semejante, y cuando la enfermera continuó charlando, poco después acompañada por un médico y una segunda enfermera, los tres rodeando su cama y animándole a decirles cómo se encontraba, Sachs continuó pensando en sus cosas como si no estuvieran allí, contento de haberse liberado de la carga de responderles. Supuso que esto le sucedería sólo una vez, pero la vez siguiente ocurrió lo mismo, y la siguiente, y la que vino después de esa. Cada vez que alguien le hablaba, Sachs era presa de la misma extraña compulsión de callarse. A medida que pasaban los días, su resolución de guardar silencio se hacía cada vez más firme, como si fuera una cuestión de honor, un desafío secreto de cumplir una promesa consigo mismo. Escuchaba las palabras que la gente le decía, sopesaba cada frase a medida que entraba en sus oídos, pero luego, en lugar de hacer algún comentario, se daba la vuelta, o cerraba los ojos, o miraba a su interlocutor como si pudiera ver a través de él. Sachs sabía lo infantil y petulante que era esta conducta, pero eso no hacía que le resultase menos difícil dejarla. Los médicos y las enfermeras no le importaban nada y no sentía excesiva responsabilidad hacia Maria, hacia mí o hacia ninguno de sus otros amigos. Fanny era diferente, sin embargo, y hubo varias ocasiones en las que estuvo a punto de echarse atrás por ella. Como mínimo, sentía una punzada de remordimiento cada vez que iba a visitarle. Comprendía lo cruel que estaba siendo con ella y esto le llenaba de una sensación de indignidad, de un horrendo sabor a culpa. A veces, mientras estaba tumbado en la cama luchando con su conciencia, hacia un leve intento de sonreírle, y una o dos veces llegó incluso a mover los labios, produciendo un débil gorgoteo en el fondo de su garganta para convencerla de que estaba haciendo todo lo que podía, de que antes o después emitiría palabras. Se odiaba a sí mismo por esta impostura, pero dentro de su silencio estaban ocurriendo demasiadas cosas y no encontraba la voluntad necesaria para romperlo.

Contrariamente a lo que suponían los médicos, Sachs recordaba todos los detalles del accidente. Le bastaba con pensar en un solo momento de aquella noche para que la noche entera regresara con toda su nauseabunda inmediatez: la fiesta, Maria Turner, la escalera de incendios, los primeros momentos de la caída, la certidumbre de la muerte, las cuerdas de la ropa, el cemento. Nada quedaba borroso, ninguna secuencia era menos vivida que otra. Todo el suceso destacaba con un exceso de claridad, una avalancha de abrumadores recuerdos. Algo extraordinario había sucedido y, antes de que perdiera su fuerza dentro de él, necesitaba dedicarle su atención ilimitada. De ahí su silencio. No era tanto un rechazo como un método, una forma de aferrarse al horror de aquella noche el tiempo suficiente como para entenderlo.

Librodot

Estar callado era confinarse en la contemplación, revivir los momentos de su caída una y otra vez, como si pudiera suspenderse en el vacío para los restos, para siempre a cinco centímetros del suelo, para siempre esperando el apocalipsis del último momento.

No tenía ninguna intención de perdonarse, me dijo. Su culpa era una conclusión sacada de antemano, y cuanto menos tiempo perdiera pensando en ella, mejor.

-En cualquier otro momento de mi vida -dijo-, probablemente habría buscado excusas. Los accidentes existen, después de todo. Todos los días, a todas horas, la gente se muere cuando menos lo espera. Se queman en un incendio, se ahogan en un lago, se estrellan contra un coche, se caen por la ventana. Lo leemos en los periódicos todas las mañanas y uno tendría que ser tonto para no saber que su vida puede acabar de una forma tan brusca y sin sentido como la vida de esos pobres desgraciados. Pero el hecho es que mi accidente no fue debido a la mala suerte. No fui sólo una víctima, fui un cómplice, un socio activo en todo lo que me sucedió, y no puedo ignorar eso. Tengo que asumir parte de la responsabilidad por el papel que desempeñé. ¿Tiene esto sentido para ti, o es sólo un galimatías? No estoy diciendo que coquetear con Maria Turner fuera un crimen. Fue un asunto sucio, una hazaña despreciable, pero no mucho más que eso. Tal vez me habría sentido un mierda por haberla deseado, pero si ese pellizco en mis gónadas fuese todo, a estas alturas lo habría olvidado por completo. Lo que estoy diciendo es que no creo que la sexualidad tuviese mucho que ver con lo sucedido aquella noche. Es una de las cosas que he pensado en el hospital, tumbado en la cama sin hablar durante tantos días. Si realmente hubiese querido perseguir a Maria Turner, ¿por qué iba a hacer cosas tan ridículas para que me tocase? Dios sabe que había formas menos peligrosas de llevar el asunto, cien estrategias más efectivas para llegar al mismo resultado. Pero me convertí en un ser temerario en aquella escalera de incendios, llegué a arriesgar mi vida. ¿Para qué? Por un diminuto achuchón en la oscuridad, por nada en absoluto. Rememorando esa escena en mi cama del hospital, finalmente comprendí que todo era diferente de como yo lo había imaginado. Lo había entendido al revés. El propósito de mis locas payasadas no era conseguir que Maria Turner me abrazase, era arriesgar mi vida. Ella fue sólo un pretexto, un instrumento para subirme a la barandilla, una mano que me guió hasta el borde del desastre. La cuestión era ésta: ¿Por qué lo hice? ¿Por qué estaba tan deseoso de cortejar el riesgo? Debí de hacerme esta pregunta seiscientas veces al día, y cada vez que me lo preguntaba, un tremendo abismo se abría dentro de mí e inmediatamente después caía, caía de cabeza en la oscuridad. No quiero parecer excesivamente dramático; pero esos días en el hospital han sido los peores de mi vida. Me di cuenta de que me había puesto en situación de caer, y que lo había hecho a propósito. Ése fue mi descubrimiento, la irreductible conclusión que se elevaba de mi silencio. Comprendí que no quería vivir. Por razones que aún me parecen inextricables, me subí a la barandilla aquella noche con el fin de matarme.

-Estabas borracho -dije-. No sabías lo que hacías.

-Estaba borracho, y sabía exactamente lo que hacía. Lo que pasa es que no sabía que lo sabía.

-Esos son términos engañosos. Puro sofisma.

-No sabía que lo sabía, y las copas me dieron el valor necesario para actuar. Me ayudaron a hacer aquello que no sabía que deseaba hacer.

-Primero me cuentas que te caíste porque tenias demasiado miedo de tocar la pierna de Maria. Ahora cambias la historia y me dices que te caíste a propósito. No puedo creerme las dos cosas. Tiene que ser la una o la otra.

-Son las dos, una cosa llevó a la otra, y no pueden separarse. No digo que lo entienda, sólo te digo cómo fue, lo que sé que es la verdad. Esa noche estaba dispuesto a acabar conmigo mismo. Todavía lo noto en las entrañas, y me asusta muchísimo ir por ahí con esa sensación.

-En todos nosotros hay una parte que desea morir -dije-, una pequeña caldera de autodestrucción que está siempre hirviendo bajo la superficie. Por alguna razón, se atizó

Librodot

demasiado el fuego para ti esa noche, y sucedió algo disparatado. Pero el que sucediera una vez no quiere decir que vaya a volver a ocurrir.

-Puede que no. Pero eso no borra el hecho de que sucedió, y sucedió por alguna razón. Si me pudo pillar de sorpresa de ese modo, eso debe significar que hay algo que funciona esencialmente mal en mi interior. Debe significar que ya no creo en mi vida.

-Si no creyeses en ella, no hubieras vuelto a hablar. Debiste de tomar alguna decisión. Desde el momento en que volviste a hablar, ya debías de haber resuelto las cosas dentro de ti.

-En realidad no. Entraste en la habitación con David y él se acercó a mi cama y me sonrío. De repente me encontré saludándole. Fue así de sencillo. Tenía tan buen aspecto... Tan moreno y saludable después de sus semanas en el campamento, un niño de nueve años perfecto. Cuando se acercó a mi cama y me sonrió, me pareció imposible no hablarle.

-Tenías lágrimas en los ojos. Pensé que eso significaba que habías resuelto algo, que estabas en el camino de vuelta.

-Significaba que sabía que había tocado fondo. Significaba que comprendía que tenía que cambiar mi vida.

-Cambiar tu vida no es lo mismo que querer ponerle fin.

-Quiero ponerle fin a la vida que he vivido hasta ahora. Quiero que todo cambie. Si no lo consigo, voy a tener graves problemas. Toda mi vida ha sido un desperdicio, una estúpida bromita, una lamentable cadena de pequeños fracasos. La semana que viene cumplo cuarenta y un años y si no me hago dueño de la situación ahora, voy a ahogarme. Me hundiré como una piedra hasta el fondo del mundo.

-Lo que necesitas es volver a trabajar. En cuanto comiences a escribir, recordarás quién eres.

-La idea de escribir me asquea. Ya no significa nada para mí.

-No es la primera vez que hablas así.

-Puede que no. Pero esta vez hablo en serio. No quiero pasarme el resto de mi vida metiendo una hoja en blanco en una máquina de escribir. Quiero levantarme de mi mesa de trabajo y hacer algo. Los días de ser una sombra se han acabado. Ahora tengo que entrar en el mundo real y hacer algo.

-¿Como qué?

-¿Quién coño lo sabe? -dijo Sachs.

Sus palabras flotaron en el aire durante unos segundos y luego, sin previo aviso, sonrió. Era la primera sonrisa que le veía desde hacia semanas y, durante un momento, casi volvió a ser él.

-Cuando lo averigüe -dijo-, te escribiré una carta.

Salí del piso de Sachs pensando que superaría la crisis. Tal vez no inmediatamente, pero me resultaba difícil imaginar que con el tiempo las cosas no volverían a la normalidad para él. Tenía demasiada versatilidad, me dije, demasiada inteligencia y vigor para dejar que el accidente le aplastase. Es posible que yo subestimara hasta qué punto su confianza se había tambaleado, pero tiendo a creer que no. Vi lo atormentado que estaba, vi la angustia de sus dudas y sus recriminaciones, pero a pesar de las cosas detestables que dijo de sí mismo aquella tarde, también me había dedicado una fugaz sonrisa, y yo interpreté ese estallido fugitivo de ironía como una señal de esperanza, una prueba de que Sachs era capaz de recuperarse por completo.

Pasaron semanas, sin embargo, y meses, y la situación continuó exactamente igual. Es verdad que recobró buena parte de su sociabilidad y a medida que pasaba el tiempo su sufrimiento se hizo menos evidente (ya no meditaba amargamente en compañía, ya no parecía tan ausente), pero eso era únicamente porque hablaba menos de sí mismo. No era el mismo silencio que el del hospital, pero su efecto era similar. Ahora hablaba, abría la boca y usaba palabras en los momentos apropiados, pero nunca decía nada sobre lo que realmente le importaba, nada sobre el accidente o sus consecuencias, y poco a poco intuí que había metido

Librodot

su sufrimiento bajo tierra, que lo había enterrado en un sitio donde nadie pudiera verlo. Si todo lo demás hubiese sido igual, tal vez esto no me habría preocupado tanto. Hubiese podido aprender a convivir con aquel Sachs más callado y alicaído, pero los signos externos eran demasiado descorazonadores, y yo no podía librarme de la sensación de que eran síntomas de una congoja mayor. Rechazaba los encargos de las revistas, no hacía ningún esfuerzo por renovar sus contactos profesionales, parecía haber perdido todo interés por sentarse delante de su máquina de escribir. Me lo había dicho cuando había vuelto a casa del hospital, pero yo no le creí. Cuando vi que cumplía su palabra, empecé a asustarme. La vida de Sachs giraba en torno a su trabajo, y verle de repente sin ese trabajo hacia que pareciese un hombre que no tenía vida. Iba a la deriva, flotando en un mar de días indiferenciados, y, que yo supiera, le daba exactamente igual volver a tierra o no.

En algún momento entre Navidad y Año Nuevo, Sachs se afeitó la barba y se cortó el pelo, dejándoselo a la medida normal. Fue un cambio drástico y le hacía parecer una persona completamente distinta. Parecía haberse encogido, haberse vuelto más joven y más viejo al mismo tiempo, y me costó más de un mes empezar a acostumbrarme a ello, dejar de sobresaltarme cada vez que entraba en una habitación. No es que tuviese preferencia por una forma u otra, pero lamentaba el simple hecho del cambio, cualquier cambio en sí mismo. Cuando le pregunté por qué lo había hecho, su primera respuesta fue un encogimiento de hombros evasivo. Luego, después de una breve pausa, dándose cuenta de que yo esperaba una respuesta más completa, murmuró algo acerca de no querer cuidarse tanto. Mantenimiento mínimo, dijo, nada de complicaciones en la higiene personal; además quería aportar su granito de arena al capitalismo. Afeitándose tres o cuatro veces a la semana ayudaría a la compañía de hojas de afeitar, lo cual significaba que estaba contribuyendo al bien de la economía americana, a la salud y la prosperidad de todos.

Éste era un argumento muy pobre, pero después de esa primera mención, el tema no volvió a surgir. Claramente, Sachs no quería extenderse sobre el asunto, y yo no le pedí más explicaciones. Eso no significa que no fuese importante para él. Un hombre es libre de elegir su aspecto, pero en el caso de Sachs yo sentí que era un acto especialmente violento y agresivo, casi una forma de automutilación. El lado izquierdo de su cara y cuero cabelludo habían recibido cortes profundos en la caída y los médicos le habían dado puntos en varias zonas alrededor de la sien y en la parte inferior de la barbilla. Con barba y pelo largo, las cicatrices de esas heridas habían quedado ocultas. Desaparecido el pelo, las cicatrices se habían vuelto visibles, las señales y las hendiduras quedaban expuestas para que todo el mundo las viera. A menos que yo le hubiera malinterpretado gravemente, creó que ésa es la razón de que Sachs hubiese cambiado su aspecto, quería exhibir sus heridas, anunciarle al mundo que aquellas cicatrices eran lo que entonces le definía, mirarse todos los días al espejo y recordar lo que le había sucedido. Las cicatrices eran un amuleto contra el olvido, una señal de que nada de ello se perdería nunca.

Un día de mediados de febrero salí a comer con mi editora en Manhattan. El restaurante estaba en la zona de las Veinte Oeste y después de terminar la comida eché a andar por la Octava Avenida hacia la calle 34, donde pensaba coger el metro para volver a Brooklyn. Cuando estaba a cinco o seis manzanas de mi destino, vi a Sachs al otro lado de la calle. No puedo decir que esté orgulloso de lo que hice entonces, pero en aquel momento me pareció que tenía sentido. Sentía curiosidad por saber qué hacía en aquellos vagabundeos suyos, estaba deseoso de tener alguna información acerca de cómo pasaba sus días, así que en lugar de llamarle me rezagué y me mantuve escondido. Era una tarde fría, el cielo estaba gris y en el aire había amenaza de nieve. Durante las siguientes dos horas seguí a Sachs por las calles, espiando a mi amigo por las gargantas de Nueva York. Mientras escribo esto ahora, suena mucho peor de lo que realmente fue, por lo menos en términos de lo que yo pretendía hacer. No tenía intención de espiarle, no deseaba averiguar ningún secreto, buscaba algo esperanzador, un destello de optimismo que calmase mi preocupación. Me dije: va a sorprenderme; va a hacer algo o ir a alguna parte que me demostrará que está bien. Pero

Librodot

pasaron dos horas y no sucedió nada. Sachs vagó por las calles como un alma perdida, deambulando al azar entre Times Square y Greenwich Village siempre con el mismo paso lento y contemplativo, sin apresurarse en ningún momento, sin que en ningún momento pareciese importarle dónde estaba. Dio monedas a los mendigos. Se detuvo para encender un cigarrillo cada diez o doce manzanas. Curioseó en una librería durante varios minutos, donde sacó uno de mis libros de un estante y lo miró con cierta atención. Entró en una tienda de pomo y hojeó unas revistas de mujeres desnudas. Se paró delante de un escaparate de una tienda de electrónica. Finalmente se compró un periódico, entró en un café en la esquina de Bleecker y MacDougal Street y se instaló en una mesa. Allí fue donde le dejé, justo cuando una camarera se le acercó a preguntarle qué quería. Lo encontré todo tan desolador, tan deprimente, tan trágico, que no fui capaz de contárselo a Iris cuando volví a casa.

Sabiendo lo que sé ahora, veo lo poco que entendí entonces. Estaba sacando conclusiones de lo que venía a ser una evidencia parcial, basando mi reacción en un puñado de hechos observables y fortuitos que sólo contaban una pequeña parte de la historia. Si hubiese dispuesto de más información, tal vez habría tenido una imagen diferente de lo que estaba sucediendo, lo cual me habría hecho menos proclive a la desesperación. Entre otras cosas, ignoraba por completo el papel tan especial que Maria Turner había asumido para Ben. Se habían visto regularmente desde octubre, pasaban los jueves juntos desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde. No me enteré de esto hasta dos años después. Según me contaron ambos (en conversaciones separadas por dos meses al menos), nunca hubo relaciones sexuales entre ellos. Dado lo que sé de los hábitos de Maria, y dado que la historia de Sachs concuerda con la de ella, no veo ningún motivo para poner en duda lo que me dijeron.

Reflexionando ahora sobre la situación, tiene perfecto sentido que Sachs recurriese a ella. Maria era la personificación de su catástrofe, la figura central del drama que había precipitado su caída, y por lo tanto nadie podía ser tan importante para él. Ya he hablado de su determinación de aferrarse a los sucesos de aquella noche. ¿Qué mejor método para conseguirlo que estar en contacto con Maria? Convirtiéndola en una amiga, podría tener constantemente ante sus ojos el símbolo de su transformación. Sus heridas permanecerían abiertas, y cada vez que la viese podría revivir la misma secuencia de tormentos y emociones que había estado tan cerca de matarle. Podría repetir la experiencia una y otra vez, y con suficiente práctica y esfuerzo quizá aprendería a dominarla. Así es como debió de empezar. El desafío no era seducir a Maria o llevársela a la cama, era exponerse a la tentación y ver si tenía la fuerza necesaria para resistirla. Sachs estaba buscando una cura, una forma de recobrar su autoestima, y sólo las medidas más drásticas servirían. Para averiguar lo que valía, tenía que arriesgarlo todo de nuevo.

Pero había algo más que eso. No era sólo un ejercicio simbólico para él, era un paso adelante hacia una verdadera amistad. A Sachs le habían conmovido las visitas de Maria al hospital, y ya entonces, durante las primeras semanas de su recuperación, creo que comprendió lo profundamente que el accidente había afectado a Maria. Ése fue el vínculo inicial entre ellos. Ambos habían vivido algo terrible y ninguno de los dos se inclinaba a desecharlo como un simple producto de la mala suerte. Y lo que es más importante, Maria era consciente del papel que había desempeñado en lo sucedido. Sabía que había animado a Sachs la noche de la fiesta y era lo bastante honrada consigo misma como para reconocer lo que había hecho, para darse cuenta de que hubiese estado moralmente mal buscar excusas. A su manera, estaba tan trastornada por el suceso como Sachs, y cuando finalmente él la llamó en octubre para darle las gracias por acudir al hospital tan a menudo, ella lo vio como una oportunidad de reparar parte del daño que había causado. No estoy únicamente haciendo suposiciones cuando digo esto. Maria no me ocultó nada cuando hablamos el año pasado, y toda la historia viene directamente de sus labios.

-La primera vez que Ben vino a mi casa -me dijo-, me hizo muchas preguntas sobre mi trabajo. Probablemente sólo lo hacía por cortesía, ya sabes lo que pasa: te sientes incómodo,

Librodot

no sabes de qué hablar y empiezas a hacer preguntas. Al cabo de un rato, sin embargo, me di cuenta de que se interesaba. Saqué alguno de mis viejos proyectos para que los viera y sus comentarios me parecieron muy inteligentes, mucho más perspicaces que la mayoría de las cosas que oigo. Lo que pareció gustarle especialmente era la combinación de documental y ficción, la objetivación de estados interiores. Comprendió que todas mis obras eran historias, y aunque fueran historias verdaderas, también eran inventadas. O aunque fueran inventadas, también eran verdaderas. Así que hablamos de eso durante un rato y luego pasamos a otros temas, y cuando se marchó yo ya estaba empezando a concebir una de mis extrañas ideas. El hombre parecía sentirse tan perdido y desdichado que pensé que tal vez sería una buena cosa que empezásemos a trabajar juntos en un proyecto. No tenía nada especifico en mente en ese momento, sólo que la obra sería acerca de él. Vino a visitarme de nuevo unos días después y cuando le dije lo que estaba pensando, pareció comprenderlo inmediatamente. Eso me sorprendió un poco. No tuve que defender mi idea ni convencerle. Simplemente dijo sí, eso parece una idea prometedora, y seguimos adelante y lo hicimos. A partir de entonces, pasamos todos los jueves juntos. Durante los cuatro o cinco meses siguientes pasamos todos los jueves trabajando en la obra.

Hasta donde puedo juzgarlo, la obra nunca llegó a concretarse. Al contrario de lo que ocurría con otros proyectos de Maria, éste no tenía ningún principio organizativo o propósito claramente definido y, en lugar de empezar con una idea concreta como siempre había hecho en el pasado (seguir a un extraño, por ejemplo, o localizar los nombres que aparecían en una libreta de direcciones), "jueves con Ben" era básicamente informe: una serie de improvisaciones, un álbum de fotos de los días que pasaron juntos. Habían acordado de antemano que no seguirían ninguna regla. La única condición era que Sachs llegaría a casa de Maria a las diez en punto y a partir de ahí tocaban de oído. Generalmente Maria le hacía fotos, tal vez dos o tres carretes, y luego pasaban el día hablando. Unas cuantas veces le pidió que se disfrazara. En otras ocasiones grabó sus conversaciones y no hizo ninguna fotografía. Cuando Sachs se afeitó la barba y se cortó el pelo, resultó que lo había hecho por consejo de Maria, y la operación tuvo lugar en su *loft*. Ella captó con su cámara todo el proceso: el antes, el después y todos los pasos intermedios. Empieza con Sachs delante de un espejo cogiendo unas tijeras con la mano derecha. En cada foto sucesiva hay un poco menos de pelo y luego se le ve dándose espuma en las mejillas y después afeitándose. Maria dejó de tomar fotos en ese punto (para dar unos toques finales a su corte de pelo) y luego hay una última foto de Sachs, con el pelo corto y sin barba, sonriendo a la cámara como uno de esos muchachos de peinado engominado que vemos en las paredes de las barberías. Me pareció un toque simpático. No sólo era divertida en sí misma, sino que demostraba que Sachs era capaz de disfrutar. Después de ver esa foto, comprendí que no había soluciones sencillas. Yo le había subestimado, y la historia de esos meses era mucho más complicada de lo que yo me había permitido creer. Luego venían las fotos de Sachs en la calle. En enero y febrero, al parecer, Maria le había perseguido por la calle con su cámara. Sachs le había dicho que quería saber qué se sentía al saberse observado, y Maria le había complacido resucitando uno de sus viejos proyectos: sólo que esta vez estaba hecho al revés. Sachs hacía el papel que ella había interpretado, y ella se convirtió en el detective privado. Ésa era la escena con la que tropecé en Manhattan cuando vi a Sachs andando al otro lado de la calle. Maria también estaba allí, y lo que yo había tomado como una prueba concluyente de la desgracia de mi amigo no era más que una broma, un pequeño juego, una tonta representación del Espía contra Espía. Sólo Dios sabe cómo es posible que no viese a Maria aquel día. Debí de concentrarme tanto en Sachs que estaba ciego para todo lo demás. Pero ella sí me vio, y cuando finalmente me lo contó el otoño pasado, me sentí abrumado por la vergüenza. Afortunadamente, ella no consiguió tomar ninguna fotografía en la que estuviéramos Sachs y yo juntos. Todo habría salido a relucir entonces, pero yo le iba siguiendo a demasiada distancia como para que ella pudiera tomarnos en la misma instantánea.

Librodot

Le hizo varios miles de fotos en total, la mayoría de las cuales estaban todavía en copias de contacto cuando yo las vi en septiembre pasado. Aunque las sesiones de los jueves nunca se convirtieron en un trabajo coherente, tuvieron un papel terapéutico para Sachs, que era el propósito que Maria se había trazado desde el principio. Cuando Sachs fue a visitarla en octubre, ella comprendió que era un hombre al límite de sus fuerzas. Se había metido tanto en su dolor que ya no era capaz de verse. Digo esto en un sentido fenomenológico, de la misma manera en que se habla de autoconciencia o del modo en que uno se forma una imagen de sí mismo. Sachs había perdido la capacidad de salirse de su pensamiento y evaluar dónde estaba, de medir las dimensiones precisas del espacio que le rodeaba. Lo que Maria consiguió a lo largo de esos meses fue sacarle de su propia piel. La tensión sexual fue parte del asunto, pero también estaba su cámara, el constante asalto de su cámara ciclópea. Cada vez que Sachs posaba para una fotografía, se veía obligado a representarse a sí mismo, a jugar al juego de fingir ser quien era. Al cabo de un tiempo, debió de surtir efecto. Al repetir el proceso tan a menudo, debió de llegar un momento en que empezó a verse a través de los ojos de Maria, momento en que el proceso se invirtió y pudo encontrarse a sí mismo de nuevo. Dicen que una cámara puede robarle el alma a una persona, en este caso creo que fue justamente lo contrario. Creo que con esta cámara el alma de Sachs le fue devuelta gradualmente.

Estaba mejorando, pero eso no quería decir que estuviese bien, que fuera a ser nunca la persona que había sido. En el fondo, él sabía que nunca podría volver a la vida que había llevado antes del accidente. Había tratado de explicármelo durante la conversación que tuvimos en agosto, pero yo no lo había entendido. Había pensado que hablaba de trabajo -de escribir o no escribir, de abandonar su carrera o no abandonarla-, pero resultó que hablaba de todo: no sólo de sí mismo, sino de su vida con Fanny también. Al cabo de un mes de volver del hospital, ya estaba buscando la forma de romper su matrimonio. Fue una decisión unilateral, producto de su necesidad de hacer borrón y cuenta nueva, y Fanny no fue más que la víctima inocente de la purga. Pasaron los meses, sin embargo, y él no se sintió capaz de decírselo. Probablemente esto explica las muchas contradicciones desconcertantes de su comportamiento durante esa época. No quería herir a Fanny, pero sabía que iba a herirla. Y este conocimiento aumentaba su desesperación, le hacía odiarse más a sí mismo. De ahí el largo periodo de vagancia e inacción, de recuperación y decadencia simultáneas. Aunque sólo fuera eso, creo que esto indica la bondad esencial de Sachs. Se había convencido a sí mismo de que su supervivencia dependía de un acto de crueldad, y durante varios meses prefirió no cometerlo, revolcándose en las profundidades de un tormento privado para ahorrarle a su mujer la brutalidad de su decisión. Estuvo a punto de destruirse a sí mismo por bondad. Ya tenía el equipaje hecho, pero se quedaba porque los sentimientos de Fanny significaban tanto para él como los suyos propios.

Cuando la verdad salió a relucir finalmente, ya apenas era reconocible. Sachs nunca consiguió decirle francamente a Fanny que quería dejarla. Le faltó valor para ello; su vergüenza era demasiado profunda para que fuese capaz de expresar tal sentimiento. De una forma mucho más oblicua y sinuosa, empezó a hacerle saber a Fanny que ya no era digno de ella, que ya no merecía estar casado con ella. Le estaba destrozando la vida, le dijo, y antes de que la arrastrara consigo a un sufrimiento desesperado, ella debía reducir sus pérdidas y salir corriendo. Creo que no hay duda de que Sachs lo creía así. Intencionadamente o no, había fabricado una situación en la cual estas palabras podían decirse de buena fe. Después de meses de conflicto e indecisión, había encontrado el modo de no herir los sentimientos de Fanny. No tendría que hacerle daño anunciándole su intención de marcharse. Invirtiendo los términos del dilema, la convencería de que le abandonase, ella iniciaría su propia salvación; él la ayudaría a defenderse y a salvar su vida.

Aunque las motivaciones de Sachs quedaran ocultas para él, al fin se estaba poniendo en una situación que le permitiría conseguir lo que deseaba. No pretendo parecer cínico, pero me parece que sometió a Fanny a muchos de los complicados autoengaños y tramposas

Librodot

inversiones que utilizó con Maria Turner en la escalera de incendios el verano anterior. Una conciencia excesivamente refinada, una predisposición al sentimiento de culpa frente a sus propios deseos, llevaron a un hombre bueno a actuar de una forma curiosamente solapada, una forma que comprometía su propia bondad. Esta es la esencia de la catástrofe. Aceptaba las debilidades de todo el mundo, pero cuando se trataba de él mismo exigía la perfección, un rigor casi sobrehumano hasta en los actos más nimios. El resultado era la decepción, una atónita conciencia de sus propios defectos, lo cual le empujaba a demandas cada vez mayores respecto a su conducta, lo cual a su vez le llevaba a decepciones cada vez más asfixiantes. Si hubiese aprendido a quererse un poco más, no habría tenido la capacidad de causar tanta infelicidad a su alrededor. Pero Sachs se veía impulsado a hacer penitencia, a asumir su culpa como la culpa del mundo y a llevar sus huellas en la propia carne. No le culpo por lo que hizo. No le culpo por decirle a Fanny que le dejara o por desear cambiar su vida. Simplemente le compadezco, le compadezco indeciblemente por las cosas terribles que hizo caer sobre su cabeza.

Pasó algún tiempo antes de que su estrategia surtiera efecto, pero ¿qué puede pensar una mujer cuando su marido le dice que se enamore de otro, que se libre de él, que huya de él para no volver jamás? En el caso de Fanny, ella desechó estas palabras como tonterías, como una nueva evidencia de la creciente inestabilidad de Ben. No tenía la menor intención de hacer ninguna de estas cosas, y a menos que él le dijese claramente que todo había terminado, que ya no quería estar casado con ella, Fanny estaba decidida a quedarse donde estaba. El empate duró cuatro o cinco meses. Un periodo insoportablemente largo, me parece a mí, pero Fanny se negaba a retroceder, creía que él la estaba poniendo a prueba, tratando de hacerla salir de su vida a empujones para ver con cuánta tenacidad se resistía ella, y si ella se daba por vencida entonces, los peores temores de Ben respecto a sí mismo se verían confirmados. Tal era la lógica circular de su lucha por salvar su matrimonio. Cada vez que Ben le hablaba, ella interpretaba que sus palabras significaban lo contrario de lo que había dicho. Márchate quería decir no te marches; ama a otro quería decir ámame; renuncia quería decir no renuncies. A la luz de lo que sucedió después, no estoy tan seguro de que ella estuviese equivocada. Sachs parecía saber lo que quería, pero una vez que lo consiguió, ya no tuvo ningún valor para él. Para entonces era demasiado tarde. Lo que había perdido, lo había perdido para siempre.

De acuerdo con lo que Fanny me dijo, nunca hubo una ruptura decisiva entre ellos. Sachs la sometió a una guerra de desgaste, agotándola con su persistencia, debilitándola lentamente hasta que ya no tuvo fuerzas para luchar. Al principio hubo unas cuantas escenas de histeria, me dijo ella, unos cuantos estallidos de lágrimas y gritos, pero todo eso acabó finalmente. Poco a poco, ella se quedó sin argumentos y cuando Sachs finalmente pronunció las palabras mágicas, diciéndole un día de principios de marzo que una separación a prueba podría ser una buena idea, ella se limitó a asentir con la cabeza y a seguirle la corriente. En esa época yo no sabía nada de esto. Ninguno de los dos me había confiado sus problemas, y dado que mi vida era particularmente frenética por entonces, no podía verlos tan a menudo como hubiera deseado. Iris estaba embarazada; estábamos buscando una casa nueva; yo viajaba en tren a Princeton dos veces a la semana para dar clases y trabajaba intensamente en mi siguiente libro. Sin embargo, parece que desempeñé un papel inconsciente en sus negociaciones matrimoniales. Lo que hice fue proporcionarle a Sachs una excusa, un modo de marcharse sin que pareciese que daba un portazo. Todo se remonta a aquel día de febrero en que le seguí por la calle. Yo acababa de pasar dos horas y media con mi editora, Ann Howard, y en el curso de nuestra conversación se había mencionado el nombre de Sachs más de una vez. Ann sabía que éramos amigos íntimos. Ella también había estado en la fiesta del 4 de julio y, puesto que sabía lo del accidente y las dificultades que él había tenido desde entonces, era normal que me preguntase cómo estaba. Le dije que aún estaba preocupado por él, ya no tanto por su estado de ánimo como por el hecho de que no daba ni golpe.

-Hace ya siete meses -dije-, y eso son unas vacaciones demasiado largas, sobre todo para alguien como Ben.

Librodot

Así que hablamos de trabajo durante unos minutos, preguntándonos qué haría falta para que volviera a ponerse en marcha, y justo cuando estábamos empezando el postre, a Ann se le ocurrió una idea que me pareció interesante.

-Debería reunir sus viejos artículos y publicarlos como libro -dijo-. No sería difícil. Lo único que tendría que hacer sería elegir los mejores, quizá retocar un par de frases aquí y allá. Pero una vez que se siente a trabajar, ¿quién sabe lo que puede ocurrir? Tal vez eso le haga empezar a escribir otra vez.

-¿Estás diciendo que te interesaría publicar ese libro? -pregunté.

-No sé -dijo-. ¿Es eso lo que estoy diciendo? -Ann hizo una pausa y luego se rió-. Supongo que es lo que acabo de decir, ¿no? -Se calló de nuevo, como para frenarse antes de ir demasiado lejos-. Pero qué demonios, ¿por qué no? No será que no conozca el trabajo de Ben. Lo leo desde que estaba en el instituto. Puede que ya sea hora de que alguien le retuerza el brazo y le obligue a hacerlo.

Media hora después, cuando vi a Sachs en la Octava Avenida, estaba aún pensando en esta conversación con Ann. La idea del libro se había instalado cómodamente dentro de mí y por una vez me sentía animado, más esperanzado de lo que había estado en mucho tiempo. Tal vez eso explique por qué me deprimí tanto luego. Encontré a un hombre que vivía en lo que parecía un estado de absoluta abyección y no estaba dispuesto a aceptar lo que había visto. Mi amigo, que había sido tan brillante, vagando durante horas, casi en trance, apenas distinguible de los hombres y mujeres destrozados que le mendigaban unas monedas. Aquella noche llegué a casa angustiado. La situación estaba fuera de control, me dije, y a menos que actuara deprisa, no había plegaria que lograra salvarle.

Le invité a almorzar la semana siguiente, y no bien se sentó en su silla, me lancé a hablarle del libro. Esta idea había sido barajada en unas cuantas ocasiones anteriores, pero Sachs siempre se había resistido a comprometerse. Le parecía que los artículos publicados en revistas eran cosas del momento, escritas por razones específicas en momentos específicos, y un libro sería un lugar demasiado permanente para ellos. Me había dicho una vez que se les debía dejar morir de muerte natural. Que la gente los leyera y los olvidara; no había necesidad de erigirles una tumba. Como ya conocía esta defensa, no le presenté la idea en términos literarios. Hablé de ella estrictamente como proposición económica, un trato de dinero en efectivo. Le dije que había estado viviendo a costa de Fanny durante los últimos cuatro meses, y ya era hora de que empezase a contribuir. Si no estaba dispuesto a buscar un trabajo, lo menos que podía hacer era publicar ese libro. Olvídate de ti mismo por una vez, le dije. Hazlo por ella.

Creo que nunca le había hablado con tanto énfasis. Estaba tan excitado, tan lleno de apasionado sentido común, que Sachs empezó a sonreír antes de que yo llegara a la mitad de mi arenga. Supongo que había algo cómico en mi comportamiento de aquella tarde, pero era porque yo no había esperado ganar tan fácilmente. Resultó que no hizo falta mucho para convencer a Sachs. Decidió hacer el libro en cuanto se enteró de mi conversación con Ann, y todo lo que dije después de eso fue innecesario. Trató de hacerme callar, pero como yo pensaba que eso significaba que no quería hablar del asunto, continué argumentando con él, lo cual era un poco como decirle a alguien que se coma un plato que ya tiene en el estómago. Estoy seguro de que me encontró risible, pero eso no cuenta ahora. Lo que importa es que Sachs aceptó hacer el libro, y en ese momento aquello me pareció una gran victoria, un paso gigantesco en la dirección adecuada. Yo no sabía nada respecto a Fanny, por supuesto, y por lo tanto no tenía ni idea de que el proyecto era simplemente una maniobra, un movimiento estratégico que le ayudaría a poner fin a su matrimonio. Eso no quiere decir que Sachs no pensase publicar el libro, pero sus motivos eran completamente diferentes de los que yo imaginaba. Yo veía el libro como un camino de regreso al mundo, mientras que él lo veía como una huida, como un último gesto de humildad antes de escabullirse en la oscuridad y desaparecer.

Librodot

Así fue como encontró el valor para hablarle a Fanny de una separación a prueba. Él se iría a Vermont para trabajar en el libro, ella se quedaría en la ciudad, y mientras tanto ambos tendrían oportunidad de reflexionar acerca de lo que deseaban hacer. El libro hizo posible que él se marchara con la bendición de Fanny, que ambos fingiesen ignorar el verdadero propósito de su partida. Durante los siguientes dos meses, Fanny organizó el viaje de Ben a Vermont como si aún fuese uno de sus deberes de esposa, desmantelando activamente su matrimonio como si creyese que se mantendrían casados para siempre. El hábito de cuidar de él era tan automático a aquellas alturas, estaba tan profundamente arraigado en ella, que probablemente no se paró a pensar qué estaba haciendo. Esa fue la paradoja del final. Yo había vivido algo muy parecido con Delia: esa extraña posdata en que una pareja no está ni unida ni separada, en que lo último que les mantiene unidos es el hecho de que están separados. Fanny y Ben actuaron de la misma manera. Ella le ayudó a salir de su vida y él aceptó esa ayuda como la cosa más natural del mundo. Ella bajó al sótano y subió montones de artículos viejos; hizo fotocopias de los originales amarillentos y casi desintegrados; visitó la biblioteca y buscó en los rollos de microfilms artículos perdidos; puso en orden cronológico toda la masa de recortes, hojas arrancadas y páginas deterioradas. El último día incluso salió a comprar archivadores de cartón para guardar los papeles, y a la mañana siguiente, cuando llegó el momento de que Sachs se fuera, le ayudó a bajar los archivadores y a meterlos en el maletero del coche. Nada de romper limpiamente. Nada de emitir señales inequívocas. En ese momento, creo que ninguno de los dos hubiese sido capaz de hacerlo.

Eso fue a finales de marzo. Inocentemente, acepté lo que Sachs me dijo, creí que se marchaba a Vermont para trabajar. Se había ido allí solo otras veces, y el hecho de que Fanny se quedase en Nueva York no me pareció raro. Después de todo, ella tenía su trabajo y, puesto que nadie había mencionado cuánto tiempo estaría fuera Sachs, supuse que seria una estancia relativamente corta. Un mes tal vez, seis semanas como máximo. Organizar el libro no seria una tarea difícil y yo no veía que pudiera llevarle más de eso. Y aunque así fuera, no había nada que le impidiera a Fanny visitarlo. Así que no puse ninguna objeción a sus planes. Todo me parecía razonable, y cuando Sachs vino a despedirse la última noche, le dije que me alegraba mucho de que se fuera. Buena suerte, le deseé, te veré pronto. Y eso fue todo. Planease lo que planease entonces, no dijo una palabra que me hiciera pensar que no volvería.

Cuando Sachs se marchó a Vermont, dirigí mis pensamientos a otro lado. Estaba atareado con mi trabajo, con el embarazo de Iris, con los problemas de David en el colegio, con la muerte de algunos parientes por ambos lados de la familia, y la primavera pasó muy rápidamente. Tal vez me sentí aliviado cuando se fue, no lo sé, pero no hay duda de que la vida en el campo había mejorado su estado de ánimo. Hablábamos por teléfono más o menos una vez a la semana y deduje por esas conversaciones que las cosas le iban bien. Había empezado a trabajar en algo nuevo, me dijo, y yo interpreté esto como un suceso tan trascendental, un cambio de actitud tan importante, que de repente me permití dejar de preocuparme por él. Aunque iba retrasando su regreso a Nueva York, prolongando su ausencia a lo largo del mes de abril, luego mayo y luego junio, yo no me alarmé. Sachs está escribiendo de nuevo, me dije, Sachs vuelve a estar sano, y por lo que a mí se refería, eso significaba que todo estaba en orden en el mundo.

Iris y yo vimos a Fanny en varias ocasiones esa primavera. Recuerdo por lo menos una cena, un almuerzo de domingo, y un par de salidas al cine. Para ser absolutamente sincero, no detecté ninguna señal de angustia o inquietud en ella. Es verdad que hablaba muy poco de Sachs (lo cual debería haberme alertado), pero siempre que lo hacia parecía complacida, incluso excitada por lo que estaba sucediendo en Vermont. Ben no sólo estaba escribiendo otra vez, nos contó, sino que estaba escribiendo una novela. Esto era mucho mejor que nada de lo que ella hubiera podido imaginar, tanto que no importaba que hubiese dejado de lado el libro de artículos. Dijo que trabajaba frenéticamente, casi sin pararse a comer o dormir, y aun suponiendo que estos informes fueran exagerados (por Sachs o por ella), no dejaban lugar a

Librodot

hacer más preguntas. Iris y yo nunca le preguntamos por qué no iba a visitar a Ben. No se lo preguntamos porque la respuesta era evidente. Él estaba enfrascado en su trabajo, y después de esperar tanto tiempo a que esto ocurriera, ella no deseaba interferir.

Ella nos estaba ocultando la verdad, por supuesto, pero lo más importante es que también a Sachs le mantenía al margen de la situación. Sólo lo supe más tarde, pero durante todo el tiempo que él pasó en Vermont, parece que estuvo tan poco enterado como yo de lo que Fanny pensaba. Ella no podía suponer que las cosas saldrían así. Teóricamente, aún había alguna esperanza para ellos. Pero una vez que Ben cargó el coche con sus pertenencias y se marchó al campo, ella comprendió que habían terminado. Bastaron una o dos semanas para que esto sucediera. Aún le tenía afecto y le deseaba lo mejor, pero ya no sentía ningún deseo de verle, ningún deseo de hablarle, ningún deseo de hacer un esfuerzo más. Habían hablado de dejar la puerta abierta, pero ahora parecía que la puerta se había desvanecido; no es que se hubiese cerrado, sencillamente ya no existía. Fanny se encontró mirando una pared vacía, y después de eso dio media vuelta y se alejó. Ya no estaban casados, y lo que ella hiciese con su vida a partir de entonces era asunto suyo.

En junio conoció a un hombre que se llamaba Charles Spector. Creo que no tengo derecho a hablar de esto, pero en la medida en que afectó a Sachs, es imposible evitar mencionarlo. La cuestión crucial aquí no es que Fanny acabase casándose con Charles (la boda tuvo lugar hace cuatro meses), sino que cuando empezó a enamorarse de él aquel verano no le comunicase a Ben lo que estaba sucediendo. Una vez más, no se trata de atribuir culpas. Había razones para su silencio y, dadas las circunstancias, creo que actuó correctamente, sin pizca de egoísmo ni de engaño. La historia con Charles la cogió por sorpresa y en aquella primera etapa aún estaba demasiado confusa como para saber cuáles eran sus sentimientos. En lugar de precipitarse a contarle a Ben algo que tal vez no durara, decidió callarse durante algún tiempo para ahorrarle más dramas hasta que estuviese segura de lo que deseaba hacer. Sin que fuese culpa suya, este periodo de espera duró demasiado tiempo. Ben descubrió lo de Charles por pura casualidad -al regresar a casa a Brooklyn una noche le vio en la cama con Fanny- y el momento de ese descubrimiento no pudo haber sido más inoportuno. Considerando que Sachs fue quien forzó la separación en primer lugar, probablemente esto no debería haber importado, pero importó. Hubo otros factores también, pero éste contó tanto como cualquiera de ellos. Hizo que la música continuara sonando, por así decirlo, y lo que podría haber terminado en ese punto, no terminó. El vals de los desastres continuó, y después de eso no hubo forma de pararlo.

Pero eso ocurrió más tarde, y no quiero adelantarme. En la superficie todo parecía funcionar como en los últimos meses. Sachs trabajaba en su novela en Vermont, Fanny iba a su trabajo en el museo e Iris y yo esperábamos a que naciera nuestra hija. Después de que Sonia llegara (el 27 de junio), yo perdí el contacto con todo durante las siguientes seis u ocho semanas. Iris y yo vivíamos en Bebelandia, un país donde el sueño está prohibido y el día es indistinguible de la noche, un reino amurallado gobernado por los caprichos de un minúsculo monarca absoluto. Les pedimos a Fanny y a Ben que fuesen los padrinos de Sonia y ambos aceptaron con efusivas declaraciones de orgullo y gratitud. Después empezaron a llegar los regalos; Fanny trajo los suyos en persona (ropa, mantas, sonajeros) y los de Ben llegaron por correo (libros, ositos, patitos de goma). Yo estaba especialmente conmovido por la reacción de Fanny, por el hecho de que pasara por nuestra casa al salir del trabajo sólo para tener a Sonia en brazos durante diez o quince minutos, arrullándola con toda clase de cariñosas tonterías. Parecía radiante con la niña en brazos, y siempre me daba pena pensar que nada de aquello había sido posible para ella. “Preciosidad mía”, llamaba a Sonia, “ángel mío”, “mi oscura flor de pasión”, “corazón mío”. A su manera, Sachs no era menos entusiasta que ella, y yo interpretaba que los pequeños paquetes que recibíamos continuamente por correo eran una señal de verdadero progreso, una prueba decisiva de que ya estaba bien. A principios de agosto empezó a insistir en que fuésemos a Vermont a verle. Dijo que quería enseñarme la primera parte de su libro, y que le presentásemos a su ahijada.

Librodot

-Me la habéis ocultado durante demasiado tiempo -dijo-. ¿Cómo podéis esperar que me ocupe de ella si ni siquiera sé qué aspecto tiene?

Así que Iris y yo alquilamos un coche y una sillita de bebé y nos fuimos al norte a pasar unos días con él. Recuerdo que le preguntamos a Fanny si quería venir con nosotros, pero al parecer la ocasión no era oportuna. Acababa de empezar el texto para el catálogo de la exposición de Blakelock, que iba a organizar en el museo aquel invierno (su exposición más importante hasta la fecha), y le preocupaba no tenerlo listo a tiempo. Pensaba visitar a Ben en cuanto lo terminara, me explicó, y como me pareció una excusa legítima, no le insistí. Una vez más, me habían puesto delante una prueba significativa y, una vez más, no hice caso. Fanny y Ben no se veían desde hacía cinco meses y sin embargo yo aún no había caído en la cuenta de que tenían dificultades. Si me hubiese molestado en abrir los ojos durante unos minutos, tal vez habría visto algo. Pero estaba entregado a mi propia felicidad, demasiado absorto en mi pequeño mundo como para prestar atención.

No obstante, el viaje fue un éxito. Después de pasar cuatro días y tres noches en su compañía, llegué a la conclusión de que Sachs pisaba tierra firme de nuevo y me marché sintiéndome tan unido a él como lo había estado en el pasado. Estoy tentado de decir que fue como en los viejos tiempos, pero no sería exacto, habían pasado demasiadas cosas después de su caída, se habían producido demasiados cambios en los dos para que nuestra amistad fuese exactamente lo que había sido, pero eso no quiere decir que esos nuevos tiempos fuesen menos buenos que los viejos. En muchos sentidos, eran mejores. En la medida en que representaban algo que yo creía haber perdido, algo que había desesperado de volver a encontrar, eran mucho mejores.

Sachs nunca había sido una persona organizada, y me sorprendió ver lo concienzudamente que se había preparado para nuestra visita. Puso flores en la habitación donde Iris y yo dormíamos, en la cómoda había toallas perfectamente dobladas y había hecho la cama con la precisión de un hotelero veterano. En el piso de abajo, la cocina estaba bien surtida de alimentos, había una buena provisión de vino y cerveza y, según descubrimos cada noche, los menús de la cena habían sido planeados de antemano. Estos pequeños gestos eran significativos, pensé, y contribuyeron a marcar el tono de nuestra estancia. La vida cotidiana era más fácil para él de lo que lo había sido en Nueva York y poco a poco había conseguido recuperar el control de sí mismo. Tal y como me dijo en una de nuestras conversaciones nocturnas, era un poco como estar en prisión de nuevo, no había ninguna preocupación externa que le embarullara. La vida se había reducido al mínimo esencial y ya no tenía que preguntarse cómo pasar el tiempo. Cada día era más o menos una repetición del anterior. Hoy se parecía a ayer, mañana se parecería a hoy y lo que sucediera la semana que viene se confundiría con lo que había sucedido ésta. Esto era un consuelo para él. El elemento sorpresa había quedado eliminado, lo cual le hacia sentirse más despierto, más capaz de concentrarse en su trabajo.

-Es curioso -continuó-, pero las dos veces que me he sentado a escribir una novela estaba aislado del resto del mundo. Primero, en la cárcel cuando era un muchacho, y ahora aquí en Vermont, viviendo como un ermitaño en el bosque. Me pregunto qué diablos significa.

-Significa que no puedes vivir sin los demás -dije-. Cuando están ahí en carne y hueso, el mundo real es suficiente. Cuando estás solo, tienes que inventarte personajes, los necesitas para que te hagan compañía.

Durante toda la visita, los tres estuvimos atareados en no hacer nada. Comíamos y bebíamos, nadábamos en la alberca, charlábamos. Sachs había instalado una pista de baloncesto cubierta detrás de la casa y durante una hora más o menos cada mañana hacíamos canastas y jugábamos simples (me ganaba estrepitosamente todas las veces). Mientras Iris dormía la siesta, él y yo nos turnábamos para pasear a Sonia por el jardín, meciéndola hasta que se dormía mientras hablábamos. La primera noche me acosté tarde y leí el manuscrito del libro que estaba escribiendo. Las otras dos noches los dos nos quedamos levantados hasta

Librodot

muy tarde comentando lo que había escrito hasta entonces y lo que faltaba. El sol brilló tres de los cuatro días, la temperatura era cálida para aquella época del año. En conjunto, todo fue casi perfecto.

Sachs sólo había escrito un tercio de su libro en aquel momento y la parte que yo leí estaba aún muy lejos de ser la versión definitiva. Sachs lo entendía así y cuando me dio el manuscrito la primera noche que pasé allí, no buscaba una crítica detallada ni sugerencias de cómo mejorar éste o aquel párrafo. Lo único que quería saber era si a mí me parecía que debía continuar.

-He llegado a un punto en el que ya no sé qué estoy haciendo -dijo-. No sé si es bueno o malo. No sé si es lo mejor que he hecho nunca o si es un montón de basura.

No era basura, eso me quedó claro desde la primera página, pero a medida que avanzaba en la lectura del resto del borrador también me di cuenta de que Sachs había dado con algo que valía la pena. Aquél era el libro que yo siempre había imaginado que era capaz de escribir, y si había hecho falta un desastre para que lo empezara, entonces quizá no había sido realmente un desastre. O eso es lo que me dije entonces. Fueran los que fueran los problemas que me encontré en el manuscrito, fueran los que fueran los cortes o cambios que sería preciso hacer al final, lo esencial era que Sachs había empezado y yo no iba a permitir que parase.

-Tú sigue escribiendo y no mires atrás -le dije durante el desayuno a la mañana siguiente-. Si consigues llegar hasta el final, será un gran libro. Toma nota de mis palabras: un libro grandioso y memorable.

Me es imposible saber si hubiese podido llevarlo a cabo. Entonces me sentía seguro de que sí, y cuando Iris y yo nos despedimos de él el último día, ni siquiera se me pasó por la cabeza dudarlo. Una cosa eran las páginas que había leído, pero Sachs y yo también habíamos hablado, y basándome en lo que me dijo sobre el libro durante las dos noches siguientes, estaba convencido de que tenía dominada la situación, que entendía lo que tenía por delante. Si eso es cierto, entonces no puedo imaginar nada más terrible. De todas las tragedias que mi pobre amigo creó para sí mismo, dejar este libro inacabado se convierte en lo más difícil de soportar. No quiero decir que los libros sean más importantes que la vida, pero el hecho es que todo el mundo se muere, todo el mundo desaparece al final, y si Sachs hubiese logrado terminar su libro, hay una posibilidad de que le hubiese sobrevivido. Eso es lo que quiero creer, en cualquier caso. Tal y como está ahora, el libro no es más que una promesa de libro, un libro en potencia encerrado en una caja llena de páginas manuscritas sucias y un puñado de notas. Eso es todo lo que queda de él, junto con nuestras dos conversaciones nocturnas al aire libre, sentados bajo un cielo sin luna atestado de estrellas. Pensé que su vida estaba empezando otra vez, que había llegado al inicio de un extraordinario futuro, pero resultó que estaba casi al final. Menos de un mes después de que le viese en Vermont, Sachs dejó de trabajar en su libro. Salió a dar un paseo una tarde de mediados de septiembre y la tierra se lo tragó de repente. Ésa es la esencia del asunto, y desde ese día no volvió a escribir una palabra más.

Para conmemorar lo que nunca existirá, le he dado a mi libro el mismo titulo que Sachs planeaba usar para el suyo: *Leviatán*.

4

No volví a verle en casi dos años. Maria era la única persona que sabia dónde estaba, y Sachs le había hecho prometer que no lo diría. La mayoría de la gente habría roto esa promesa, creo, pero Maria había dado su palabra y por muy peligroso que fuera para ella el mantenerla, se negó a abrir la boca. Debí de encontrármela al menos una docena de veces en esos años, pero aun cuando hablamos de Sachs, nunca dejó traslucir que supiera más sobre su desaparición que yo. El verano pasado, cuando finalmente me enteré de todo lo que había estado ocultando, me enfadé tanto que tuve ganas de matarla. Pero ése era mi problema, no el

Librodot

de Maria, y yo no tenía derecho a desfogar mi frustración con ella. Una promesa es una promesa, después de todo, y aunque su silencio acabó causando mucho daño, no creo que se equivocara al hacer lo que hizo. Si alguien debería haber hablado, era Sachs. Él era el único responsable de lo que sucedió y era su secreto lo que Maria estaba protegiendo. Pero Sachs no dijo nada. Durante dos años enteros permaneció escondido y sin decir una palabra.

Sabíamos que estaba vivo, pero a medida que pasaban los meses sin tener noticias suyas, ni siquiera eso era seguro. Sólo quedaban fragmentos, unos cuantos hechos fantasmales. Sabíamos que se había marchado de Vermont, que no lo había hecho conduciendo su coche, y que durante lo que fue un espantoso momento Fanny le había visto en Brooklyn. Aparte de eso, todo eran conjeturas. Puesto que no había llamado para anunciar que volvía, supusimos que tenía algo urgente que decirle, pero fuera lo que fuera, nunca llegaron a hablar de ello. Sencillamente apareció una noche de repente ("con los ojos enloquecidos", como dijo Fanny) e irrumpió en el dormitorio del piso. Eso llevó a la espantosa escena que he mencionado antes. Si la habitación hubiese estado a oscuras, tal vez hubiese sido menos embarazoso para todos, pero había varias luces encendidas, Fanny y Charles estaban desnudos sobre la colcha, y Ben lo vio todo. Estaba claro que era la última cosa que esperaba encontrar. Antes de que Fanny pudiera decir una palabra, él ya había salido de la habitación, tartamudeando que lo sentía, que no sabía nada, que no había querido molestarla. Ella se levantó apresuradamente de la cama, pero cuando llegó al vestíbulo, la puerta del apartamento se había cerrado de golpe y Sachs bajaba corriendo la escalera. Ella no podía salir desnuda, así que corrió al cuarto de estar, abrió la ventana y le llamó. Sachs se detuvo un momento en la calle y la saludó con la mano.

-¡Mis bendiciones a los dos! -gritó.

Luego le tiró un beso, dio media vuelta y echó a correr hasta perderse en la noche.

Fanny nos telefoneó inmediatamente. Se figuró que tal vez vendría a nuestra casa, pero su presentimiento resultó equivocado. Iris y yo pasamos media noche esperándole, pero Sachs no apareció. A partir de entonces, no volvió a dar señales de vida. Fanny llamó a la casa de Vermont repetidamente, pero nadie contestó. Esa era nuestra última esperanza, y a medida que pasaban los días parecía cada vez menos probable que Sachs regresase allí. El pánico se apoderó de nosotros; hubo un contagio de pensamientos morbosos. No sabiendo qué hacer, Fanny alquiló un coche el primer fin de semana y se fue a la casa del campo. Según me informó por teléfono después de su llegada, las pruebas eran desconcertantes. La puerta principal no estaba cerrada con llave, el coche estaba en su lugar habitual en el patio y el trabajo de Ben estaba extendido sobre la mesa del estudio: las páginas terminadas del manuscrito en una pila, las plumas desparramadas a su lado, una página a medio escribir aún en la máquina; en otras palabras, parecía como si estuviera a punto de volver en cualquier momento. Si hubiese planeado marcharse por algún tiempo, dijo ella, habría cerrado la casa. Habría desaguado las cañerías, habría quitado la luz, habría vaciado la nevera.

-Y se habría llevado su manuscrito -añadí yo-. Aunque hubiese olvidado lo demás, es imposible que se hubiera marchado sin eso.

La situación no tenía sentido. Por mucho que la analizásemos, siempre nos encontrábamos con el mismo acertijo. Por una parte, la marcha de Sachs había sido inesperada. Por otra, se había marchado por voluntad propia. De no ser por aquel fugaz encuentro con Fanny en Nueva York, tal vez habríamos sospechado que habla sucedido algo sucio, pero Sachs había llegado a la ciudad ileso. Un poco cansado, quizá, pero básicamente ileso. Y sin embargo, si no le había ocurrido nada, ¿por qué no había vuelto a Vermont? ¿Por qué había abandonado su coche, su ropa, su trabajo? Iris y yo lo hablamos con Fanny una y otra vez. Repasamos una posibilidad tras otra, pero nunca llegamos a una conclusión satisfactoria. Había demasiados vacíos, demasiadas variables, demasiadas cosas que ignorábamos. Al cabo de un mes de darle vueltas, le dije a Fanny que fuese a la policía y denunciase la desaparición de Ben. Ella se resistió a la idea, sin embargo. Ya no tenía ningún derecho sobre él, dijo, lo cual significaba que no debía interferir. Después de lo que había sucedido en

Librodot

el piso, él era libre para hacer lo que quisiera, y ella no era quién para obligarle a volver. Charles (a quien ya habíamos conocido y que resultó estar en buena posición económica) estaba dispuesto a contratar a un detective privado de su bolsillo.

-Simplemente para saber que Ben está bien -dijo-. No se trata de obligarle a volver, se trata de saber si ha desaparecido porque quiere desaparecer.

Iris y yo pensamos que el plan de Charles era sensato, pero Fanny no le permitió llevarlo a cabo.

-Nos dio su bendición -dijo-. Eso equivale a decirnos adiós. He vivido con él durante veinte años y sé lo que piensa. No quiere que le busquemos. Ya le he traicionado una vez y no estoy dispuesta a volver a hacerlo. Tenemos qué dejarle en paz. Volverá cuando esté preparado para volver y hasta entonces tenemos que esperar. Creedme, es lo único que podemos hacer. Tenemos que quedarnos quietos y aprender a vivir con ello.

Pasaron unos meses, luego fue un año, y luego dos. Y el enigma seguía sin resolverse. Cuando Sachs se presentó en Vermont en agosto pasado hacía mucho tiempo que yo había renunciado a encontrar una respuesta. Iris y Charles creían que había muerto. Pero mi desesperanza no nacía de nada tan concreto. Nunca había tenido un sentimiento fuerte respecto a si Sachs estaba vivo o muerto -ninguna intuición repentina, ningún conocimiento extrasensorial, ninguna experiencia mística-, pero estaba más o menos convencido de que nunca volvería a verle. Digo "más o menos" porque no estaba seguro de nada. Durante los primeros meses después de su desaparición, pasé por diversas reacciones violentas y contradictorias, pero estas contradicciones se apagaron gradualmente, y al final términos tales como *tristeza* o *ira* o *dolor* ya no parecían pertinentes. Había perdido contacto con él y sentía su ausencia cada vez menos como una cuestión personal. Siempre que trataba de pensar en él, me fallaba la imaginación. Era como si Sachs se hubiese convertido en un agujero en el universo. Ya no era simplemente un amigo desaparecido, era un síntoma de mi ignorancia respecto a todas las cosas, un emblema de lo incognoscible. Probablemente esto suena vago, pero no puedo expresarlo mejor. Iris me dijo que me estaba volviendo budista, y supongo que eso describe mi posición con tanta exactitud como cualquier otra cosa. Fanny era cristiana, dijo Iris, porque nunca había abandonado su fe en el regreso de Sachs; ella y Charles eran ateos; y yo era un acólito zen, un creyente en el poder de la nada. Desde que me conocía, dijo, era la primera vez que yo no expresaba una opinión.

La vida cambió, la vida continuó. Aprendimos, como Fanny nos había rogado que hiciésemos, a vivir con ello. Ella y Charles vivían juntos ahora y, a nuestro pesar, Iris y yo nos vimos obligados a reconocer que era una buena persona. Entre cuarenta y cinco y cincuenta años, arquitecto, casado anteriormente, padre de dos hijos, inteligente, desesperadamente enamorado de Fanny, irreprochable. Poco a poco conseguimos establecer una amistad con él, y todos aceptamos una nueva realidad. La primavera pasada, cuando Fanny mencionó que no pensaba pasar el verano en Vermont (sencillamente no podía, dijo, y probablemente no podría nunca), se le ocurrió de pronto que tal vez a Iris y a mi nos gustaría utilizar la casa. Quería dejárnosla gratis, pero nosotros insistimos en pagarle una especie de alquiler. Así que llegamos a un acuerdo que por lo menos cubriría sus costes: una parte proporcional de los impuestos, el mantenimiento, etc. Esa es la razón de que yo estuviera en la casa cuando Sachs apareció el verano pasado. Llegó sin previo aviso, entrando una noche en el patio en un baqueteado Chevy azul, pasó aquí un par de días y luego desapareció de nuevo. Mientras tanto habló sin parar. Habló tanto que casi me asustó. Pero fue entonces cuando me enteré de su historia, y dado lo decidido que estaba a contarla, creo que no omitió nada.

Continuó trabajando, dijo. Después de que Iris y yo nos marcháramos con Sonia, continuó trabajando durante tres o cuatro semanas más. Nuestras conversaciones acerca de *Leviatán* le habían sido útiles, al parecer, y se volcó en el manuscrito aquella misma mañana, decidido a no irse de Vermont hasta que hubiese terminado un borrador del libro entero. Todo parecía ir bien. Avanzaba cada día y se sentía feliz con su vida monacal, más feliz de lo que se

había sentido en años. Luego, una tarde de mediados de septiembre, decidió salir a dar un paseo, el tiempo había cambiado ya y el aire era vigorizante, impregnado de los olores del otoño. Se puso su cazadora de lana y subió la colina que había frente a la casa, en dirección norte. Calculó que quedaba una hora de luz diurna, lo cual significaba que podría caminar durante media hora antes de dar la vuelta para regresar. Normalmente, habría pasado esa hora haciendo unas canastas, pero el cambio de estación estaba en todo su apogeo y deseaba echar un vistazo a lo que sucedía en el bosque: ver las hojas rojas y amarillas, observar el sesgo del sol poniente entre los abedules y los arces, vagabundear en el resplandor de los colores del aire. Así que emprendió el paseo pensando únicamente en lo que iba a preparar para la cena cuando volviera a casa.

Una vez que entró en el bosque, sin embargo, se distrajo. En lugar de mirar las hojas y las aves migratorias, empezó a pensar en su libro. Los pasajes que había escrito ese mismo día afluían rápidamente a su cabeza, y antes de que pudiera darse cuenta, estaba redactando nuevas frases mentalmente, planificando el trabajo que debía hacer al día siguiente. Siguió andando, abriéndose paso por entre las hojas muertas y la espinosa maleza, hablando en voz alta, canturreando las palabras de su libro, sin prestar ninguna atención al lugar donde se encontraba. Podía haber seguido así durante horas, dijo, pero en un momento dado notó que veía mal. El sol ya se había puesto y, debido a la espesura del bosque, la noche caía rápidamente. Miró a su alrededor con intención de orientarse, pero nada le resultaba familiar y se dio cuenta de que nunca había estado en aquella parte. Pensando que era un idiota, se dio media vuelta y echó a correr en la dirección de la cual venía. Sólo tenía unos minutos antes de que desapareciera todo y comprendió que nunca lo conseguiría. No tenía linterna, ni cerillas, ni ningún alimento en los bolsillos. Dormir a la intemperie prometía ser una experiencia desagradable, pero no se le ocurría ninguna alternativa. Se sentó en un tocón y se echó a reír. Se encontró ridículo, dijo, una figura cómica de primer orden. Luego la noche cayó por completo y ya no pudo ver nada. Esperó que saliera la luna, pero en lugar de eso el cielo se nubló. Se rió de nuevo. Decidió no volver a pensar en el asunto. Estaba a salvo donde estaba, y que se le helara el culo una noche no le iba a matar. Así que hizo lo que pudo por ponerse cómodo. Se tumbó en el suelo, se cubrió de mala manera con algunas hojas y ramitas y trató de pensar en su libro. Al poco rato, incluso consiguió quedarse dormido.

Se despertó al amanecer, helado hasta los huesos y tiritando, las ropas mojadas por el rocío. La situación ya no le parecía tan graciosa. Estaba de pésimo humor y le dolían los músculos. Estaba hambriento y desaliñado, y lo único que deseaba era salir de allí y encontrar el camino de vuelta a casa. Tomó lo que le pareció el mismo sendero que había seguido la tarde anterior, pero después de andar durante cerca de una hora, empezó a sospechar que se había equivocado. Consideró la idea de dar la vuelta y regresar al punto de partida, pero no estaba seguro de poder encontrarlo, y aunque lo encontrara, era dudoso que lo reconociese. El cielo estaba oscuro aquella mañana, con densas bandadas de nubes que ocultaban el sol. Sachs nunca había sido un hombre de campo, y sin una brújula para orientarse no sabia si caminaba hacia el este o el oeste, el norte o el sur. Por otra parte tampoco era que estuviese atrapado en una selva primitiva. El bosque tenía que acabar antes o después, y no importaba mucho qué dirección siguiera, siempre y cuando andase en línea recta. Una vez que llegase a una carretera, llamaría a la puerta de la primera casa que viera. Con un poco de suerte, la gente que viviera en ella podría decirle dónde se encontraba.

Pasó mucho tiempo antes de que todo esto sucediera. Como no llevaba reloj, nunca supo exactamente cuánto, pero calculó que tres o cuatro horas. Para entonces estaba completamente malhumorado, y maldijo su estupidez durante los últimos kilómetros con una creciente sensación de ira. Una vez que llegó al final del bosque, sin embargo, su disgusto desapareció y dejó de compadecerse. Estaba en una carretera estrecha de tierra, y aunque no sabía dónde se encontraba y no había ninguna casa a la vista, podía consolarse con la idea de que lo peor ya había pasado. Anduvo diez o quince minutos más, haciendo apuestas consigo mismo respecto a la distancia que lo separaba de casa. Si eran menos de cinco kilómetros se gastaría

Librodot

cincuenta dólares en un regalo para Sonia. Si eran más de cinco pero menos de diez, se gastaría cien dólares. Más de diez serian doscientos. Más de quince serian trescientos. Más de veinte serian cuatrocientos, y así sucesivamente. Mientras estaba colmando de regalos imaginarios a su ahijada (osos pandas de peluche, casas de muñecas, caballitos), oyó el motor de un coche a lo lejos, detrás de él. Se detuvo y esperó a que se acercara. Resultó ser una camioneta roja que iba a bastante velocidad. Pensando que no tenía nada que perder, Sachs sacó la mano para llamar la atención del conductor. La camioneta pasó lanzada por delante de él, pero antes de que Sachs tuviese tiempo de darse la vuelta, frenó en secó. Oyó un clamor de guijarros que salían volando, se levantó una polvareda y luego una voz le llamó preguntándole si quería que le llevase. El conductor era un joven de veintipocos años. Sachs supuso que era un muchacho de la zona, un peón caminero o un ayudante de fontanero, tal vez, y aunque al principio no tenía muchas ganas de hablar, el muchacho resultó ser tan amable y simpático que pronto se encontró metido en conversación con él. Había un bate de metal de *softball*[2] tirado en el suelo delante del asiento de Sachs y cuando el muchacho puso el pie en el acelerador para poner la camioneta en marcha de nuevo, el bate dio un salto y golpeó a Sachs en el tobillo. Ésa fue la apertura, por así decirlo, y después de disculparse por la molestia, el chico se presentó como Dwight (Dwight McMartin, según supo Sachs más tarde) y comenzaron una discusión sobre *softball*. Dwight le dijo que jugaba en un equipo patrocinado por la brigada de bomberos voluntarios de Newfane. La temporada oficial había terminado la semana anterior, y el primer partido de desempate estaba programado para aquella tarde. “Si el tiempo aguanta”, añadió varias veces, “si el tiempo aguanta y no llueve.” Dwight era el jugador de primera base y el número dos de la liga en carreras completas, un mozo fornido al estilo de Moose Skowron. Sachs le dijo que intentaría ir al campo a verle y Dwight le contestó con toda seriedad que valdría la pena, que ciertamente sería un partido fantástico. Sachs no podía evitar sonreír, estaba desgreñado y sin afeitar, había zarzas y partículas de hojas pegadas a su ropa y la nariz le chorreaba como un grifo. Probablemente parecía un vagabundo, pero Dwight no le hizo ninguna pregunta personal. No le preguntó por qué iba andando por una carretera desierta, no le preguntó dónde vivía, ni siquiera le preguntó su nombre. Puede que fuera un bobalicón, pensó Sachs, o puede que fuera simplemente un buen chico, pero, fuese lo que fuese, resultaba difícil no agradecer aquella discreción. De pronto Sachs lamentó haber estado tan retirado durante los últimos meses. Debería haber salido y haberse tratado un poco más con sus vecinos; debería haber hecho un esfuerzo para saber algo acerca de la gente que le rodeaba. Casi como una cuestión ética, se dijo que no debía olvidar el partido de *softball* de aquella noche. Le haría bien, pensó, le daría algo en que pensar que no fuese su libro. Si tenía personas con quien hablar, tal vez no sería tan probable que se perdiese la próxima vez que saliera a pasear por el bosque. Cuando Dwight le dijo dónde estaban, Sachs se asustó de hasta qué punto se había alejado de su camino. Evidentemente había subido la colina y luego había bajado por el otro lado, y había acabado dos pueblos más al este de donde vivía. Había cubierto sólo quince kilómetros a pie, pero la distancia de regreso en coche era bastante más de cuarenta y cinco. Sin ninguna razón especial, decidió contarle todo el asunto a Dwight. Por gratitud, quizá, o simplemente porque ahora lo encontraba gracioso. Puede que el chico se lo contase a sus compañeros de equipo y todos se rieran a su costa. A Sachs no le importaba. Era un cuento ejemplar, el clásico chiste de tontos, y no le importaba ser blanco de las burlas por su propia tontería. El señorito de ciudad hace de Daniel Boone en los bosques de Vermont y ya veis lo que le pasa, chicos. Pero una vez que empezó a contar sus desventuras, Dwight respondió con inesperada compasión, lo mismo le había ocurrido a él una vez, le contó a Sachs, y no le hizo ni pizca de gracia. Sólo tenía once o doce años, y se asustó muchísimo, se pasó toda la noche acurrucado detrás de un árbol esperando que un oso le atacara. Sachs no estaba seguro, pero sospechaba que Dwight estaba inventándose esa historia para hacerle sentir un poco menos desdichado. En cualquier

[2] Variedad de béisbol que se juega con una pelota blanda (*N. de la T.*)

caso, el chico no se rió de él. Por el contrario, una vez que oyó la historia de Sachs, incluso se ofreció a llevarle a casa. Ya llegaba tarde, dijo, pero unos minutos más no importarían, y si él estuviera en el lugar de Sachs le gustaría que alguien hiciera lo mismo por él.

En ese momento iban por una carretera asfaltada, pero Dwight dijo que conocía un atajo para ir a casa de Sachs. Significaba dar la vuelta y retroceder dos o tres kilómetros, pero una vez que hizo los cálculos en su cabeza, decidió que valía la pena cambiar de rumbo, así que frenó bruscamente, dio la vuelta en medio de la carretera y siguió en la otra dirección. El atajo resultó ser un sendero estrechísimo, una cinta de tierra de una sola dirección y llena de baches que atravesaba un oscuro y espeso bosque. Poca gente lo conocía, dijo Dwight, pero si no estaba equivocado les llevaría a otro camino de tierra un poco más ancho y ese segundo camino les escupiría en la autopista del condado a unos seis kilómetros de la casa de Sachs. Probablemente Dwight sabía lo que decía, pero nunca tuvo la oportunidad de demostrar la exactitud de su teoría. Menos de dos kilómetros después de que tomaran el primer camino de tierra, tropezaron con algo inesperado. Y antes de que pudiesen rodearlo, su viaje llegó a su fin.

Todo sucedió muy rápidamente. Sachs lo experimentó como una agitación en las tripas, un vuelco en la cabeza y una corriente de miedo en las venas. Estaba tan agotado, me dijo, y transcurrió tan poco tiempo entre el principio y el final que nunca pudo asimilarlo como algo real, ni siquiera retrospectivamente, ni siquiera cuando estaba sentado contándomelo dos años después. Un momento avanzaban por el bosque, dijo, y al momento siguiente se habían detenido. En el camino, más allá, había un hombre apoyado en el maletero de un Toyota blanco fumando un cigarrillo. Parecía tener cerca de cuarenta años, era más bien alto, esbelto, vestido con una camisa de trabajo de franela y unos pantalones color caqui flojo, la única cosa en la que Sachs se fijó era que llevaba barba, parecida a la que solía llevar él, pero más oscura. Pensando que el hombre tendría algún problema con el coche, Dwight se bajó de la camioneta y caminó hacia él, preguntándole si necesitaba ayuda. Sachs no oyó la respuesta del hombre, pero el tono parecía enojado, innecesariamente hostil, y mientras continuaba mirándoles a través del parabrisas se sorprendió cuando el hombre respondió a la segunda pregunta de Dwight con algo aún más violento: vete a tomar por culo, o algo así. Fue entonces cuando la adrenalina empezó a bombear por sus venas, dijo Sachs, e instintivamente alargó la mano para coger del suelo el bate de metal. Dwight, sin embargo, era demasiado buena persona para darse por enterado. Siguió andando hacia el hombre, ignorando el insulto como si no importara y repitiendo que lo único que quería era ayudarle. El hombre retrocedió agitado y luego corrió a la parte delantera del coche, abrió la puerta del pasajero y se agachó para sacar algo de la guantera. Cuando se irguió y se volvió de nuevo hacia Dwight tenía una pistola en la mano. Disparó una vez. El muchachote aulló y se agarró el estómago, entonces el hombre disparó de nuevo. El muchacho aulló una segunda vez y empezó a andar tambaleándose, gimiendo y llorando de dolor. El hombre se volvió para seguirle con los ojos y Sachs saltó de la camioneta, sosteniendo el bate en la mano derecha. Ni siquiera pensó, me dijo. Corrió hacia el hombre, que estaba de espaldas, justo cuando se oyó el tercer disparo. Aferró bien el mango del bate y lo blandió con todas sus fuerzas. Apuntó a la cabeza del hombre, esperando partirle el cráneo en dos, esperando matarle, esperando que sus sesos se derramaran por el suelo. El bate golpeó con una fuerza horrible, machacando un punto justo detrás de la oreja del hombre. Sachs oyó el ruido del impacto, el crujido del cartílago y el hueso, y luego el hombre se derrumbó. Cayó muerto en medio del camino, y todo quedó en silencio.

Sachs corrió hacia Dwight, pero cuando se agachó para examinar el cuerpo del muchacho, vio que el tercer disparo le había matado. La bala había penetrado en la parte de atrás de su cabeza y tenía el cráneo destrozado. Sachs había perdido su oportunidad, era todo cuestión de tiempo y él había sido demasiado lento. Si hubiese conseguido llegar al hombre una fracción de segundo antes, ese último disparo habría fallado, y en lugar de estar mirando un cadáver, estaría vendando las heridas de Dwight y haciendo todo lo posible por salvarle la

Librodot

vida. Un momento después de pensar esto, Sachs notó que su cuerpo empezaba a temblar. Se sentó en el suelo, puso la cabeza entre las rodillas y se esforzó por no vomitar. Pasó el tiempo. Sintió que el aire se colaba por entre sus ropas; oyó a un gayo graznar en el bosque; cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, cogió un puñado de tierra del camino y lo aplastó contra su cara, se metió la tierra en la boca y la masticó, dejando que la arenilla arañara sus dientes, notando los guijarros contra la lengua. Masticó hasta que no pudo soportarlo más, entonces se inclinó y escupió aquella porquería, gruñendo como un animal enfermo y enloquecido.

Si Dwight hubiese vivido, dijo, toda la historia habría sido diferente. La idea de huir nunca se le habría ocurrido y, una vez eliminado ese primer paso, no habría sucedido ninguna de las cosas que se siguieron del mismo. Pero allí de pie, solo en el bosque, Sachs cayó presa de un pánico profundo e incontrolado. Dos hombres habían muerto, y la idea de ir a la policía del estado le parecía inimaginable. Ya había cumplido condena en prisión. Había sido convicto, y sin testigos que corroboraran su historia, nadie iba a creer una palabra de lo que dijera. Todo era demasiado absurdo, demasiado increíble. No podía pensar con mucha claridad, por supuesto, pero todos sus pensamientos se centraban enteramente en él. No podía hacer nada por Dwight, pero por lo menos podía salvar su propio pellejo. Y en medio de su pánico la única solución que se le ocurrió fue salir pitando de allí.

Sabía que la policía deduciría que había un tercer hombre. Seria evidente que Dwight y el desconocido no se habían matado el uno al otro, ya que un hombre con tres balas en el cuerpo difícilmente tendría la fuerza necesaria para matar a un hombre de un porrazo, y aunque así hubiese sido, no habría podido andar seis metros por el camino después de haberlo hecho, y menos aún cuando una de esas balas estaba encajada en su cráneo. Sachs sabia también que era inevitable que dejase algún rastro tras sí. Por muy concienzudamente que limpiase sus huellas, un equipo forense competente no tendría dificultad en encontrar algo con lo que empezar a trabajar: una huella dactilar, un mechón de pelo, un fragmento microscópico. Pero nada de eso cambiaría las cosas. Siempre y cuando consiguiese quitar sus huellas dactilares del camión, siempre y cuando se llevase el bate consigo, no habría nada que le identificase como el hombre desaparecido. Ésa era la cuestión crucial. Tenía que asegurarse de que el hombre desaparecido pudiese ser cualquiera. Una vez que hiciese eso estaría libre de irse a casa.

Pasó varios minutos frotando la superficie de la camioneta: el salpicadero, el asiento, las ventanillas, los tiradores exteriores e interiores de las puertas, todo lo que se le ocurrió. No bien terminó, lo hizo de nuevo, y luego una vez más para mayor seguridad. Después de recoger el bate del suelo, abrió la portezuela del coche del desconocido, vio que la llave estaba aún puesta y se metió detrás del volante. El motor arrancó al primer intento. Habría huellas de las ruedas, por supuesto, y esas huellas desvanecerían cualquier duda acerca de la presencia de un tercer hombre, pero Sachs estaba demasiado asustado para marcharse a pie. Eso es lo que habría sido más sensato: alejarse andando, irse a casa, olvidarse de todo el horrible asunto. Pero su corazón latía demasiado deprisa para hacer eso, sus pensamientos galopaban desatados, y actos serenos de ese tipo ya no eran posibles. Ansiaba la velocidad, ansiaba la velocidad y el ruido del coche, y ahora que ya estaba preparado, lo único que deseaba era irse, estar sentado en el coche y conducir lo más rápido que pudiese. Sólo eso podría equipararse al tumulto que había en su interior, sólo eso le permitiría silenciar el estruendo de terror en su cabeza.

Condujo hacia el norte por la autopista interestatal durante dos horas y media, siguiendo el río Connecticut hasta llegar a la latitud de Barre. Allí fue donde el hambre le pudo finalmente. Temía que le costara trabajo retener el alimento, pero no había comido nada en veinticuatro horas y sabía que tenía que intentarlo. Dejó la autopista en la salida siguiente, condujo por una autovía durante quince o veinte minutos y luego se detuvo a almorzar en un pueblo cuyo nombre no recordaba. Para no correr riesgos, ordenó dos huevos pasados por agua y una tostada. Después de comer, entró en el servicio de caballeros y se aseó,

Librodot

sumergiendo la cabeza en un lavabo lleno de agua caliente y quitándose las ramitas y manchas de tierra de la ropa. Esto le hizo sentirse mucho mejor. Cuando pagó la cuenta y salió del restaurante, comprendió que el paso siguiente era dar la vuelta e irse a Nueva York. No iba a ser posible callarse la historia. Eso estaba claro ya, y una vez que se dio cuenta de que tenía que hablar con alguien, supo que esa persona tenía que ser Fanny. A pesar de todo lo que había sucedido durante el último año, de repente anheló volver a verla.

Cuando se encaminó al coche del muerto, Sachs se fijó en que tenía matrícula de California. No sabia cómo interpretar este descubrimiento, pero de todas formas le sorprendió. ¿Cuántos otros detalles se le habrían escapado? Antes de volver a la autopista y dirigirse al sur, se salió de la carretera y aparcó al lado de lo que parecía ser una gran reserva forestal. Era un lugar aislado, sin rastro de nadie en kilómetros a la redonda. Sachs abrió las cuatro puertas del coche, se puso a gatas y examinó el interior exhaustivamente. Aunque lo hizo a conciencia, los resultados de esta búsqueda fueron decepcionantes. Encontró algunas monedas encajadas en el asiento delantero, unas cuantas bolas de papel esparcidas por el suelo (envolturas de comidas rápidas, pedazos de billetes, paquetes de cigarrillos arrugados), pero nada que llevara un nombre, nada que le diera un solo dato acerca del hombre que había matado. La guantera resultó igualmente poco reveladora, ya que sólo contenía el manual del Toyota, una caja de balas del calibre 38 y un cartón sin abrir de Camel con filtro. Sólo quedaba el maletero, y cuando Sachs finalmente lo abrió, el maletero resultó ser otra historia.

Había tres maletas dentro. La más grande estaba llena de ropa, artículos de afeitar y mapas. En el fondo, metido en un sobre blanco, había un pasaporte. Cuando miró la fotografía de la primera página, Sachs reconoció al hombre de la mañana; era el mismo hombre pero sin barba. El nombre era Reed Dimaggio, la inicial intermedia era N. Fecha de nacimiento: 12 de noviembre de 1950. Lugar de nacimiento: Newark, New Jersey. El pasaporte había sido expedido en San Francisco en julio de ese año y las últimas páginas estaban vacías, sin sellos de visados ni de aduanas. Sachs se preguntó si no sería falso. Dado lo que había sucedido en el bosque aquella mañana, parecía casi seguro que Dwight no era la primera persona a quien Dimaggio había asesinado y, si era un matón profesional, era posible que viajase con documentación falsa. Sin embargo, el nombre era demasiado singular, demasiado raro para no ser real. Debía de haber pertenecido a alguien, y por falta de otras pistas de la identidad del hombre, Sachs decidió aceptar que ese alguien era el hombre a quien había matado. Reed Dimaggio. Hasta que encontrara algo mejor, ése era el nombre que le daría.

La siguiente era una maleta de acero, una de esas cajas plateadas y brillantes en las que los fotógrafos llevan a veces su equipo. La primera se había abierto sin necesidad de llave, pero ésta estaba cerrada y Sachs pasó media hora luchando por forzar las bisagras. Las martilleó con el gato y la llave de aflojar las ruedas, y cada vez que la caja se movía, oía el entrechocar de objetos metálicos en su interior. Supuso que eran armas: cuchillos, pistolas y balas, las herramientas del oficio de Dimaggio. Cuando la caja cedió finalmente, sin embargo, reveló una desconcertante colección de objetos diversos, en absoluto lo que Sachs había supuesto. Encontró carretes de alambre, despertadores, destornilladores, microchips, cordel, masilla y varios rollos de cinta adhesiva negra. Uno por uno, fue cogiendo cada objeto y estudiándolo, esforzándose por desentrañar su finalidad, pero ni siquiera después de haber revisado todo el contenido de la caja pudo adivinar qué significaban aquellas cosas. Sólo más tarde cayó en la cuenta, mucho después de volver a la carretera. Conduciendo hacia Nueva York esa noche, de repente comprendió que aquéllos eran los materiales para construir una bomba.

La tercera pieza de equipaje era una bolsa de bolos. No había nada extraordinario en ella (era una pequeña bolsa de cuero con segmentos rojos, blancos y azules, una cremallera y un asa de plástico blanco), pero a Sachs le daba más miedo que las otras dos e instintivamente la había dejado para el final. Se daba cuenta de que allí podía haber oculta cualquier cosa. Considerando que pertenecía a un loco, a un maníaco homicida, ese *cualquier cosa* se volvía cada vez más monstruoso para él. Cuando terminó con las otras dos maletas, Sachs casi había

Librodot

perdido el valor necesario para abrirla. Antes que enfrentarse con lo que su imaginación había puesto allí dentro, casi se había convencido a sí mismo de tirarla, pero no lo hizo. Justo cuando estaba a punto de sacarla del maletero y arrojarla al bosque, cerró los ojos, titubeó y luego, de un solo tirón, abrió la cremallera.

No había una cabeza en la bolsa. No había orejas cercenadas, ni dedos cortados, ni genitales arrancados. Lo que había era dinero. Y no simplemente un poco de dinero, sino montones, más dinero del que Sachs había visto nunca junto. La bolsa estaba abarrotada de dinero: gruesos fajos de billetes de cien dólares sujetos con cintas de goma, cada uno de los cuales representaba tres, cuatro o cinco mil dólares. Cuando Sachs terminó de contarlo, estaba razonablemente seguro de que el total sumaba entre ciento sesenta y ciento sesenta y cinco mil. Su primera reacción al descubrir el dinero fue alivio, gratitud de que sus temores hubiesen quedado en nada. Luego, al sumarlo por primera vez, una sensación de conmoción y mareo. La segunda vez que contó el dinero, sin embargo, se dio cuenta de que se estaba acostumbrando a ello. Eso fue lo más extraño, me dijo: lo rápidamente que digirió todo el improbable suceso. Cuando contó el dinero de nuevo, ya había empezado a considerarlo suyo.

Conservó los cigarrillos, el bate de *softball* el pasaporte y el dinero. Todo lo demás lo tiró, esparciendo el contenido de la maleta y de la caja de metal en el interior del bosque. Unos minutos después depositó las maletas vacías en un basurero en las afueras de un pueblo. Eran ya más de las cuatro y tenía un largo camino por delante. Se detuvo a cenar en Stringfield, Massachusetts, fumándose los Camel de Dimaggio mientras bebía café, y llegó a Brooklyn poco después de la una de la madrugada. Allí fue donde abandonó el coche, dejándolo en una de las calles adoquinadas cerca de Gowanus Canal, una tierra de nadie de almacenes vacíos y manadas de delgados perros vagabundos. Tuvo cuidado de limpiar las huellas dactilares de todas las superficies, pero eso no fue más que una precaución añadida. Las puertas no estaban cerradas, la llave estaba puesta, y era seguro que el coche sería robado antes de que acabase la noche.

Hizo el resto del camino a pie, con la bolsa de bolos en una mano y el bate y los cigarrillos en la otra. En la esquina de la Quinta Avenida con President Street, metió el bate en un contenedor de basura atestado, empujándolo de lado entre los montones de periódicos y cortezas de melón. Ese era el último asunto importante del que tenía que ocuparse. Aún le quedaba más de un kilómetro, pero a pesar de su agotamiento caminó cansinamente hacia su piso con una creciente sensación de tranquilidad. Fanny estaría allí para él, pensó, y una vez que la viera, lo peor habría terminado.

Eso explica la confusión que siguió. A Sachs no sólo le cogió desprevenido lo que vio cuando entró en el piso, sino que no estaba en condiciones de asimilar el más mínimo dato nuevo acerca de nada. Su cerebro estaba ya sobrecargado y había vuelto a casa a ver a Fanny precisamente porque creía que allí no habría sorpresas, porque era el único lugar donde podía contar con que le cuidaran. De ahí su desconcierto, su reacción de aturdimiento cuando la vio desnuda revolcándose sobre la cama con Charles. Su certidumbre se había disuelto en humillación y lo único que pudo hacer fue murmurar unas palabras de disculpa antes de salir corriendo del piso. Todo había sucedido a la vez, y aunque consiguió recuperar suficiente serenidad como para gritar sus bendiciones desde la calle, eso no fue más que un farol, un débil esfuerzo de último minuto para salvar la cara. La verdad era que se sentía como si el cielo se hubiese desplomado sobre su cabeza. Se sentía como si le hubieran arrancado el corazón.

Corrió calle abajo, corrió sólo para alejarse, sin tener ni idea de qué hacer a continuación. En la esquina de la calle 3 con la Séptima Avenida vio una cabina telefónica y eso le dio la idea de llamarme y pedirme una cama para pasar la noche. Cuando marcó mi número, sin embargo, estaba comunicando. Yo debía de estar hablando con Fanny en ese momento (ella me llamó inmediatamente después de que Sachs se marchase), pero Sachs interpretó que la señal de comunicar significaba que Iris y yo habíamos descolgado el

Librodot

teléfono. Era una conclusión sensata, ya que no parecía muy probable que ninguno de los dos estuviese hablando a las dos de la madrugada. Por lo tanto, no se molestó en volver a intentarlo. Cuando recuperó su moneda la utilizó para llamar a Maria. El timbre la sacó de un profundo sueño, pero una vez que oyó la desesperación en su voz le dijo que fuera inmediatamente. Los metros pasaban con poca frecuencia a aquella hora, y cuando Sachs cogió uno en Grand Army Plaza y llegó a su *loft* de Manhattan, ella estaba ya vestida y completamente despierta, sentada a la mesa de la cocina, bebiendo su tercera taza de café.

Era el sitio lógico adonde ir. Incluso después de su retirada al campo, Sachs había permanecido en contacto con Maria, y cuando finalmente hablé con ella de estos temas el otoño pasado, me mostró más de una docena de cartas y postales que él le había enviado desde Vermont. También habían tenido varias conversaciones telefónicas, me dijo ella, y en los seis meses que Sachs pasó fuera de la ciudad, no creía que hubieran transcurrido nunca más de diez días sin tener noticias de él de una manera u otra. La cuestión era que Sachs confiaba en ella y después de que Fanny saliera de su vida tan repentinamente (y con mi teléfono aparentemente descolgado), era lo natural que recurriese a Maria. Desde su accidente en junio del año anterior, era la única persona con la que se había desahogado, la única persona a la que le había permitido penetrar en el santuario de sus pensamientos. En resumidas cuentas, probablemente estaba más cerca de él en aquel momento que ninguna otra persona.

Sin embargo, resultó ser un terrible error. No porque Maria no estuviese dispuesta a socorrerle, no porque no quisiera dejarlo todo y ayudarle a salir de la crisis, sino porque estaba en posesión del único dato lo bastante poderoso como para convertir un desagradable infortunio en una tragedia a gran escala. Si Sachs no hubiese ido a su casa, estoy seguro de que las cosas se habrían resuelto rápidamente. El se habría tranquilizado después de una noche de descanso y luego habría acudido a la policía a contarles la verdad. Con ayuda de un buen abogado habría salido en libertad. Pero un nuevo elemento se añadió a la ya inestable mezcla de las últimas horas y acabó produciendo un compuesto letal, una cubeta de ácido que emitía sus peligros con un silbido en medio de una ondulante profusión de humo.

Incluso ahora me resulta difícil aceptarlo. Y hablo como alguien que debería saberlo, alguien que ha pensado mucho en los temas que aquí hay en juego. Toda mi edad adulta la he pasado escribiendo historias, poniendo a personas imaginarias en situaciones inesperadas y a menudo inverosímiles, pero ninguno de mis personajes ha experimentado nunca nada tan inverosímil como lo que Sachs vivió aquella noche en casa de Maria Turner. Si todavía me altera informar de lo que sucedió es porque lo real va siempre por delante de lo que podemos imaginar. Por muy disparatadas que creamos que son nuestras invenciones, nunca pueden igualar el carácter imprevisible de lo que el mundo real escupe continuamente. Esta lección me parece ineludible ahora. *Puede suceder cualquier cosa*. Y de una forma u otra, siempre sucede.

Las primeras horas que pasaron juntos fueron muy dolorosas y ambos las recordaban como una especie de tempestad, un golpeteo interior, un torbellino de lágrimas, silencios y palabras ahogadas. Poco a poco Sachs consiguió contar la historia. Maria le tuvo abrazado la mayor parte del tiempo, escuchando con arrebatada incredulidad mientras él le contaba todo lo que había sucedido. Fue entonces cuando le hizo su promesa, cuando le dio su palabra y juró que guardaría el secreto de los asesinatos. Más adelante pensaba convencerle de que fuese a la policía, pero por ahora su única preocupación era protegerle, demostrarle su lealtad. Sachs se estaba desmoronando, y una vez que las palabras comenzaron a salir de su boca, una vez que empezó a oírse describiendo las cosas que había hecho, fue presa de la repugnancia. Maria trató de hacerle comprender que había actuado en defensa propia -que no era responsable de la muerte del desconocido-, pero Sachs se negó a aceptar sus argumentos. Quisiera o no, había matado a un hombre, y las palabras nunca borrarían ese hecho. Pero si no hubiese matado al extraño, dijo Maria, el extraño le habría matado a él. Tal vez si, respondió Sachs, pero a la larga hubiera sido preferible a la posición en que se encontraba ahora. Habría

Librodot

sido mejor morir, dijo, mejor que le hubieran pegado un tiro aquella mañana que tener aquel recuerdo consigo para el resto de su vida.

Continuaron hablando, tejiendo y destejiendo estos argumentos torturados, sopesando el hecho y sus consecuencias, reviviendo las horas que Sachs había pasado en el coche, la escena con Fanny en Brooklyn, su noche en el bosque. Recorrieron el mismo terreno tres o cuatro veces, ambos incapaces de dormir, y luego, en mitad de esta conversación, todo se detuvo. Sachs abrió la bolsa de los bolos y mostró a Maria lo que había encontrado en el maletero del coche, con el pasaporte encima del dinero. Lo sacó y se lo tendió, insistiendo en que le echara un vistazo, empeñado en demostrar que el desconocido había sido una persona real, un hombre que tenía un nombre, una edad, un lugar de nacimiento. Esto hacia que todo resultara muy concreto, dijo. Si el hombre hubiese sido anónimo, tal vez habría sido posible pensar en él como en un monstruo, imaginar que merecía morir, pero el pasaporte le desmitificaba, le mostraba como un hombre igual a cualquier otro. Ahí estaban sus datos, el perfil de una vida real. Y ahí estaba su foto. Increíblemente, el hombre *sonreía* en la fotografía. Según le dijo Sachs a Maria cuando le puso el documento en la mano, estaba convencido de que aquella sonrisa le destruiría. Por muy lejos que se fuera de los sucesos de aquella mañana, nunca conseguiría escapar a ella.

Así que Maria abrió el pasaporte, pensando ya en lo que le diría a Sachs, buscando unas palabras que le tranquilizaran, y miró la foto fugazmente. Luego la miró de nuevo, llevando los ojos una y otra vez del nombre a la fotografía, y de repente (así fue como me lo contó el año pasado) sintió que su cabeza estaba a punto de estallar. Esas fueron las palabras exactas que utilizó para describir lo sucedido: “Sentí que mi cabeza estaba a punto de estallar.”

Sachs le preguntó qué pasaba. Había visto el cambio en su expresión y no lo entendía.

-Dios santo -dijo ella.

-¿Estás bien?

-Esto es una broma, ¿no? No es más que un estúpido chiste, ¿verdad?

-No te entiendo.

-Reed Dimaggio. Ésta es una foto de Reed Dimaggio.

-Eso es lo que dice ahí. No tengo ni idea de si es un nombre real.

-Le conozco.

-¿Qué?

-Le conozco. Estaba casado con mi mejor amiga. Yo asistí a su boda. Le pusieron mi nombre a su hija.

-Reed Dimaggio.

-Sólo hay un Reed Dimaggio. Y ésta es su foto. La estoy mirando ahora mismo.

-Eso no es posible.

-¿Crees que me lo estoy inventando?

-El hombre era un asesino. Le disparó al muchacho a sangre fría.

-Me da igual. Le conozco. Estaba casado con mi amiga Lillian Stern. De no ser por mí, no se habrían conocido.

Ya era casi de día, pero continuaron hablando todavía durante varias horas más, siguieron levantados hasta las nueve o las diez de la mañana mientras Maria le contaba su historia con Lillian Stern. Sachs, cuyo cuerpo se había ido desmoronando por el agotamiento, encontró fuerzas renovadas y se negó a acostarse hasta qué ella hubiese terminado. Oyó hablar de la infancia de Maria y Lillian en Massachusetts, de su traslado a Nueva York después de terminar sus estudios en el instituto, del largo período en el que perdieron contacto, de su inesperado reencuentro en el portal de la casa de Lillian. Maria le explicó la historia de la libreta de direcciones, desenterró las fotografías que le había hecho a Lillian y las extendió en el suelo ante él, le contó su experimento de cambiar de identidad. Esto había llevado directamente a que Lillian conociese a Dimaggio, le dijo, y a la apasionada relación amorosa que siguió. Maria nunca le había conocido muy bien y, excepto que le agradó, no

Librodot

podía decir mucho acerca de él. Sólo recordaba unos cuantos detalles al azar. Por ejemplo que había combatido en Vietnam, pero ya no tenía claro si había sido llamado a filas o se había alistado voluntario. Debieron de licenciarle a principios de los años setenta, sin embargo, ya que sabía con certeza que había ido a la universidad con una beca especial para los soldados y cuando Lillian le conoció en 1976 ya había terminado la carrera de letras y estaba a punto de irse a Berkeley como estudiante graduado en historia americana. En total le había visto cinco o seis veces, y varios de esos encuentros habían tenido lugar al principio, justo cuando él y Lillian se estaban enamorando. Lillian se marchó a California con él al mes siguiente, y después de eso Maria sólo le vio en dos ocasiones: en la boda en 1977 y después del nacimiento de su hija en 1981. El matrimonio terminó en 1984. Lillian habló varias veces con Maria durante el período de la separación, pero desde entonces sus contactos habían sido irregulares. Con intervalos cada vez más largos entre cada llamada.

Nunca había visto ninguna crueldad en Dimaggio, dijo, nada que sugiriese que fuese capaz de hacerle daño a nadie, y mucho menos de dispararle a un desconocido a sangre fría. No era un criminal, era un estudiante, un intelectual, un profesor, y él y Lillian habían vivido una vida bastante aburrida en Berkeley. Él daba clases como adjunto en la universidad y trabajaba en su tesis doctoral; ella estudiaba arte dramático, tuvo varios trabajos a tiempo parcial y actuaba en montajes teatrales y películas de estudiantes. Los ahorros de Lillian les ayudaron durante los dos primeros años, pero después el dinero escaseaba y con mucha frecuencia llegar a fin de mes era una proeza. Ciertamente no se podía decir que fuese la vida de un delincuente, dijo Maria.

Tampoco era la vida que ella había imaginado que su amiga elegiría. Después de los alocados años de Nueva York, parecía extraño que Lillian se hubiese emparejado con alguien como Dimaggio. Pero ya había pensado en dejar Nueva York, y las circunstancias de su encuentro habían sido tan extraordinarias (tan “arrebatadoras”, como dijo Maria) que la idea de marcharse con él debió de parecerle irresistible, no tanto una elección como una obra del destino. Es verdad que Berkeley no era Hollywood, pero tampoco Dimaggio era un ratón de biblioteca con gafas de montura metálica y el pecho hundido. Era un hombre joven, fuerte y guapo, y la atracción física no debió de ser ningún problema. Igualmente importante, él era más inteligente que nadie que ella hubiese conocido: hablaba mejor y sabía más, y tenía opiniones acerca de todos los temas. Lillian, que no había leído más de dos o tres libros en su vida, debió de quedar subyugada por él. Maria opinaba que probablemente pensó que Dimaggio la transformaría, que el mero hecho de conocerle la libraría de su mediocridad y la ayudaría a hacer algo de sí misma. Llegar a ser estrella de cine era solamente un sueño infantil. Tal vez tenía el físico adecuado, puede que incluso tuviera suficiente talento, pero, como Maria le explicó a Sachs, Lillian era demasiado perezosa para conseguir su objetivo, demasiado impulsiva para perseverar y concentrarse, demasiado carente de ambición. Cuando le pidió consejo a Maria, ésta le dijo francamente que se olvidase del cine y se agarrase a Dimaggio. Si él estaba dispuesto a casarse con ella, debía apresurarse a aceptar. Y eso es exactamente lo que Lillian hizo.

Que Maria supiese, el matrimonio parecía ir bien. Lillian nunca se quejaba, por lo menos, y aunque Maria empezó a tener algunas dudas después de su visita a California en 1981 (encontró a Dimaggio adusto y dominante, carente de sentido del humor), lo atribuyó a la agitación de la primera paternidad y se guardó sus pensamientos. Dos años y medio después, cuando Lillian la llamó para anunciarle su inminente separación, Maria se sorprendió. Lillian afirmó que Dimaggio estaba saliendo con otra mujer, pero luego, en la frase siguiente, mencionó algo acerca de que su pasado “la había alcanzado”. Maria siempre había supuesto que Lillian le había contado a Dimaggio cuál había sido su vida en Nueva York, pero al parecer nunca había llegado a hacerlo y, una vez que se trasladaron a California, decidió que seria mejor para ambos que no lo supiera. Una noche, cuando ella y Dimaggio estaban cenando en un restaurante de San Francisco, un antiguo cliente de ella se sentó en la mesa de al lado. El hombre estaba borracho y, después de que Lillian se negase a darse por

Librodot

enterada de sus miradas, sonrisas y detestables guiños, se levantó e hizo en voz alta unos comentarios insultantes, revelando su secreto allí mismo delante de su marido. Según Lillian le contó a Maria, Dimaggio se puso furioso cuando llegaron a casa. La tiró al suelo de un empujón, le dio patadas, arrojó los cacharros de cocina contra la pared, la llamó "puta" a gritos. Si la niña no se hubiese despertado, dijo ella, posiblemente la habría matado. Al día siguiente, cuando volvió a hablar con Maria, Lillian ni siquiera mencionó este incidente. Esta vez su historia era que Dimaggio "se había vuelto muy extraño", que se trataba con "un puñado de radicales idiotas" y que estaba "insoportable". Así que al final se había hartado de él y le había echado de casa. Con ésa ya eran tres versiones diferentes, dijo Maria; un ejemplo típico de cómo se enfrentaba Lillian a la verdad. Una de las historias podía ser auténtica. Incluso era posible que lo fuesen todas, pero era igualmente posible que las tres fuesen falsas. Con Lillian nunca se sabía, le explicó a Sachs. Tal vez Lillian le había sido infiel a Dimaggio y él la había dejado plantada. Quizá había sido así de sencillo. O quizá no.

Nunca se divorciaron oficialmente. Dimaggio, que había terminado su doctorado en 1982, llevaba dos años dando clases en una pequeña universidad privada de Oakland. Después de la ruptura final con Lillian (en el otoño de 1984), se trasladó a un apartamento de una sola habitación en el centro de Berkeley. Durante los nueve meses siguientes fue todos los sábados a recoger a la pequeña Maria para pasar el día con ella. Siempre llegaba puntualmente a las diez de la mañana y siempre la devolvía a las ocho de la noche. Luego, después de casi un año de esta rutina, un buen día no se presentó. No dio ninguna excusa, ninguna explicación. Lillian llamó a su apartamento varias veces durante los dos días siguientes, pero nadie contestó. El lunes trató de localizarle en su trabajo, y cuando nadie cogió el teléfono en su despacho, volvió a marcar y preguntó por la secretaria del departamento de historia. Sólo entonces se enteró de que Dimaggio había dejado su puesto en la universidad. La semana pasada, le dijo la secretaria, el mismo día en que entregó las notas finales del semestre. Le había dicho al director que le habían contratado para un puesto en Cornell, pero cuando Lillian llamó al departamento de historia de Cornell, le dijeron que nunca habían oído hablar de él. Después de eso, jamás volvió a ver a Dimaggio. Durante los dos años siguientes fue como si hubiese desaparecido de la faz de la tierra. No escribió, no llamó, no hizo un solo intento de ponerse en contacto con su hija. Hasta que se materializó en el bosque de Vermont el día de su muerte, la historia de esos dos años eran un completo vacío.

Mientras tanto, Lillian y Maria continuaron hablando por teléfono. Un mes después de la desaparición de Dimaggio, Maria le propuso a Lillian que hiciese la maleta y se fuese a Nueva York con la pequeña Maria. Incluso se ofreció a pagar el billete, pero, considerando que Lillian estaba completamente arruinada entonces, ambas decidieron que sería mejor utilizar el dinero para pagar facturas, así que Maria le giró a Lillian un préstamo de tres mil dólares (hasta el último centavo que podía permitirse), y el viaje fue pospuesto para alguna fecha futura. Dos años más tarde aún no había tenido lugar. Maria siempre imaginaba que iría a California a pasar un par de semanas con Lillian, pero nunca encontraba un buen momento, y lo más que podía hacer era cumplir sus plazos de trabajo. Después del primer año empezaron a llamarse menos. En un momento dado Maria le envió otros mil quinientos dólares, pero habían transcurrido ya cuatro meses desde su última conversación y sospechaba que Lillian estaba en muy mala situación. Era una forma terrible de tratar a una amiga, dijo, cediendo nuevamente a un ataque de llanto. Ni siquiera sabía qué hacía Lillian, y ahora que había sucedido esto tan terrible, veía lo egoísta que había sido, se daba cuenta de que le había fallado miserablemente.

Quince minutos después Sachs estaba tumbado en el sofá del estudio de Maria, deslizándose hacia el sueño. Podía ceder a su agotamiento porque ya había trazado un plan, porque ya no tenía dudas respecto a lo que iba a hacer. Después de que Maria le contase la historia de Dimaggio y Lillian Stern, había comprendido que la coincidencia de la pesadilla era en realidad una solución, una oportunidad en forma de milagro. Lo esencial era aceptar el

Librodot

carácter sobrenatural del suceso; no negarlo, sino abrazarlo, aspirarlo como una fuerza sustentadora. Donde todo había sido oscuridad para él, ahora venía una claridad hermosa e impresionante. Iría a California y le daría a Lillian Stern el dinero que había encontrado en el coche de Dimaggio, no sólo el dinero, sino el dinero como un símbolo de todo lo que tenía que dar, de su alma entera. La alquimia de la retribución así lo exigía, y una vez que hubiese realizado este acto, quizá habría un poco de paz para él, quizá tendría una excusa para continuar viviendo. Dimaggio había quitado una vida; él le había quitado la vida a Dimaggio. Ahora le tocaba a él, ahora tenían que quitarle la vida a él. Ésa era la ley interior y, a menos que encontrase el valor para eliminarse, el circulo de la maldición no se cerraría nunca. Por mucho que viviese, su vida nunca volvería a pertenecerle; entregándole el dinero a Lillian Stern, se pondría en sus manos. Esa sería su penitencia: utilizar su vida para darle la vida a otra persona; confesar; arriesgarlo todo en un insensato sueño de piedad y perdón.

No habló de ninguna de estas cosas con Maria. Temía que no le entendiera y le horrorizaba la idea de confundirla, de causarle alarma. Sin embargo, retrasó su marcha lo más que pudo. Su cuerpo necesitaba descanso, y puesto que Maria no tenía prisa por deshacerse de él, acabó quedándose en su casa tres días más. En todo ese tiempo no puso los pies fuera del *loft*. Maria le compró ropa nueva; compró comida y la cocinó para él; le suministró periódicos mañana y tarde. Aparte de leer los periódicos y ver las noticias de la televisión, Sachs no hizo casi nada. Dormía. Miraba por la ventana. Pensaba en la inmensidad del miedo.

El segundo día salió un breve articulo en el *New York Times* que informaba del descubrimiento de dos cadáveres en Vermont. Así fue como Sachs se enteró de que el apellido de Dwight era McMartin, pero la noticia era demasiado esquemática para dar algún detalle acerca de la investigación que al parecer se había iniciado. En el *New York Times* de esa tarde había otro articulo que ponía el énfasis en lo desconcertadas que estaban las autoridades locales, pero nada de un tercer hombre, nada acerca de un Toyota blanco abandonado en Brooklyn, nada acerca de una prueba que estableciera un lazo entre Dimaggio y McMartin. El titular decía MISTERIO EN LOS BOSQUES DEL NORTE. Esa noche, en las noticias de ámbito nacional una de las cadenas recogía la historia, pero aparte de una breve e insulsa entrevista con los padres de McMartin (la madre llorando delante de la cámara, el padre inexpresivo y rígido) y una fotografía de la casa de Lillian Stern ("Mrs. Dimaggio se niega a hablar con los periodistas"), no había nada significativo. Salió un portavoz de la policía y dijo que las pruebas de parafina demostraban que Dimaggio disparó la pistola que mató a McMartin, pero aún no habían encontrado explicación a la muerte del propio Dimaggio. Estaba claro que había un tercer hombre implicado, añadió, pero no tenían ni idea de quién era o adónde había ido. Prácticamente, el caso era un enigma.

Durante todo el tiempo que Sachs pasó con Maria, ella no paró de llamar al número de Lillian en Berkeley. Al principio, nadie contestó al teléfono. Luego, cuando lo intentó de nuevo una hora más tarde, oyó la señal de comunicar. Después de varios intentos más, llamó a la operadora y le preguntó si había avería en la línea. No, le informó ésta, el teléfono había sido descolgado. Cuando vieron el reportaje en la televisión la tarde siguiente, la señal de comunicar se hizo comprensible. Lillian se estaba protegiendo de los periodistas, y durante el resto de la estancia de Sachs en Nueva York Maria no logró comunicar con ella. A la larga, tal vez fuera mejor así. Por muchas ganas que tuviese de hablar con su amiga, Maria se habría visto en apuros para contarle lo que sabía: que el asesino de Dimaggio era un amigo suyo que estaba a su lado en aquel mismo momento. Las cosas ya eran demasiado espantosas sin tener que buscar las palabras para explicar todo eso. Por otra parte, a Sachs le hubiese sido útil que Maria hubiese conseguido hablar con Lillian antes de que él se fuera. Eso le habría allanado el camino, por así decirlo, y sus primeras horas en California habrían sido considerablemente menos difíciles. Pero Maria no podía saberlo. Sachs no le dijo nada acerca de su plan, y aparte de la breve nota de agradecimiento que dejó sobre la mesa de la cocina cuando ella salió a comprar la cena el tercer día, ni siquiera se despidió. Le avergonzaba comportarse así, pero sabía que ella no le dejaría partir sin una explicación y lo último que deseaba era mentirle. Así

Librodot

que cuando salió a hacer la compra, reunió sus pertenencias y bajó a la calle. Su equipaje consistía en la bolsa de los bolos y una bolsa de plástico en la que había metido sus trastos de afeitar, el cepillo de dientes y las pocas prendas que Maria había encontrado para él. Desde allí fue andando a West Broadway, paró un taxi y le pidió al chófer que le llevara al aeropuerto Kennedy. Dos horas más tarde, tomaba un avión hacia San Francisco.

Ella vivía en una pequeña casa de estuco rosa en la planicie de Berkeley, un barrio pobre de jardines descuidados, fachadas desconchadas y aceras agrietadas y llenas de malas hierbas. Sachs aparcó su Plymouth alquilado poco después de las diez de la mañana, pero nadie abrió la puerta cuando llamó al timbre. Era la primera vez que estaba en Berkeley, pero en lugar de irse a explorar la ciudad y volver más tarde, se sentó en los escalones de la entrada y esperó a que Lillian Stern apareciese. El aire palpitaba con una inusitada dulzura. Mientras hojeaba su ejemplar del *San Francisco Chronicle*, le llegaba el olor de los arbustos de jacarandá, la madreselva y los eucaliptus, el impacto de California eternamente en flor. No le importaba cuánto tiempo tuviera que estar allí sentado. Hablar con aquella mujer se había convertido en la única tarea en su vida, y hasta que eso sucediera era como si el tiempo se hubiera detenido para él, como si nada pudiera existir ante la ansiedad de la espera. Diez minutos o diez horas, se dijo: con tal que apareciera, le daría igual.

En el *Chronicle* de esa mañana había un articulo sobre Dimaggio, y resultó ser más largo y completo que nada de lo que Sachs había leído en Nueva York. De acuerdo con las fuentes locales, Dimaggio había pertenecido a un grupo ecologista de izquierdas, un pequeño grupo de hombres y mujeres comprometidos con el cierre de las centrales nucleares, las compañías madereras y otros "saqueadores de la tierra". El articulo especulaba con la posibilidad de que Dimaggio hubiese estado cumpliendo una misión encomendada por este grupo en el momento de su muerte, una acusación enérgicamente negada por el presidente de la sección de Berkeley de los Hijos del Planeta, el cual afirmaba que su organización era ideológicamente contraria a cualquier forma de protesta violenta. El periodista sugirió a continuación que Dimaggio podía haber actuado por iniciativa propia, haber sido un miembro renegado de los Hijos que estaba en desacuerdo con el grupo en cuestiones tácticas. Nada de esto quedaba probado, pero fue un duro golpe para Sachs enterarse de que Dimaggio no era un delincuente común. Había sido algo completamente diferente: un idealista enloquecido, un creyente en una causa, una persona que había soñado con cambiar el mundo. Eso no eliminaba el hecho de que había matado a un muchacho inocente, pero de alguna manera agravaba la situación. Él y Sachs habían defendido las mismas cosas. En otro tiempo y otro lugar, incluso pudieran haber sido amigos.

Sachs pasó una hora con el periódico, luego lo echó a un lado y se quedó mirando a la calle. Pasaron docenas de coches por delante de la casa, pero los únicos peatones eran o los muy viejos o los muy jóvenes: niños pequeños con sus madres, un negro viejísimo que caminaba con pasitos menudos apoyado en un bastón, una mujer asiática de pelo blanco con un andador de aluminio. A la una, Sachs abandonó temporalmente su puesto para buscar algo de comer, pero regresó a los veinte minutos y consumió su almuerzo de comida rápida en los escalones. Contaba con que ella volviese a las cinco y media o las seis, confiando en que hubiese ido a su trabajo como siempre, en que continuara haciendo su vida normal. Pero eso era sólo una suposición. No sabía si tenía trabajo, y aunque lo tuviese, no era en absoluto seguro que aún estuviese en la ciudad. Si la mujer había desaparecido, su plan no valdría nada, y, sin embargo, la única manera de averiguarlo era continuar sentado donde estaba. Durante las últimas horas de la tarde sufrió un ataque de ansiedad, viendo cómo las nubes se oscurecían sobre su cabeza mientras el crepúsculo daba paso a la noche. Las cinco se convirtieron en las seis, las seis en las siete, y a partir de entonces lo más que consiguió fue no sentirse abrasado por la decepción. Se fue a buscar más comida a las siete y media, pero regresó de nuevo a la casa y continuó esperando. Ella podía estar en un restaurante, se dijo, o visitando a unos amigos, o haciendo cualquier otra cosa que explicara su ausencia. Y si

Librodot

volvía, o cuando volviera, era esencial que él estuviera allí. A menos que hablase con ella antes de que entrase en la casa, podía perder su oportunidad para siempre.

A pesar de todo, cuando finalmente apareció, cogió a Sachs por sorpresa. Pasaban unos minutos de la medianoche, y como ya no la esperaba, había permitido que su vigilancia se relajara. Había apoyado el hombro contra la barandilla de hierro forjado, había cerrado los ojos y estaba a punto de adormilarse, cuando el sonido del motor de un coche le hizo volver al estado de alerta. Abrió los ojos y vio el coche aparcado en un espacio justo al otro lado de la calle. Un instante después, el motor quedó silencioso y las luces se apagaron. Aún dudoso de si se trataba de Lillian Stern, Sachs se puso de pie y observó desde su posición en los escalones, el corazón latiendo con fuerza, la sangre cantando en su cerebro.

Ella fue hacia él con una niña dormida en los brazos, sin molestarse en mirar a la casa mientras cruzaba la calle. Sachs oyó que murmuraba algo en el oído de su hija, pero no pudo entender lo que era. Se dio cuenta de que él no era más que una sombra, una figura invisible oculta en la oscuridad, y que en el momento en que abriera la boca para hablar, la mujer se llevaría un susto de muerte. Vaciló durante unos momentos, luego, sin poder ver aún su cara, se lanzó al fin, rompiendo su silencio cuando ella estaba a medio camino del jardín.

-¿Lillian Stern? -dijo.

En el mismo momento en que oyó sus palabras, supo que su voz le había traicionado. Había querido que la pregunta tuviera cierto tono de cordialidad, pero le había salido torpemente, sonó tensa y beligerante, como si pensara hacerle daño.

Oyó que un rápido y tembloroso jadeo escapaba de la garganta de la mujer, la cual se detuvo en seco, acomodó a la niña en sus brazos y luego respondió en una voz baja que ardía de cólera y frustración:

-Lárguese de mi casa. No quiero hablar con nadie.

-Sólo quiero decirle algo -dijo Sachs, comenzando a descender los escalones. Agitó las manos abiertas en un gesto de negación, como para demostrar que venia en son de paz-. Estoy esperándola aquí desde las diez de la mañana. Tengo que hablar con usted. Es muy importante.

-Nada de periodistas. No hablo con ningún periodista.

-Yo no soy periodista. Soy un amigo. No necesita decirme una palabra si no quiere. Sólo le pido que me escuche.

-No le creo. Usted no es más que otro de esos asquerosos pelmazos.

-No, está usted equivocada. Soy un amigo. Soy amigo de Maria Turner. Es ella quien me ha dado su dirección.

-¿Maria? -dijo la mujer. Su voz se había suavizado de modo repentino e inconfundible-. ¿Conoce usted a Maria?

-La conozco muy bien. Si no me cree, puede entrar en casa y llamarla. Yo esperaré aquí hasta que termine.

Él había llegado hasta el último escalón, y la mujer volvía a andar hacia él, como si se sintiese libre de moverse ahora que se había mencionado el nombre de Maria. Estaban de pie en el camino de baldosas a medio metro el uno del otro y, por primera vez desde su llegada, Sachs pudo distinguir sus facciones. Vio la misma cara extraordinaria que había visto en las fotografías en casa de Maria, los mismos ojos oscuros, el mismo cuello, el mismo pelo corto, los mismos labios llenos. Él era casi treinta centímetros más alto que ella, y mientras la miraba, la cabeza de la niña descansando sobre su hombro, se dio cuenta de que a pesar de las fotografías no esperaba que fuese tan hermosa.

-¿Quién demonios es usted? -preguntó ella.

-Me llamo Benjamin Sachs.

-¿Y qué quiere de mi Benjamin Sachs? ¿Qué está usted haciendo aquí delante de mi casa a medianoche?

-Maria trató de hablar con usted. Ha estado llamándola varios días, y como no pudo comunicar con usted, decidí venir yo.

Librodot

-¿Desde Nueva York?

-No tenía otra elección.

-¿Y por qué quería verme?

-Porque tengo algo importante que decirle.

-No me gusta cómo suena eso. Lo último que necesito es otra mala noticia.

-Esto no es una mala noticia. Una noticia extraña, quizá, incluso increíble, pero decididamente no es mala. En lo que a usted concierne, es muy buena. Asombrosa, de hecho. Toda su vida está a punto de cambiar para mejor.

-Está usted muy seguro de sí mismo, ¿no?

-Sólo porque sé lo que me digo.

-¿Y no puede esperar hasta mañana?

-No. Tengo que hablar con usted ahora. Concédame media hora y luego la dejaré en paz. Se lo prometo.

Sin decir una palabra más, Lillian Stern sacó un llavero del bolsillo de su abrigo, subió los escalones y abrió la puerta de la casa. Sachs cruzó el umbral tras ella y entró en el recibidor a oscuras. Nada estaba sucediendo como él lo habla imaginado, e incluso después de que ella encendiera la luz, incluso después de verla subir la escalera para llevar a su hija a la cama, se preguntó cómo iba a encontrar el valor de hablar con ella, de decirle lo que había ido a decirle.

Oyó que cerraba la puerta del dormitorio de su hija, pero en lugar de volver abajo entró en otra habitación y utilizó el teléfono. Él oyó claramente que marcaba un número, pero luego, justo cuando pronunciaba el nombre de Maria, cerró la puerta de un portazo y él no pudo oír la conversación que siguió. La voz de Lillian se filtraba por el techo como un rumor sin palabras, un errático murmullo de suspiros y pausas y estallidos ahogados. A pesar de que deseaba desesperadamente saber lo que decía, no lograba entenderlo por más que aguzara el oído, y abandonó el esfuerzo después de un minuto o dos. Cuanto más duraba la conversación, más nervioso se ponía. Sin saber qué hacer, dejó su puesto al pie de la escalera y empezó a vagar por las habitaciones de la planta baja. Había sólo tres y todas estaban en un lamentable desorden. Había platos sucios amontonados en el fregadero de la cocina; el cuarto de estar era un caos de cojines tirados por el suelo, sillas volcadas y ceniceros rebosantes; la mesa del comedor se había venido abajo. Una por una, Sachs encendió las luces y luego las apagó. Era un lugar miserable, descubrió, una casa de infelicidad y zozobra, y le aturdía sólo mirarla.

La conversación telefónica duró quince o veinte minutos mas. Cuando oyó que Lillian colgaba, Sachs estaba de nuevo en el recibidor, esperándola al pie de la escalera. Ella bajaba con expresión ceñuda y malhumorada, y por el ligero temblor que detectó en su labio inferior, Sachs dedujo que había estado llorando. El abrigo que llevaba antes había desaparecido y había sido sustituido el vestido por unos vaqueros y una camiseta blanca. Se fijó en que iba descalza y llevaba las uñas pintadas de un rojo vivo. Aunque él la miraba directamente todo el tiempo, ella se negó a devolverle la mirada mientras descendía la escalera. Cuando llegó abajo, él se apartó para dejarla pasar, y sólo entonces, cuando iba camino de la cocina, se detuvo y se volvió hacia él, hablándole por encima del hombro izquierdo.

-Maria dice que le dé saludos de su parte -dijo-. También dice que no entiende qué hace usted aquí.

Sin esperar una respuesta, continuó y entró en la cocina. Sachs no sabía si quería que le siguiera o que se quedara donde estaba, pero decidió entrar. Ella encendió la luz del techo, soltó un leve gemido al ver el estado de la habitación y luego le dio la espalda y abrió un armario. Sacó una botella de Johnnie Walker, encontró un vaso vacío en otro armario y se sirvió un whisky. Habría sido imposible no ver la hostilidad que se escondía en aquel gesto. Ni le ofreció una copa, ni le pidió que se sentara, y de pronto Sachs comprendió que estaba a punto de perder el control de la situación. Había sido iniciativa suya, después de todo, y ahora

estaba allí con ella, inexplicablemente vacilante y mudo, sin tener idea de cómo empezar. Ella bebió un sorbo de su vaso y le miró desde el otro lado de la habitación.

-Maria dice que no entiende qué está usted haciendo aquí -repitió.

Su voz era ronca e inexpresiva, y sin embargo esa misma inexpresividad transmitía desdén, un desdén que rayaba en el desprecio.

-No -dijo Sachs-, supongo que no.

-Si tiene usted algo que decirme, más vale que me lo diga ya. Y luego quiero que se vaya. ¿Comprende? Quiero que salga de aquí.

-No voy a causarle ningún problema.

-No hay nada que me impida llamar a la policía, ¿sabe? Lo único que tengo que hacer es coger el teléfono y su vida se irá a la mierda. Quiero decir, ¿en qué maldito planeta ha nacido usted? ¿Le pega un tiro a mi marido y luego viene aquí y espera que sea amable con usted?

-Yo no le pegué un tiro. En mi vida he tenido una pistola en la mano.

-Me da igual lo que hiciera. No tiene nada que ver conmigo.

-Por supuesto que sí. Tiene mucho que ver con usted. Tiene mucho que ver con nosotros dos.

-Quiere que le perdone, ¿no es cierto? Por eso ha venido. Para caer de rodillas y suplicar mi perdón. Pues no me interesa. No es cosa mía perdonar a la gente. Ése no es mi trabajo.

-¿El padre de su niña ha muerto y está usted diciendo que no le importa?

-Le estoy diciendo que no es asunto suyo.

-¿No ha mencionado Maria el dinero?

-¿El dinero?

-Se lo ha dicho ,¿no?

-No sé de qué me está hablando.

-Tengo dinero para usted. Por eso estoy aquí. Para darle el dinero.

-No quiero su dinero. No quiero nada de usted. Sólo quiero que se vaya.

-Me está rechazando antes de haber oído lo que tengo que decir.

-Porque no me fío de usted. Usted busca algo y no sé lo que es. Nadie regala dinero por nada.

-Usted no me conoce, Lillian. No tiene la menor idea de cómo soy.

-He aprendido lo suficiente. He aprendido lo suficiente como para saber que no me gusta.

-Yo no he venido aquí para gustarle, he venido para ayudarla, eso es todo, y lo que piense de mí no tiene importancia.

-Está usted loco, ¿lo sabe? Habla como un loco.

-La única locura seria que usted negara lo sucedido. Le he quitado algo, y ahora estoy aquí para devolvérselo. Es así de sencillo. Yo no la elegí. Las circunstancias me la dieron, y ahora tengo que cumplir mi parte del trato.

-Está usted empezando a hablar como Reed. Un hijo de puta charlatán, hinchado con sus estúpidos argumentos y teorías. Pero no cuela, profesor. No hay trato. Son todo imaginaciones suyas y yo no le debo nada.

-Exactamente. Usted no me debe nada. Soy yo quien le debe algo.

-Tonterías.

-Si mis razones no le interesan, no piense en ellas. Pero acepte el dinero. Si no lo acepta por usted, hágalo al menos por su hija. No le estoy pidiendo nada, sólo quiero que lo coja.

-Y luego, ¿qué?

-Luego nada.

-Estaré en deuda con usted, ¿no? Eso es lo que usted quiere que piense. Una vez que acepte el dinero, usted creerá que le pertenezco.

Librodot

-¿Que me pertenece? -dijo Sachs, cediendo repentinamente a su exasperación-. ¿Que me pertenece? Ni siquiera me *gusta*. Por la forma en que ha actuado conmigo esta noche, cuanto menos tenga que ver con usted mejor.

En ese momento, sin el menor indicio de lo que iba a venir, Lillian empezó a sonreír. Fue una interrupción espontánea, una reacción absolutamente involuntaria a la guerra de nervios que se había producido entre ellos. Aunque no duró más de un segundo o dos, Sachs se animó. Se había establecido una leve comunicación, pensó, una pequeña conexión, y aunque no sabía lo que la había provocado, intuyó que el estado de ánimo había cambiado.

Después de eso no perdió el tiempo. Aprovechando la oportunidad que acababa de presentarse, le dijo que se quedara donde estaba, la dejó allí y salió de la casa para recoger el dinero del coche. No tenía sentido tratar de explicarle nada. Había llegado el momento de ofrecer alguna prueba, de eliminar las abstracciones y dejar que el dinero hablara por sí mismo. Era la única manera de que ella le creyese: dejar que lo tocara, dejar que lo viera con sus propios ojos.

Pero ya nada era sencillo. Ahora que había abierto el maletero del coche y volvía a mirar la bolsa, dudó de seguir su impulso. Desde el principio se había visto dándole el dinero de golpe: entrando en la casa, dejándole la bolsa y marchándose.

Tenía que haber sido un gesto rápido, como en un sueño, una acción que no durase nada. Descendería como un ángel de misericordia y la colmaría de riqueza, y antes de que ella se diese cuenta de que estaba allí, él se habría desvanecido. Ahora que había hablado con ella, sin embargo, ahora que había estado frente a frente con ella en la cocina, veía lo absurdo que había sido ese cuento de hadas. Su animosidad le había asustado y desmoralizado. Y no tenía forma de prever qué sucedería a continuación. Si le daba todo el dinero inmediatamente, perdería la pequeña ventaja que aún tenía sobre ella. Entonces sería posible cualquier cosa, podría seguirse de ese error cualquier grotesca inversión. Ella podría humillarle negándose a aceptarlo o, peor aún, podría coger el dinero y luego dar media vuelta y llamar a la policía. Ya había amenazado con hacerlo y, dada la profundidad de su cólera y sus suspicacias, él no la consideraba incapaz de traicionarle.

En lugar de llevar la bolsa a la casa, contó cincuenta billetes de cien dólares, se metió el dinero en los dos bolsillos de la chaqueta y luego cerró la cremallera de la bolsa y el maletero. Ya no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Era un acto de pura improvisación, un salto a ciegas hacia lo desconocido. Cuando se volvió hacia la casa de nuevo, vio a Lillian de pie en la puerta, una pequeña figura iluminada con las manos en las caderas, observándole atentamente mientras él se ocupaba de sus asuntos en la tranquila calle. Cruzó el jardincillo sabiendo que los ojos de ella estaban fijos en él, repentinamente alborozado por su propia incertidumbre, por la locura de ese algo terrible que estaba a punto de suceder.

Cuando llegó a lo alto de los escalones, ella se hizo a un lado para dejarle pasar y cerró la puerta tras él. Esta vez él no esperó una invitación. Entrando en la cocina antes que ella, se acercó a la mesa, apartó una de las desvencijadas sillas de madera y se sentó. Un momento después, Lillian se sentó frente a él. No hubo más sonrisas, no hubo más destellos de curiosidad en sus ojos. Había convertido su cara en una máscara, y mientras él la miraba buscando una señal, buscando alguna pista que le ayudara a empezar, se sintió como si estuviera examinando una pared. No había forma de comunicarse con ella, no había forma de adivinar lo que estaba pensando. Ninguno de los dos habló. Cada uno esperaba a que el otro diera el primer paso, y cuanto más se prolongaba el silencio, más obstinadamente parecía ella resistir. En un momento dado, comprendiendo que estaba a punto de ahogarse, que en sus pulmones estaba empezando a formarse un grito, Sachs levantó el brazo derecho y barrió tranquilamente todo lo que había delante de él y lo tiró al suelo. Vasos sucios, tazas de café, ceniceros y cubiertos cayeron con un estrépito atroz, rompiéndose y resbalando sobre el linóleo verde. La miró directamente a los ojos, pero ella se negó a reaccionar, continuó sentada allí como si nada hubiese ocurrido. Un momento sublime, pensó él, un momento memorable y, mientras seguían mirándose, casi empezó a temblar de felicidad, una felicidad

Librodot

salvaje que brotaba de su miedo. Luego, sin que su corazón dejara de latir fuertemente, sacó los dos fajos de billetes de sus bolsillos, los dejó sobre la mesa con un golpe y los empujó hacia ella.

-Esto es para usted -dijo-. Es suyo si lo quiere.

Ella echó una mirada al dinero durante una fracción de segundo, pero no hizo ningún movimiento para tocarlo.

-Billetes de cien -dijo-. ¿O sólo lo son los de arriba?

-Son de cien de arriba abajo. Cinco mil dólares en total.

-Cinco mil dólares no es poca cosa. Ni siquiera los ricos le harían ascos a cinco mil dólares. Pero no es precisamente una cantidad de dinero que le cambie la vida a nadie.

-Esto es solamente el principio. Lo que podríamos llamar una entrada.

-Ya. ¿Y de qué resto está usted hablando?

-Mil dólares al día. Mil dólares al día mientras dure.

-¿Y cuánto durará?

-Mucho tiempo. Suficiente como para que pague sus deudas y deje su trabajo. Suficiente como para que se vaya de aquí. Suficiente como para que se compre un coche nuevo y un nuevo vestuario. Y una vez que haya hecho todo eso, todavía tendrá tanto que no sabrá qué hacer con ello.

-¿Y qué se supone que es usted? ¿Mi hada madrina?

-Sólo un hombre que está pagando una deuda, nada más.

-¿Y qué pasaría si le dijera que no me gusta el arreglo? ¿Qué pasaría si le dijera que prefiero recibir todo el dinero de una vez?

-Ése era el primer plan, pero las cosas han cambiado desde que he llegado aquí. Ahora estamos en el Plan B.

-Creí que estaba usted intentando ser amable conmigo.

-Y lo estoy. Pero quiero que usted también lo sea conmigo. Si lo hacemos de esta manera, hay más probabilidades de que la cosa se mantenga equilibrada.

-Me está usted diciendo que no se fía de mí, ¿no es eso?

-Su actitud me pone un poco nervioso. Estoy seguro de que lo comprenderá.

-¿Y qué sucede mientras me hace esos pagos diarios? ¿Se presenta todas las mañanas a la hora acordada, me entrega el dinero y se larga, o también piensa quedarse a desayunar?

-Ya se lo he dicho antes: no quiero nada de usted. Usted recibe el dinero libre de cargas, y no me debe nada.

-Ya, bueno, más vale que dejemos las cosas claras, tío listo. No sé lo que le habrá dicho Maria de mi, pero mi coño no está en venta. Por ninguna cantidad de dinero. ¿Comprendido? Nadie me obliga a irme a la cama con él. Yo follo con quien me da la gana, y el hada madrina se guarda su varita mágica. ¿Hablo claro?

-Me está usted diciendo que no entro en sus planes. Y yo acabo de decirle que usted no entra en los míos. No veo cómo podríamos dejarlo más claro.

-Está bien. Ahora déme algún tiempo para pensar en todo esto. Estoy muerta y necesito irme a dormir.

-No tiene que pensarlo. Ya sabe la respuesta.

-Puede que sí y puede que no. Pero no voy a hablar más del asunto esta noche. Ha sido un día muy duro y estoy que me caigo. Pero sólo para demostrarle lo amable que puedo ser, voy a dejarle dormir en el sofá del cuarto de estar. En honor de Maria... y sólo por esta vez. Es tardísimo y no encontrará un motel si se pone a buscarlo ahora.

-No tiene por qué hacer eso.

-No tengo por qué hacer nada, pero eso no significa que pueda hacerlo. Si quiere quedarse, quédese. Si no, váyase. Pero más vale que se decida ya, porque yo me voy a la cama.

-Se lo agradezco.

Librodot

-No me lo agradezca, agradézcaselo a Maria. El cuarto de estar es un desastre. Si algo le estorba, tírelo al suelo. Ya me ha demostrado que sabe hacerlo.

-No suelo utilizar formas de comunicación tan primitivas.

-Con tal que no se comunique más conmigo esta noche, me da igual lo que haga aquí abajo. Pero el piso de arriba queda fuera de los límites. ¿Entendido? Tengo una pistola en la mesilla de noche, y si alguien viene merodeando, sé utilizarla.

-Eso sería como matar a la gallina de los huevos de oro.

-No, no lo sería. Puede que usted sea la gallina, pero los huevos están en otra parte. Bien guardaditos en el maletero de su coche, ¿recuerda? Aunque matase a la gallina, seguiría teniendo todos los huevos que necesito.

-Así que ya estamos amenazando otra vez

-No creo en las amenazas. Solamente le estoy pidiendo que sea amable conmigo, eso es todo. Que sea muy amable. Y que no se le meta ninguna idea rara en la cabeza acerca de quién soy yo. Si es así, tal vez podamos hacer negocios juntos. No le prometo nada, pero si no jode las cosas, puede que incluso aprenda a dejar de odiarle.

A la mañana siguiente le despertó un aliento cálido que rozaba su mejilla. Cuando abrió los ojos se encontró mirando la cara de una niña, una niña inmovilizada por la concentración, que exhalaba trémulamente por la boca. Estaba de rodillas al lado del sofá y su cabeza estaba tan próxima a la de él que sus caras casi se tocaban. Por la escasa luz que se filtraba a través de su pelo, Sachs dedujo que serían sólo las seis y media o las siete. Llevaba menos de cuatro horas durmiendo, y en aquellos primeros momentos después de abrir los ojos se sentía demasiado atontado, demasiado pesado como para mover un solo músculo. Deseaba volver a cerrar los ojos, pero la niña le estaba observando demasiado atentamente, así que continuó mirándola a la cara y lentamente cayó en la cuenta de que era la hija de Lillian Stern.

-Buenos días -dijo ella al fin, interpretando su sonrisa como una invitación a hablar-. Creí que no ibas a despertarte nunca.

-¿Llevas mucho tiempo aquí sentada?

-Unos cien años, me parece. He bajado a buscar mi muñeca y entonces he visto que estabas durmiendo en el sofá. Eres muy largo, ¿lo sabías?

-Sí, lo sé. Soy lo que se llama una espingarda.

-Señor Espingarda -dijo la niña, pensativa-. Es un buen nombre.

-Y apuesto a que el tuyo es Maria, ¿no?

-Para algunas personas sí, pero a mi me gusta llamarme Rapunzel. Es mucho más bonito, ¿no crees?

-Mucho más. ¿Y cuántos años tienes, señorita Rapunzel?

-Cinco y tres cuartos.

-Ah, cinco y tres cuartos. Una edad estupenda.

-Cumpliré seis en diciembre. Mi cumpleaños es el día después de Navidad.

-Eso quiere decir que recibes regalos dos días seguidos. Debes ser muy lista para haberte inventado un sistema tan bueno.

-Hay gente con suerte. Eso es lo que dice mamá.

-Si tienes cinco años y tres cuartos, probablemente ya has empezado a ir al colegio, ¿no?

-A la guardería. Estoy en la clase de Mrs. Weir. Clase uno, cero, cuatro. Los niños la llaman señora Rara.[3]

-¿Parece una bruja?

-No. Creo que no es lo bastante vieja para ser bruja. Pero tiene una nariz larguísima.

-¿Y no deberías arreglarte ya para ir a la guardería? No querrás llegar tarde.

-Hoy no voy, tonto. Los sábados no hay cole.

[3] *Weird* significa raro, misterioso. (*N. de la T.*)

Librodot

-Claro. A veces parezco idiota, ni siquiera sé qué día es hoy.

Ya estaba despierto, lo bastante despierto como para sentir la necesidad de levantarse. Le preguntó a la niña si le apetecía desayunar, y cuando ella contestó que estaba muerta de hambre, Sachs se levantó rápidamente del sofá y se puso los zapatos, contento de tener esta pequeña tarea por delante. Se turnaron para entrar en el cuarto de baño de la planta baja, y después de haber vaciado la vejiga y haberse echado agua en la cara, él entró en la cocina para empezar. Lo primero que vio allí fueron los cinco mil dólares, que estaban aún sobre la mesa, en el mismo sitio donde él los había puesto la noche anterior. Le desconcertó que Lillian no se los hubiera llevado al piso de arriba. ¿Había un significado oculto en esto, se preguntó, o era simplemente una negligencia por su parte? Afortunadamente, Maria estaba aún en el cuarto de baño, y cuando se reunió con él en la cocina, Sachs ya había retirado el dinero de la mesa y lo había guardado en el estante de un armario.

La preparación del desayuno comenzó mal. La leche se había agriado en la nevera (lo cual eliminaba la posibilidad de tomar cereales) y, puesto que las existencias de huevos también parecían haberse agotado, no podía hacer torrijas o una tortilla (la segunda y tercera elección de la niña). Sin embargo, consiguió encontrar un paquete de pan integral en rebanadas y, una vez que desechó las cuatro primeras (que estaban cubiertas de moho azulado), decidieron tomar tostadas con mermelada de fresa. Mientras el pan estaba en el tostador, Sachs desenterró del fondo del congelador una lata de zumo de naranja cubierta de una costra de escarcha, lo mezcló en una jarra de plástico (que primero tuvo que fregar) y lo sirvió con el desayuno. No había café de verdad, pero después de registrar sistemáticamente los armarios, finalmente descubrió un frasco de café instantáneo descafeinado. Mientras bebía el amargo brebaje hizo muecas y se agarró la garganta. Maria se rió de su actuación, lo cual le impulsó a tambalearse por la cocina y a emitir una serie de espantosos ruidos como náuseas.

-Veneno -murmuró, mientras se dejaba caer al suelo-, los bribones me han envenenado.

Esto la hizo reír aún más, pero una vez que él terminó su numerito y se sentó de nuevo en la silla, su diversión desapareció rápidamente y él notó una expresión preocupada en sus ojos.

-Sólo estaba fingiendo -dijo.

-Ya lo sé -dijo ella-. Es que no me gusta que la gente se muera.

Él comprendió su equivocación, pero era demasiado tarde para deshacer el daño.

-No voy a morirme -dijo.

-Sí, te morirás. Todo el mundo tiene que morirse.

-Quiero decir hoy. Ni mañana tampoco. Voy a estar por aquí mucho tiempo.

-¿Por eso has dormido en el sofá? ¿Porque te vas a quedar a vivir con nosotras?

-No creo. Pero estoy aquí para ser tu amigo. Y el amigo de tu madre también.

-¿Eres el nuevo novio de mamá?

-No, sólo soy su amigo. Si ella me deja, voy a ayudarla.

-Eso está bien. Ella necesita a alguien que la ayude. Hoy entierran a papá y está muy triste.

-¿Es eso lo que te ha dicho?

-No, pero la vi llorando. Por eso sé que está triste.

-¿Es eso lo que vas a hacer hoy? ¿Ir a ver cómo entierran a tu papá?

-No, no nos dejan ir. El abuelo y la abuela dijeron que no podíamos ir.

-¿Y dónde viven tu abuelo y tu abuela? ¿Aquí en California?

-Creo que no. Es en un sitio muy lejos. Hay que ir allí en avión.

-En el Este, quizá.

-Se llama Maplewood. No sé dónde está.

-¿Maplewood, New Jersey?

-No lo sé. Está muy lejos. Siempre que papá hablaba de ese sitio decía que estaba en el fin del mundo.

Librodot

-Te pones triste cuando piensas en tu padre, ¿verdad?

-No puedo remediarlo. Mamá dice que él ya no nos quería, pero me da igual, me gustaría que volviese.

-Estoy seguro de que él quería volver.

-Eso creo yo. Lo que pasa es que no pudo. Tuvo un accidente y, en lugar de volver con nosotras, tuvo que irse al cielo.

Sachs pensó que era muy pequeña y sin embargo se comportaba con una tranquilidad casi aterradora, sus fieros ojitos taladrándole mientras hablaba, impávida, sin el menor temblor de confusión. Le asombraba que pudiera imitar la actitud de los adultos tan bien, que pudiera parecer tan dueña de sí misma, cuando en realidad no sabía nada, no sabía absolutamente nada. La compadeció por su valor, por el fingido heroísmo de su cara luminosa y seria, y deseó poder retirar todo lo que había dicho y convertirla de nuevo en una chiquilla, en algo distinto de aquel patético adulto en miniatura con huecos entre los dientes y una cinta amarilla colgada del pelo rizado.

Mientras terminaba los últimos fragmentos de sus tostadas, Sachs vio en el reloj de la cocina que eran sólo las siete y media pasadas. Le preguntó a Maria cuánto tiempo pensaba que su madre seguiría durmiendo, y cuando ella le dijo que podían ser dos o tres horas más, de pronto se le ocurrió una idea. Vamos a prepararle una sorpresa, dijo, si nos ponemos a ello ahora, tal vez podamos limpiar toda la planta baja antes de que se despierte. ¿No estaría bien? Bajará aquí y se encontrará todo ordenado y reluciente. Seguro que eso le hará sentirse mejor, ¿no crees? La niña dijo que sí. Más que eso, pareció entusiasmada con la idea, como si estuviera aliviada de que al fin hubiera aparecido alguien que se hiciera cargo de la situación. Pero debemos hacerlo en silencio, dijo Sachs, llevándose un dedo a los labios, tan silenciosos como duendes.

Así que los dos se pusieron a trabajar, moviéndose por la cocina en rápida y silenciosa armonía mientras recogían la mesa, barrían la vajilla rota del suelo y llenaban el fregadero de agua caliente jabonosa. Para reducir el ruido al mínimo, vaciaron los platos con los dedos, manchándose las manos con la basura al echar los restos de comida y colillas en una bolsa de papel. Era un trabajo sucio, y mostraron su asco sacando la lengua y fingiendo vomitar. Sin embargo, Maria hizo más de lo que le correspondía, y una vez que la cocina quedó en un estado pasable, marchó al cuarto de estar con un entusiasmo que no había disminuido, deseosa de pasar a la siguiente tarea. Eran ya cerca de las nueve y el sol entraba por las ventanas, iluminando delgados rastros de polvo en el aire. Mientras contemplaban el desastre que tenían delante, y comentaban por dónde sería mejor que empezaran a atacar, una expresión de recelo cruzó la cara de Maria. Sin decir una palabra, levantó un brazo y señaló una de las ventanas. Sachs se volvió y un instante después lo vio. Un hombre de pie en el jardincillo mirando la casa. Llevaba una corbata a cuadros y una chaqueta de pana marrón; era un hombre bastante joven que se estaba quedando prematuramente calvo y que parecía estar debatiendo consigo mismo si subir los escalones y tocar el timbre o no. Sachs le dio una palmadita a Maria en la cabeza y le dijo que se fuera a la cocina y se sirviera otro vaso de zumo. Parecía que ella iba a negarse, pero luego, no queriendo decepcionarle, asintió y obedeció de mala gana. Entonces Sachs cruzó el cuarto de estar sorteando obstáculos y fue a la puerta principal, la abrió lo más suavemente que pudo y salió fuera.

-¿Puedo ayudarle en algo?

-Soy Tom Mueller -dijo el hombre-, del *San Francisco Chronicle*. Me pregunto si podría hablar un momento con Mrs. Dimaggio.

-Lo siento. No concede entrevistas.

-Yo no quiero una entrevista, sólo quiero hablar con ella. A mi periódico le interesa conocer su versión de la historia. Estamos dispuestos a pagar por un artículo en exclusiva.

-Lo siento, no hay nada que hacer. Mrs. Dimaggio no habla con nadie.

-¿No cree usted que la señora debería tener la oportunidad de rechazarme personalmente?

-No, no lo creo.

-¿Y quién es usted, el agente de prensa de Mrs. Dimaggio?

-Un amigo de la familia.

-Ya. Y es el que habla en su nombre.

-Eso es. Estoy aquí para protegerla de tipos como usted. Ahora que hemos aclarado esa cuestión, creo que es hora de que se vaya.

-¿Y cómo sugiere usted que me ponga en contacto con ella?

-Podría escribirle una carta. Eso es lo que se hace generalmente.

-Buena idea. Yo le escribo una carta y usted puede tirarla antes de que ella la lea.

-La vida está llena de decepciones, Mr. Mueller. Y ahora, si no le importa, creo que es hora de que se vaya. Estoy seguro de que no desea usted que llame a la policía. Pero está usted en la propiedad de Mrs. Dimaggio, ¿sabe?

-Sí, lo sé. Muchas gracias, hombre. Me ha ayudado usted muchísimo.

-No se preocupe tanto. Esto también pasará. Dentro de una semana, no habrá nadie en San Francisco que se acuerde de esta historia. Si alguien les menciona a Dimaggio, la única persona que les vendrá a la cabeza será Joe.

Eso puso fin a la conversación, pero incluso después de que Mueller se hubiese marchado del jardincillo, Sachs continuó de pie delante de la puerta, decidido a no moverse hasta que hubiese visto que el hombre se alejaba en su coche. El periodista cruzó la calle, se metió en el coche y arrancó. Como gesto de despedida levantó el dedo corazón de la mano derecha al pasar por delante de la casa, pero Sachs se encogió de hombros ante la obscenidad, comprendiendo que no tenía importancia, que únicamente era una prueba de lo bien que había manejado el enfrentamiento. Cuando se dio la vuelta para entrar, no pudo reprimir una sonrisa al recordar la rabia del hombre. Más que como un agente de prensa, se sentía como un alguacil y, en resumidas cuentas, no era una sensación enteramente desagradable.

En cuanto entró en la casa, levantó la cabeza y vio a Lillian de pie en lo alto de la escalera. Llevaba un albornoz blanco, tenía los ojos hinchados y el pelo revuelto y luchaba por espabilarse.

-Supongo que debería darle las gracias -dijo, pasándose la mano por el pelo corto.

-¿Gracias de qué? -dijo Sachs, fingiendo ignorancia.

-Por deshacerse de ese tipo. Lo ha hecho con mucha elegancia. Me ha dejado impresionada.

-¿Eso? Bah. No ha sío ná, señora. Estaba haciendo mi trabajo, ná más.

Ella sonrió fugazmente al oír su tonillo de paleto.

-Si ése es el trabajo que quiere, puede quedárselo. Se le da mucho mejor que a mí.

-Ya le dije que no soy malo en todo -dijo él hablando con voz normal-. Si me da una oportunidad, puede que incluso le resulte útil.

Antes de que ella pudiera contestar a este último comentario, Maria se acercó corriendo. Lillian apartó los ojos de Sachs y dijo:

-Hola, nena. Te has levantado muy temprano, ¿no?

-No adivinarás nunca lo que hemos estado haciendo -dijo la niña-. No podrás creerlo cuando lo veas, mamá.

-Bajaré dentro de unos minutos. Primero tengo que darme una ducha y vestirme. Acuérdate de que hoy vamos a casa de Billie y Dot y no debemos llegar tarde.

Desapareció de nuevo y durante los treinta o cuarenta minutos que tardó en arreglarse, Sachs y Maria reanudaron su asalto al cuarto de estar. Rescataron cojines del suelo, tiraron periódicos y revistas empapadas en café, pasaron la aspiradora por la alfombra de lana para quitar la ceniza de los cigarrillos de los intersticios. Cuantas más zonas lograban despejar (dándose cada vez más espacio para moverse), más deprisa trabajaban, hasta que al final empezaron a parecer dos actores a cámara rápida de una película muda.

Habría sido difícil que Lillian no notase la diferencia, pero cuando bajó reaccionó con menos entusiasmo del que Sachs esperaba.

Librodot

-Qué bien -dijo, deteniéndose brevemente en el umbral y asintiendo con la cabeza-, estupendo. Procuraré dormir hasta tarde más a menudo.

Sonrió, hizo una pequeña exhibición de gratitud y luego, casi sin molestarse en mirar a su alrededor, se dirigió a la cocina para buscar algo que comer.

Sachs se sintió mínimamente aliviado por el beso que ella plantó en la frente de su hija, pero después de que Lillian mandara a Maria al piso de arriba para cambiarse de ropa, él ya no supo qué hacer consigo mismo. Lillian apenas le prestó atención, moviéndose en la cocina dentro de su propio mundo privado, así que él no se apartó de su sitio en la puerta, permaneciendo allí en silencio mientras ella sacaba del congelador una bolsa de café auténtico (que a él se le había escapado) y ponía agua a hervir. Iba vestida con ropa informal -unos pantalones anchos oscuros, un jersey blanco de cuello vuelto y unos zapatos planos-, pero se había puesto lápiz de labios y sombra de ojos y había un inconfundible olor a perfume en el aire. Una vez más, Sachs no tenía ni idea de cómo interpretar lo que pasaba. Su comportamiento era incomprensible para él -unas veces amistosa, otras distante, unas veces alerta, otras distraída-, y cuanto más trataba de entenderlo, menos lo entendía.

Finalmente le invitó a tomar una taza de café, pero incluso entonces apenas le habló, y continuó actuando como si no estuviese segura de si quería que él se quedara allí o desapareciera. Por falta de otra cosa que decir, Sachs empezó a hablar de los cinco mil dólares que había encontrado sobre la mesa esa mañana, abrió el armario y señaló dónde habla guardado el dinero. Esto no pareció impresionarla mucho.

-Ah -dijo, asintiendo al ver el dinero, y luego volvió la cabeza y miró por la ventana al patio trasero mientras se bebía su café en silencio.

Impertérrito, Sachs dejó su taza sobre la mesa y anunció que iba a darle el plazo de ese día. Sin esperar una respuesta, fue al coche y cogió el dinero de la bolsa. Cuando regresó a la cocina tres o cuatro minutos después ella seguía de pie en la misma postura, mirando por la ventana, con una mano en la cadera, siguiendo alguna reflexión secreta. Él se acercó a ella, agitó los mil dólares delante de su cara y le preguntó dónde los ponía. Donde usted quiera, dijo ella. Su pasividad estaba empezando a ponerle nervioso, así que en lugar de dejar el dinero sobre la encimera, Sachs se acercó a la nevera, abrió la puerta de arriba y metió el dinero en el congelador. Esto produjo el efecto deseado. Ella se volvió hacia él con expresión de desconcierto y le preguntó por qué había hecho aquello. En lugar de contestar, él fue al armario, retiró los cinco mil dólares del estante y puso los fajos en el congelador. Luego, dando unas palmaditas sobre la puerta del congelador, se volvió a ella y dijo:

-Activo congelado. Puesto que no me dice si quiere el dinero o no, pondremos su futuro en hielo. No es mala idea, ¿eh? Enterraremos sus ahorrillos en la nieve y cuando llegue la primavera y empiece el deshielo, usted mirará aquí dentro y descubrirá que es rica.

Una vaga sonrisa empezó a formarse en las comisuras de su boca, indicando que se había ablandado, que él había conseguido que entrase en el juego. Bebió otro sorbo de café para ganar un poco de tiempo mientras preparaba su respuesta.

-No me parece una buena inversión -dijo finalmente-. Si el dinero se queda ahí parado, no producirá intereses, ¿verdad?

-Me temo que no. No hay intereses hasta que usted empiece a interesarse. Después, el cielo es el límite.

-No he dicho que no me interese.

-Cierto. Pero tampoco ha dicho que le interese.

-Mientras no diga que no, puede que esté diciendo sí.

-O puede que no esté diciendo nada. Por eso no deberíamos volver a hablar del asunto. Hasta que usted sepa lo que quiere hacer, mantendremos la boca cerrada, ¿de acuerdo? Fingiremos que no pasa nada.

-Por mi parte, de acuerdo.

-Estupendo. En otras palabras, cuanto menos digamos, mejor.

-No diremos una palabra. Y un día abriré los ojos, y usted no estará aquí.

Librodot

-Exactamente. El genio volverá a la botella y usted no tendrá que pensar en él nunca más.

Su estrategia parecía haber dado resultado, pero, aparte de producir un cambio general de humor, era difícil saber qué había conseguido con esa conversación. Cuando unos momentos después Maria entró en la cocina dando saltos, engalanada con un jersey rosa y blanco y unos zapatos de charol, él descubrió que había conseguido mucho. Jadeante y excitada, la niña le preguntó a su madre si Sachs iba con ellas a casa de Billie y Dot. Lillian dijo que no, y Sachs estaba a punto de interpretarlo como una indicación de que debía marcharse y buscar un motel cuanto Lillian añadió que, no obstante, podía quedarse, que puesto que ella y Maria no volverían hasta muy tarde, él no tenía por qué darse prisa en irse de la casa. Podía ducharse y afeitarse si quería, dijo, y con tal que cerrase la puerta firmemente tras él y se asegurase de echar la llave, no importaba cuándo se fuera. Sachs casi no supo cómo responder a este ofrecimiento. Antes de que se le ocurriera algo que decir, Lillian se había llevado a Maria al cuarto de baño de la planta baja para cepillarle el pelo y cuando salieron de nuevo ya se daba por sentado que ellas saldrían antes que él. Todo esto le pareció chocante a Sachs, un giro difícil de entender, pero ahí estaba y lo último que deseaba hacer era oponerse. Menos de cinco minutos después, Lillian y Maria salían por la puerta principal y menos de un minuto después de eso habían desaparecido, alejándose en su polvoriento Honda azul y perdiéndose en el brillante sol de media mañana.

Pasó cerca de una hora en el cuarto de baño del piso de arriba; primero en remojo en la bañera, luego afeitándose delante del espejo. Le resultaba absolutamente extraño estar allí, desnudo y acostado en el agua mientras miraba las cosas de Lillian: los infinitos tarros de cremas y lociones, los lápices de labios, los estuches de sombra de ojos, los jabones, los esmaltes de uñas y los perfumes. Había una forzada intimidad en todo ello que le excitaba y le repugnaba a la vez. Ella le había permitido entrar en su reino secreto, el lugar donde realizaba sus rituales más íntimos y sin embargo, incluso allí, sentado en el corazón de su reino, no estaba más cerca de ella que antes. Podía oler y tocar todo lo que quisiera, lavarse la cabeza con su champú, afeitarse la barba con su maquinilla, lavarse los dientes con su cepillo, y, sin embargo, el hecho de que ella le hubiera permitido hacer todas estas cosas sólo demostraba lo poco que le importaban.

No obstante, el baño le relajó, le hizo sentirse casi adormilado y durante varios minutos vagó por las habitaciones del piso de arriba, secándose distraídamente el pelo con una toalla. Había tres dormitorios pequeños en el segundo piso. Uno de ellos era de Maria, el otro pertenecía a Lillian y el tercero, poco mayor que un armario grande, evidentemente habla servido en otro tiempo como estudio de Dimaggio. Estaba amueblado con una mesa de despacho y una librería, pero habían metido tantos trastos en sus estrechos confines (cajas de cartón, montones de ropa vieja y juguetes, un televisor en blanco y negro) que Sachs no hizo más que asomar la cabeza antes de cerrar de nuevo la puerta. Luego entró en el cuarto de Maria, y curioseó sus muñecas y sus libros, las fotos de la guardería en la pared, los juegos de mesa y los animales de peluche. A pesar de que estaba desordenado, el cuarto resultó estar en mejores condiciones que el de Lillian. Este era la capital del desastre, el cuartel general de la catástrofe. Tomó nota de la cama sin hacer, los montones de ropa y lencería tirados por todas partes, el televisor portátil coronado por dos tazas de café manchadas de lápiz de labios, las revistas y los libros esparcidos por el suelo. Sachs examinó algunos de los títulos que había a sus pies (una guía ilustrada de masajes orientales, un estudio sobre la reencarnación, un par de novelas policíacas de bolsillo, una biografía de Louise Brooks) y se preguntó si se podía sacar alguna conclusión de aquel surtido. Luego, casi en un rapto, empezó a abrir los cajones de la cómoda y a revisar la ropa de Lillian, examinando sus bragas, sus sostenes y sus medias, sosteniendo cada artículo en la mano un momento antes de pasar al siguiente. Después de hacer lo mismo con lo que había en el armario, volvió su atención a las mesillas de noche, recordando repentinamente la amenaza que ella le había hecho la noche anterior. Después de

Librodot

mirar a ambos lados de la cama, sin embargo, concluyó que le había mentido. No encontró ninguna pistola.

Lillian había desconectado el teléfono, y en el mismo instante en que él lo enchufó de nuevo, empezó a sonar. El ruido le hizo dar un salto, pero, en lugar de contestar, se sentó en la cama y esperó a que la persona que llamaba renunciase. El timbre sonó dieciocho o veinte veces más. En cuanto cesó, Sachs lo cogió y marcó el número de Maria Turner en Nueva York. Ahora que ella había hablado con Lillian, no podía posponerlo por más tiempo. No se trataba únicamente de aclarar malentendidos entre ellos, se trataba de limpiar su conciencia. Aunque sólo fuera eso, le debía una explicación, una disculpa por haberse marchado de su casa como lo hizo.

Se imaginaba que estaba enfadada, pero no se había preparado para la andanada de insultos que siguió. En cuanto ella oyó su voz, empezó a llamarle de todo: idiota, hijoputa, traidor. Nunca la había oído hablar así -a nadie, en ninguna circunstancia-, y su furia se hizo tan grande, tan monumental, que pasaron varios minutos hasta que le permitió hablar. Sachs estaba mortificado. Mientras permanecía allí sentado escuchándola, comprendió finalmente algo que había sido demasiado estúpido para reconocer en Nueva York. Maria se había enamorado de él y, aparte de todas las evidentes razones para su ataque (lo repentino de su marcha, la afrenta de su ingratitud), estaba hablando como una amante desdeñada, como una mujer que ha sido abandonada por otra. Para empeorar las cosas, imaginaba que esa otra había sido su mejor amiga. Sachs se esforzó por sacarla de su error. Había ido a California por razones personales, le dijo. Lillian no significaba nada para él, aquello no era lo que ella pensaba, etcétera; pero lo hizo torpemente y Maria le acusó de mentir. La conversación estaba a punto de volverse peligrosa, pero Sachs consiguió resistir la tentación de contestarle y al final el orgullo de Maria venció a su ira, lo cual significaba que ya no tenía ganas de continuar insultándole. Empezó a reírse de él, o tal vez de sí misma, y luego, sin ninguna transición perceptible, la risa se convirtió en llanto, un espantoso ataque de sollozos que le hizo sentirse tan desdichado como ella. La tormenta tardó en pasar, pero luego pudieron hablar. No es que la conversación les llevara a ninguna parte, pero por lo menos el rencor había desaparecido. Maria quería que llamase a Fanny -sólo para que ella supiera que estaba vivo-, pero Sachs se negó. Llamarla sería arriesgado, dijo. Una vez que empezaran a hablar, seguramente le contaría lo de Dimaggio, y no quería implicaría en ninguno de sus problemas. Cuanto menos supiera, más segura estaría, y ¿por qué meterla en aquello cuando no era necesario? Porque era lo correcto, dijo Maria. Sachs repitió su argumentación de nuevo, y durante la siguiente media hora continuaron hablando en círculos, sin que ninguno de los dos lograra convencer al otro. Ya no había bueno ni malo, sólo opiniones, teorías e interpretaciones, una ciénaga de palabras y conflictos. Para lo que sirvieron, lo mismo les habría dado callarse todas aquellas palabras.

-Es inútil -dijo Maria finalmente-. No estoy consiguiendo comunicarme contigo, ¿verdad?

-Te escucho -contestó Sachs-. Lo que pasa es que no estoy de acuerdo con lo que dices.

-Sólo vas a empeorar las cosas, Ben. Cuanto más tiempo te lo guardes, más difícil será cuando tengas que hablar.

-Nunca tendré que hablar.

-Eso no puedes saberlo. Quizá te encuentren, y entonces no tendrás elección.

-No me encontrarán nunca. Eso sólo podría ocurrir si alguien les diera el soplo, y tú no me harás eso. Por lo menos no lo creo. Puedo confiar en ti ,¿no es cierto?

-Puedes confiar en mí. Pero yo no soy la única persona que lo sabe. Ahora también Lillian está enterada, y no estoy segura de que sea tan capaz de cumplir una promesa como yo.

-No hablará. No tendría sentido que lo hiciera. Tiene demasiado que perder.

Librodot

-No cuentes con el sentido común cuando trates con Lillian. Ella no piensa igual que tú. No juega con tus mismas reglas. Si no has comprendido eso ya, estás buscando problemas.

-Problemas es lo único que tengo. Unos pocos más no me harán daño.

-Márchate, Ben. No me importa dónde vayas o qué hagas, pero métete en el coche y aléjate de esa casa. Ahora mismo, antes de que Lillian vuelva.

-No puedo hacer eso. Ya he empezado esto y tengo que continuar hasta el final. No tengo otro remedio. Esta es mi oportunidad y no puedo desperdiciarla por miedo.

-Te hundirás hasta el fondo.

-Ya lo estoy. El propósito de esto es salir a la superficie.

-Hay maneras más sencillas.

-No para mí.

Hubo una larga pausa al otro extremo de la línea, una inhalación, otra pausa. Cuando Maria habló de nuevo, le temblaba la voz.

-Estoy tratando de decidir si debo compadecerte o sólo abrir la boca y gritar.

-No tienes por qué hacer ni una cosa ni la otra.

-No, supongo que no. Puedo olvidarme de ti, ¿no es eso? Siempre cabe esa opción.

-Puedes hacer lo que quieras, Maria.

-Cierto. Y si quieres correr riesgos, allá tú. Pero recuerda que te lo dije, ¿de acuerdo? Recuerda que traté de hablarte como amiga.

Estaba muy alterado cuando colgaron. Las últimas palabras de Maria habían sido una especie de despedida, una declaración de que ya no estaba con él. No importaba qué les hubiera llevado al desacuerdo, que éste hubiera sido provocado por los celos, por una declaración sincera, o por una combinación de las dos cosas. El resultado era que ya no podría recurrir a ella. Aunque Maria no pretendiera que él se lo tomase así, aunque se alegrara de volver a tener noticias suyas, la conversación había dejado demasiadas nubes, demasiadas incertidumbres. ¿Cómo podría acudir a ella en busca de ayuda cuando el mero hecho de hablar con él le causaría dolor? Él no había querido ir tan lejos, pero una vez las palabras habían sido pronunciadas, comprendía que había perdido a su aliada, a la única persona con la que podía contar para que le ayudase. Llevaba en California poco menos de un día y sus naves ya estaban ardiendo.

Podría haber reparado el daño llamándola de nuevo, pero no lo hizo. En lugar de eso volvió al cuarto de baño, se vistió, se cepilló el pelo con el cepillo de Lillian y se pasó las siguientes ocho horas y media limpiando la casa. De vez en cuando hacía una pausa para comer algo, rebuscando en la nevera y en los armarios de la cocina hasta encontrar algo comestible (sopa de lata, salchichas de hígado, frutos secos), pero aparte de eso trabajó sin interrupción hasta más de las nueve. Su objetivo era dejar la casa impecable, convertida en un modelo de orden y tranquilidad domésticos. No podía hacer nada con los muebles deteriorados, naturalmente, ni con los techos agrietados de los dormitorios o el esmalte herrumbroso de los fregaderos, pero por lo menos podía dejar la casa limpia. Atacando las habitaciones una por una, restregó, quitó el polvo, pulió y ordenó avanzando metódicamente de la parte de atrás a la de delante, de la planta baja al primer piso, de la mayor suciedad a la menor. Fregó los retretes, reorganizó los cubiertos, dobló y guardó ropa, recogió piezas de rompecabezas, utensilios de un juego de té en miniatura, los miembros amputados de muñecas de plástico. Por último, reparó las patas de la mesa del comedor, sujetándolas con un surtido de clavos y tornillos que encontró en el fondo de un cajón de la cocina. La única habitación que no tocó fue el estudio de Dimaggio. No le apetecía volver a abrir la puerta, pero aunque hubiese deseado entrar allí, no habría sabido qué hacer con todos los trastos. Le quedaba poco tiempo ya y no habría podido terminar el trabajo.

Sabía que debía marcharse. Lillian había dejado claro que no quería que estuviera en la casa cuando ella volviese, pero en lugar de coger el coche e ir a buscar un motel, volvió al cuarto de estar, se quitó los zapatos y se tumbó en el sofá. Sólo quería descansar unos minutos, estaba cansado por todo el trabajo que había hecho y le parecía que no había nada de

Librodot

malo en quedarse un rato más. A las diez, sin embargo, aún no se había dirigido a la puerta. Sabía que contrariar a Lillian podía ser peligroso, pero la idea de salir por la noche le llenaba de temor. En la casa se sentía seguro, más seguro que en ninguna parte, y aunque no tenía derecho a tomarse esta libertad, sospechaba que no sería mala cosa que al entrar le encontrase allí. Se quedaría sorprendida, tal vez, pero al mismo tiempo esto afirmaría una cuestión importante, la única cuestión que era preciso dejar bien sentada. Ella vería que no había forma de librarse de él, que él era ya un hecho ineludible en su vida. Dependiendo de cómo respondiera, él podría juzgar si lo había entendido así o no.

Su plan era fingir que dormía cuando ella llegase. Pero Lillian volvió tarde, mucho después de la hora que había mencionado aquella mañana, y para entonces los ojos de Sachs se habían cerrado contra su voluntad y estaba dormido de verdad. Fue un desliz imperdonable -estaba despatarrado en el sofá con todas las luces encendidas-, pero al final no pareció tener gran importancia. El ruido de una puerta al cerrarse le sobresaltó a la una y media y lo primero que vio fue a Lillian de pie en la puerta con Maria en los brazos. Sus ojos se encontraron, y durante un instante una sonrisa cruzó por sus labios. Luego, sin decirle una palabra, subió la escalera con su hija. Él supuso que volvería a bajar después de meter a Maria en la cama, pero al igual que había ocurrido con otras muchas suposiciones que había hecho en aquella casa, se equivocó. Oyó que Lillian entraba en el cuarto de baño del piso de arriba y se lavaba los dientes y luego, al cabo de un rato, siguió el sonido de sus pasos cuando entró en su dormitorio y encendió la televisión. El volumen estaba bajo y lo único que distinguía era un murmullo de voces, un ruido sordo de música que hacia vibrar las paredes. Se sentó en el sofá, plenamente consciente ahora, suponiendo que bajaría en cualquier momento para hablar con él. Esperó diez minutos, luego veinte, luego media hora, y al final la televisión se calló. Después de eso esperó otros veinte minutos y como ella no había bajado aún, comprendió que no tenía intención de hablar con él, que ya se había dormido. Era un triunfo en cierto modo, pensó, pero ahora que había pasado, no estaba completamente seguro de cómo interpretar la victoria. Apagó las lámparas del cuarto de estar, se acostó de nuevo en el sofá y se quedó allí tumbado en la oscuridad con los ojos abiertos, escuchando el silencio de la casa.

Después de eso no se habló más de que se trasladara a un motel. El sofá del cuarto de estar se convirtió en la cama de Sachs y empezó a dormir allí todas las noches. Todos lo dieron por sentado y ni siquiera se mencionó nunca el hecho de que ahora él pertenecía a la casa. Era algo natural, un fenómeno tan poco digno de ser comentado como un árbol o una piedra o una partícula de polvo en el aire. Eso era precisamente lo que Sachs esperó desde el principio, y sin embargo su papel entre ellas nunca estuvo claramente definido. Todo se había organizado de acuerdo con un entendimiento secreto e inexpresado, y él sabia instintivamente que seria un error preguntarle a Lillian qué quería de él. Tenía que averiguarlo él solo, encontrar su sitio basándose en los indicios y gestos más pequeños, en los comentarios y evasivas más inexcrutables. No era que temiese lo que pudiera suceder si cometía una equivocación (aunque nunca dudó de que la situación pudiera volverse en su contra, de que ella pudiera cumplir su amenaza y llamar a la policía), sino que más bien quería que su conducta fuera ejemplar. Esa era en primer lugar la razón por la que había ido a California: para reinventar su vida, para encarnar una idea de bondad que le permitiera tener una relación completamente diferente consigo mismo. Pero Lillian era el instrumento que había elegido y sólo a través de ella podría lograrse esta transformación. Lo había concebido como un viaje, como una larga travesía por las tinieblas de su alma, pero ahora que se encontraba en camino, no estaba seguro de viajar en la dirección correcta.

Tal vez no habría sido tan duro para él si Lillian hubiese sido otra persona, pero el esfuerzo de dormir bajo el mismo techo que ella todas las noches le tenía en permanente desequilibrio. Después de sólo dos días, se asustó al descubrir lo desesperadamente que deseaba tocarla. Se dio cuenta de que el problema no era su belleza, sino el hecho de que su belleza era la única parte de sí misma que ella le permitía conocer. Si hubiese sido algo menos

Librodot

intransigente, menos reacia a tratarle de una forma directamente personal, él habría tenido algo más en que pensar y el hechizo del deseo tal vez se habría roto. Pero ella se negaba a revelarse ante él, lo cual significaba que nunca se convirtió en algo más que un objeto, algo más que la totalidad de su yo físico, y ese yo físico tenía un tremendo poder: deslumbraba y asaltaba, aceleraba el pulso, echaba abajo cualquier resolución elevada. No era ésta la clase de lucha para la que Sachs se había preparado. No encajaba en absoluto en el esquema que tan cuidadosamente había trazado en su cabeza. Ahora su cuerpo se había sumado a la ecuación, y lo que antes le había parecido sencillo se había transformado en una maraña de estrategias febriles y motivaciones clandestinas.

A ella le ocultó todo esto. Dadas las circunstancias, su único recurso era responder a su indiferencia con una calma inalterable, fingir que estaba satisfecho con que las cosas estuvieran de aquel modo. Adoptaba una actitud alegre cuando estaba con ella; se mostraba imperturbable, amistoso, acomodaticio; sonreía de vez en cuando; nunca se quejaba. Puesto que sabía que ella ya estaba en guardia, que ya había sospechado que sus sentimientos eran aquellos de los que ahora se sentía culpable, era especialmente importante que nunca le pillara mirándola de la forma en que deseaba mirarla. Una sola mirada le habría destruido, especialmente con una mujer tan experta como Lillian. Durante toda su vida los hombres la habían mirado fijamente y sería sumamente sensible a sus miradas, al menor indicio de intención en sus ojos. Esto le producía una tensión casi insoportable siempre que ella estaba cerca, pero aguantaba valientemente y nunca abandonaba la esperanza. No le pedía nada, no esperaba nada de ella y rezaba para llegar a vencerla por agotamiento. Esa era la única arma que tenía a su disposición y la sacaba siempre que tenía la oportunidad. Se humillaba ante ella con ese propósito, con tan apasionada abnegación que su misma debilidad se convertía en una especie de fuerza.

Durante los primeros doce o quince días ella apenas le dirigió la palabra. Él no tenía ni idea de qué hacía durante sus largas y frecuentes ausencias de la casa y, aunque hubiese dado casi cualquier cosa por averiguarlo, nunca se atrevió a preguntárselo. La discreción era más importante que el conocimiento, pensaba, y antes que correr el riesgo de ofenderla, prefería guardarse su curiosidad y esperar a ver lo que pasaba. Casi todas las mañanas ella salía de casa a las nueve o las diez, a veces regresaba por la tarde y otras veces no volvía hasta muy tarde, bien pasada la medianoche. A veces salía por la mañana, regresaba a casa por la tarde para cambiarse de ropa y luego desaparecía durante el resto de la noche. En dos o tres ocasiones no volvió hasta la semana siguiente. Entonces entraba en la casa, se cambiaba de ropa y volvía a marcharse rápidamente. Sachs suponía que pasaba las noches en compañía de algún hombre -tal vez siempre el mismo, tal vez diferentes hombres-, pero era imposible saber adónde iba durante el día. Parecía probable que tuviese alguna clase de trabajo, pero eso era sólo una suposición. Que él supiera, también podía pasar las horas dando vueltas en el coche, yendo al cine, o a la orilla del mar mirando las olas.

A pesar de estas idas y venidas, Lillian nunca dejaba de decirle cuándo volvería. Lo hacía más por Maria que por él y, aunque sólo daba una hora aproximada (“Volveré tarde”, “Hasta mañana por la mañana”), esto le ayudaba a organizar su tiempo y a evitar que la casa cayera en un estado de confusión. Estando Lillian fuera tan a menudo, la tarea de cuidar a Maria recaía casi toda en Sachs. Ese era el giro más extraño de todos, porque por muy seca y distante que ella fuera cuando estaban juntos, el hecho de que Lillian no vacilara en dejarle al cuidado de su hija demostraba que ya confiaba en él, tal vez más de lo que ella misma sabía. Sachs trataba de encontrar consuelo en esta paradoja. Nunca dudó de que en algún sentido ella se estaba aprovechando de él -cargando sus responsabilidades en un primo voluntario-, pero en otro sentido el mensaje parecía bastante claro: se sentía segura con él, sabia que no estaba allí para hacerle daño.

Maria se convirtió en su compañera, su premio de consolación, su infalible recompensa. Le preparaba el desayuno todas las mañanas, la acompañaba al colegio, la recogía por la tarde, le cepillaba el pelo, la bañaba, la metía en la cama por la noche. Eran

Librodot

éstos placeres que él no podía haber imaginado, y a medida que el lugar que él ocupaba en la rutina de la niña se hacía más sólido, el afecto entre ellos se hacía más profundo. Antes Lillian le encargaba a una mujer que vivía en la misma manzana el cuidado de Maria, pero aunque Mrs. Santiago era amable, tenía una familia numerosa y raras veces le hacía mucho caso a Maria excepto cuando alguno de sus hijos se metía con ella. Dos días después de que Sachs se instalara en la casa, Maria anunció solemnemente que no volvería jamás a casa de Mrs. Santiago. Prefería la forma en que él se ocupaba de ella, dijo, y si no le molestaba demasiado, pasaría su tiempo con él. Sachs le dijo que estaría encantado. Iban andando por la calle, de vuelta del colegio, y un momento después de darle esa respuesta sintió que su manita le agarraba el pulgar. Continuaron andando en silencio durante medio minuto y luego Maria se detuvo y dijo:

-Además, Mrs. Santiago tiene sus propios hijos, y tú no tienes niños, ¿verdad?

Sachs ya le había dicho que no tenía hijos, pero negó con la cabeza para indicarle que su razonamiento era correcto.

-No es justo que alguien tenga demasiados y otra persona esté completamente sola, ¿verdad? -continuó Maria. De nuevo Sachs negó con la cabeza y no la interrumpió-. Creo que esto está bien -dijo ella-. Ahora tú me tendrás a mí y Mrs. Santiago tendrá sus propios hijos, así todo el mundo estará contento.

El primer lunes alquiló un apartado de correos en la estafeta de Berkeley para tener una dirección, devolvió el Plymouth a la sucursal más próxima de la agencia de coches y se compró un Buick Skylark de nueve años por menos de mil dólares. El martes y el miércoles abrió once cuentas de ahorros en distintos bancos de la ciudad. Temía depositar todo el dinero en el mismo sitio, y abrir múltiples cuentas parecía más prudente que entrar en alguna parte con ciento cincuenta mil dólares en billetes. Además, llamaría menos la atención cuando sacara el dinero para sus pagos diarios a Lillian. Mantendría su negocio en permanente rotación y eso evitaría que alguno de los cajeros o directores de banco llegase a conocerle bastante bien. Al principio pensó en visitar un banco distinto cada once días, pero cuando descubrió que para retirar mil dólares se necesitaba una firma especial del director, empezó a ir a dos bancos diferentes cada mañana y a utilizar los cajeros automáticos, que desembolsaban un máximo de quinientos dólares por operación. Eso ascendía a retiradas semanales de quinientos dólares en cada banco, una suma insignificante de acuerdo con cualquier criterio. Era una solución eficaz y además prefería introducir su tarjeta de plástico en la ranura y apretar unos botones que tener que hablar con una persona.

De todos modos, los primeros días fueron duros para él. Sospechaba que el dinero que había encontrado en el coche de Dimaggio era robado; lo cual podía significar que los números de serie de los billetes habían sido transmitidos por ordenador a los bancos de todo el país. Pero, obligado a elegir entre correr ese riesgo o guardar el dinero en la casa, había decidido lo primero. Era demasiado pronto para saber si se podía fiar de Lillian, y dejar el dinero debajo de sus narices no sería la forma más inteligente de averiguarlo. En cada banco al que iba esperaba que el director mirase el dinero, se excusase un momento y regresase al despacho con un policía detrás, pero nada de eso sucedió. Los hombres y las mujeres que abrieron sus cuentas fueron sumamente corteses. Contaron su dinero con una veloz destreza de robot, sonrieron, le dieron la mano y le dijeron que estaban encantados de tenerle como cliente. Como bonificación por empezar con depósitos iniciales superiores a los diez mil dólares, recibió cinco tostadores, cuatro radio-relojes, un televisor portátil y una bandera americana.

Al principio de la segunda semana sus días seguían ya una pauta regular. Después de llevar a Maria al colegio volvía andando a casa, fregaba los platos del desayuno y a continuación se dirigía en coche a dos bancos de su lista. Una vez realizadas las retiradas (con alguna ocasional visita a un tercer banco con el fin de sacar dinero para él), se iba a uno de los cafés de Telegraph Avenue, se instalaba en un rincón tranquilo y pasaba una hora bebiendo cappuccinos mientras lela el *San Francisco Chronicle* y el *New York Times*. Ambos

Librodot

periódicos informaban sorprendentemente poco respecto al caso. El *Times* había dejado de hablar de la muerte de Dimaggio incluso antes de que Sachs se fuera de Nueva York y, exceptuando una breve entrevista con un capitán de la policía de Vermont, no volvieron a publicar nada más. En cuanto al *Chronicle*, también parecía estar cansándose del asunto. Después de una racha de artículos acerca del movimiento ecológico y los Hijos del Planeta (todos ellos escritos por Tom Mueller), dejaron de mencionar el nombre de Dimaggio. Sachs se sintió aliviado por ello, pero aunque la presión hubiese disminuido, nunca se atrevió a suponer que no pudiera volver a aumentar. Durante toda su estancia en California continuó examinando los periódicos todas las mañanas. Se convirtió en su religión privada, su forma de oración diaria. Repasa los periódicos y contén el aliento. Asegúrate de que no te están siguiendo. Asegúrate de que puedes seguir viviendo otras veinticuatro horas.

El resto de la mañana y las primeras horas de la tarde las dedicaba a tareas prácticas. Como cualquier otra ama de casa americana, hacia la compra, limpiaba, llevaba la ropa sucia a la lavandería, se preocupaba de comprar la marca adecuada de mantequilla de cacahuete para el almuerzo que la niña se llevaba al colegio. Los días que le sobraba tiempo se detenía en la juguetería del barrio antes de recoger a Maria. Se presentaba en el colegio con muñecas y cintas para el pelo, con cuentos y lápices de colores, con yoyós, chicle y pendientes adhesivos. No lo hacía para sobornarla. Era una simple muestra de afecto, y cuanto más la conocía más en serio se tomaba el trabajo de hacerla feliz. Sachs nunca había pasado mucho tiempo con niños, y le asombró descubrir cuánto esfuerzo implicaba cuidarlos. Fue preciso un enorme ajuste interior, pero una vez que se adaptó al ritmo de las demandas de Maria, empezó a recibirlas con alegría, a disfrutar del esfuerzo en sí mismo. Incluso cuando ella no estaba le mantenía ocupado. Era un remedio contra la soledad, una forma de aliviar la pesada carga de tener que pensar siempre en sí mismo. Cada día ponía mil dólares en el congelador. Los billetes estaban guardados en una bolsa de plástico para protegerlos de la humedad, y cada vez que Sachs añadía un nuevo plazo, comprobaba si ella había retirado parte del dinero. No habla tocado ni un solo billete. Pasaron dos semanas y la suma continuaba incrementándose mil dólares al día. Sachs no tenía ni idea de cómo interpretar ese desapego, ese extraño desinterés por lo que le había dado. ¿Significaba que no quería participar de ello, que se negaba a aceptar sus condiciones? ¿O le estaba diciendo que el dinero no era importante, que no tenía nada que ver con su decisión de permitirle vivir en la casa? Ambas interpretaciones tenían sentido, y por lo tanto se anulaban la una a la otra y él no tenía forma de entender lo que estaba sucediendo en la mente de Lillian, de descifrar los hechos con los que se enfrentaba.

Ni siquiera su creciente intimidad con Maria parecía afectar a Lillian. No provocaba ataques de celos ni sonrisas de aliento. Ninguna respuesta que él pudiera medir. Entraba en casa mientras él y la niña estaban acurrucados en el sofá leyendo un libro, o tirados en el suelo dibujando, o preparando una fiesta para las muñecas, y lo único que hacía era decir hola, darle un beso mecánico a su hija en la mejilla y luego subir a su cuarto, donde se cambiaba de ropa para volver a salir. No era más que un espectro, una hermosa aparición que entraba y salía de casa a intervalos irregulares sin dejar rastro. Sachs pensaba que ella tenía que saber lo que estaba haciendo, que tenía que haber una razón para aquel enigmático comportamiento, pero ninguna de las razones que se le ocurrían le satisfacía. Como máximo, llegó a la conclusión de que ella le estaba poniendo a prueba, provocándole con aquel juego del escondite para ver cuánto tiempo podría soportarlo, quería saber si él se derrumbaría, quería saber si su voluntad era tan fuerte como la de ella.

Luego, sin ninguna causa aparente, todo cambió de repente. Una tarde a mediados de la tercera semana, Lillian entró en casa con una bolsa de comestibles y anunció que se iba a hacer cargo de la cena aquella noche. Estaba de excelente humor, gastaba bromas y parloteaba de una forma ágil y divertida, y la diferencia en su actitud era tan grande, tan desconcertante, que la única explicación que Sachs pudo encontrar era que había tomado alguna droga. Hasta entonces nunca se habían sentado los tres juntos a comer, pero Lillian no parecía darse cuenta

Librodot

del extraordinario adelanto que aquella cena representaba. Sacó a Sachs de la cocina a empujones y trabajó sin cesar durante las siguientes dos horas preparando lo que resultó ser un delicioso guiso de verduras y cordero. Sachs estaba impresionado, pero dado todo lo que había precedido a aquella actuación, no estaba dispuesto a aceptarla sin más. Podía ser una trampa, un truco para hacerle bajar la guardia, y aunque lo que más deseaba era seguirle la corriente, dejarse llevar por el flujo de la alegría de Lillian, no conseguía hacerlo. Estaba rígido y torpe, le faltaban las palabras, y el aire despreocupado que tanto se había esforzado en adoptar con ella le abandonó de repente. Lillian y Maria mantuvieron la conversación, y al cabo de un rato él era poco más que un observador, una presencia agria que acechaba en los márgenes de la fiesta. Se odió por actuar de aquella manera y cuando rechazó un segundo vaso de vino que Lillian estaba a punto de servirle, empezó a pensar en si mismo con asco, como en un estúpido total.

-No te preocupes -dijo ella mientras le servía el vino de todas formas-. No voy a morderte.

-Eso ya lo sé -contestó Sachs-. Es sólo que pensaba...

Antes de que pudiera terminar la frase Lillian le interrumpió:

-No pienses tanto -dijo-. Bébete el vino y disfrútalo. Te sentará bien.

Al día siguiente, sin embargo, fue como si nada de esto hubiese sucedido. Lillian se marchó de casa temprano, no regresó hasta la mañana siguiente y durante el resto de la semana continuó brillando por su ausencia casi siempre. Sachs se sentía aturdido por la confusión. Incluso sus dudas eran ahora motivo de duda, y poco a poco sintió que se hundía bajo el peso de la terrible aventura. Quizá debería haber escuchado a Maria Turner. Quizá no tenía derecho a estar allí y debería hacer sus maletas y marcharse. Una noche, durante varias horas, incluso jugó con la idea de entregarse a la policía. Así, por lo menos terminaría la agonía. En lugar de tirar el dinero en una persona que no lo quería, quizá debería emplearlo en contratar a un abogado, quizá debería empezar a pensar en cómo evitar ir a la cárcel.

Luego, menos de una hora después de pensar esto, todo se alteró de nuevo. Era entre las doce y la una de la noche y Sachs se estaba quedando dormido en el sofá del cuarto de estar. Oyó pasos en el piso de arriba. Se figuró que Maria iba al cuarto de baño, pero justo cuando estaba a punto de dormirse otra vez, oyó que alguien bajaba por la escalera. Antes de que se pudiera apartar la manta y ponerse de pie, encendieron la lámpara del cuarto de estar y su cama improvisada quedó inundada por la luz. Automáticamente se tapó los ojos y cuando se obligó a abrirlos un segundo después vio a Lillian sentada en la butaca en frente del sofá, tapada con su albornoz.

-Tenemos que hablar -dijo.

Él estudió su cara en silencio mientras ella sacaba un cigarrillo del bolsillo del albornoz y lo encendía con una cerilla. La seguridad en sí misma y la ostentosa pose de las últimas semanas habían desaparecido, e incluso su voz sonaba vacilante, más vulnerable de lo que lo había sido nunca. Dejó las cerillas en la mesita baja que había entre ellos. Sachs siguió el movimiento de su mano, luego echó una ojeada a las palabras escritas en el sobre de cerillas, momentáneamente distraído por las letras verde chillón impresas sobre un fondo rosa. Resultó ser el anuncio de un teléfono erótico y justo entonces, en uno de esos espontáneos relámpagos de intuición, se le ocurrió que nada carecía de significado, que todo en el mundo estaba relacionado con todo.

-He decidido que no quiero que sigas considerándome un monstruo -dijo Lillian.

Ésas fueron las palabras con las que inició la conversación, y durante las siguientes dos horas le contó más acerca de si misma que durante todas las semanas anteriores, hablándole de un modo que erosionó gradualmente los sentimientos que había albergado contra ella. No era que ella se disculpase por nada, no era que él se apresurase a creer lo que decía, pero poco a poco, a pesar de su cautela y suspicacia, Sachs comprendió que ella no estaba en mejor situación que él, que la había hecho tan desgraciada como ella a él.

Librodot

Tardó un rato, sin embargo. Al principio supuso que sólo era un número, otra estratagema para mantenerle con los nervios de punta. En el torbellino de insensateces que le asaltó, incluso consiguió convencerse de que ella sabía que él estaba planeando huir; como si pudiese leer sus pensamientos, como si hubiese entrado en su cerebro y le hubiese oído pensar. No había bajado para hacer las paces con él. Había bajado para ablandarle, para asegurarse de que no levantara el campo antes de haberle dado todo el dinero. Para entonces Sachs estaba al borde del delirio, y si Lillian no hubiese mencionado el dinero, él nunca hubiese sabido hasta qué punto la había juzgado mal. Ése fue el momento en que la conversación dio un giro. Ella empezó a hablar del dinero, y lo que dijo se parecía tan poco a lo que él esperaba, que de repente se sintió avergonzado, lo bastante avergonzado como para empezar a escucharla de verdad.

-Me has dado ya cerca de treinta mil dólares -dijo ella-. Continúa entrando, más y más cada día, y cuanto más dinero hay, más me asusta. No sé cuánto tiempo piensas continuar con esto, pero treinta mil dólares es suficiente. Es más que suficiente, y creo que deberíamos parar antes de que las cosas se nos vayan de las manos.

-No podemos parar -se encontró Sachs diciéndole-. No hemos hecho más que empezar.

-No estoy segura de que pueda soportarlo más.

-Puedes soportarlo. Eres la persona más dura que he visto en mi vida, Lillian. Con tal que no te preocupes, puedes soportarlo perfectamente.

-No soy dura. No soy dura ni soy buena, y cuando llegues a conocerme, desearás no haber puesto nunca los pies en esta casa.

-El dinero no tiene nada que ver con la bondad. Tiene que ver con la justicia, y si la justicia significa algo, tiene que ser igual para todos, tanto si son buenos como si no.

Entonces ella empezó a llorar, mirándole fijamente y dejando que las lágrimas corriesen por sus mejillas, sin tocarlas, como si no quisiese reconocer que estaban allí. Era una forma orgullosa de llorar, pensó Sachs, a la vez una revelación de congoja y una negativa a someterse a ella, y la respetó por dominarse tan bien. Mientras las ignorase, mientras no se las secara, esas lágrimas no la humillarían.

A partir de ese momento, Lillian habló casi todo el tiempo, fumando sin parar mientras sostenía un largo monólogo de arrepentimientos y autorrecriminaciones. A Sachs le resultó difícil seguir buena parte del mismo, pero no se atrevía a interrumpirla, temiendo que una palabra equivocada o una pregunta inoportuna la hicieran detenerse. Ella divagó durante un rato sobre un hombre que se llamaba Frank, luego habló de otro que se llamaba Terry y luego, un momento más tarde, estaba repasando los últimos años de su matrimonio con Dimaggio. Eso la llevó a una historia acerca de la policía (la cual al parecer la había interrogado después de que el cadáver de Dimaggio fuese descubierto), pero antes de haber terminado eso, le estaba contando su plan de mudarse, de marcharse de California y empezar de nuevo en algún otro sitio. Estaba bastante decidida a hacerlo cuando él apareció en su puerta y todo se vino abajo. Ya no era capaz de pensar, no sabía si iba o venía. Él esperó que continuara un poco más con eso, pero entonces pasó al tema del trabajo, alardeando de cómo se había defendido sin Dimaggio. Tenía permiso para ejercer como masajista, le contó, y también trabajaba como modelo para los catálogos de los grandes almacenes, y en conjunto había conseguido mantener la cabeza fuera del agua. Pero entonces, muy bruscamente, desechó el tema con un ademán como si careciese de importancia y empezó a llorar otra vez.

-Todo saldrá bien -dijo Sachs-, ya lo verás. Todo lo malo ha quedado atrás. Lo que pasa es que todavía no te has dado cuenta.

Fue el comentario indicado y puso fin a la conversación con una nota positiva. No se había resuelto nada, pero Lillian pareció aliviada por su comentario, conmovida por su intento de animarla. Cuando le dio un rápido abrazo de agradecimiento antes de irse a la cama, él resistió la tentación de estrecharla con más fuerza de la que debiera. No obstante, fue un momento exquisito para él, un momento de verdadero e innegable contacto. Sintió su cuerpo

Librodot

desnudo bajo el albornoz, la besó suavemente en la mejilla y comprendió que estaban de nuevo en el punto de partida, que todo lo que había ocurrido hasta aquel momento había quedado borrado.

A la mañana siguiente, Lillian salió de casa a la misma hora de siempre, desapareciendo mientras Sachs y Maria iban camino del colegio. Pero esta vez había una nota en la cocina cuando regresó, un breve mensaje que parecía alentar sus más locas e improbables esperanzas. "Gracias por lo de anoche", decía. "XXX." Le gustó que hubiese usado el símbolo de los besos en lugar de firmar. Aunque la hubiese puesto allí con la más inocente de las intenciones -como un acto reflejo, como una variante del saludo tradicional-, la triple X también sugería otras cosas. Era el mismo código para el sexo que había visto en el sobrecito de cerillas la noche anterior, y le excitó imaginar que ella lo hubiese hecho a propósito, que hubiese utilizado esos símbolos en lugar de su nombre con el fin de introducir esa asociación en su mente.

Fortalecido por esta nota, hizo algo que sabía que no debería haber hecho. Ya en el momento en que lo hacía comprendió que era un error, que estaba empezando a perder la cabeza, pero ya no era capaz de detenerse. Después de terminar sus rondas de la mañana, buscó la dirección del centro de masajes donde Lillian le había dicho que trabajaba. Estaba en Shattuck Avenue, en la zona norte de Berkeley, y sin siquiera molestarse en pedir una cita se metió en el coche y se dirigió allí. Quería sorprendería, entrar sin haber sido anunciado y saludarla muy despreocupadamente, como si fueran viejos amigos. Si ella estaba libre en ese momento, le pediría un masaje. Eso le proporcionaría una excusa legítima para que ella le tocara de nuevo, e incluso mientras saboreaba el contacto de sus manos sobre su piel podría calmar su conciencia diciéndose que la estaba ayudando a ganarse la vida. Nunca me han dado un masaje profesional, le diría, y quería saber cómo era. Encontró el lugar sin dificultad, pero cuando entró y le preguntó por Lillian Stern a la mujer del mostrador recibió una respuesta glacial.

-Lillian Stern me dejó plantada la primavera pasada -dijo la mujer- y no ha vuelto a aparecer por aquí.

Era lo último que esperaba y salió de allí sintiéndose traicionado, abrasado por la mentira que ella le había dicho. Lillian no acudió a casa aquella noche, y él casi se alegró de quedarse solo, de ahorrarse la incomodidad de tener que verla. No había nada que decir, después de todo. Si le mencionaba dónde había estado aquella tarde, su secreto sería descubierto y eso destruiría cualquier posibilidad que aún tuviera con ella. A la larga, tal vez había sido una suerte pasar por aquello entonces y no más tarde. Tendría que ser más cuidadoso con sus sentimientos, se dijo. Se acabaron los gestos impulsivos, se acabaron los arranques de entusiasmo. Era una lección que necesitaba aprender, y esperaba no olvidarla.

Pero la olvidó. Y no sólo con el tiempo, sino al día siguiente. Una vez más, había ya anochecido. Una vez más, él ya había acostado a Maria y estaba acampado en el sofá de la sala, aún despierto esta vez, leyendo uno de los libros de Lillian sobre la reencarnación. Le horrorizó que a ella pudiera interesarle semejante charlatanería y continuó leyéndolo con una especie de sarcasmo vengativo, estudiando cada página como si fuera un testamento de la estupidez de ella, de la asombrosa superficialidad de su mente. Era una ignorante, una descerebrada mezcla de manías e ideas incompletas. ¿Cómo podía esperar que una persona así le entendiera, que asimilara la décima parte de lo que él estaba haciendo? Pero luego, justo cuando estaba a punto de cerrar el libro y apagar la luz, Lillian entró por la puerta principal, la cara arrebolada por el alcohol, con el vestido negro más ajustado y escueto que él había visto nunca, y no pudo evitar sonreír al verla. Era así de arrebatadora. Era así de guapa y, ahora que estaba de pie en la habitación con él, Sachs no podía apartar los ojos de ella.

-Hola, chico -dijo ella-. ¿Me has echado de menos?

-Sin cesar -dijo él-. Desde el último minuto que te vi hasta ahora mismo.

Pronunció la frase con suficiente arrojo como para que sonara a broma, a burla jocosa, pero la verdad era que lo decía en serio.

Librodot

-Estupendo. Porque yo también te he echado de menos.

Ella se detuvo delante de la mesita baja, soltó una risita y luego dio una vuelta completa con los brazos extendidos como una modelo, girando hábilmente sobre la punta de sus pies.

-¿Qué te parece mi vestido? -preguntó-. Seiscientos dólares en una rebaja. Un auténtico chollo ,¿no crees?

-Valía hasta el último centavo. Y es justo el tamaño adecuado. Si fuera un poco más pequeño, la imaginación no tendría nada que hacer. Casi no lo llevarías cuando te lo pusieras.

-Ésa es la idea. Sencillo y seductor.

-No estoy seguro de que sea sencillo. Lo otro sí, pero decididamente no es sencillo.

-Pero tampoco ordinario.

-No, en absoluto. Está demasiado bien hecho para serlo.

-Estupendo. Alguien me dijo que era ordinario y quería conocer tu opinión antes de quitármelo.

-¿Quieres decir que el desfile de modelos se ha terminado?

-Por completo. Se está haciendo tarde y no puedes esperar que una mujer de mi edad se pase toda la noche de pie.

-Mala suerte. Justo cuando estaba empezando a disfrutarlo.

-Eres un poco lerdo a veces, ¿no?

-Probablemente. En general se me dan bien las cosas complicadas, pero las cosas sencillas tienden a confundirme.

-Como quitar un vestido, supongo. Si tardas un poco más, voy a tener que quitármelo yo misma. Y eso no tendría tanta gracia, ¿verdad?

-No, no la tendría. Sobre todo porque no parece muy difícil. No hay botones ni corchetes con los que aturullarse, ni cremalleras que se enganchen. Basta con tirar desde abajo y sacarlo.

-O empezar por arriba e irlo bajando. La elección es suya, Mr. Sachs.

Al momento se sentó a su lado en el sofá y un instante después el vestido cayó al suelo. Lillian le acometió con una mezcla de furia y picardía, atacando su cuerpo en breves y jadeantes arranques, y él no hizo nada para detenerla. Sachs sabía que estaba borracha, pero aunque sólo fuera un accidente, aunque sólo fuese el alcohol y el aburrimiento lo que la había empujado a sus brazos, estaba dispuesto a aceptarlo. Tal vez nunca tuviera otra oportunidad, se dijo, y después de cuatro semanas de esperar que ocurriera precisamente aquello, habría sido inimaginable que la rechazara.

Hicieron el amor en el sofá y luego hicieron el amor en la cama de Lillian, e incluso después de que se le pasara el efecto del alcohol, ella siguió mostrándose tan ardiente como lo habla estado en los primeros momentos, ofreciéndose a él con un abandono y una concentración que anulaban cualquier resto de duda que él pudiera tener. Le arrastró, le vació, le destrozó. Y lo más notable fue que por la mañana temprano, cuando se despertaron y se encontraron en la cama, la emprendieron de nuevo, y esta vez, con la pálida luz extendiéndose por los rincones de la pequeña habitación, ella le dijo que le quería, y Sachs, que en ese momento la miraba a los ojos, no vio nada en ellos que le impidiera creerla.

Era imposible saber qué había sucedido, y él nunca encontró el valor necesario para preguntarlo. Simplemente se dejó llevar, flotando en una ola de inexplicable felicidad, sin desear nada más que estar exactamente donde estaba. De la noche a la mañana él y Lillian se habían convertido en una pareja. Ella se quedaba en casa con él durante el día, compartiendo las tareas domésticas, asumiendo de nuevo sus responsabilidades de madre de Maria, y cada vez que él la miraba era como si ella repitiese lo que le había dicho aquella primera mañana en la cama. Pasó una semana y, cuando menos probable parecía que ella se retractara, más llegó él a aceptar lo que estaba sucediendo. Durante varios días seguidos llevó a Lillian de compras, colmándola de vestidos y de zapatos, ropa interior de seda, pendientes de rubíes y un hilo de perlas. Disfrutaron de buenos restaurantes y vinos caros, charlaron, hicieron planes,

Librodot

follaron interminablemente. Era demasiado bueno para ser cierto, tal vez, pero entonces él ya no era capaz de distinguir qué era bueno y qué era cierto. En realidad, ya no era capaz de pensar en nada.

No hay forma de saber cuánto tiempo podría haber durado aquello. Si hubiesen estado los dos solos, tal vez habrían conseguido hacer algo con aquella explosión sexual, aquella historia de amor disparatada y absolutamente increíble. A pesar de sus implicaciones demoniacas, es posible que Sachs y Lillian hubiesen podido instalarse en alguna parte y tener una vida real juntos. Pero tropezaron con otras realidades, y menos de dos semanas después de que empezase esta nueva vida, ya estaba siendo cuestionada. Se habían enamorado, quizá, pero también habían alterado el equilibrio de la casa, y a la pequeña Maria no la hacía nada feliz el cambio. Había recuperado a su madre, pero también había perdido algo, y desde su punto de vista esta pérdida debía de parecer el derrumbamiento de un mundo. Durante casi un mes, ella y Sachs habían vivido juntos en una especie de paraíso. Había sido el único objeto de su afecto y él la había mimado y contemplado como nadie lo había hecho nunca. Ahora, sin una sola palabra de advertencia, él la había abandonado. Se había trasladado a la cama de su madre y en lugar de quedarse en casa y hacerle compañía, la dejaba con niñeras y salía todas las noches. Se sentía agraviada por todo ello. Le guardaba rencor a su madre por haberse interpuesto entre ellos y le guardaba rencor a Sachs por abandonarla, y después de soportarlo durante tres o cuatro días, la obediente y afectuosa Maria se convirtió en un horror, en una pequeña máquina de malos humores, pataletas y lágrimas de rabia.

El segundo domingo Sachs propuso una excursión familiar a la Rosaleda de Berkeley Hills. Por una vez, Maria parecía de buen humor y, después de que Lillian cogiese un edredón viejo del armario de arriba, los tres se metieron en el Buick y se fueron al otro extremo de la ciudad. Todo fue bien durante la primera hora. Sachs y Lillian se tumbaron sobre el edredón, Maria jugó en los columpios y el sol desvaneció las últimas nieblas de la mañana. Ni siquiera cuando Maria se golpeó la cabeza en una barra de las estructuras metálicas un poco más tarde, parecía haber algún motivo de alarma. Acudió corriendo hacia ellos llorando, igual que hubiera hecho cualquier otro niño, y Lillian la abrazó y la calmó, besándole la marca roja en la sien con especial cuidado y ternura. Era una buena medicina, pensó Sachs, el tratamiento tradicional, pero en este caso surtió poco o ningún efecto. Maria siguió llorando, negándose a dejarse consolar por su madre y, aunque la herida no era más que un arañazo, se quejaba vehementemente, sollozando con tanta fuerza que casi se ahogaba. Impertérrita, Lillian la abrazó de nuevo, pero esta vez Maria la rechazó, acusándola de apretarla demasiado fuerte. Sachs vio el agravio en los ojos de Lillian cuando sucedió esto. Y luego, cuando Maria la apartó de un empujón, también un relámpago de cólera. De repente parecían estar al borde de una crisis total. Un vendedor de helados había detenido su carrito a unos quince metros del edredón, y Sachs, pensando que esto podía ser una distracción útil, le ofreció a Maria comprarle un cucurucho. Hará que te sientas mejor, le dijo, sonriendo lo más comprensivamente que pudo, y luego corrió hacia la sombrilla multicolor aparcada en el sendero un poco más abajo de donde estaban ellos. Resultó que se podía elegir entre dieciséis sabores diferentes. No sabiendo cuál escoger, se decidió por una combinación de pistacho y tutifruti. Aunque no fuera más que eso, pensó, el sonido de las palabras le haría gracia. Aunque sus lágrimas habían disminuido cuando regresó Maria miró las bolas de helado verde con desconfianza, y cuando él le alargó el cucurucho y ella lo probó, armó un escándalo espantoso. Hizo una mueca terrible, escupió el helado como si fuera veneno y afirmó que era “asqueroso”. Esto llevó a otro ataque de sollozos y luego, cuando su furia fue en aumento, cogió el helado en la mano derecha y se lo arrojó a Sachs. Le dio de lleno en el estómago, manchándole toda la camisa. Mientras él miraba el desaguisado, Lillian corrió hacia donde estaba Maria y la abofeteó.

-¡Estúpida mocosa! -chilló-. ¡Miserable y desagradecida mocosa! ¡Te mataré! ¿Te enteras? ¡Te mataré aquí mismo delante de toda esta gente!

Librodot

Y luego, antes de que Maria tuviese tiempo de levantar las manos y protegerse la cara, volvió a abofetearla.

-¡Basta! -dijo Sachs. Su voz era dura, traslucía espanto y cólera, y durante un momento estuvo tentado de tirar a Lillian al suelo de un empujón-. No te atrevas a ponerle una mano encima a la niña.

-Vete a la mierda -dijo ella, tan enfadada como él-. Es mi hija y haré con ella lo que me dé la real gana.

-Nada de pegarle, no lo consentiré.

-Si se lo merece, le pegaré. Y nadie va a impedírmelo. Ni siquiera tú, listillo.

La cosa empeoró antes de mejorar. Sachs y Lillian se insultaron durante los siguientes diez minutos, y si no hubiesen estado en un lugar público, discutiendo delante de varias docenas de espectadores, Dios sabe hasta dónde habrían llegado. Dadas las circunstancias, finalmente se controlaron y frenaron su mal humor. Cada uno pidió disculpas al otro, se besaron e hicieron las paces, y no se volvió a hablar del asunto durante el resto de la tarde. Los tres fueron al cine y luego a cenar a un restaurante chino, y cuando volvieron a casa y metieron a Maria en la cama, el incidente estaba prácticamente olvidado. O eso creían. En realidad ésa fue la primera señal de fatalidad, y desde el momento en que Lillian abofeteó a Maria hasta el momento en que Sachs se marchó de Berkeley cinco semanas después, nada volvió a ser igual para ellos.

5

El 16 de enero de 1988 estalló una bomba delante del tribunal de Tumbull, Ohio, volando una pequeña réplica a escala de la Estatua de la Libertad. La mayoría de la gente supuso que se trataba de una travesura de adolescentes, un pequeño acto de vandalismo sin motivaciones políticas, pero, dado que se había destruido un símbolo nacional, las agencias de noticias informaron brevemente del incidente al día siguiente. Seis días después volaba otra Estatua de la Libertad en Danburg, Pennsylvania. Las circunstancias eran casi idénticas: una pequeña explosión a medianoche, ningún herido, ningún daño material excepto la pequeña estatua. Sin embargo, era imposible saber si en los dos casos estaba implicada la misma persona o si la segunda explosión era una imitación de la primera. A nadie pareció importarle mucho entonces, pero un eminente senador conservador hizo una declaración condenando “estos actos deplorables” y apremiando a los culpables a cesar en sus gamberradas inmediatamente. “No tiene gracia”, dijo. “No sólo han destruido una propiedad privada, sino que han profanado un icono nacional. Los americanos aman su estatua y no les agrada este tipo de broma pesada.”

En total hay ciento treinta réplicas a escala de la Estatua de la Libertad en lugares públicos por todos los Estados Unidos. Se pueden encontrar en los parques, delante de los ayuntamientos, en lo alto de los edificios. Al contrario de lo que ocurre con la bandera, que tiende a dividir a la gente tanto como a unirla, la estatua es un símbolo que no causa ninguna controversia. Si hay muchos americanos que están orgullosos de su bandera, hay otros tantos que se sienten avergonzados de ella, y por cada persona que la considera un objeto sagrado, hay otra que querría escupirle, o quemarla, o arrastrarla por el fango. La Estatua de la Libertad es inmune a estos conflictos. Durante los últimos cien años ha trascendido la política y la ideología, alzándose en el umbral de nuestro país como un emblema de todo lo que hay de bueno en todos nosotros. Representa la esperanza más que la realidad, la fe más que los hechos, y sería difícil encontrar una sola persona dispuesta a denunciar las cosas que representa: democracia, libertad, igualdad ante la ley. Es lo mejor que los Estados Unidos pueden ofrecer al mundo y, por mucho que a uno le apene el que los Estados Unidos no hayan logrado estar a la altura de estos ideales, los ideales mismos no se ponen en cuestión. Han

Librodot

dado consuelo a millones de personas, nos han infundido a todos la esperanza de que algún día podremos vivir en un mundo mejor.

Once días después del incidente de Pennsylvania, otra estatua fue destruida en un parque de la región central de Massachusetts. Esta vez hubo un mensaje, una declaración preparada que fue transmitida por teléfono a las oficinas del *Springfield Republican* a la mañana siguiente. "Despierta, América", decía el comunicante. "Es hora de que empieces a poner en práctica lo que predicas. Si no quieres que vuelen más estatuas, demuéstrame que no eres una hipócrita. Haz algo por tu pueblo además de construir bombas. De lo contrario, mis bombas seguirán estallando. Firmado: El Fantasma de la Libertad."

Durante los dieciocho meses siguientes nueve estatuas más fueron destruidas en distintos lugares del país. Todo el mundo recordará esto y no hace falta que haga un relato exhaustivo de las actividades del Fantasma. En algunas ciudades se montaron guardias de veinticuatro horas realizadas por grupos de voluntarios de la Legión Americana, el Elks Club, el equipo de fútbol del instituto y otras organizaciones locales. Pero no todas las comunidades estaban tan vigilantes y el Fantasma seguía sin ser descubierto. Cada vez que atacaba, hacia una pausa antes de la siguiente explosión, un periodo lo suficientemente largo como para que la gente pensara si aquélla había sido la última. Luego, de repente, aparecía en algún lugar a mil quinientos kilómetros de distancia y hacia estallar otra bomba. Mucha gente estaba indignada, por supuesto, pero había otros que simpatizaban con los objetivos del Fantasma. Estaban en minoría, pero los Estados Unidos es un país grande y su número no era pequeño, ciertamente. Para ellos el Fantasma llegó a convertirse en una especie de héroe popular clandestino. Creo que los mensajes tenían mucho que ver con ello, aquellos comunicados que transmitía por teléfono a los periódicos y las emisoras de radio la mañana siguiente a cada explosión. Eran necesariamente cortos, pero parecían mejorar con el paso del tiempo: eran más concisos, más poéticos, más originales en la forma en que expresaban su decepción respecto al país. "Toda persona está sola", empezaba uno de ellos, "y por tanto no tenemos a quien recurrir salvo los unos a los otros." O: "La democracia no se da. Hay que luchar por ella todos los días. De lo contrario corremos el riesgo de perderla. La única arma que tenemos a nuestra disposición es la ley." O: "Descuidad a los niños y nos destruiremos a nosotros mismos. Existimos en el presente sólo en la medida en que ponemos nuestra fe en el futuro." Contrariamente a lo que ocurre con el típico pronunciamiento terrorista, con su inflada retórica y sus demandas beligerantes, los comunicados del Fantasma no pedían lo imposible, sencillamente querían que América mirase hacia dentro y se enmendase. En ese sentido había algo casi bíblico en sus exhortaciones, y al cabo de algún tiempo empezó a hablar menos como un revolucionario político que como un profeta angustiado de voz dulce. En el fondo, únicamente estaba manifestando lo que ya pensaba mucha gente y, en algunos círculos por lo menos, había quienes llegaron a expresar su apoyo a lo que estaba haciendo. Sus bombas no habían herido a nadie, y si esas insignificantes explosiones obligaban a la gente a replantearse su postura ante la vida, entonces tal vez no fueran una mala idea después de todo.

Para ser absolutamente sincero, no seguí esta historia con mucha atención. En el mundo estaban sucediendo cosas más importantes por entonces y cada vez que el Fantasma de la Libertad atraía mi atención, lo ignoraba considerándolo un chiflado, otra figura pasajera en los anales de la locura americana. De todos modos, aunque me hubiese interesado más, no creo que hubiese adivinado nunca que él y Sachs eran la misma persona. Era algo demasiado alejado de lo que era capaz de imaginar, demasiado ajeno a nada que pareciera posible, y no veo cómo hubiese podido ocurrírseme establecer una relación. Por otra parte (y sé que esto sonará raro), si el Fantasma me hacia pensar en alguien, era en Sachs. Hacía cuatro meses que Ben había desaparecido cuando se dio la noticia de las primeras bombas, y la mención de la Estatua de la Libertad inmediatamente me lo trajo a la cabeza. Eso era natural, supongo - teniendo en cuenta la novela que había escrito, teniendo en cuenta las circunstancias de su caída dos años antes-, y a partir de entonces la asociación se mantuvo. Cada vez que leía algo acerca del Fantasma pensaba en Ben. Los recuerdos de nuestra amistad volvían a mí

Librodot

precipitadamente, y de pronto empezaba a sentir dolor, a temblar al pensar en cuánto le echaba de menos.

Pero eso era todo. El Fantasma era una señal de la ausencia de mi amigo, un catalizador del dolor personal, pero pasó más de un año hasta que me fijé en el propio Fantasma. Eso fue en 1989 y sucedió cuando encendí el televisor y vi a los estudiantes del movimiento democrático chino descubrir su torpe imitación de la Estatua de la Libertad en la Plaza de Tiananmen. Me di cuenta de que había subestimado el poder del símbolo. Representaba una idea que pertenecía a todos, al mundo entero, y el Fantasma había desempeñado un papel crucial en la resurrección de su significado. Me había equivocado al ignorarlo. Había conmovido las profundidades de la tierra y las ondas estaban empezando a subir a la superficie, afectando a todas las zonas al mismo tiempo. Algo había sucedido, algo nuevo flotaba en el aire, y hubo días esa primavera en que al andar por la ciudad casi imaginaba que las aceras vibraban bajo mis pies.

Yo había empezado una novela a principios de año, y cuando Iris y yo salimos de Nueva York camino de Vermont el verano pasado, estaba sumergido en mi historia, casi incapaz de pensar en ninguna otra cosa. Me instalé en el antiguo estudio de Sachs el 25 de junio y ni siquiera esa situación potencialmente espectral pudo interrumpir mi ritmo. Hay un momento en el cual un libro empieza a apoderarse de tu vida, cuando el mundo que has imaginado se vuelve más importante para ti que el mundo real, y apenas se me pasó por la cabeza que estaba sentado en la misma silla en la que Sachs solía sentarse, que estaba escribiendo en la misma mesa en la que él escribía, que estaba respirando el mismo aire que él había respirado. Más bien era una fuente de placer para mí. Disfrutaba teniendo cerca a mi amigo nuevamente y tenía la sensación de que si él hubiera sabido que yo estaba ocupando su espacio, se habría alegrado. Sachs era un fantasma acogedor y no habría dejado detrás de sí ni amenazas ni malos espíritus en su cabaña. Yo sentía que él deseaba que yo estuviera allí, y aunque gradualmente había ido aceptando la opinión de Iris (que Sachs había muerto, que nunca volvería), era como si todavía nos entendiésemos, como si nada hubiese cambiado entre nosotros.

A principios de agosto Iris se fue a Minnesota para asistir a la boda de una amiga de infancia. Se llevó a Sonia con ella y puesto que David estaba en el campamento de verano hasta fin de mes, me instalé aquí solo y seguí adelante con mi libro. Al cabo de un par de días, me encontré cayendo en las mismas pautas que se establecen siempre que Iris y yo estamos separados: demasiado trabajo; poca comida; noches insomnes y desasosegadas. Cuando Iris está en la cama conmigo siempre duermo, pero en el mismo instante en que se va temo cerrar los ojos. Cada noche se hace un poco más dura que la anterior y en muy poco tiempo estoy levantado y con la luz encendida hasta la una, las dos o las tres de la mañana. Nada de esto es importante, pero debido a que tenía estos problemas durante la ausencia de Iris el verano pasado, me encontraba despierto cuando Sachs hizo su súbita e inesperada aparición en Vermont. Eran casi las dos y yo estaba tumbado en la cama del piso de arriba leyendo una mala novela policiaca, una historia de misterio que algún invitado se había dejado años antes, cuando oí el ruido de un coche que subía por el camino de tierra. Levanté los ojos del libro, esperando que el coche pasara de largo, pero entonces, inconfundiblemente, el motor se ralentizó, la luz de los faros barrió mi ventana y el coche giró, rozando contra los arbustos de espino al detenerse en el patio. Me metí unos pantalones, bajé las escaleras corriendo y llegué a la cocina justo unos segundos después de que el motor se hubiese apagado. No tenía tiempo de pensar. Me fui derecho a los utensilios que había sobre la encimera, agarré el cuchillo más largo que pude encontrar y me quedé allí en la oscuridad, esperando a la persona que entraba. Me figuré que seria un ladrón o un maníaco, y durante los siguientes diez o veinte segundos estuve más asustado de lo que lo había estado en mi vida.

La luz se encendió antes de que pudiese atacarle. Fue un gesto automático -entrar en la cocina y encender la luz- y un instante después de que mi emboscada hubiese fracasado, me di cuenta de que era Sachs quien lo había hecho. Hubo un mínimo intervalo entre estas dos

Librodot

percepciones, sin embargo, y en ese tiempo me di por muerto. Dio tres o cuatro pasos dentro de la habitación y luego se quedó paralizado. Fue cuando me vio de pie en el rincón, el cuchillo aún levantado en el aire, mi cuerpo aún listo para saltar.

-Dios santo -dijo-. Eres tú.

Traté de decir algo, pero las palabras no me salieron.

-He visto la luz -dijo Sachs, todavía mirándome con incredulidad-. Pensé que probablemente era Fanny.

-No -dije-. No es Fanny.

-No, no parece que lo sea.

-Pero tú tampoco eres tú. No puedes ser tú, ¿verdad? Tú estás muerto. Todo el mundo lo sabe ya. Estás tirado en una cuneta en alguna parte al borde de la carretera, pudriéndote bajo una capa de hojas.

Tardé algún tiempo en recuperarme del susto, pero no mucho, no tanto como habría pensado. Me pareció que tenía buen aspecto, la mirada tan penetrante y el cuerpo tan en forma como antes y, exceptuando las canas que se hablan extendido por su pelo, era esencialmente la misma persona de siempre. Eso debió de tranquilizarme. No era un espectro el que había vuelto, era el viejo Sachs, tan vibrante y locuaz corno siempre. Quince minutos después de que entrase en la casa, yo ya estaba acostumbrado a él nuevamente, ya estaba dispuesto a aceptar que estaba vivo.

No esperaba encontrarte aquí, dijo, y antes de que nos sentásemos y nos pusiésemos a hablar, se disculpó varias veces por haberse quedado tan aturdido. Dadas las circunstancias, dudé de que las disculpas fuesen necesarias.

-Ha sido el cuchillo -dije-. Si yo hubiese entrado aquí y me hubiese encontrado a alguien a punto de acuchillarme, creo que también me habría quedado aturdido.

-No es que no me alegre de verte. Es sólo que no contaba con ello.

-No tienes por qué alegrarte. Después de todo este tiempo, no hay razón para ello.

-No te culpo por estar furioso.

-No lo estoy. Por lo menos ya no. Reconozco que al principio estuve muy enfadado, pero se me fue pasando al cabo de unos meses.

-¿Y luego?

-Luego empecé a sentir miedo por ti. Supongo que he estado asustado desde entonces.

-¿Y Fanny? ¿También ella ha estado asustada?

-Fanny es más valiente que yo. Nunca ha dejado de creer que estabas vivo.

Sachs sonrió, visiblemente complacido por lo que le había dicho. Hasta ese momento, yo no estaba seguro de si pensaba quedarse o marcharse, pero entonces, de repente, apartó una silla de la mesa de la cocina y se sentó, actuando como si acabara de tomar una importante decisión.

-¿Qué fumas últimamente? -preguntó, mirándome con la sonrisa aún en los labios.

-Schimmelpennincks. Lo mismo que he fumado siempre.

-Estupendo. Vamos a fumarnos un par de tus puritos y luego tal vez podríamos bebernos una botella de algo.

-Debes estar cansado.

-Por supuesto que estoy cansado. He conducido seiscientos kilómetros y son las dos de la madrugada. Pero tú querrás que te cuente ,¿no?

-Puedo esperar hasta mañana.

-Es posible que mañana haya perdido el valor.

-¿Y ahora estás dispuesto a hablar?

-Sí, estoy dispuesto a hablar. Hasta que he venido aquí y te he visto sujetando ese cuchillo, no iba a decir una palabra. Ése era el plan: no decir nada, callármelo todo. Pero creo que he cambiado de opinión. No es que no pueda vivir con ello, pero de pronto se me ha ocurrido que alguien debería saberlo. Por si me sucede algo.

-¿Por qué iba a sucederte algo?

-Porque estoy en un lugar peligroso, por eso, y mi suerte puede acabarse.

-Pero ¿por qué contármelo a mi?

-Porque eres mi mejor amigo y sé que puedes guardar un secreto. -Se calló un momento y me miró directamente a los ojos-. Puedes guardar un secreto, ¿no?

-Creo que sí. A decir verdad; no estoy seguro de haber oído ninguno. No estoy seguro de haber tenido un secreto que guardar.

Así fue como empezó: con estos enigmáticos comentarios e insinuaciones de un desastre inminente. Encontré una botella de bourbon en la despensa, cogí dos vasos limpios del escurreplatos y llevé a Sachs al estudio. Era allí donde guardaba mis puros, y durante las siguientes cinco horas fumó y bebió, luchando contra el agotamiento mientras me relataba su historia. Ambos estábamos sentados en sillones, uno frente al otro con mi abarrotada mesa de trabajo en medio, y en todo ese tiempo ninguno de los dos se movió. A nuestro alrededor había velas encendidas que parpadeaban y chisporroteaban mientras la habitación se llenaba de su voz. Él hablaba y yo escuchaba, y poco a poco me fui enterando de todo lo que he contado hasta ahora.

Incluso antes de que empezara, yo sabía que le había ocurrido algo extraordinario. De lo contrario, no habría permanecido escondido tanto tiempo; no se habría tomado tantas molestias para hacernos creer que había muerto. Eso estaba claro y, ahora que Sachs había vuelto, yo estaba dispuesto a aceptar las revelaciones más rebuscadas y disparatadas, dispuesto a escuchar una historia que nunca habría podido imaginar. No es que esperase que me contara *esta historia concreta*, pero sabía que sería algo así, y cuando Sachs finalmente empezó (recostándose en su butaca dijo: “Habrás oído hablar del Fantasma de la Libertad, ¿no?”) yo apenas parpadeé.

-Así que es eso lo que has estado haciendo -dije, interrumpiéndole antes de que pudiese terminar-. Eres el tipo raro que ha volado todas esas estatuas. Una bonita profesión si puedes meterte en ella, pero ¿quién diablos te ha elegido como conciencia del mundo? La última vez que te vi estabas escribiendo una novela.

Tardó el resto de la noche en contestar esa pregunta. Aun así había lagunas, huecos en el relato que no he podido llenar. Resumiendo, parece que la idea se le ocurrió por etapas, empezando con la bofetada que presenció aquel domingo por la tarde en Berkeley y acabando con la desintegración de su relación con Lillian. En medio hubo una gradual rendición a Dimaggio, una creciente obsesión por la vida del hombre que había matado.

-Finalmente encontré el valor necesario para entrar en su habitación -dijo Sachs-. Ése fue el punto de partida, creo, ése fue el primer paso hacia una especie de acción legítima. Hasta entonces ni siquiera había abierto la puerta. Estaba demasiado asustado, supongo, demasiado temeroso de lo que podría encontrar si empezaba a mirar. Pero Lillian había salido otra vez, Maria estaba en el colegio y yo estaba solo en casa, empezando lentamente a perder la razón. Como era previsible, la mayor parte de las pertenencias de Dimaggio habían sido retiradas de la habitación. No quedaba nada personal: ni cartas, ni documentos, ni diarios, ni números de teléfono. Ninguna pista acerca de su vida con Lillian. Pero tropecé con algunos libros. Tres o cuatro volúmenes de Marx, una biografía de Bakunin, un panfleto escrito por Trotski sobre las relaciones raciales en los Estados Unidos, esa clase de cosas. Y luego, en el último cajón de su mesa, encuadernada en negro, encontré una copia de su tesis. Ésa fue la clave. Si no hubiese encontrado eso, creo que ninguna de las otras cosas habría llegado a suceder.

»Era un estudio sobre Alexander Berkman, una reconsideración de su vida y su obra en algo más de cuatrocientas cincuenta páginas. Estoy seguro de que te has tropezado alguna vez con ese nombre. Berkman era el anarquista que le pegó un tiro a Henry Clay Frick, el hombre cuya casa es un museo en la Quinta Avenida. Eso ocurrió durante la huelga del acero de 1892, cuando Frick llamó a un ejército de guardas de seguridad y les mandó abrir fuego sobre los trabajadores. Berkman tenía entonces veinte años y era un joven judío radical que

Librodot

había emigrado desde Rusia unos años antes. Viajó a Pennsylvania y fue a buscar a Frick con una pistola, con la esperanza de eliminar a aquel símbolo de la opresión capitalista. Frick sobrevivió al ataque y Berkman pasó catorce años en la penitenciaría del estado. Cuando salió escribió *Memorias carcelarias de un anarquista* y continuó dedicado al trabajo político, principalmente con Emma Goldman. Fue director de *Madre Tierra*, contribuyó a fundar una escuela libertaria, dio discursos, luchó por causas como la huelga textil de Lawrence, etcétera. Cuando los Estados Unidos entraron en la Primera Guerra Mundial volvieron a meterle en la cárcel, esta vez por hablar contra el reclutamiento. Dos años más tarde, poco tiempo después de quedar en libertad, él y Emma Goldman fueron deportados a Rusia. Durante su cena de despedida llegó la noticia de que Frick había muerto esa misma tarde. El único comentario de Berkman fue: "Deportado por Dios." Un comentario exquisito, ¿no? En Rusia no tardó mucho en desilusionarse, pensaba que los bolcheviques habían traicionado la revolución; una clase de despotismo había sustituido a otro, y después que la rebelión de Kronstadt fuese aplastada en 1921, decidió emigrar de Rusia por segunda vez. Finalmente se instaló en el sur de Francia, donde vivió los últimos diez años de su vida. Escribió el *Abecedario del anarquismo comunista*, se mantuvo vivo haciendo traducciones, corrigiendo textos y escribiendo cosas que firmaban otros, pero aun así necesitó de la ayuda de sus amigos para subsistir. En 1936 estaba demasiado enfermo para salir adelante y, antes de continuar pidiendo limosnas, cogió una pistola y se pegó un tiro en la cabeza.

»La tesis era buena. Un poco torpe y didáctica a veces, pero bien documentada y apasionada, un trabajo inteligente y concienzudo. Resultaba difícil no respetar a Dimaggio por haberla escrito, no ver que había sido un hombre con verdadera inteligencia. Teniendo en cuenta lo que yo sabía de sus actividades posteriores, la tesis era evidentemente algo más que un ejercicio académico. Era un paso en su desarrollo interior, una forma de abordar sus propias ideas acerca del cambio político. No lo decía abiertamente, pero se notaba que apoyaba a Berkman, que creía que existía una justificación moral para ciertas formas de violencia política. El terrorismo tenía un lugar en la lucha, por así decirlo. Si se usaba correctamente, podía ser un instrumento eficaz para llamar la atención sobre los temas en cuestión, para revelarle al público la naturaleza del poder institucional.

»A partir de entonces no pude contenerme. Empecé a pensar en Dimaggio en todo momento, a compararme con él, a preguntarme cómo habíamos llegado a estar juntos en aquel camino de Vermont. Intuí una especie de atracción cósmica, el tirón de una fuerza inexorable. Lillian no quiso hablarme mucho de él, pero yo sabía que había sido soldado en Vietnam y que la guerra le había transformado, que había salido del ejército con una nueva comprensión de América, de la política, de su propia vida. Me fascinaba pensar que yo había estado en la cárcel a causa de esa guerra y que participar en ella le había llevado a él más o menos a mi misma posición. Ambos nos habíamos hecho escritores, ambos sabíamos que eran necesarios cambios fundamentales, pero mientras que yo empecé a perder el norte, a titubear con artículos estúpidos y pretensiones literarias, Dimaggio continuó desarrollándose, continuó avanzando, y al final tuvo suficiente valor como para poner a prueba sus ideas. No es que yo crea que poner bombas en campamentos madereros sea una buena idea, pero le envidié por haber tenido los cojones de actuar. Yo nunca había movido un dedo por nada. Me había quedado sentado gruñendo y protestando durante los últimos quince años, pero a pesar de mi moralina y mi postura combativa nunca me había puesto en peligro. Yo era un hipócrita y Dimaggio no, y cuando pensaba en mi mismo en comparación con él me sentía avergonzado.

»Mi primera idea fue escribir algo acerca de él. Algo similar a lo que él había escrito sobre Berkman, sólo que mejor, más profundo, un auténtico examen de su alma. Lo planeé como una elegía, un monumento en forma de libro. Si podía hacer esto por él, tal vez podría empezar a redimirme, tal vez saldría algo bueno de su muerte. Tendría que hablar con muchísimas personas, por supuesto, viajar por todo el país recogiendo información, concertar entrevistas con el mayor número de personas que pudiera encontrar: sus padres y parientes, sus compañeros del ejército, la gente con la que había ido al colegio, sus colegas de profesión,

Librodot

sus antiguas novias, los miembros de los Hijos del Planeta, cientos de personas diferentes. Sería un proyecto enorme, un libro que tardaría años en terminar. Pero eso era lo que me proponía. Mientras me dedicase a Dimaggio le estaría manteniendo vivo, le entregaría mi vida, por así decir, y él me la devolvería. No estoy pidiendo que lo entiendas. Apenas lo entiendo yo. Pero iba a tientas, ¿comprendes?, buscando a ciegas algo a lo que agarrarme, y durante un corto espacio de tiempo esto me pareció sólido, mejor solución que ninguna otra.

»Nunca conseguí hacer nada. Me senté unas cuantas veces para tomar notas, pero no podía concentrarme, no podía organizar mis pensamientos. No sé cuál era el problema. Puede que todavía tuviese demasiada confianza en que mi relación con Lillian siguiese adelante. Puede que no creyera que me sería posible volver a escribir. Dios sabe qué era lo que me lo impedía, pero cada vez que cogía una pluma y trataba de empezar, me entraba un sudor frió, la cabeza me daba vueltas y me sentía como si estuviera a punto de caerme. Igual que aquella vez que me caí de la escalera de incendios. Era el mismo pánico, la misma sensación de vulnerabilidad, el mismo impulso hacia el olvido.

»Luego sucedió algo extraño. Iba andando por Telegraph Avenue una mañana para buscar mi coche cuando vi a alguien que conocía de Nueva York. Cal Stewart, el director de una revista para la cual había escrito un par de artículos a principios de los años ochenta. Era la primera vez desde que había llegado a California que veía a alguien que conocía, y la idea de que él pudiese reconocerme me hizo detenerme en seco. Si una sola persona sabia dónde me encontraba, estaría acabado, estaría absolutamente destruido. Me metí en la primera puerta que encontré, sólo para no estar en la calle. Resultó ser una librería de viejo, un local grande de techos altos con seis o siete habitaciones. Fui hasta el fondo y me escondí detrás de unas estanterías altas, mientras mi corazón latía con fuerza y yo intentaba dominarme. Había una montaña de libros delante de mí, millones de palabras apiladas unas sobre otras, todo un universo de literatura desechada, los libros que ya nadie quería, que habían sido vendidos, que habían sobrevivido a su utilidad. No me di cuenta al principio, pero casualmente estaba en la sección de narrativa norteamericana, y justo allí, a la altura de mis ojos, lo primero que vi cuando empecé a mirar los títulos fue un ejemplar de *El nuevo coloso*, mi pequeña contribución a aquel cementerio. Era una coincidencia asombrosa, algo que me impresionó tanto que pensé que tenía que ser un presagio.

»No me preguntes por qué lo compré. No tenía ninguna intención de leerlo, pero una vez que lo vi en el estante, supe que tenía que llevármelo. El objeto físico, la cosa misma. Era la edición original de tapa dura, con sobrecubierta y guardas púrpura, y sólo costaba cinco dólares. Y allí estaba mi foto en la solapa trasera: el retrato del artista cuando era un joven retrasado mental. Recuerdo que fue Fanny quien hizo esa foto. Tenía veintiséis o veintisiete años, llevaba barba y el pelo largo y estoy mirando al objetivo con una expresión increíblemente grave y sentimental. Ya has visto la foto, ya sabes cuál digo. Cuando abrí el libro y la vi en la tienda aquel día, casi me eché a reír.

»Una vez que pasó el peligro, salí de la tienda y volví a casa de Lillian en el coche. Sabía que no podía permanecer más tiempo en Berkeley. Ver a Cal Stewart me había acojonado, y de pronto comprendí lo precaria que era mi posición, lo vulnerable que me había vuelto. Cuando llegué a casa con el libro, lo puse sobre la mesita baja del cuarto de estar y me senté en el sofá. Ya no tenía ninguna idea. Tenía que marcharme, pero al mismo tiempo no podía hacerlo, no podía dejar plantada a Lillian. Casi la había perdido, pero no estaba dispuesto a renunciar, no podía soportar la idea de no volver a verla. Así que me senté en el sofá, mirando fijamente la tapa de mi novela, sintiéndome como si acabara de estrellarme contra un muro de ladrillos. No había hecho nada respecto al libro sobre Dimaggio; había tirado más de un tercio del dinero; había estropeado todas mis esperanzas. Por pura infelicidad, continué con los ojos fijos en la tapa del libro. Durante mucho rato creo que ni siquiera lo vi, pero luego, poco a poco, algo empezó a suceder. El proceso debió de durar cerca de una hora, pero una vez que la idea se apoderó de mí, no pude dejar de pensar en ello. La Estatua de la Libertad, ¿recuerdas? Ese extraño distorsionado dibujo de la Estatua de la

Librodot

Libertad. Así fue como empezó, y cuando comprendí lo que iba a hacer, el resto vino por añadidura, todo el disparatado plan encajó.

»Cerré algunas de mis cuentas corrientes esa tarde y me ocupé de las otras a la mañana siguiente. Necesitaba dinero para hacer lo que tenía que hacer, lo cual significaba volverme atrás respecto a todos los compromisos que había adquirido, quedarme con el resto del dinero en lugar de dárselo a Lillian. Me molestaba faltar a mi palabra pero no tanto como me había imaginado. Ya le había dado sesenta y cinco mil dólares, y aunque no era todo lo que quedaba, era mucho dinero, mucho más de lo que ella había esperado que le diera. Los noventa y un mil dólares que todavía tenía me durarían mucho, pero no iba a derrocharlos en mi persona. El destino concebido para aquel dinero era tan importante como mi plan original. Más importante, en realidad. No sólo iba a usarlo para llevar a cabo el trabajo de Dimaggio, sino que lo usaría para expresar mis propias convicciones, para pronunciarme a favor de aquello en lo que creía, para producir la clase de efecto que nunca había podido producir. De repente, mi vida parecía tener sentido. No sólo los últimos meses, sino toda mi vida, desde el principio. Era una milagrosa confluencia, una asombrosa conjunción de motivos y ambiciones. Había encontrado el principio unificador y esta sola idea haría que todos los pedazos rotos de mi mismo se unieran. Por primera vez en mi vida estaría entero.

»No puedo transmitirte la fuerza de mi felicidad. Me sentí libre de nuevo, absolutamente liberado por mi decisión. No era que deseara dejar a Lillian y Maria, pero ahora había cosas más importantes de las que ocuparse y, una vez que entendí eso, toda la amargura y el sufrimiento del último mes se derritió en mi corazón. Ya no estaba embrujado. Me sentí inspirado, vigorizado, limpio. Casi como un hombre que ha encontrado la religión. Como un hombre que ha oído la llamada. El tema inacabado de mi vida había dejado de importar repentinamente. Estaba listo para adentrarme en el desierto y predicar la palabra, listo para empezar de nuevo.

»Pensándolo ahora, veo lo inútil que fue cifrar mis esperanzas en Lillian. Ir allí fue una locura, un acto de desesperación. Podría haber dado resultado si yo no me hubiera enamorado de ella, pero una vez que eso sucedió, la aventura estaba condenada al fracaso. La había puesto en un apuro imposible y ella no sabia cómo salir de él. Quería el dinero y no lo quería. El dinero la volvía codiciosa y su codicia la humillaba. Deseaba que la amase y se odiaba a sí misma por amarme. Ya no la culpo por el infierno que me hizo pasar. Lillian es una persona salvaje. No sólo es hermosa, ¿comprendes?, también es incandescente. Temeraria, descontrolada, dispuesta a todo, y conmigo nunca tuvo la oportunidad de ser como era.

»Al final, lo curioso no era que me marchara, sino que consiguiera quedarme tanto tiempo. Las circunstancias eran tan peculiares, tan peligrosas y desestabilizadoras que creo que empezaron a excitaría. Eso fue lo que la atrajo, no yo, sino la excitación de mi presencia allí, la oscuridad que yo representaba. La situación estaba cargada de posibilidades románticas, y al cabo de un tiempo no pudo resistirse a ellas y se dejó llevar mucho más lejos de lo que había pensado. Es algo parecido a la extraña e improbable manera en que había conocido a Dimaggio. Aquello condujo al matrimonio. En mi caso, a una luna de miel, aquellas dos semanas deslumbrantes en las que nada podía salirnos mal. Lo que sucedió después no tiene importancia. No hubiésemos podido sostenerlo, antes o después ella hubiera empezado a corretear de nuevo, habría vuelto poco a poco a su antigua vida. Pero mientras duró, creo que no hay duda de que estuvo enamorada de mí. Siempre que empiezo a dudarlo, me basta con recordar la prueba. Podía haberme entregado a la policía y no lo hizo. Ni siquiera después de que le dijera que el dinero se había acabado. Ni siquiera después de que me fuese. Eso prueba que significué algo para ella. Prueba que todo lo que me sucedió en Berkeley, sucedió de verdad.

»Pero no me arrepiento de nada. Por lo menos ya no. Todo ha quedado atrás, se acabó, es historia antigua. Lo más difícil fue tener que dejar a la niña. Creí que no me afectaría, pero la eché de menos durante mucho tiempo, mucho más que a Lillian. Siempre que iba conduciendo hacia el Oeste, empezaba a pensar en seguir hasta California, sólo para buscarla

Librodot

y hacerle una visita, pero nunca lo hice. Tenía miedo de lo que podría suceder si volvía a ver a Lillian, así que me mantuve alejado de California y no he vuelto a poner los pies en ese estado desde la mañana en que me fui. Hace dieciocho o diecinueve meses. Probablemente Maria ya ha olvidado quién soy. En una época, antes de que las cosas se estropearan entre Lillian y yo, solía pensar que acabaría adoptándola, que llegaría a ser realmente mi hija. Creo que habría sido bueno para ella, bueno para los dos, pero es demasiado tarde para soñar con eso. Supongo que no he nacido para ser padre, no salió bien con Fanny y tampoco con Lillian. Pequeñas semillas. Pequeños huevos y semillas. Es sólo un número determinado de probabilidades, y luego la vida se apodera de ti y te quedas solo para siempre. Me he convertido en el que soy ahora y no hay modo de volver atrás. Esto es todo, Peter. Mientras dure, esto es todo.

Estaba empezando a divagar. El sol ya había salido y mil pájaros cantaban en los árboles: alondras, pinzones, currucas, el coro matinal en pleno. Sachs llevaba tantas horas hablando que ya casi no sabía lo que decía. Cuando la luz entró a raudales por las ventanas, vi que se le cerraban los ojos. Podemos continuar hablando más tarde, dije. Si no te acuestas y duermes, probablemente te vas a desmayar, y no estoy seguro de tener fuerzas suficientes para llevarte a la casa.

Le acomodé en uno de los dormitorios vacíos del segundo piso, bajé las persianas y luego me fui de puntillas a mi cuarto. Pensé que no podría dormir. Había demasiadas cosas que digerir, demasiadas imágenes agitándose en mi mente, pero en el mismo momento en que puse la cabeza sobre la almohada, empecé a perder la conciencia. Sentí como si me hubiesen dado un mazazo, como si mi cráneo hubiese sido aplastado con una piedra. Algunas historias son demasiado terribles, quizá, y la única manera de dejarlas penetrar dentro de ti es escapar, darles la espalda y dejarte perder en la oscuridad.

Me desperté a las tres de la tarde. Sachs siguió durmiendo durante dos horas o dos horas y media más, y mientras tanto yo perdía el tiempo en el jardín, permaneciendo fuera de la casa para no molestarle. El sueño no me había servido de nada. Estaba aún demasiado aturdido para pensar, y si conseguí mantenerme ocupado durante esas horas fue únicamente planeando el menú de la cena de esa noche. Me costó tomar cada decisión, sopesé los pros y los contras como si el destino del mundo dependiera de ellos: si hacer el pollo en el horno o en la parrilla, si servir arroz o patatas, si quedaría suficiente vino en el armario. Es curioso lo vívidamente que recuerdo todo esto ahora. Sachs acababa de contarme que había matado a un hombre, que había pasado los dos últimos años vagando por el país como un fugitivo, y la única cosa en que yo podía pensar era en qué poner de cena. Era como si necesitara fingir que la vida consistía aún en detalles así de mundanos. Pero eso era únicamente porque sabía que no era así.

Esa noche también nos acostamos tarde. Hablamos durante toda la cena y hasta altas horas de la noche. Esta vez estuvimos fuera, sentados en las mismas sillas adirondack en las que habíamos estado sentados tantas otras noches a lo largo de los años: dos voces desencarnadas en la oscuridad, invisibles el uno para el otro, sin ver nada excepto cuando uno de los dos encendía una cerilla y nuestras caras surgían brevemente de las sombras. Recuerdo el ascua de los cigarros, las luciérnagas latiendo en los arbustos, un enorme cielo estrellado sobre nuestras cabezas, las mismas cosas que recuerdo de tantas otras noches en el pasado. Eso me ayudó a conservar la calma, creo, pero aún más importante que el escenario era el propio Sachs. Las largas horas de sueño habían repuesto sus fuerzas y desde el principio dominó la conversación. No había ninguna vacilación en su voz, nada que me hiciese sentir que no podía confiar en él. Esa fue la noche en que me contó lo del Fantasma de la Libertad, y en ningún momento parecía un hombre que estaba confesando un delito. Estaba orgulloso de lo que había hecho, firmemente en paz consigo mismo, y hablaba con la seguridad de un artista que sabe que acaba de crear su obra más importante.

Librodot

Era un cuento largo e increíble, una saga de viajes y disfraces, de calmas pasajeras, frenesíes y huidas por los pelos. Hasta que se lo oí a Sachs, nunca habría adivinado cuánto trabajo representaba una explosión: las semanas de planificación y preparación, los complicados y tortuosos métodos para reunir los materiales necesarios con que construir las bombas, las meticulosas coartadas y engaños, las distancias que era
preciso recorrer. Una vez que había seleccionado la ciudad, tenía que encontrar la manera de pasar algún tiempo allí sin levantar sospechas. El primer paso era urdir una identidad y una historia que sirviera de tapadera y; puesto que nunca era la misma persona dos veces, su capacidad de invención estaba constantemente puesta a prueba. Siempre tenía un nombre diferente, tan anodino como fuera posible (Ed Smith, Al Goodwin, Jack White, Bill Foster), y de una operación a otra hacia lo que podía para producir cambios menores en su aspecto físico (afeitado una vez, barbudo otra, cabello oscuro en un lugar, cabello claro en el siguiente, con gafas o sin ellas, con traje o con ropa de trabajo, un número fijo de variables que mezclaba para formar diferentes combinaciones en cada ciudad). El reto fundamental, sin embargo, era encontrar una razón para estar allí, una excusa verosímil para pasar varios días en una comunidad donde nadie le conocía. Una vez se hizo pasar por un profesor universitario, un sociólogo que estaba documentándose para un libro sobre la vida y los valores de las pequeñas ciudades norteamericanas. Otra vez fingió que se trataba de un viaje sentimental, que era un hijo adoptivo que buscaba información sobre sus padres biológicos. En otra ocasión era un hombre de negocios que quería invertir en locales comerciales. En otra, un viudo, un hombre que había perdido a su esposa y sus hijos en un accidente de automóvil y estaba pensando en instalarse en una nueva ciudad. Luego, casi perversamente, una vez que el Fantasma se había hecho un nombre, se presentó en una pequeña ciudad de Nebraska como un periodista que estaba trabajando en un articulo acerca de las actitudes y opiniones de las personas que vivían en lugares donde había una réplica de la Estatua de la Libertad. Les preguntó qué pensaban de las bombas. Qué significaba la estatua para ellos. Fue una experiencia que le destrozó los nervios, dijo, pero valió la pena en todo momento.

Muy al principio decidió que la franqueza seria la estrategia más útil, la mejor manera de evitar dar una impresión equivocada. En lugar de salir furtivamente o esconderse, charlaba con la gente, les conquistaba, les hacia pensar que era una buena persona. Esta cordialidad era natural en Sachs y le daba el espacio para respirar que necesitaba. Una vez que la gente sabía por qué estaba allí, no les alarmaría verle pasear por la ciudad, y si pasaba varias veces por el emplazamiento de la estatua en el curso de su paseo, nadie le prestaría atención. Lo mismo ocurría con los recorridos que hacía después de anochecer, dando vueltas en coche por la ciudad cerrada a las dos de la madrugada para familiarizarse con las pautas del tráfico, para calcular el índice de probabilidades de que hubiese alguien en las cercanías cuando colocase la bomba. Después de todo, estaba pensando en trasladarse allí. ¿Quién podía culparle si quería ver cómo era el lugar después de la puesta de sol? Se daba cuenta de que era una excusa endeble, pero estas salidas nocturnas eran inevitables, una precaución necesaria, porque no sólo tenía que salvar su pellejo, además tenía que asegurarse de no herir a nadie. Un vagabundo que durmiera en la base del pedestal, dos adolescentes besándose en el césped, un hombre paseando a su perro durante la noche; bastaría un sólo fragmento de piedra o de metal para matar a alguien, y entonces toda la causa se destruiría. Ése era el mayor temor de Sachs, y no escatimaba esfuerzos para evitar accidentes. Las bombas que fabricaba eran pequeñas, mucho más pequeñas de lo que le hubiese gustado, y aunque eso aumentaba los riesgos, nunca ponía el mecanismo de relojería para que estallase más de veinte minutos después de que él hubiera sujetado los explosivos con cinta adhesiva a la corona de la estatua. Nada garantizaba que no pasara alguien por allí en esos veinte minutos, pero, dada la hora y el carácter de esas ciudades, las probabilidades eran escasas.

Junto con todo lo demás, Sachs me dio grandes cantidades de información técnica durante esa noche, un curso intensivo sobre la mecánica de la fabricación de bombas. Confieso que la mayor parte me entró por un oído y me salió por el otro. No tengo ninguna

Librodot

habilidad para las cosas mecánicas y mi ignorancia hacía que me resultase difícil seguir lo que me decía. Entendía alguna que otra palabra, términos como *despertador*, *pólvora*, *mecha*, pero el resto era incomprensible, un idioma extranjero que no lograba penetrar. No obstante, a juzgar por la forma en que hablaba, deduje que se necesitaba mucho ingenio. No se fiaba de fórmulas preestablecidas, y con la dificultad añadida de tratar de no dejar pistas, se esforzaba por utilizar únicamente los materiales más caseros, por montar sus explosivos con diversos objetos que podían encontrarse en cualquier ferretería. Debió de ser un proceso arduo, viajar a algún sitio sólo para comprar un reloj, conducir luego setenta kilómetros para comprar sólo un carrete de alambre, ir luego a algún otro sitio para comprar un rollo de cinta adhesiva. Ninguna compra era nunca superior a los veinte dólares, y tenía mucho cuidado de pagar siempre en efectivo, en todas las tiendas, en todos los restaurantes, en todos los destartalados moteles. Entrar y salir; hola y adiós. Luego desaparecía, como si su cuerpo se hubiese desvanecido en el aire. Era un trabajo duro, pero después de año y medio no había dejado un solo rastro tras de sí.

Tenía un apartamento barato en la zona sur de Chicago. Lo había alquilado con el nombre de Alexander Berkman, pero era más un refugio que un hogar, un lugar donde descansar entre viajes, y no pasaba más de un tercio de su tiempo allí. Sólo pensar en la vida que llevaba me hacia sentir un poco incómodo. En movimiento constante, la tensión de estar siempre fingiendo ser otra persona, la soledad... Pero Sachs despreció mi desasosiego con un encogimiento de hombros, como si no tuviera ninguna importancia. Estaba demasiado preocupado, demasiado absorto en lo que estaba haciendo para pensar en esas cosas. Si se había creado algún problema, era el de cómo enfrentarse al éxito. Con la reputación del Fantasma creciendo constantemente, se había vuelto cada vez más difícil encontrar estatuas que atacar, la mayoría de ellas estaban ahora protegidas, y si al principio había necesitado entre una y tres semanas para realizar sus misiones, la media había aumentado a casi dos meses y medio. A principios de ese verano se había visto obligado a abandonar un proyecto en el último minuto, y varios otros habían sido pospuestos, abandonados hasta el invierno, cuando las frías temperaturas sin duda disminuirían la determinación de los guardianes nocturnos. Sin embargo, por cada obstáculo que surgía habla un beneficio compensatorio, otra señal que demostraba cuánto se había extendido su influencia. En los últimos meses el Fantasma de la Libertad había sido el tema de editoriales y sermones. Había sido debatido en programas de radio que reciben llamadas de los oyentes, caricaturizado en chistes políticos, vituperado como una amenaza a la sociedad, exaltado como un hombre del pueblo. En las tiendas de novedades se vendían camisetas y chapas del Fantasma de la Libertad, habían empezado a circular chistes y hacía un mes, en Chicago, se había presentado un número de cabaret en el que el Fantasma desnudaba lentamente a la Estatua de la Libertad y luego la seducía. Estaba teniendo éxito, dijo, mucho más del que nunca hubiera creído posible. Mientras pudiera mantenerlo, estaba dispuesto a hacer frente a cualquier inconveniente, a soportar cualquier penalidad. Era la clase de cosa que diría un fanático, pensé más tarde, un reconocimiento de que ya no necesitaba una vida propia, pero hablaba con tanta felicidad, con tanto entusiasmo y tal ausencia de duda, que apenas comprendí las implicaciones de esas palabras en su momento.

Había más que decir. En mi mente se habían acumulado toda clase de preguntas, pero ya había amanecido y estaba demasiado cansado para preguntar. Quería preguntarle por el dinero (cuánto le quedaba, qué iba a hacer cuando se acabase); quería saber algo más sobre su ruptura con Lillian Stern; quería preguntarle por Maria Turner, por Fanny, por el manuscrito de *Leviatán* (que ni siquiera se había molestado en mirar). Habla cien cabos sueltos, y yo consideraba que tenía derecho a saber aquello, que él estaba obligado a contestar a todas mis preguntas. Pero no le insistí para que continuara. Me dije que hablaríamos de todo aquello en el desayuno, ahora era el momento de irse a la cama.

Cuando me desperté por la mañana, el coche de Sachs había desaparecido. Supuse que había ido a la tienda del pueblo y volvería en cualquier momento, pero después de esperar

Librodot

más de una hora, empecé a perder las esperanzas. No quería creer que se hubiese marchado sin despedirse, sin embargo sabia que cualquier cosa era posible. Había dejado plantados a otros anteriormente, ¿por qué había de pensar que conmigo no lo haría? Primero Fanny, luego Maria Turner, luego Lillian Stern. Tal vez yo no era más que el último en una larga serie de silenciosas partidas, otra persona a la que había tachado de su lista.

A las doce y media me fui al estudio para sentarme a trabajar en mi libro. No sabía qué hacer, y antes de continuar esperando fuera, sintiéndome cada vez más ridículo allí de pie, escuchando para ver si oía el coche de Sachs, pensé que tal vez me ayudaría distraerme con el trabajo. Fue entonces cuando encontré su carta. La había colocado encima de mi manuscrito y la vi en cuanto me senté a la mesa.

»Perdóname por marcharme a hurtadillas", empezaba, "pero creo que ya hemos cubierto casi todo. Si me quedase más tiempo, sólo serviría para causar problemas. Tú tratarías de disuadirme de lo que estoy haciendo (porque eres mi amigo, porque lo considerarías tu obligación como amigo mío), y no quiero pelearme contigo, no tengo estómago para discusiones ahora. Pienses lo que pienses de mi, te agradezco que me escucharas. Era necesario contar la historia, y mejor a ti que a ningún otro. Si llega el momento, tú sabrás cómo contársela a los demás, tú les harás entender de qué se trata. Tus libros demuestran eso y, a fin de cuentas, eres la única persona con quien puedo contar. Tú has ido mucho más lejos de lo que yo fui nunca, Peter. Te admiro por tu inocencia, por la forma en que te has mantenido fiel a esto durante toda tu vida. Mi problema era que yo no podía creer en ello. Siempre quise algo más, pero nunca supe lo que era. Ahora lo sé. Después de todas las cosas horribles que han sucedido, finalmente he encontrado algo en lo que creer. Eso es lo único que me importa ya. Continuar con esto. Por favor, no me culpes por ello y, sobre todo, no me compadezcas. Estoy bien. Nunca he estado mejor. Voy a continuar haciéndoles la vida imposible mientras pueda. La próxima vez que leas algo sobre el Fantasma de la Libertad, espero que te haga reír. Adelante y hacia arriba, compañero. Te veré en los periódicos. Ben."

Creo que leí esta nota veinte o treinta veces. No tenía otra cosa que hacer y tardé por lo menos todo ese tiempo en asimilar el golpe de su partida. Las primeras lecturas me hicieron sentirme dolido, enfadado con él por escabullirse a mis espaldas. Pero luego, muy despacio, mientras volvía a leer la carta, empecé a admitir de mala gana que Sachs tenía razón. La siguiente conversación habría sido mucho más difícil que las otras. Era verdad que pensaba encararme con él, que había decidido hacer todo lo que pudiera por disuadirle de continuar. Él lo había intuido, supongo, y antes de permitir que hubiera amargura entre nosotros, se marchó. Realmente no podía culparle por ello. Quería que nuestra amistad sobreviviera, y puesto que sabía que aquella visita podía ser la última, no había querido que terminara de mala manera. Ese era el propósito de la nota. Puso fin a las cosas sin acabar con ellas. Fue su manera de decirme que no podía decirme adiós.

Vivió diez meses más, pero nunca volví a tener noticias suyas. El Fantasma de la Libertad atacó dos veces durante ese período -una en Virginia y otra en Utah-, pero no me reí. Ahora que conocía la historia, no podía sentir más que tristeza, un inconmensurable dolor. El mundo sufrió cambios extraordinarios en esos diez meses. El Muro de Berlín fue derribado, Havel se convirtió en el presidente de Checoslovaquia, la Guerra Fría acabó de repente. Pero Sachs seguía allí, una partícula solitaria en la noche americana, lanzado hacia su destrucción en un coche robado. Dondequiera que estuviese, yo estaba con él ahora. Le había dado mi palabra de no decir nada y cuanto más tiempo guardaba su secreto, menos me pertenecía yo. No sé de dónde venia mi obstinación, pero nunca le dije nada a nadie. Ni a Iris, ni a Fanny, ni a Charles, ni a un alma. Había asumido la carga de ese silencio por él, y al final casi me aplasta.

Vi a Maria Turner a principios de septiembre, unos días después de que Iris y yo regresásemos a Nueva York. Fue un alivio poder hablar de Sachs con alguien, pero incluso

Librodot

con ella me reservé lo más que pude, ni siquiera mencioné que le había visto, sólo que me había llamado y que habíamos hablado por teléfono durante una hora. Fue un baile siniestro el que bailé con Maria aquel día. La acusé de lealtad equivocada, de traicionar a Sachs al cumplir su promesa, mientras yo estaba haciendo exactamente lo mismo. A ambos nos había hecho partícipes del secreto, pero yo sabía más que ella y no iba a compartir los detalles con ella. Bastaba con que supiera que yo sabía que ella sabía. Habló de buena gana después de eso, dándose cuenta de lo inútil que habría sido tratar de engañarme. Eso ya había quedado al descubierto y acabé sabiendo más acerca de sus relaciones con Sachs de lo que éste me había contado. Entre otras cosas, aquel día vi por primera vez las fotografías que ella le había hecho, las llamadas "Jueves con Ben". Más importante, también me enteré de que Maria había visto a Lillian Stern en Berkeley el año anterior, unos seis meses después de que Sachs se fuera. De acuerdo con lo que Lillian le había contado, Ben había vuelto a visitarla dos veces. Eso contradecía lo que él me había dicho, pero cuando le señalé esta discrepancia a Maria, ella se limitó a encogerse de hombros.

-Lillian no es la única persona que miente -dijo-. Lo sabes tan bien como yo. Después de lo que esos dos se hicieron el uno al otro, no se puede apostar por nada.

-No digo que Ben no pudiese mentir -contesté-. Simplemente no entiendo por qué iba a hacerlo.

-Parece que la amenazó. Puede que le avergonzase contártelo.

-¿Que la amenazó?

-Lillian dice que la amenazó con raptar a su hija.

-¿Y por qué diablos iba a hacer tal cosa?

-Al parecer no le gustaba la forma en que ella estaba educando a Maria. Le dijo que era una mala influencia para ella, que la niña merecía una oportunidad de crecer en un ambiente sano. Adoptó una actitud moralista y la cosa derivó en una escena desagradable.

-Eso no me parece propio de Ben.

-Puede que no. Pero Lillian estaba lo bastante asustada como para tomar medidas al respecto. Después de la segunda visita de Ben, metió a Maria en un avión y la envió al Este a casa de su madre. La niña ha estado viviendo allí desde entonces.

-Puede que Lillian tuviera sus propias razones para querer librarse de ella.

-Cualquier cosa es posible. Sólo te estoy contando lo que ella me dijo.

-¿Y qué hay del dinero que le dio? ¿Se lo gastó?

-No. Por lo menos no en ella. Me dijo que lo había puesto en un fideicomiso para Maria.

-Me pregunto si Ben llegó a contarle de dónde procedía el dinero. No lo tengo claro, y tal vez eso habría supuesto alguna diferencia.

-No estoy segura. Pero primero seria más interesante preguntarse de dónde había sacado Dimaggio el dinero. Era una cantidad fabulosa para llevarla encima.

-Ben pensaba que era robada. Por lo menos al principio. Luego pensó que tal vez se la había dado alguna organización política. Si no los Hijos del Planeta, alguna otra. Terroristas, por ejemplo. El PLO, el IRA, cualquiera de una docena de grupos. Suponía que Dimaggio podía estar relacionado con gente como ésa.

-Lillian tiene su propia opinión respecto a qué se dedicaba Dimaggio.

-Estoy seguro de ello.

-Sí, bueno, es interesante si te paras a pensarlo. En su opinión, Dimaggio trabajaba como agente secreto para el gobierno. La CIA, el FBI, una de esas bandas de espías. Ella cree que empezó cuando era soldado en Vietnam. Que le reclutaron allí y luego le pagaron la universidad y los estudios de posgrado. Para darle los títulos adecuados.

-¿Quieres decir que era un infiltrado?

-Eso es lo que Lillian cree.

-Me suena muy rebuscado.

-Por supuesto. Pero eso no significa que no sea verdad.

Librodot

-¿Tiene alguna prueba, o es una suposición infundada?

-No lo sé, no se lo pregunté. En realidad no hablarnos mucho de eso.

-¿Por qué no se lo preguntas ahora?

-No estamos en muy buenas relaciones.

-Ah, ¿no?

-Fue una visita accidentada y no nos hemos llamado desde el año pasado.

-Os peleasteis.

-Sí, más o menos.

-Por Ben, supongo. Tú todavía estás colgada de él, ¿no? Debió de ser duro escuchar a tu amiga contarte que se había enamorado de ella.

De repente Maria volvió la cabeza hacia el otro lado y yo comprendí que tenía razón. Pero era demasiado orgullosa para admitirlo y un momento después había recobrado la suficiente serenidad para volver a mirarme. Me lanzó una dura e irónica sonrisa.

-Tú eres el único hombre al que he querido, cariño -dijo-. Pero me dejaste plantada para casarte con otra, ¿no? Cuando una chica tiene el corazón roto, tiene que hacer lo que pueda.

Conseguí convencerla de que me diese la dirección y el número de teléfono de Lillian. En octubre iba a salir un nuevo libro mío y mi editor me había organizado una gira para hacer lecturas en varias ciudades del país. San Francisco era la última parada del recorrido, y no tendría sentido ir allí sin intentar conocer a Lillian. No tenía la menor idea de si ella sabía dónde estaba Sachs o no -y aunque lo supiera, no era seguro que me lo dijese-, pero suponía que tendríamos muchas cosas de que hablar de todas formas. Aunque no fuera más que eso, quería echarle la vista encima para poder formarme mi propia opinión de cómo era. Todo lo que sabia de ella venía de Sachs y de Maria, y era una figura demasiado importante para que me fiase de las versiones de ellos. La llamé al día siguiente de que Maria me diese su número de teléfono. No estaba, pero le dejé un mensaje en el contestador y, para sorpresa mía, me llamó al día siguiente por la tarde. Fue una conversación breve pero cordial. Sabia quién era yo, dijo, Ben le había hablado de mí y le había regalado una de mis novelas, pero confesaba que no había tenido tiempo de leerla. No me atrevía a hacerle ninguna pregunta por teléfono. Bastaba con haber establecido contacto con ella, así que fui directo al grano y le pregunté si estaría dispuesta a encontrarse conmigo cuando fuera a Bay Area a finales de octubre. Vaciló un momento, pero cuando le expresé las ganas que tenía de verla, cedió. Llámeme cuando llegue a su hotel, dijo, y tomaremos una copa juntos en alguna parte. Fue así de sencillo. Pensé que tenía una voz interesante, más bien profunda, y me gustaba cómo sonaba. Si hubiese llegado a ser actriz, era la clase de voz que la gente habría recordado.

La promesa de ese encuentro me mantuvo durante el siguiente mes y medio. Cuando el terremoto sacudió San Francisco a primeros de octubre, mi primer pensamiento fue preguntarme si habría de cancelar mi visita. Ahora me avergüenzo de mi falta de sensibilidad, pero en aquel momento apenas me percaté de ello. Autopistas destruidas, edificios en llamas, cuerpos mutilados y aplastados; todos estos desastres no significaban nada para mi excepto en la medida en que pudieran impedirme hablar con Lillian Stern. Afortunadamente, el teatro donde tenía que hacer la lectura no sufrió daños y el viaje se realizó como estaba planeado. Después de inscribirme subí a mi habitación y llamé a la casa de Berkeley. Una mujer con una voz desconocida contestó al teléfono. Cuando le pregunté si podía hablar con Lillian Stern, me dijo que Lillian se habla marchado a Chicago tres días después del terremoto. ¿Cuándo vuelve?, pregunté. La mujer no lo sabía. ¿Quiere usted decir que el terremoto la asustó tanto como para marcharse?, pregunté. Oh, no, dijo la mujer, Lillian había planeado marcharse antes del terremoto. Había puesto el anuncio para subarrendar su casa a principios de septiembre. ¿Dejó alguna dirección?, pregunté. A ella no, dijo la mujer, ella pagaba el alquiler directamente al casero. Bueno, dije, luchando por vencer mi decepción, si alguna vez tiene noticias suyas, le agradecería me lo comunicara. Antes de colgar le di mi número de teléfono de Nueva York. Llámeme a cobro revertido, dije, a cualquier hora del día o de la noche.

Librodot

Comprendí entonces que Lillian me había engañado por completo. Sabía que se habría ido antes de que yo llegara allí, lo cual significaba que nunca había tenido intención de venir a nuestra cita. Me maldije por mi credulidad, por el tiempo y la esperanza que había despilfarrado. Sólo para asegurarme, pregunté en el servicio de información de Chicago, pero no había ningún teléfono a nombre de Lillian Stern. Cuando llamé a Maria Turner a Nueva York y le pedí la dirección de la madre de Lillian, ella me dijo que había perdido el contacto con Mrs. Stern hacia muchos años y no tenía ni idea de dónde vivía. La pista había desaparecido de repente. Lillian estaba ahora tan perdida para mí como Sachs, y ni siquiera se me ocurría cómo podía empezar a buscarla. Si había algún consuelo en su desaparición venía de la palabra *Chicago*. Tenía que haber una razón para que ella no quisiera hablar conmigo, y recé para que fuese que trataba de proteger a Sachs. De ser así, tal vez su relación era mejor de lo que me habían hecho creer. O tal vez su relación había mejorado después de la visita de Sachs a Vermont. ¿Y si había ido a California y la había convencido de que se fugase con él? Él me había dicho que tenía un apartamento en Chicago y Lillian le había dicho a su inquilina que se trasladaba a Chicago. ¿Era una coincidencia? ¿Había mentido uno de ellos o los dos? Ni siquiera podía adivinarlo, pero, por Sachs, esperaba que estuvieran juntos, viviendo una loca existencia de fugitivos mientras iban y venían por el país, planeando furtivamente su siguiente operación. El Fantasma de la Libertad y su amante. Aunque no fuera más que eso, no estaría solo, y yo prefería imaginármelo con ella que solo, prefería imaginar cualquier vida antes que la que él me había descrito. Si Lillian era tan intrépida como él me había dicho, quizá estuviera con él, quizá fuera lo bastante alocada para haberlo hecho.

No supe nada más a partir de entonces. Pasaron ocho meses, y cuando Iris y yo volvimos a Vermont a finales de junio, yo prácticamente había renunciado a la idea de encontrarle. De los cientos de posibilidades que imaginaba, la que parecía más probable era que nunca volviese a dar señales de vida. Yo no tenía ni idea de cuánto tiempo continuarían las explosiones, de cuándo llegaría el final. Y aunque hubiese un final, parecía dudoso que yo me enterase de ello; lo cual significa que la historia seguiría eternamente, segregando su veneno dentro de mí para siempre. La dificultad estaba en aceptar eso, en coexistir con las fuerzas de mi propia incertidumbre. A pesar de que deseaba desesperadamente una resolución, tenía que comprender que tal vez no se produciría nunca. Después de todo, uno sólo puede contener el aliento durante un tiempo limitado. Tarde o temprano, llega un momento en que tiene que respirar de nuevo, aunque el aire esté contaminado, aunque sepa que acabará matándole.

El artículo en el *Times* me cogió con la guardia baja. Me había acostumbrado tanto a mi ignorancia que ya no esperaba que nada cambiase. Alguien había muerto en esa carretera de Wisconsin, pero aunque sabía que podía haber sido Sachs, no estaba dispuesto a creerlo. Fue necesaria la llegada de los hombres del FBI para convencerme, e incluso entonces me aferré a mis dudas hasta el último momento, cuando mencionaron el número de teléfono que habían encontrado en el bolsillo del muerto. Después de eso, una sola imagen ardió en mi cerebro y ha permanecido conmigo desde entonces: mi pobre amigo volando en pedazos cuando la bomba estalló, el cuerpo de mi pobre amigo esparcido al viento.

Eso ocurrió hace dos meses. A la mañana siguiente me senté y empecé el libro. Y desde entonces he trabajado en un estado de pánico constante, luchando por acabarlo antes de que se me agotara el tiempo, sin saber nunca si podría llegar hasta el final. Como había previsto, los hombres del FBI han estado muy atareados a causa mía. Han hablado con mi madre en Florida, con mi hermana en Connecticut, con mis amigos en Nueva York, y durante todo el verano la gente ha estado llamándome para contarme esas visitas, preocupados de que estuviese metido en un lío. No estoy en un lío todavía, pero estoy seguro de que lo estaré en un futuro próximo. Cuando mis amigos Worthy y Harris descubran cuántas cosas les he ocultado, será inevitable que se irriten. Ya no hay nada que pueda hacer al respecto. Me doy cuenta de que hay castigos por ocultarle información al FBI, pero, dadas las circunstancias, no veo cómo hubiese podido actuar de otra manera. Le debía a Sachs el mantener la boca cerrada

Librodot

y le debía escribir este libro. El tuvo el valor de confiarme su historia, y no creo que pudiese vivir conmigo mismo si le hubiese fallado.

Durante el primer mes escribí un borrador preliminar corto, ateniéndome únicamente a lo más esencial. Cuando vi que el caso seguía sin resolverse, volví al principio y empecé a llenar las lagunas, a ampliar cada capitulo hasta el doble de la extensión original. Mi plan era revisar el manuscrito tantas veces como fuese necesario, añadir nuevo material en cada borrador sucesivo y seguir trabajando en ello hasta que pensase que no quedaba nada por decir. Teóricamente, el proceso podría haber continuado durante meses, tal vez incluso años..., pero sólo si tenía suerte. En realidad, estas ocho semanas son todo lo que tendré. Cuando llevaba hechas tres cuartas partes del segundo borrador (en mitad del cuarto capítulo), me vi obligado a dejar de escribir. Eso ocurrió ayer y todavía estoy tratando de asimilar lo repentino que fue. El libro ha terminado ya porque el caso ha terminado. Si añado esta página final es sólo para dejar constancia de cómo encontraron la solución, para anotar la última sorpresa, el último giro que pone fin a la historia.

Fue Harris quien me lo contó. Era el mayor de los dos agentes, el hablador, el que me había preguntado cosas sobre mis libros. Al parecer, finalmente fue a una librería y compró alguno, como me había prometido hacer cuando me visitó con su compañero en julio. No sé si pensaba leerlos o actuó simplemente por una corazonada. Pero resultó que los ejemplares que compró estaban firmados con mi nombre. Debió de acordarse de lo que le conté sobre los curiosos autógrafos que habían estado apareciendo sobre mis libros, así que llamó aquí hace diez días para preguntarme si había estado alguna vez en esa librería, situada en un pueblo a las afueras de Albany. Le dije que no, que nunca había puesto los pies en ese pueblo, y él me dio las gracias por mi ayuda y colgó. Le dije la verdad porque no vi ninguna necesidad de mentir. Su pregunta no tenía nada que ver con Sachs, y si quería buscar a la persona que había estado falsificando mi firma, ¿qué daño había en ello? Pensé que me estaba haciendo un favor, pero en realidad acababa de entregarle la clave del caso. Llevó los libros al laboratorio del FBI a la mañana siguiente, y después de una concienzuda búsqueda de huellas dactilares encontraron varios juegos de huellas claras. Uno de ellos pertenecía a Sachs. Ya debían de conocer el nombre de Ben, y puesto que Harris era un tipo listo, no se le habría escapado la relación. Una cosa llevó a otra, y cuando él se presentó aquí ayer, ya había encajado todas las piezas. Sachs era el hombre que se había volado a sí mismo en Wisconsin. Sachs era el hombre que había matado a Reed Dimaggio. Sachs era el Fantasma de la Libertad.

Vino solo, sin el estorbo del silencioso y adusto Worthy. Iris y los niños se habían ido a bañar en la alberca, y de nuevo estaba yo solo, de pie delante de la casa viéndole bajar del coche. Harris estaba de buen humor, más jovial que la primera vez, y me saludó como si fuésemos viejos amigos, colegas en el afán por resolver los misterios de la vida. Tenía noticias, dijo, y pensó que tal vez me interesarían. Habían identificado a la persona que había estado firmando mis libros y había resultado ser amigo mío, un hombre que se llamaba Benjamin Sachs. ¿Por qué querría un amigo hacer una cosa así?

Miré fijamente al suelo conteniendo las lágrimas mientras Harris esperaba una respuesta.

-Porque me echaba de menos -dije finalmente-. Se marchó a hacer un largo viaje y se le olvidó comprar postales. Era su manera de permanecer en contacto conmigo.

-Ah -dijo Harris-. Un verdadero bromista. Tal vez pueda usted decirme algo más sobre él.

-Sí, puedo decirle muchas cosas. Ahora que ha muerto ya no importa, ¿verdad?

Entonces señalé la cabaña del estudio y sin decir una palabra más crucé el patio delante de Harris bajo el caliente sol de la tarde. Subimos juntos los escalones y una vez dentro le entregué las páginas de este libro.

Librodot